Ejército
de tierra español
BICENTENARIO
DE LA GUERRA DE
LA INDEPENDENCIA (II)

EDÍTA

DIRECCIÓN

Director
General de Brigada
José Ángel ARMADA de SARRÍA

Subdirector, Jefe de Colaboraciones y Administración
Coronel Eduardo ORTIZ de ZUGASTI AZNAR

Jefe de Ediciones
Coronel Julián BARRIOS BARBERO

CONSEJO DE REDACCIÓN

Coroneles
Meléndez Jiménez, Ramírez Verdún, Grande Urquijo, Dolz del Castellar Alvargonzalez y Budiño Carvallo.

Tenientes Coroneles
García-Mercadal, Urteaga Todó, Dacoba Cerviño, Fuente Cobo Muñoz Blazquez y Quero Fernandez de Tejada.

Comandantes
Hernandez Calvo, De la Fuente Cagigós,Gomariz Devesa, Ariño Astudillo, y Gómez Reyes

Suboficial Mayor
Illana Miralles.

NIPO: 076-08-007-4 (Edición en papel)
NIPO: 076-08-006-9 (Edición en línea)
Depósito Legal: M. 1.633-1958
ISSN: 1696-7178

Correctora de Estilo:
Paloma Prado Caballero.
Servicio de Documentación:
Emilia Antúnez Monterrubio.
Corrector de Pruebas:
Teniente José Manuel Riveira Córdoba.

Diseño Gráfico y Maquetación:
Luis Angelina Higuera
Miguel García Tirado,
Ignacio Moreno Piqueras y
Antonio Mendez Bergantiños.

Fotocomposición, Fotomecánica e Impresión
CENTRO GEOGRÁFICO DEL EJÉRCITO

Promotor de Publicidad:
VÍA EXCLUSIVAS.SL
Viriato, 69 S-C. 28010 Madrid (España)
Teléf.: 91 448 76 22 / Fax: 91 446 02 14
Email: viaexclusivas@viaexclusivas.com
http: // www.viaexclusivas.com

Fotografías:
SEPUB, DECET Alberti,
Vidal Delgado, Sociedad Ciudad Rodrigo, Servicio Histórico, Martín Mas y Pardo de Santayana.

REVISTA EJÉRCITO:
C/. Alcalá 18, 4.º 28014 MADRID.
Teléf.: 91-522 52 54.
Telefax: 91-522 75 53.

Índice

• **NOVIEMBRE 2008** • AÑO LXVIII. NÚM. 811

Mario Hernández Sánchez- Barba.
Catedrático de Historia Contemporánea ... 8

GUERRA, REVOLUCIÓN Y POLÍTICA
en los orígenes de la España contemporánea

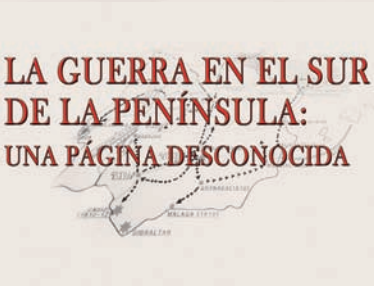
Francisco Javier Gómez Díez.
Doctor en Historia. ... 12

CONSIDERACIONES SOBRE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA
CONTEMPLADA DESDE LA ECONOMÍA

Juan Velarde Fuertes.
Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. ... 24

Antonio Caudevilla Monteserín. Coronel. Ingenieros.
Santiago Saiz Bayo. Comandante. Ingenieros. DEM. ... 32

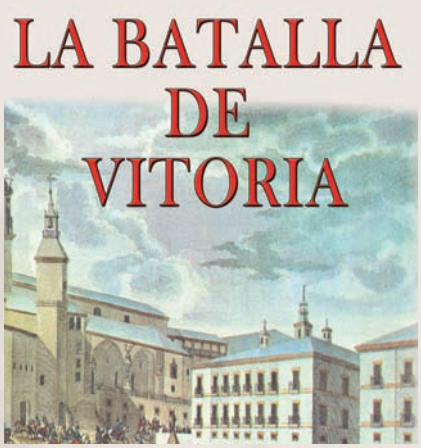
José Pardo de Santayana y Gómez Olea.
Teniente Coronel. Artillería. DEM. ... 50



Rafael Vidal Delgado.
Coronel. Artillería. DEM. Doctor en Historia. ... 58

Rafael Vidal Delgado.
Coronel. Artillería. DEM. Doctor en Historia. ... 66

Jesús Maroto.
Miguel Ángel Martín Mas.
Foro para el Estudio de la Historia Militar en España. ... 78



José Pardo de Santayana y Gómez Olea.
Teniente Coronel. Artillería. DEM. ... 94

José Pardo de Santayana y Gómez Olea.
Teniente Coronel. Artillería. DEM. ...104

EL FRACASO DE NAPOLEÓN EN ESPAÑA

Teniente Coronel Madelin.
Ejército Francés ...110

ANVERSO Y REVERSO DE NUESTRA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Juan Priego López. Coronel. DEM.
Servicio Histórico Militar. ...124

SECCIONES

Grandes Autores del Arte Militar: José Gómez de Arteche y Moro
Pedro Ramírez Verdún.
Coronel. Infantería. DEM. 134

Cine Bélico 136

Información Bibliográfica 138

Sumario Internacional 140

Poemas: « Muertos sí, pero no esclavos» «Siempre en mis hijos las encuentre España » « Aún brazos quedan que os sabrán vengar » « Llévate mi bendición » 144

La Revista *Ejército* es la publicación profesional militar del Ejército de Tierra. Tiene como finalidad facilitar el intercambio de ideas sobre temas militares y contribuir a la actualización de conocimientos y a la cultura de los cuadros de mando. Está abierta a cuantos compañeros sientan inquietud por los temas profesionales. Los trabajos publicados representan, únicamente, la opinión personal de los autores.

Redacción, Administración y Suscripciones: Sección de Publicaciones de la JCISAT. C/. Alcalá 18, 4.º 28014 MADRID. Teléf.: 91-522 52 54. Telefax: 91-522 75 53. Pág. WEB: www.ejercito.mde.es, E-mail: ejercitorevista@et.mde.es; revistaejercito@telefonica.net. Suscripción anual: España 12,02 euros; Europa:18,03 euros; resto del mundo: 24,04 euros. Precio unidad: 2,4 euros.

(IVA y gastos de envío incluidos)

LA VIGENCIA DE LOS PRECIOS
REFERIDOS SERÁ DURANTE EL AÑO 2008

BICENTENARIO
DE LA GUERRA DE
LA INDEPENDENCIA

«VOUS ÊTES PERDU, SIRE»

(Estáis perdido, Majestad)[1]

Mario Hernández Sánchez-Barba. Catedrático de Historia Contemporánea.

El final de la Guerra de la Independencia significa el principio del apagón en Europa de la estrella imperial napoleónica. La Constitución doceañista de Cádiz, momentáneamente triunfante, limitaba el poder real de la monarquía absoluta, que pasaba a ser constitucional: el Rey se convertía en servidor del Estado, que era la cúpula de la Nación. El contenido de la Constitución, moderada en cuanto revolucionaria, era demasiado radical para el régimen de poder absoluto que pretendía sustituir. Aprobada con solo veinticuatro votos en contra, la situación radical del momento histórico —la guerra, en alianza el Ejército español con el inglés al mando del duque de Wellington— ejerció fuerte influencia en su promulgación entusiasta, el 19 de marzo de 1812.

El Ejército expedicionario inglés se había hecho fuerte en Portugal. El mariscal Soult quiso apoderarse de Badajoz y el Ejército anglo-español lo deshizo en la batalla de Albuera (16 de mayo 1811). Los triunfos franceses en el litoral mediterráneo, no consiguieron desequilibrar el éxito en Extremadura —conquista de Ciudad Rodrigo (20 de enero de 1812) — e incontenible ofensiva en Castilla —batalla de Arapiles (22 de julio de 1812) —.

El Ejército coaligado entra en Valladolid, avanza hacia Madrid, y obliga al «rey intruso» a huir a Valencia, aunque pronto regresará a la Villa y Corte, aprovechando el repliegue táctico anglo-español a Portugal.

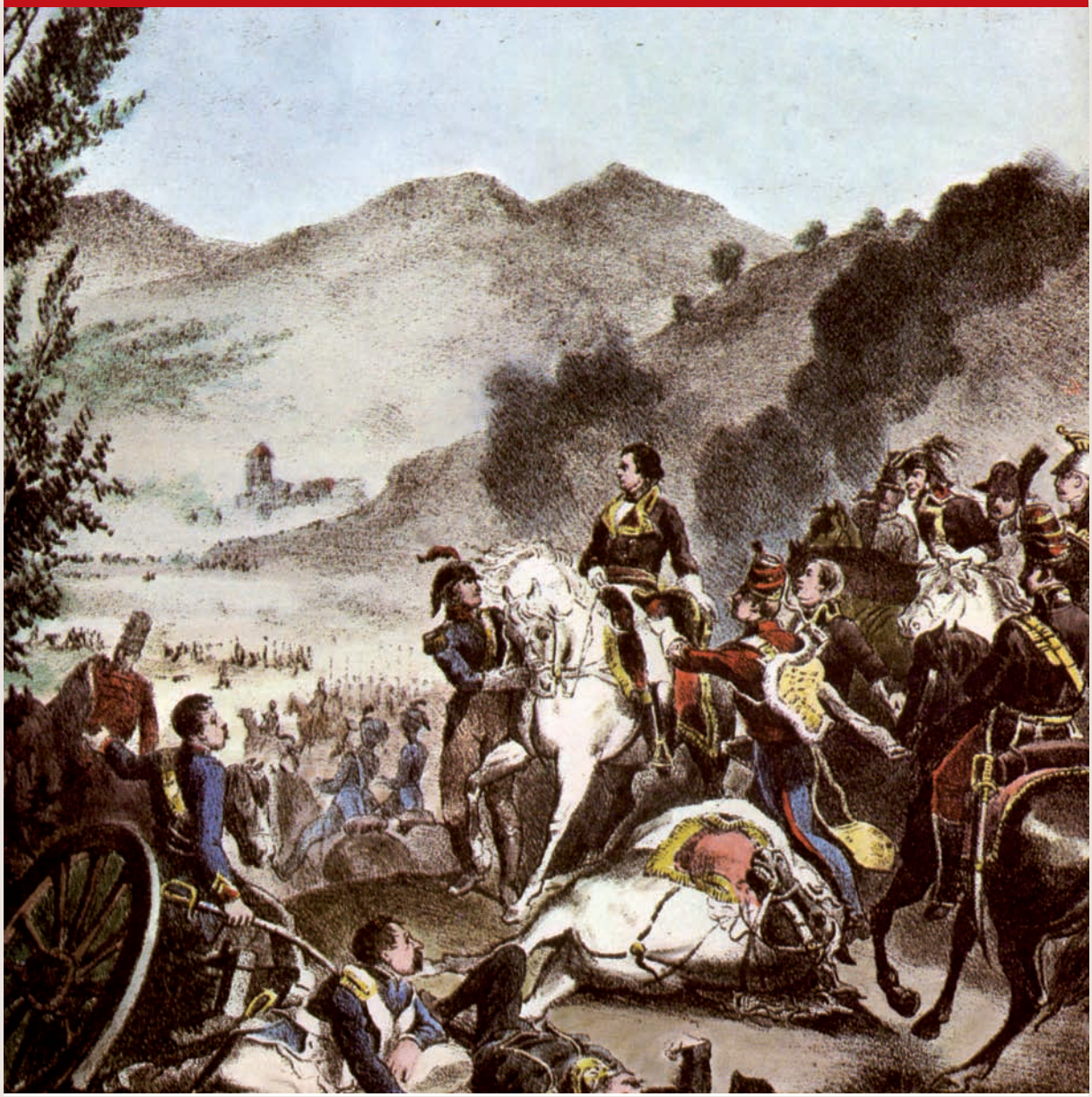
Mientras tanto, Napoleón se ve obligado a retirarse de la campaña rusa, ordena a su hermano José la salida de Madrid, retira las tropas de España, para tratar de de recomponer —sin conseguirlo— su posición en las nieves y los barros

esteparios, restringiendo las operaciones en la Península.

Wellington, que después de la victoria de los Arapiles, ha sido nombrado por las Cortes, Generalísimo del Ejército aliado, inicia su definitiva ofensiva que culmina en Vitoria. José I huye y el Emperador, en su triste retirada, nombra Lugarteniente en España al mariscal Soult, que trata, inútilmente, de recuperar posiciones tácticas.

De hecho se estaba produciendo una interacción entre las operaciones militares españolas en Occidente y la derrota francesa en Europa Oriental. Los grandes cerebros diplomáticos europeos ya pensaban en la reconstrucción de Europa, cuando se produjese la definitiva derrota militar. Cuando el mariscal Soult fue derrotado en la batalla de San Marcial (31 de agosto de 1813), el canciller austriaco Metternich —al pro-

Batalla de la Albuera

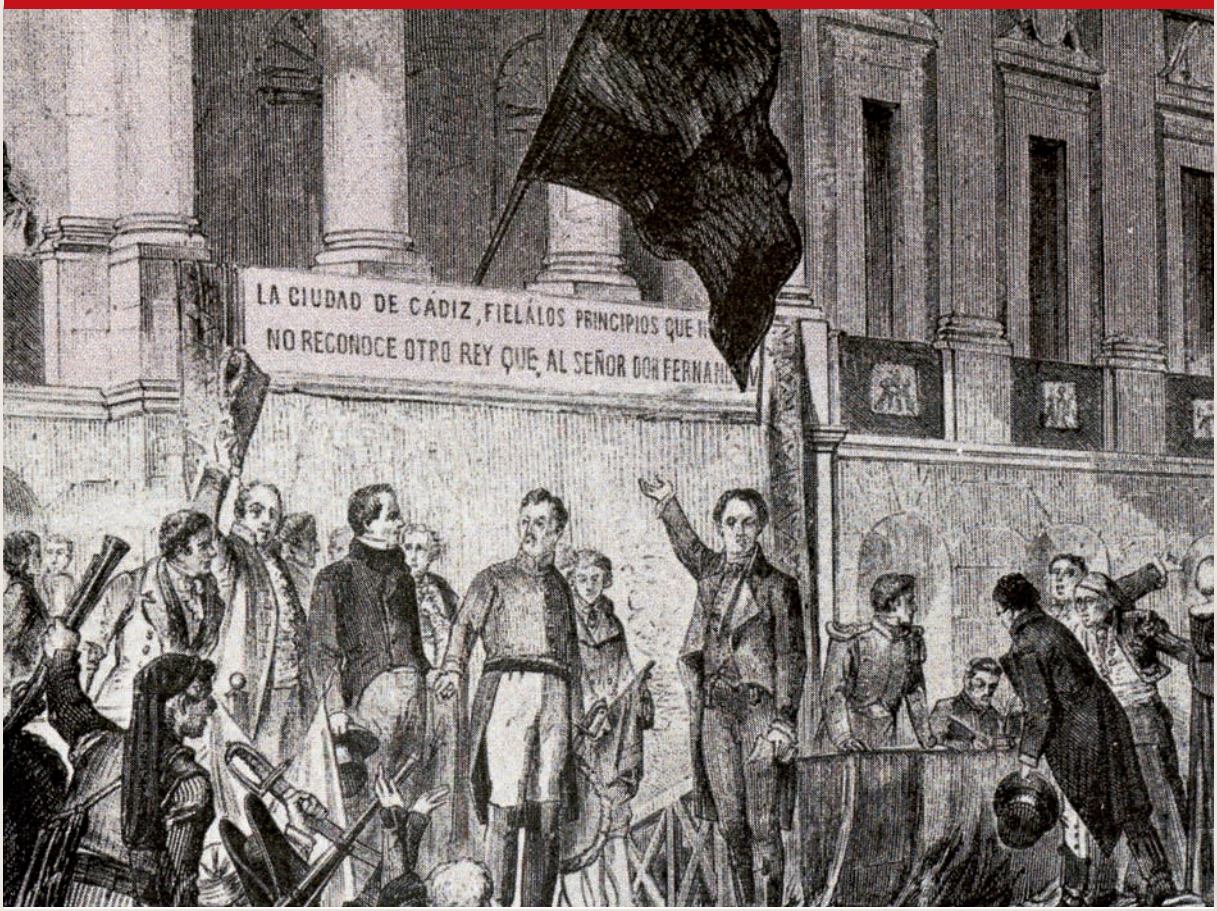


ducirse la ruptura del Congreso de Praga (junio-agosto de 1813), celebrado tras la retirada francesa de Rusia y recibirse las noticias de la derrota en España del mariscal Soult— espetaba al humillado Emperador francés, la dura frase con la que se titula este comentario histórico acerca del reflejo europeo de la Guerra de la Independencia española en su dimensión internacional.

También la Guerra de la Independencia tuvo una importante repercusión interna, no solamente porque durante su transcurso, España sufrió una dura ofensiva de las mejores tropas francesas, que limitó el espacio nacional prácticamente a un pequeño reducto gaditano, en el que se pudo alcanzar un importante cambio político. Asimismo —sobre todo— la guerra puso de manifiesto la vieja idea, surgida de la entraña misma de la tierra, de defensa de la personalidad histórica, supuesta por el constante rechazo de la idea de imperio, con momentos como la larga guerra contra Roma; la superación de las apetencias del *Sacrum Imperium* —más bien figuradas que reales y efectivas— del rey Alfonso el Sabio; las decisivas acciones de la Comunidades de Castilla, levantadas en defensa de la personalidad histórica de Castilla; la conquista de la Nueva España, cuando Hernán Cortés intenta convencer a Carlos I —«*Sacra, Católica, Real Majestad*»— de la importancia del Atlántico americano sobre el imperio alemán; y en el levantamiento de la Guerra de la Independencia, para recuperar al Rey y la tierra.

De esta actitud queda una clarísima muestra en el pensamiento político español de los siglos XVI, XVII y XVIII, en que resulta imposible en-

Junta de Cádiz



contrar rasgos evidentes que puedan considerarse sustentadores de un apoyo intelectual a la idea de imperio, que hiciera factible su aplicación a los rasgos más profundos de la lógica, y de los sentimientos del ser nacional español.

Sin ninguna duda, la guerra contra la Convención francesa, republicana y regicida, produjo en España una considerable profundización de los sentimientos de unidad nacional desde la base popular, fortalecedora de fundamentos marcadamente patrióticos y, por añadidura, demostrativos de la voluntad de independencia, sin renunciar de ningún modo, a recuperar del secuestro político al monarca «deseado», rechazando unánimemente la imposición de una dinastía «napoleónica».

Según la **Declaración sobre la Hermandad Revolucionaria de los Pueblos,** dicha imposición se entendía como un medio de «*liberar a las naciones vecinas de la esclavitud del Antiguo Régimen*», con la pretensión de anexionar territorios en nombre de la libertad, como si esta fuese un don a repartir por el despotismo de la Convención, tal como lo definió posteriormente Jean L Tallien: «*El sistema sanguinario, loco y destructivo que en aquella época oprimía a Francia. Fue absolutamente inequívoco el rechazo de dicha pretensión en las provincias y regiones fronterizas españolas: Guipúzcoa y Cataluña. En esta última de modo inmediato, como puede verse en las coplas a "la nació catalana para animarlos a pendre las armas en defensa de nostre Deu, Lley, Patria y Rey, contre les malvats francesos"* ».

La Guerra de la Independencia española es, de todas las guerras nacionales europeas contra el imperio napoleónico, el modelo más perfecto y avanzado de levantamiento nacional, que sorprendió al propio Napoleón, que reconoció paladinamente que:«*Los españoles en masa, se portaron como un hombre de honor*». Fue, en efecto, un pueblo en armas contra la invasión de un Ejército extranjero, con pretensiones de apoderarse de la legítima soberanía e imponer una dinastía extraña y exótica para la mentalidad española, católica y monárquica, constituida en poderosa tradición.

No resulta, pues, extraño que se pueda hablar de una guerra general, así como también de un pensamiento revolucionario, en cuya base figura un nuevo poder nacional, provisionalmente encarnado en la Junta Central Suprema Gubernativa del Reino, con objeto de mantener la unidad de decisión y, en cierto modo, procurar una línea específicamente institucional. Su vertebralidad, en periodo de guerra fue, desde luego, el Ejército, con la condición de social y nacional, bajo una doctrina y una jerarquía de mandos militares de gran categoría. La guerra contra Napoleón contribuyó decisivamente a la afirmación de la **nación española**. La ratificó la convocatoria para la reunión de las Cortes, en cuanto determinó el modo y la forma de adoptar la «representación» nacional, siguiendo en tal línea el democratismo castellano, de base social antes que estamental, de forma que **toda** la nación —concepto que entonces alcanzaba su auténtica consistencia— pudiera estar representada.

Existe, de hecho, en las Cortes gaditanas un acuerdo nacional que, de suyo, produjo la desaparición de casi todos los particularismos jurídicos regionales y locales, para alcanzar la unidad jurídica constitucional, respondiendo a una demanda que situó lo general-único, por encima siempre de lo particular-diverso. Las instituciones que lo produjeron fueron el Ejército y las Cortes. Ambas respetaron las dos ideas incardinadas en la monarquía española: la **garantía** de los derechos constitucionales y la **defensa** de la unidad del Reino.

En rigor, la Guerra de la Independencia de España supuso la acreditación del Ejército como una función social, constituyó incuestionablemente la implantación social del Ejército en cuanto organización y, de manera particular, en el apoyo de unos fundamentos que lo convierten en un canon de referencia nacional, con un paralelo jurídico en la Constitución de 1812, un verdadero modelo convergente con la sociedad nacional, definida como nación, en trance de defensa y de reestructuración de futuro.

Desde el punto de vista de la psicología social, se aprecia cómo se trata de algo nuevo: la sociedad entera se sintió movida por un ansia de liberación y, al mismo tiempo, de afirmación en lo propio, específico y tradicional.

NOTA

[1] Palabras de Metternich a Napoleón. ■

GUERRA, REVOLUCIÓN Y POLÍTICA en los orígenes de la España contemporánea

Francisco Javier Gómez Díez. Doctor en Historia.

En mayo de 1789, cuando el antiguo orden es destruido en Francia, son convocadas las Cortes españolas que deben prestar juramento a Carlos IV. No podía comenzar un reinado con peores augurios. El impacto de la Revolución Francesa fue ensordecedor: todo el continente se siente amenazado. Sobre todo porque la revolución que se anuncia en Europa no es resultado de la francesa; se trata de una crisis de desarrollo que amenaza la estabilidad de una sociedad carente de posibilidades de desenvolvimiento sin romper con el sistema. En esta situación, la revolución liberal será un nuevo desarrollo de las fuerzas productivas, encarnado en grupos sociales que encontraban imposible su promoción en las estructuras del régimen caído; y una transformación política, que sustituye la monarquía absoluta por un régimen constitucional, destruye los lazos señoriales, elimina los estamentos y rechaza la función política de la religión.

En España la situación es todavía más compleja. La rivalidad con Gran Bretaña por los mercados coloniales se había plasmado, en 1761, en una alianza: el *Tercer Pacto de Familia*. La seguridad española estribaba en el equilibrio de fuerzas entre dos potencias mayores, estableciéndolo sobre la alianza con la potencia más débil. Con independencia de las lamentables consecuencias que este pacto tendría en la coyuntura revolucionaria, no se trató, en modo alguno, de un asunto familiar entre dos ramas de la misma dinastía y, todavía menos, de un sórdido instrumento de sumisión a una potencia extraña. Fue un pacto entre iguales para garantizar el equilibrio americano y hacer frente al inglés[1]. Pero, la política española, orientada hasta 1789 hacia el Atlántico, se quebró con la Revolución

Francesa. Era demasiado tarde para replantear el error de establecer una alianza formal con Francia. España no podía prescindir de su aliada: oponerse a la Revolución significaba asociarse al resto de las potencias monárquicas, entre las que figuraba Inglaterra, y esta asociación no garantizaba las Indias. Era lógico —y peligroso, pues la *nueva Francia* amenazaba a la monarquía española en sus fundamentos— mantener la alianza francesa.

Cuando la radicalización del proceso revolucionario conduce las políticas de Floridablanca y de Aranda al fracaso, Manuel Godoy asume el poder. No se trata, como han puesto ya de manifiesto numerosos autores, del simple favorito de un rey abúlico. Sin que esto permita ignorar que los honores recibidos fueron desproporcionados: nunca antes, por ejemplo, se había concedido el título de príncipe a alguien carente de sangre real. Su posición fue siempre débil. Pese a sus contactos con los ilustrados y el apoyo esporádico de alguno de ellos, no contó con el Ejército, ni con los grandes, pronto agrupados en torno al príncipe Fernando, ni con la Iglesia, por culpa de su política regalista, ni con los representantes del poder económico, ni con el pueblo, que, robustecido en su espíritu reaccionario por los excesos de la Revolución Francesa, mezcló el ataque personal con su condición de *amigo de los filósofos*[2]. Godoy no fue en modo alguno un hombre mediocre, pero las circunstancias internacionales le superaron. Hizo cuanto le fue posible para salvar la vida del rey francés y, no consiguiéndolo, no tuvo otra salida que la guerra. España, integrada en la coalición antifrancesa, se ve envuelta por primera vez en las *guerras de la Revolución y el Imperio*.

Si el pueblo anunció ya en la Guerra de la Convención las actitudes y comportamientos que tendría en 1808, las potencias coaligadas fueron incapaces de derrocar la república francesa, y Godoy, creyendo que el enemigo nato de España era Inglaterra que, aliada con nuestro Gobierno, seguía extorsionando a la navegación española, buscó en la primera oportunidad la paz con Francia. La caída de Robespierre lo hizo posible. Godoy habría deseado un mínimo de neutralidad, pero la política inglesa y las maniobras del clan fernandino le empujaron en brazos de Francia. Se construye un pacto entre una república revolucionaria y la monarquía española, sobre la confluencia tradicional de sus respectivas flotas contra la inglesa.

Sobre la base de esta alianza Napoleón intentará, años después, invadir Inglaterra, sin éxito. El 21 de octubre de 1805, en Trafalgar, Nelson alcanzó una victoria rotunda. Al mismo tiempo, dos grandes acciones militares deparan a Napoleón el dominio del continente: Ulm y Austerlitz. Cuando la desaparición de la flota reduce su interés por España, Napoleón se dispone a invadir Portugal. Mientras, Fernando organiza el falso *motín de Aranjuez* y fuerza la abdicación de su padre, ignorando que esta proporcionaba a Na-

Godoy

Carlos IV y Fernando VII abdican ante Napoleón

poleón el pretexto para intervenir en España: padre e hijo, al dirigirse al Emperador en busca de apoyo para sus respectivas causas, le dieron la oportunidad de hacerse con la Corona. Las tropas francesas entraron en la Península: Portugal cayó sin resistencia y España fue ocupada.

En la distancia parece todo un despropósito, si España cometió el error de permitir que dos grandes potencias (Francia e Inglaterra) dirimieran en su terreno sus diferencias, provocando una destrucción general y su subordinación a estas potencias, los cálculos franceses no pudieron ser más erróneos: el embajador Beauharnais creía firmemente que todos los españoles deseaban ansiosos la intervención francesa para poner orden en el país. *«Toda España* —afirmó— *desea otro orden de cosas; todo el mundo sufre y espera con paciencia que el Emperador se digne ocuparse un día de este país, para volver a poner cada cosa en su lugar. Es un enigma comprender cómo un gobierno sin gobernantes puede subsistir y marchar. La parte sana de la nación española lee con placer las noticias del Emperador, porque espera que su posición cambiará»*[3]. Napoleón, alentado por estos informes, creyó que la pugna entre Fernando y su padre y el odio que había despertado Godoy habían predispuesto el ánimo de los españoles para aceptar su intervención.

MAYO DE 1808: LA RUPTURA

En la crisis de 1808, el primer hecho que destacar es la actitud de las instituciones representativas del Antiguo Régimen: los reyes abandonan a su pueblo, la Junta de Gobierno tolera a Murat como su Presidente, el Consejo de Castilla cursa las órdenes que recibe de aquella y las audiencias y los capitanes generales las aceptan. En contra se levanta una nueva legitimidad, nacida de una rebelión que rechaza la pasividad de los órganos representativos del Antiguo Régimen.

En esta línea Miguel Artola ha reconstruido el proceso[4]. Fernando, inseguro, después del golpe contra su padre, se dirige a Francia buscando el apoyo de Napoleón. Al marchar constituye una Junta que, reconocida por todas las autoridades del país, no percibe la gravedad de los acontecimientos y, sin órdenes reales concretas, se somete a los franceses. En principio no fue distinta la actitud del Consejo de Castilla: cediendo a las presiones de Murat, hace pública la convocatoria de Cortes en Bayona, no ofrece ninguna resistencia a circular los decretos imperiales y proclama rey a José. La misma debilidad afectó a las audiencias y a los capitanes generales que, enfrentados con el levantamiento popular, piden instrucciones al Consejo de Castilla e intentan mantener a toda costa el orden público.

De esta forma, concluye Artola, el Dos de Mayo ilustra el enfrentamiento popular a la política de apaciguamiento seguida por las autoridades. El nuevo poder es doblemente revolucionario: por la forma de constituirse, en oposición a las autoridades establecidas, y por la potestad que se atribuye. Desde el principio las Juntas nacidas del levantamiento entienden que la soberanía les pertenece. Así se enfrentarán meses después con el Consejo de Castilla que, rectificando su primera actuación, reclama el poder.

Al comenzar junio, de la antigua administración no queda el menor rastro y las instituciones que conservan nombre y miembros, como las audiencias y los ayuntamientos, han sufrido variaciones substanciales, recortes en sus atribuciones y subordinación a la Junta local. En su dimensión política se ha acabado el Antiguo Régimen, y Fernando VII no será capaz de restaurarlo.

Pronto se pusieron de manifiesto las diferencias de sentido que cada grupo daba a los acontecimientos, radicales en su transformación pero difíciles de caracterizar. En primer lugar hay que preguntarse: ¿Cuáles fueron las auténticas motivaciones del alzamiento? ¿Quiénes sus principales impulsores? Y, en este sentido, sin negar los objetivos reformistas, hay que reconocer la presencia fundamental de motivos *religiosos* e impulsores eclesiásticos. El significativo papel del clero condiciona cualquier respuesta que demos al proceso. Los eclesiásticos vuelcan en el proceso todo su prestigio, intelectual y moral, y todo su poder económico, desarrollan una capital actividad propagandística, marcan con el ejemplo caminos a seguir e intervienen en la acción guerrillera, como consejeros e, incluso aunque pocas veces, como organizadores directos de partidas. Al mismo tiempo, legitimando la guerra como defensa frente a una invasión herética, preparan el ánimo de la población para hacer posible el regreso del viejo orden y lo hacen no pocas veces desde las mismas Cortes, donde se sientan 97 eclesiásticos.

En segundo lugar, hay que reconocer que la presencia de una conciencia revolucionaria era minoritaria en España. El detonante de la revolución, entendida como ruptura del pacto político, es un conflicto internacional y no las contradicciones existentes en el cuerpo social. El comportamiento de Fernando y Carlos ante Napoleón es ajeno al levantamiento. El Dos de Mayo es anterior a la renuncia de ambos monarcas y los argumentos esgrimidos por Fernando, radicalmente tradicionales. Este, al descubrirse los verdaderos planes de Napoleón, convocó un Consejo extra-

Napoleón y Fernando VII en Bayona

ordinario con la participación de todos los notables que le habían acompañado a Bayona. A excepción de Escoiquiz, Macanaz y Vallejo, todos se negaron a aceptar la propuesta del Emperador, alegando que el Rey no podía renunciar a un pacto contraído con la nación sin contar con la voluntad de esta y que tampoco podía privar a sus descendientes de su derecho a la sucesión. Napoleón, que no había reconocido oficialmente a Fernando como rey, se limitó a esperar la llegada de Carlos IV a Bayona, convencido de que, ante la amenaza representada por su padre, Fernando cedería.

En tercer lugar hay que considerar que la composición de las Juntas no condiciona su significado; están formadas por personas de autoridad antigua: *«El pueblo nombró para que le gobernase a aquellos cuerpos y personas a quienes tenía costumbre de obedecer y reverenciar»*, diría tiempo después Martínez de la Rosa. Pero, en no pocos de sus miembros se observa la clara intención de construir otra cosa distinta, aunque no se tenga claro de qué cosa se trata. Los que se hacen con el poder en la Junta Central manifiestan un doble fin en el levantamiento: *la guerra y la revolución*. Para algunos el *pueblo* ha reasumido la soberanía, pero este no parece pretender semejante cosa. La conciencia revolucionaria era minoritaria, pero estaba destinada a extenderse, en la medida en que urgía dar un contenido ideológico convincente a la insurrección. El punto de partida es un vacío de poder —la quiebra de las viejas instituciones—, y este vacío de una forma u otra deberá teorizarse. En este sentido, los liberales ensalzarán la acción del pueblo. Por ejemplo, años después, escribe B. J. Gallardo: *«Desarmado, maldecido y abandonado por el débil gobierno de Madrid, fue él [el pueblo] quien el dos de mayo se lanzó sobre las hordas del pérfido Murat lanzando el primer grito de la independencia española, un grito sublime que resonó en el último rincón del reino»*.

Están teorizando la revolución, pero es muy difícil, en último término, establecer la auténtica fuerza y popularidad de los liberales a esas alturas y, al mismo tiempo, la medida en que sus reformas incrementan el número de los que se niegan a aceptar el cambio.

LAS HOSTILIDADES

Al comenzar las hostilidades las fuerzas francesas suman algo más de 110.000 hombres, en su mayoría bisoños. Su inexperiencia explica la derrota de Bailén y sus consecuencias: el quebranto político del poder francés en toda Europa, cuando por primera vez su Ejército había sido derrotado en campo abierto; el repliegue de las tropas napoleónicas hacia el norte de la Península; y la llegada, el 1 de agosto, de las tropas inglesas que venía a participar en la *Peninsular War*.

Con todo, la derrota de Napoleón fue un espejismo. El Emperador dirige contra España 250.000 hombres que pronto logran la victoria; no los objetivos buscados: los ejércitos españoles, vencidos y dispersos, no han sido destruidos. Napoleón, que esperaba como en campañas anteriores, que el enemigo capitulase, se encontró enfrentado a una situación inédita: *una guerra nacional*. Incapaces de mantenerse en campo abierto ante tropas superiores en todos los aspectos, los españoles sustituyeron la guerra regular por la guerrilla. Miles de fugitivos de las unidades españolas derrotadas, abandonan-

do el terreno al enemigo, mantienen su decisión de combatir y organizan a los guerrilleros procedentes de todos los grupos sociales[5].

La violenta iniciativa guerrillera solo puede compensarse con acciones de castigo que, por su inevitable crueldad, generan un *odio implacable*, destruyen cualquier posibilidad pacificadora y facilitan la beligerancia universal. Los resultados son devastadores: dispersa y fija a las tropas francesas y erosiona sus efectivos, mientras modifica la situación internacional, al dar nuevas oportunidades a otras potencias y servir de ejemplo a otras naciones. De todas formas, la guerrilla por sí sola nunca habría vencido al Ejército francés. El triunfo fue posible al combinarse la acción guerrillera, las operaciones del Ejército convencional, inglés y español, el control británico del mar y la campaña de Rusia; cuando esta obliga a Napoleón a retirar sus mejores tropas de España, el Ejército español se reorganiza e inicia la reconquista del territorio; un territorio destruido.

LA ILUSIÓN AFRANCESADA

El 4 de junio de 1808 Napoleón entrega la corona de España a su hermano. La minoría —no superior a las 15.000 personas— que acepta, por razones políticas y no personales, la conveniencia del nuevo poder, considera necesario continuar las reformas ilustradas y recomienda el cambio de dinastía por razones de orden público, para evitar las consecuencias terribles de una guerra con Francia y para asegurar las posesiones americanas. Los *afrancesados* representan la continuidad de la orientación tradicional de alianza con Francia, creen trabajar por el interés de la nación acatando la nueva dinastía, al tiempo que rechazan la desmembración del país y la injerencia extranjera. Les impulsa el prestigio de Napoleón —militar, reformista y restaurador de la Iglesia francesa— y la creencia de que José sería una garantía de independencia frente a su hermano[6].

Estas creencias y esperanzas se frustran por la imposibilidad de parar la guerra y, como consecuencia, por la creciente injerencia de Napoleón, convencido de que los españoles no reconocerán la autoridad de nadie que les llame a la rendición. El Emperador, fracasados los esfuerzos pacificadores de José, sin sustituirle, reduce el problema español a un problema militar y, por lo tanto, entrega la autoridad a sus generales: el 8 de febrero de 1810 establece cuatro gobiernos (Cataluña, Aragón, Navarra y Vizcaya), reuniendo en cada uno todos los poderes civiles y militares. La autoridad del Rey queda reducida al mínimo. Napoleón alegaba para gobernar España el derecho de conquista y José la constitución de Bayona, que para el primero había fracasado.

Con independencia de la frustración inicial de todos los proyectos e ilusiones afrancesados, no cabe ignorar las coincidencias, por lo menos en sus objetivos reformistas, con los liberales gaditanos y, de mucha mayor importancia, la sólida presencia de estos ideales políticos en los proyectos asociados al *Estatuto Real* de 1834 y al desarrollo del liberalismo conservador decimonono.

LAS CORTES DE CÁDIZ

La Juntas Supremas constituyen la negación del Antiguo Régimen. Sintiéndose o no creadas por la voluntad popular, actúan como si lo hubieran sido: declaran la guerra, disponen de los caudales del Estado e imponen tributos. Pero son insuficientes. Desarticuladas las instituciones del Antiguo Régimen, se imponía la necesidad de un gobierno central. Surge entonces la Junta Central, que el 1 de enero de 1809 promulga el *Reglamento para el Régimen de las Juntas Supremas*, reduciendo a las provinciales a meras ejecutoras de sus disposiciones. Al mismo tiempo se había descartado el establecimiento de un Consejo de Regencia y, por lo tanto, era urgente reunir Cortes.

La casi unánime demanda de una convocatoria de Cortes esconde una discrepancia: unos piensan en la institución tradicional y otros, en una institución nueva, que, dando al país una constitución, sirva de freno al poder real. Esta discrepancia no oculta un unánime interés por las reformas y por la limitación del poder real. En la búsqueda de fórmulas para poner límites a este poder se plantean tres respuestas: una reinterpretación de la tradición jurídica española, que pretende complementar la obligación moral del monarca con una más explícita limitación de sus atribuciones, atribuyendo a los Consejos y a las Cortes una capacidad de resistencia contra sus decisiones injustas; otros, considerando también

insuficiente la simple obligación moral, proponen la división de poderes; y en último término, algunos, de acuerdo o no con los principios del contrato social, reclaman para la mayoría el poder de señalar una línea de conducta al Gobierno. Las reformas sociales propuestas rechazan la propiedad de oficios, la sociedad basada en el privilegio y el señorío jurisdiccional; critican al clero regular, acusándole de no aportar nada a la sociedad, de ignorancia y de falta de vocación, mientras defienden al secular; insisten en la necesaria reforma de la Iglesia, etc.

Después de la pérdida de Andalucía, la Junta Central se disuelve y da paso a una Regencia, que, mediatizada por la Junta de Cádiz, en agosto de 1810 resuelve convocar Cortes sin estamentos, donde se admita a los diputados de las provincias ocupadas, aun careciendo de alguna de las formalidades prescritas. En tanto llegasen, se elegirían para suplirlos diputados interinos entre los emigrados de aquellas provincias residentes en Cádiz. Pero el triunfo de la revolución liberal es entonces imposible: la Constitución es elaborada sin el Rey y en contra suya, es de suma rigidez, la sociedad española está muy dividida y en Europa pronto domina el ambiente restauracionista.

Así, la obra política de las Cortes, considerando como un todo la Constitución y la obra gubernativa, aparece únicamente como el programa de los liberales, que pretendía modificar la estructura total de la Monarquía. En teoría se dividieron los poderes del Estado; en la práctica las Cortes, aprovechando la ausencia del Rey y su capacidad de elegir y cesar a la Regencia, controlaron a los otros dos. Dadas las circunstancias de la guerra y ausentes las condiciones mínimas de un régimen parlamentario, el liberalismo hará de las Cortes generales un verdadero *Gobierno de Asamblea* para impulsar un profundo proceso de cambio[7].

Se proclamó la soberanía nacional, frente a la teoría de la cesión perpetua de esta en el Rey y sus sucesores. En la sesión inaugural de las Cortes algunos diputados aprovecharon para fijar una declaración de principios que, al adquirir fuerza de Ley, obligó en lo sucesivo a las Cortes. Entroncan el reconocimiento de Fernando con la doctrina de una nueva elección, por la que la nación libre y soberana se da un rey; esta interpretación se apoya en la afirmación de que la cesión de la corona es nula por faltarle el consentimiento de la nación y la limitación con que la nación soberana le entrega la corona, que ha quedado equiparada al poder ejecutivo. Los liberales hacen del levantamiento contra el *tirano francés,* una toma de posición contra la tiranía. Así, las Cortes se constituyen en Asamblea Constituyente y asumen la soberanía nacional. Se trata de un golpe revolucionario que justificará la argumentación realista de 1814.

El modelo de sociedad que se defiende puede caracterizarse en torno a una idea de igualdad, entendida como sociedad abierta al talento. Lo que se niega es el privilegio por principio. Se intenta sustituir la sociedad estamental por otra regida por los principios de igualdad, mérito y capacidad. Una igualdad legal, consistente en eliminar los privilegios y abrir a los españoles la carrera de los premios; una sociedad meritocrática, más que igualitaria. Interesa entonces definir algunos principios: todos los hombres nacen iguales, y solo por la educación pueden distinguirse; no es el rey, sino el propio mérito el que decide el valor de cada individuo; los cargos deben confiarse a los idóneos, y lo que hacen odiosas, injustas e impolíticas las distinciones y privilegios es su carácter de exclusividad en virtud del cual se cierra el acceso a la mayoría de los ciudadanos. Pérez Ledesma[8] ha observado cómo en las fases posteriores de la revolución liberal española, muchos objetivos gaditanos fueron abandonados en beneficio de un nuevo planteamiento, más volcado en la defensa de la propiedad que en la promoción del mérito, pero este punto de partida condicionó el análisis de cuestiones básicas para el futuro, como la distinción entre los derechos civiles y políticos, la representatividad, la imagen del Ejército o los problemas sociales vinculados a la idea de propiedad.

Levantan, frente al privilegio histórico, el derecho universal a la representación como primera gran afirmación revolucionaria. Se afirma la homogeneidad social, frente a la distribución estamental, y la regional, frente al planteamiento tradicional que hacía a los diputados representantes de los pueblos o provincias por las que habían sido elegidos. Representan a la nación y nadie puede exigirles directamente responsabilidades de su gestión. Aun así, el derecho univer-

sal a la representación pronto se vería enfrentado a nuevas formas de discriminación. El voto restringido será el instrumento del que se valdrán los revolucionarios para imponer al país una nueva estructura, en la que se distingue entre español y ciudadano, y se entrega el poder legislativo a la burguesía propietaria.

La diferenciación entre derechos civiles y políticos justificaba este fenómeno. La divisoria pasaba por el hecho de que los primeros derivaban de la Ley natural, mientras los segundos emanaban de la legislación política de cada Estado. Por razones de justicia, los civiles tenían que ser comunes a todos, en cambio para delimitar los políticos el criterio no era la justicia, sino el bien general. Mientras los civiles no podían negarse a nadie, los políticos sí podían sufrir limitaciones en pro de este *bien general*. En este sentido hay que tener presente que el ideal burgués viene a identificar la felicidad nacional con la suma de las felicidades individuales. Un *individualismo* que sirve de piedra de toque para garantizar la

Soldado de la Caballería española

justicia. El individuo tiene por serlo, ciertos derechos y deberes. Entre los primeros destacan la libertad, la igualdad, la propiedad y la seguridad. Estos por su generalidad uniformizan las condiciones jurídicas de los españoles, aunque el proceso tardará mucho en completarse con la desaparición de los fueros privilegiados, militar y eclesiástico, y el establecimiento del sufragio universal.

La felicidad individual, base de la felicidad de una nación, consiste en prosperidad y bienestar material, y para hacerla posible, creen suficiente dejar en libertad las potencias e impulsos del hombre, al cual su razón, sin tutela de ningún género, le prescribirá necesariamente los medios adecuados para la realización de su fin natural. En esta afirmación (la identidad de los fines del Estado y del individuo) se desliza la idea, basada en una supuesta armonía y equilibrio naturales, de que basta la persecución individual de la felicidad para que se siga el desarrollo de la felicidad de todos. La optimista concepción antropológica liberal está vinculada a una relajación de la intensidad con la que se asume el pecado original y sus consecuencias. Desaparecida la barrera teológica que hacía dudar al hombre de sus capacidades, las conclusiones racionales se constituyen en principio ordenador suficiente. La razón no se encuentra limitada por realidad o principio de autoridad alguno. El mal deja de ser la inclinación casi natural del hombre al pecado, para convertirse en una perversión de la razón por la ignorancia. Desde esta concepción creen posible construir una sociedad radicalmente distinta a la existente y, dada la identidad racional entre el hombre y la realidad, abocada a un progreso indefinido que ha de satisfacer las necesidades de los hombres y garantizar sus intereses.

Los fines individuales y colectivos coinciden, la felicidad social es la suma de las particulares. Así, la prioritaria reforma social se entiende como una afirmación del *sagrado derecho de propiedad*. La propiedad en el Antiguo Ré-

Congreso de Viena

gimen está limitada por el *derecho eminente* que los juristas han atribuido al monarca y que le permite, al menos en teoría, privar de sus bienes a sus vasallos; por los derechos adquiridos por colonos, censualistas o foreros y, finalmente, por los derechos de que disfrutan cuerpos como la Mesta o la propia comunidad que señala al titular de la propiedad barreras infranqueables.

A la formación del nuevo concepto de la propiedad contribuyeron la afirmación del individualismo y sus derechos, siendo el de propiedad tanto una garantía de la libertad como una simple prolongación del derecho que cada individuo tiene sobre su propia persona. Junto a esta argumentación teórica existe una necesidad económica. El régimen de explotación de la tierra imperante era para el Estado una amenaza de postergación en el concierto internacional y conducía a no poder satisfacer las necesidades nacionales. Así, las Cortes, encontrando en la propiedad la esencia y fundamento del régimen a que aspira y afirmando que solo *el cuerpo legislativo legítimamente elegido por la nación entera* podrá privar a los ciudadanos de *aquella parte de la propiedad que sea absolutamente precisa* para conservar el Estado y proteger la sociedad, exalta la propiedad como un derecho ilimitado: *«…es preciso que ninguna autoridad, ninguna voluntad, si no es la del mismo propietario, explicada por sí o por quien legítimamente lo represente, pueda disponer del todo o parte de sus bienes, porque si otra autoridad u otra voluntad diferente pudiese disponer de ellos, desde entonces dejaría de ser propietario y de tener el uso seguro y libre de lo que le pertenece»*.

Partiendo de esta idea de propiedad, se fue a la disolución completa de los estamentos; se suprimieron los privilegios y las diferencias de condición jurídica; se abolieron, como consecuencia de la idea de propiedad y de la idea de soberanía, las supervivencias del régimen señorial en el campo e «*incorporados a la nación todos los señoríos jurisdiccionales, de cualquier clase y condición*», se uniformizó la administración de la justicia; se convirtieron en propiedad privada los señoríos territoriales y solariegos; se suprimieron las facultades jurisdiccionales de los señoríos y, entre otras cosas, se estableció la plena libertad de comercio. En todo el proceso —manifestación de una deficiencia del liberalismo español— se desconocen los intereses campesinos; no pretenden liberar al campesino, sino implantar el derecho de propiedad sobre una base contractual.

De todas formas, se manifestó una discrepancia entre los defensores de la plena libertad individual, y con ella el abandono de cualquier intervención estatal en la vida económica, y los que pretendían avanzar en el camino de la igualdad. Ambos sectores aceptaban el sagrado derecho de propiedad, pero para unos debía ir acompañado por un aumento en el número de propietarios, para reducir las situaciones de pobreza, y otros preferían dejar actuar sin interferencias las leyes del mercado para conseguir un aumento de la riqueza nacional, que a la larga beneficiaría también a los menos favorecidos. Las diferencias se hicieron visibles en las discusiones sobre los problemas agrarios, pero no se llegó a ninguna solución, y los planteamientos que pretendían ir más allá de la pura igualdad ante la ley, no volvieron a aparecer cuando los liberales retornaron al poder.

Las Cortes debieron ocuparse todavía de otros dos problemas de capital importancia: el

militar y el eclesiástico. Domina en ellos el mismo modelo de sociedad meritocrática. En síntesis el pensamiento político militar de las Cortes de Cádiz veía en el Ejército tradicional un instrumento del Rey, que se pone al servicio del absolutismo. Por ello se hacía preciso contrarrestarlo con la creación de las milicias dependientes del poder legislativo. Había calado en los diputados la idea del ciudadano soldado, y menudearon las formulaciones rotundas en apoyo de las tesis de la imbatibilidad de la nación en armas. Era fruto de la influencia de la corriente política liberal nacida en la Inglaterra del XVII, reforzada por las experiencias norteamericana y francesa; del miedo a las fuerzas armadas profesionales y del odio suscitado por Godoy, que realmente escondía el conflicto, característico del XVIII, entre la burocracia civil y los militares a los que se encomienda progresivamente mayor número de cargos de responsabilidad. Junto a esta desconfianza, la idea del mérito lleva a suprimir la exigencia de nobleza para el ingreso en los cuerpos, colegios y academias militares, abriendo un camino de ascenso social a grupos burgueses[9].

La configuración por obra de las Cortes de Cádiz y de la guerra de un nuevo Ejército, tiene una consecuencia de gran importancia posterior. Se transforma la mentalidad de los militares. Aparece en ellos la conciencia de formar un Ejército nacional, no un Ejército real. El cambio psicológico que lleva al militar a convertirse en el brazo defensor de la nación y no del soberano le conduce, a la larga, a considerarse como elegido para actuar de núcleo primario, de vanguardia de la voluntad nacional. Considerará que existe un conjunto de principios consagrados por el común asentimiento y voluntad permanente de la nación, cuya conservación y representación le está conferida a los militares, que han hecho de su profesión un compromiso con la nación. Esta idea, la identificación militar con la sociedad meritocrática, la política militar de Fernando VII y la debilidad estructural del Estado llevarán al Ejército a convertirse en brazo armado de la revolución liberal y, posteriormente, garantía de su estabilidad.

El último problema hace referencia a la necesaria reforma de la Iglesia y su relación con el Estado. En el texto constitucional, que invoca a Dios y no recoge ni la separación de poderes ni la tolerancia religiosa, se produce una inversión: en la legislación tradicional el primer libro se dedicaba a la religión y a los asuntos relacionados con la Iglesia, ahora lo primero es la nación, en una radical prolongación del regalismo ilustrado. La soberanía nacional conducía al establecimiento de un modelo de representación y de garantías jurídicas, pero, al mismo tiempo, radicalizaba el exclusivismo estatal en torno al ejercicio de la soberanía y, por lo tanto, pretendía sujetar férreamente a la Iglesia. El liberalismo español es unánimemente católico hasta bien entrado el siglo XIX y, durante años, está apoyado por un importante sector de clero reformista, pero esto no permite reducir el conflicto a los esfuerzos liberales por acabar con los privilegios feudales y a la reacción violenta del clero.

Si las reformas políticas para limitar el poder real eran sentidas, en torno al año ocho, como necesidad urgente por buena parte del clero, que buscaba defenderse de una política regalista y desamortizadora, pronto aparecen motivos de disconformidad: el rechazo revolucionario de la representación estamental, la amenaza desamortizadora, el hecho de que una frontera imprecisa entre la disciplina interna y externa lleve al intervencionismo unilateral de las Cortes en la Iglesia, la abolición del Santo Oficio, etc. Así, frente a una nobleza totalmente desarticulada, la Iglesia, especialmente sus dignidades y los regulares, desde 1810, librará una constante y tenaz lucha contra el proyecto gaditano, convirtiéndose, aparentemente, en la defensora natural del Antiguo Régimen. Las dificultades y urgencias introducidas por los conflictos bélicos que se prolongan hasta 1840, confirmaron el conflicto como inevitable.

EL RETORNO DEL «DESEADO», FUNDAMENTO DE LA CRISIS DECIMONÓNICA

Mientras tanto, Fernando VII había pasado la guerra cautivo en Valencia; poco he dicho de él, porque poca atención merecía hasta ese momento. Como escribe Talleyrand, en sus *Memorias: «Todo lo que uno podía decir de ellos* [de Fernando y sus hermanos] *durante aquello cinco años es que vivían»*, recordando el escaso uso, por no decir nulo, que hicieron de la brillante biblioteca del palacio. Además, en ningún momen-

to hizo el menor esfuerzo por huir de su encierro. Convencido de la victoria indudable de Napoleón, ante el esfuerzo más serio por liberarle —el protagonizado, con apoyo inglés, por el barón de Colly—, fue el mismo Fernando el que lo denunció al gobernador del castillo. Los testimonios que de la sumisión fernandina ha dejado Napoleón en sus memorias, podrían sin dificultad, pero sin mayor interés también, multiplicarse.

Cuando las armas napoleónicas iniciaron un declive irreversible a finales de 1813, la situación de Fernando cambió radicalmente, pero no él. Napoleón, derrotado ya en Rusia y deseando cerrar el frente español para jugar una última baza —la del mantenimiento de su poder exclusivamente en Francia—, buscó la paz con el Rey y, este, temeroso de que las corrientes revolucionarias hiciesen irreversible la situación en España, aceptó. Desvinculándose, así, de cualquier entendimiento con los firmantes de la última coalición antinapoleónica, Fernando debilitaba irreversiblemente la posición de España en el futuro Congreso de Viena.

Si Fernando no pudo o no quiso, la profunda quiebra del Estado representada por la Guerra de la Independencia tampoco fue resuelta por el triunfo definitivo del liberalismo. Aquí es donde se manifiesta frustrante la gloria de 1808. En España al concluir el siglo XVIII existe una identidad española, una homogeneidad institucional superior a la Francia prerrevolucionaria, y una integración, vinculada al lento progreso económico favorecido por la monarquía, de las elites regionales; fenómeno compatible con el hecho de que los catalanes, considerándose súbditos leales de la monarquía española, rechacen ser identificados, en lengua y leyes, con Castilla.

El conflicto con Francia fortalece esta identidad y favorece el desarrollo de un espejismo nacionalista: tras la Guerra de la Independencia (y teniendo presente una historia secular) resultó evidente la existencia de la identidad española y, por lo tanto, innecesario movilizar a las masas en un sentido nacional. De todas formas, si en España no se hicieron estos esfuerzos no fue solo por el impacto psicológico de 1808, sino por la quiebra del Estado asociada a la guerra. El nuevo régimen liberal nacería en una coyuntura de ruptura. Una profunda división política de nuestra sociedad, una reducida base social de apoyo al liberalismo y un Estado sumido en una dramática debilidad hicieron prácticamente imposible aprovechar la *Guerra de la Independencia* para cohesionar solidamente a la nación española[10].

NOTAS

[1] José María Jover, desde su excepcional magisterio, fue uno de los que con mayor empeño insistió en esta idea; vid. *España en la política internacional. Siglos XVIII-XX*, Madrid, 1999, donde recopila antiguos trabajos.

[2] Junto a Manuel Godoy, *Memorias*, Alicante, 2008 (edición de E. La Parra y E. Larriba), debe consultarse la obra de Carlos Seco Serrano, *Godoy. El hombre y el político*, Madrid, 1978; y, más recientemente, Enrique Rúspolli, *Godoy. La lealtad de un gobernante ilustrado*, Madrid, 2004.

[3] Cit. por Rafael Sánchez Mantero, *Fernando VII*, Madrid, 2001, p. 56.

[4] Miguel Artola, *Los orígenes de la España contemporánea*, Madrid, 2000.

[5] Junto a la reciente crónica militar de Emilio de Diego, *España, el infierno de Napoleón*, Madrid, 2008; tiene interés el estudio de Nicolás Horta Rodríguez, «Sociología del movimiento guerrillero», *Fuerzas Armadas españolas. Historia institucional y social*, vol. II, Madrid, 1986; y, desde la perspectiva de un militar napoleónico, las *Memorias* del Barón de Marbot, Madrid, 2008.

[6] Cfr. Miguel Artola, *Los afrancesados*, Madrid, 2008.

[7] Juan Ignacio Marcuello Benedicto, «Las Cortes Generales y Extraordinarias: Organización y poderes para un gobierno de asamblea», *Ayer 1*, Madrid, 1991. Desde posiciones distintas, Federico Suárez destacó la supremacía adquirida por el legislativo, *Las Cortes de Cádiz*, Madrid, 1982.

[8] Manuel Pérez de Ledesma, «Las Cortes de Cádiz y la sociedad española», *Ayer 1*, Madrid, 1991.

[9] José Cepeda Gómez, «La doctrina militar en las Cortes de Cádiz y el reinado de Fernando VII», *Fuerzas Armadas Españolas. Historia institucional y social*, vol. 3, Madrid, 1986.

[10] Francisco Javier Gómez Díez, «El nacionalismo. De la modernidad a la posmodernidad», *Mar Oceana* 14-15, 2003, Madrid. ■

CONSIDERACIONES SOBRE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

CONTEMPLADA DESDE LA ECONOMÍA

Juan Velarde Fuertes. Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Contemplados los sucesos de España en torno a 1808 desde el punto de vista de la economía, surgen tres cuestiones. La primera, si contemplásemos aquel 2 de mayo de 1808 con una visión actual, ¿qué aspecto macroeconómico diríamos que poseía? La segunda, ¿cómo golpeó la economía de guerra a cada uno de los bandos en pugna, al anglo-hispano-portugués y al francés, en el ámbito de la Península exclusivamente? La tercera, ¿qué fuerzas surgieron en plena contienda hasta ser capaces de cambiarlo todo, incluso a partir del propio reinado de Fernando VII?

LA ECONOMÍA ESPAÑOLA EN 1808

El PIB por habitante en los momentos previos al inicio de la Guerra de la Independencia ha sido estudiado recientemente, y recogidas estas investigaciones en un valioso ensayo de Carlos Álvarez-Nogal y Leandro Prados de la Escosura, titulado «The decline of Sapin (1500-1850): conjectural estimates», y que se puede leer en la *European Review of Economic History*, 2007, vol. II. Pues bien, al comparar el PIB por habitante de 1800 con el de 1600, un momento culminante de nuestra potencia en todos los sentidos, nos encontramos con que según las diversas estimaciones, oscila entre un aumento de un 50'4% y un descenso de un 11'3%. La primera de las estimaciones, al examinarla críticamente, parece exagerada, y se debe, muy probablemente, a una infravaloración de 1600, pues se le hace disminuir 34'6 puntos porcentuales respecto a 1500, con lo que 1800 sólo supera en un 11'7% a 1500. O sea que en 300 años, según esta estimación de Carreras, la economía española aumenta, por habitante sólo un 11'7%. En las demás, en 200 años, el PIB desciende un 2'6% en una; aumenta en otra un 18'2%; en este último caso, ese 18'2% se produce en 220 años; existe otra estimación, con una rebaja en los 200 años anteriores a la Guerra de la Independencia, de 10'7%, y en otra más, se observa un estancamiento clarísimo respecto a 1600. Esto quiere decir, que en España nada se había avanzado en los siglos XVII y XVIII.

Como consecuencia de eso, el PIB por habitante español se encontraba entre un 40% y un 50% del británico en 1800; y ese mismo año, era un 40% del PIB por habitante holandés y entre un 70% y un 80%, de la media europea. Concretamente se tenía el 89% del PIB por habitante de Francia, el 90% del italiano y el 94% del alemán, un pueblo entonces claramente deprimido. Débil

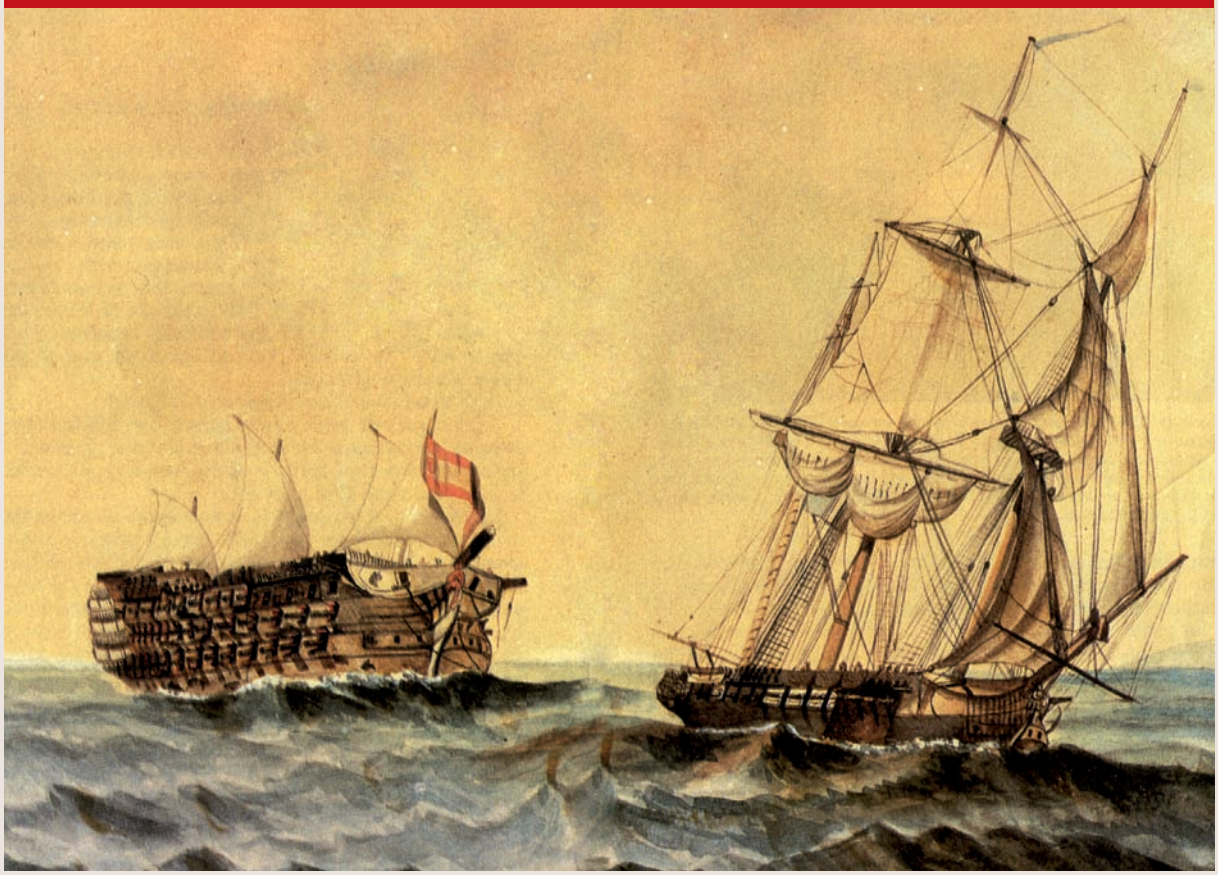
desarrollo económico, o si se quiere debilísimo, era el nuestro. Demos el dato complementario de que la población española total oscilaba alrededor de los 11 millones de habitantes.

Nuestro equilibrio económico se alcanzaba con un producto de exportación de creciente importancia, la plata americana. Su significación había pasado a ser notable para la propia buena marcha de la economía europea. Basta en ese sentido exponer que una de las hipótesis que se barajan para explicar la etapa revolucionaria de 1848 —la que borró para siempre la monarquía de Francia y produjo el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels— fue el corte de la llegada de plata mexicana y del Alto Perú, como consecuencia de la conmoción derivada de la emancipación de estos pueblos respecto a Madrid y de los desequilibrios que sucedieron a ese hecho. La carencia de plata originó una subida de los tipos de interés y, como resultado, una fuerte depresión.

En aquellos tiempos de finales del siglo XVIII e inicios del XIX, la comercialización de esta plata, en lo que tenía mucha parte la sucursal del Banco de San Carlos en París, era vital para nuestra economía. Sin embargo, la alianza con Francia y la guerra contra Inglaterra habían causado, al final, un bloqueo en el tráfico entre la Península y los Virreinatos americanos. La batalla del Cabo San Vicente había sido esencial en ese sentido.

Se comprueba esto de un modo clarísimo. He señalado en otro lado que el famoso intelectual alemán, Alexander von Humboldt mostró, en su salida complicada hacia América a bordo de la corbeta Pizarro, que la Inglaterra del inicio de la Revolución Industrial arrinconaba a su vieja rival España, y que la batalla del Cabo San Vicente y la posterior de Trafalgar señalaban para esta su final como gran potencia. Y también que, por fuerza se tenía que acentuar su pobreza, al privarla

Batalla de Trafalgar



de un tan esencial artículo de exportación. La nuestra era, por tanto, una economía muy débil, que se enfrentaba con una, la británica, muy fuerte hasta el inicio de la contienda con Napoleón.

En Inglaterra, en aquellos momentos, surgían los inicios de esa gran transformación de la Historia Universal que se va a experimentar gracias a la Revolución Industrial. España vivía ajena al gigantesco cambio científico y tecnológico que tenía entonces lugar. Desde luego en nuestra Universidad no se percibía transformación alguna. El cálculo diferencial no se había de recibir en la Universidad de Salamanca, en forma de libros que lo explicasen, hasta muy entrado el siglo XIX. Diríase lo mismo de la Química y de la Biología. Un viajero británico, médico, asiste, para conocer el desarrollo de su ciencia en España a la lectura de una tesis doctoral en la facultad madrileña de esa especialidad, ya entrado el siglo XIX, y se encuentra con que el título de la que se defendía era *Sobre la conducta de los hombres si en vez de pies tuviesen pezuñas.*

Por justicia debe destacarse que esta decadencia científica, y derivada de ella, tecnológica, no existía en las Fuerzas Armadas españolas de entonces. Basta mencionar, en Matemáticas a Jorge Juan en la Armada, y en Química a Proust, en la Artillería. La elaboración de la ley de las proporciones definidas de este la hace como súbdito del rey de España, entre Madrid y, sobre todo, Segovia, en la denominada Casa de la Química, en unas tareas en las que, por cierto, tenía como ayudante a Pedro Velarde, el futuro héroe del 2 de mayo.

El conjunto científico-tecnológico, en suma, es impropio de un país que entraba en la Revolución Industrial. Aparte de la agricultura, lo que existía en España eran servicios —encabezados por los transportes—, artesanía e industria de la construcción. Nada parecido a lo que ya existía en Inglaterra, con carriles desde 1755 y ruedas de hierro para los vagones de hulla desde 1755. Otros ejemplos de novedades tecnológicas inglesas los tenemos en el puente de hierro forjado de Darby-Wilkinson, de 1770; recuérdese además, que la máquina de vapor de Watt es de 1765-1788; el gas del alumbrado de Murdock es de 1792; el horno de pudelar primero —el coque se empleaba ya desde 1709— es de 1786; la prensa hidráulica de Bramah es de 1796, y la máquina de atornillar de Maudsley, es de 1797; la fábrica de ácido sulfúrico de Ward, es de 1736 y la de cemento de Smeaton, de 1756; la lanzadera mecánica de Kay es de 1723 y la famosa *Spinning Jenny* de Hargreaves es de 1767 y la no menos célebre Cotton Gin, es de 1793; la Soho Foundry funcionaba desde 1759 y la Northampton Cotton Mill desde 1764.

El contraste lo tenemos en la *Memoria de la Junta de Calificación de los Productos de la Industria Española* presentados en una exposición en Madrid, ya en 1827. Las medallas de oro se concedieron a fabricantes de paños, franelas, tejidos de seda y tisúes; de pianos; de papeles pintados; de loza —Alcora—; de curtidos, y de fornituras militares. En toda la larga relación, nada hay que se asemeje a lo que antes de 1808 ya surgía en Inglaterra. España, pues, era un país pobre, al margen del progreso económico que entonces se iniciaba.

LA NATURALEZA COMO FRENO ECONÓMICO

Esta economía de entonces estaba basada, muchísimo más que ahora, en las condiciones naturales, que por sí mismas constituían un formidable factor de la producción que, por lo que vamos a ver, más frenaba que impulsaba el desarrollo de nuestra vida material. Precisamente por este retraso en el desarrollo tecnológico industrial, no tenía prácticamente un peso significativo. En cambio sí lo tenían las consecuencias del relieve, que complicaba muchísimo las comunicaciones, porque no había sido dominado prácticamente por infraestructuras adecuadas. Los ya muy viejos datos de Leipoldt mostraban que España, en altitud media, era el país con la mayor de Europa, salvo el caso de Suiza, superando claramente a sus seguidoras, Austria e Italia. Únase a esto una climatología que provoca extremosidades notables entre el calor y el frío, amén de una pluviosidad en general muy irregular. En caso de conflicto, todo esto, y aun más si iba a durar seis años como sucedió en el correspondiente a la Guerra de la Independencia, era evidente que no podía generar una agricultura capaz de sostener una masa de maniobra foránea que, además, por las señaladas orografía y falta de infraestructuras para los transportes, tenía que moverse con muchas dificultades. Con-

cretamente, sus suministros no podían proceder de terrenos tan inhóspitos como la mayoría de los españoles, cuando, además, estaban afectados por la contienda, que eliminaba de modo obligado, población activa campesina.

Algunos años después, se escribiría, en pleno siglo XIX en el *Anuario* del Observatorio de Madrid: «*España debería disfrutar de clima benigno y uniforme, si la naturaleza y elevado de su suelo, el abandono de los campos y, la desnudez de los montes, las enormes quebradas de sus sierras y cordilleras, muchos meses del año coronados de nieve, y la proximidad del continente africano, de donde el aire sopla con frecuencia seco y abrasador no fuesen causa, precisamente, de lo contrario*». Y no muy posteriormente, pero en el mismo siglo, Lucas Mallada en su ensayo *Los males de la patria y la revolución española*, escribiría algo, que hubiera debido haber captado previamente, en relación con la contienda española, el Estado Mayor de Napoleón: «*En la mayor parte de España no pueden vegetar muchas plantas útiles, incapaces de resistir grandes heladas, y que tampoco pueden ostentar su verdor, de un modo general otras muchas igualmente útiles, a las cueles agosta una temperatura superior a 40º, sobre todo si no hay otras condiciones, como la humedad, que contrarresten el excesivo calor. Son, además, muchos los vegetales que no pueden soportar una oscilación termométrica tan grande que abarque de 50 a 60º... La sequedad de nuestro clima es causa, todavía más enérgica, de la pobreza de nuestro suelo...* [*Además*] *en grandes extensiones de territorio, la constitución geológica de la Península es desfavorable a la producción*».

Este inhóspito interior de España era incapaz de soportar el abastecimiento del Ejército francés. Y el carácter montañoso, sin infraestructuras adecuadas para el transporte, impedía que de Francia llegasen, de modo regular y conveniente, los refuerzos de productos alimenticios y municionamiento precisos. La única solución sería el transporte marítimo, pero el dominio en ese ámbito pertenecía, desde Trafalgar, a los ingleses, aliados de la Junta Central, y que ayudaban, de modo claro, a los guerrilleros, con lo que se dificultaba aun más este proceso.

Creo que, por el contrario, queda bien claro, como contraste, lo que sucedía en el conjunto angloespañol. En el reciente libro de Emilio de Diego, *España, el infierno de Napoleón. 1808-1814. Una historia de la Guerra de la Independencia* (La Esfera de los Libros, 2008), se lee algo que suena parecido a lo acontecido con la ruptura aérea del cerco de Berlín por el Ejército soviético: «*La contribución británica a la defensa de Cádiz resultó fundamental. Difícil de asaltar desde tierra y protegida por el mar, sólo restaba asegurarse los abastecimientos, algo de lo que iba a encargarse en gran medida la Armada británica*».

No era una empresa menor, pues la ciudad contaba, incluyendo los fugitivos llegados a ella, con más de 100.000 habitantes. Sin embargo, se llevó a cabo con total éxito. En 1810 entraron en el puerto gaditano 3.890 barcos y salieron 3.874. Un movimiento parecido al de 1811... Los precios de la carne, del pan y del vino, que al principio, incluso bajaban, experimentaron una ligera

Jorge Juan Santacilia

subida en los meses inmediatos al comienzo del asedio, pero no faltaron tales productos, ni tampoco las frutas, en ningún momento. Los testimonios de Toreno, Alcalá Galiano y otros nos dan fe de la buena situación de aquellos días. El primero escribía: «*Arribaban a puerto mercaderías de ambos mundos, abastábanle víveres de todas las clases, hasta los más regalados, de suerte que ni la nieve faltaba, traída por mar de montañas distantes para hacer sorbetes y aguas heladas*». El segundo, por su parte, señalaba: «*La abundancia de víveres había producido tal comodidad de precios que bien podía llamarse baratura*».

Curiosamente, la situación de los sitiadores era mucho peor que la de los sitiados. Los soldados franceses ni cobraban ni disponían del pan necesario. Algunos jefes intentaban comprar víveres a cualquier precio, lo que dio lugar a varios episodios de mercado negro, en el que unos pocos habitantes de Cádiz vendían, ocasionalmente, alimentos al enemigo.

En resumen, una vez más se observa que en las contiendas de larga duración, como destaca el profesor Perpiñá Grau, las talasocracias —antes Inglaterra, ahora Estados Unidos—, vencen a las epirocracias, antes la Francia napoleónica o la Alemania de Hitler, y después la Rusia soviética. La vieja polémica entre Mackinder, el profesor de Oxford y el contraalmirante Mahan, tan ligado a la guerra hispano-norteamericana de 1898 y autor de esa obra famosa, aparecida en 1892, *The Influence of the Sea Power upon the French Revolution and Empire*, precedida de la colección de sus conferencias en la Escuela de Guerra Naval, *The Influence of Sea Pover upon History 1660-1783* aparecida en 1890, se resolvió a favor de este. La conjunción de todo esto parecería que iba a dejar una España maltrecha. ¿Por qué no sucedió?

EL IMPACTO DE LOS ECONOMISTAS

La Guerra de la Independencia fue crucial para que se pusiese orden en nuestra vida económica. Los **ilustrados** habían intentado esto, pero habían fracasado, al mezclarse sus planteamientos, que eran los del **partido golilla**, centralizador, opuesto a los del **partido español**, que defendía el mantenimiento de las distintas realidades económicas y políticas que mantenían en los diversos reinos heredados los Austrias, con un temor importante. El derivado de unas consecuencias tan perturbadoras como la separación de Portugal, los acontecimientos separatistas catalanes tras el Corpus de sangre, y las tendencias secesionistas de Aragón y Andalucía,

realidades que parecían nacidas de las medidas centralizadoras de la Unión de Armas del conde duque de Olivares, puesta en marcha para poder atender las necesidades de la Guerra de los Treinta Años. El **partido español** tenía muy firmes apoyos, de tipo conservador a ultranza. Se pensaba que nada debía ser alterado en la economía española. Desde luego, tenía, por diversos motivos, la adhesión de la gran masa inculta de la población.

Este **partido español**, que a veces incluso había planeado, como sucedió con el motín de Esquilache, liquidar físicamente al monarca, tenía el pensamiento puesto en un restablecimiento de la monarquía de los Habsburgo. La raíz de esa nostalgia es bien visible en el libro de Ernest Lluch, *Las Españas vencidas*. Lógicamente este partido se asustó con las medidas, heredadas de los ilustrados, que había puesto en marcha Godoy. El inicio de la desamortización por Carlos IV resultaba intolerable. Godoy dio marcha atrás, y puso en claro este retroceso la prisión de Jovellanos en Bellver, pero no se le consideró de fiar. Tenía demasiadas vinculaciones que se reputaban peligrosas, y lo mismo sucedía con el propio Carlos IV. Por eso, con el príncipe de Asturias, Fernando a la cabeza, se dio el golpe de Estado de El Escorial y del motín de Aranjuez.

Ahí radica la gran equivocación de Napoleón. Fernando quería, sencillamente, el poder para mantenerse frente a cualquier veleidad renovadora. Nada le habría importado pactar con Francia, ayudar a liquidar la situación de Portugal, y contemplar encantado cómo Murat le presentaba armas. No permitió nada de eso el Emperador francés. Consideró que era fácil dominar España tras los sucesos de Bayona, y que los Bonaparte serían capaces de encabezar **el partido golilla** y, con la Constitución de Bayona en ristre, consolidar una firme alianza con la Francia heredera de la Rrevolución y contra Inglaterra. La alianza, por otro lado con los Estados Unidos y el que al Sur existía la América española, dejaba al enemigo reducido a Brasil, a las Islas Británicas y muy poco más. Ya existían voces y talantes ingleses partidarios de pedir la paz, para dedicarse al proceso derivado de la Revolución Industrial. El zar no acabaría siendo enemigo para implantar también el orden imperial en la Europa oriental.

En ese planteamiento radicó su error. En primer lugar, porque con un Fernando VII residenciado en Francia, el formidable **partido español**, declaró la guerra al francés. Pero, además, enfrente estuvo la postura de Jovellanos. Liberado de Bellver, en Jadraque recibe la visita de muchos de sus amigos, convencidos de que sus fines reformistas los va a poner en marcha el rey José I. Medita, y se niega a secundarlos. Con eso, buena parte del partido golilla, en sus miembros más jóvenes y, digámoslo, influyentes, comprendió que debía oponerse al poder de los Bonaparte.

Esto es lo que explica que hubiese guerrilleros absolutistas, como pudiera ser el cura Merino, pero en la misma zona, guerrilleros liberales, como el Empecinado. Esta pugna fue clave, se decantó con claridad en las Cortes de Cádiz, porque estas habían asumido el control derivado de la toma de posición clave de la Junta Central, el 1 de octubre de 1808, al ser ellas, representando

Jovellanos

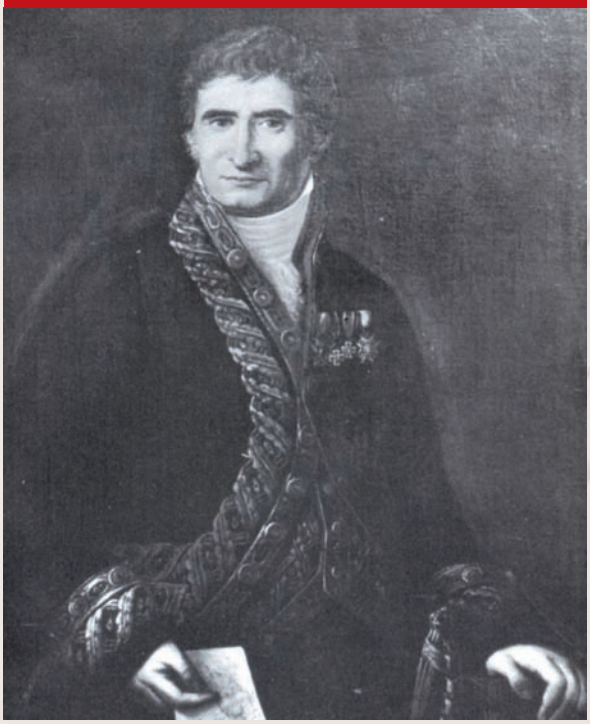
a la nación, las soberanas. La Constitución de 1812, mostró que todo ese poder actuaba en favor de los herederos directos del partido golilla y de los ilustrados. Habían surgido los liberales.

El mensaje básico era el que ya latía en Jovellanos. Era preciso eliminar la decadencia formidable en lo económico de España. Las cifras anteriores son bien claras. Jovellanos lo había expuesto así en su *Dictamen para el examen de un proyecto de banco nacional*, al comprender el impacto de la naciente Revolución Industrial: «*Todo es ya diferente en el actual sistema de la Europa. El comercio, la industria, y la opulencia que nace de entrambas, son, y probablemente serán por largo tiempo, los únicos apoyos de la preponderancia de un Estado, y es preciso volver a estos el objeto de nuestras miras, o condenarnos a una eterna y vergonzosa dependencia*». En la oda que Jovellanos escribió como *Manifestación del estado de España bajo la influencia de Bonaparte en el gobierno de Godoy*, se leía, y en todas estas estrofas se muestra el enlace entre poder español, poder militar y poder económico:

Hubo, Arnesto, hubo día
En que la patria tuvo nombradía.
Mas hoy triste, llorosa y abatida,
De todos despreciada,
Sin fuerzas casi al empuñar la espada,
Que ha sido en otros tiempos tan temida,
Mueve apenas la planta,
Y los ojos del suelo no levanta.
A su lado se ve el pálido miedo,
La encogida pobreza.
La indolente y estólida pereza,
Y la ignorancia audaz que con el dedo
Señala a pocos sabios
Y con risa brutal cierra sus labios.

Los talleres desiertos, del arado
Arrumbado el oficio,
El saber sin estima, en trono el vicio,
La belleza a la puja, Marte airado,
Sin caudillo las tropas,
¿Tornan, señor, los tiempos de don Opas?
¿En esto había de parar tu gloria?
¿Mi fin ha de ser este?
¿Y falsías, y guerras, y hambre y peste,
Los postrimeros fastos de mi historia?

José Canga Argüelles



Era preciso, poner en marcha un mensaje, derivado, por un lado de Uztáriz, uno de los últimos mercantilistas, y más recientemente, de Adam Smith, y que bajo el impulso de Jovellanos, había sido sintetizado así por la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País el 23 de abril de 1787, para poner remedio a este catálogo de males: «*1º) Exceso de tributos y forma de exacción; 2º) Privilegios de la Mesta; 3º) Despoblación o población desigualmente repartida; 4º) Falta de caminos y canales para el comercio...; 5º) Falta de libertad en el uso de la propiedad; 6ª) Vinculaciones y mayorazgos*». Únase a esto la necesidad de liquidar la realidad gremial, de abrir la economía al comercio internacional y, como cuestión esencial, lograr la desamortización.

Hijos directos de esto van a ser dos doceañistas. La alianza con Inglaterra, las idas y venidas a ese país como consecuencia de la guerra, y después, como exiliados políticos, va a ser muy importante para ambos. Por un lado, Álvaro Florez Estrada, que a más de la de Smith, acumula la influencia de Ricardo, de James Mill, de Simonde de Sismondi, de Say, de MacCulloch, y fi-

nalmente del naciente socialismo agrario británico, lo que le llevará a pedir la socialización del suelo desamortizado, para su entrega en arrendamiento, entre otros, a los excombatientes. Su obra fundamental es el *Curso de Economía Política* y su prestigio internacional era grande. Lo muestra, por ejemplo, al sustituir a Bastiat en la medalla de este, a su fallecimiento, en la Académie de Sciences Morales et Politiques francesa. El otro es José Canga Argüelles, muy influido por Locke, Verri —el padre del modelo tributario latino, de base real, no personal—, Say y Simonde de Sismondi. Acabó influyendo, vuelto de Londres, en la última parte del reinado de Fernando VII. Era un decidido partidario de reducir el gasto público, poner orden en la Deuda Pública, mejorar el nivel de los funcionarios de la Hacienda, y, como cúpula, pasar a disponer de un sistema tributario racional.

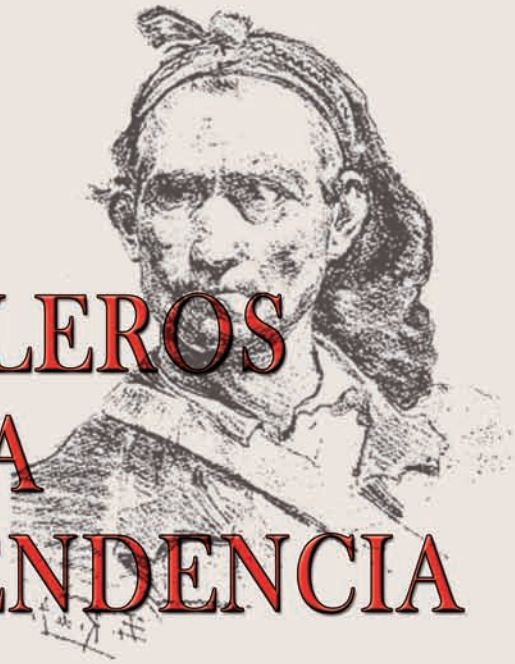
LA SALIDA HACIA EL DESARROLLO A CAUSA DE ESTA CONTIENDA

Todo esto fue perturbado, en primer lugar, por la vuelta al absolutismo en 1814; en 1820 volvieron a ponerse en marcha estas ideas, y en 1823, con la liquidación del trienio liberal, no pudieron ser desarraigadas, y como se acaba de decir, poco a poco vuelven, sobre todo con López Ballesteros en Hacienda, a impregnar las decisiones de una política económica racional. Además, comenzaban a imponerse clases de Economía Política en las universidades. En Salamanca, el libro de Say fue tomado como texto básico.

Parecería que la Guerra Carlista que iba a alterar esta nueva orientación. Al contrario, supuso la aceleración, y a su término se pudo observar que el mensaje económico de los economistas doceañistas de Cádiz florece definitivamente, con consecuencias positivas. España, de 1820 a 1850 tiene un progreso en su PIB, según la estimación de Angus Maddison en *La economía mundial 1820-1992. Análisis y estadísticas* (OCDE, 1997) del 30'6%. De los trece países occidentales de los que se tiene noticia estadística para ese periodo —por este orden de crecimiento, Australia, Canadá, Estados Unidos, Bélgica, Dinamarca, Alemania, Gran Bretaña, Francia, Austria, Holanda, Noruega, Suecia y nosotros— España es la que crece menos. De todos modos ese aumento significaba un cambio radical.

Luis López Ballesteros

La presión demográfica también hace más reducido el avance. Así vemos que el paso de los 12'2 millones de habitantes de 1820 se convierte en los 16'2 millones de 1870 y, como consecuencia, el PIB por habitante de España, aumentó de 1820 a 1870 un 29'4%, pero de 1600 a 1820, lo había hecho en sólo un 18'2%. El golpe de las sucesivas contiendas —la Guerra de la Independencia, conflictos bélicos derivados de la emancipación americana, Primera Guerra Carlista—, crearon una huella negativa profunda que explica ese pequeño progreso. Dejando a un lado a Grecia y Portugal, de las que no tenemos información estadística, del conjunto de los países actuales de la OCDE, ninguno tiene un crecimiento por debajo del de España. Noruega, con uno del 29'8%, podría decirse que tiene nuestro aumento del PIB por habitante. Pero gracias a la Guerra de la Independencia se rompió, a pesar de sus daños, y a causa del cambio de ideología económica, aquel profundo hundimiento que venía desde los inicios del siglo XVII nada menos. Después, el ritmo de avance no será muy rápido. Sólo otro conflicto, la Guerra Fría, nos impulsará con una fuerza colosal que llega hasta ahora, hacia la opulencia, incluso. Pero, como decía Kipling, esa es otra historia. ■



LOS GUERRILLEROS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Antonio Caudevilla Monteserín. Coronel. Ingenieros.
Santiago Saiz Bayo. Comandante. Ingenieros. DEM.

Este artículo fue publicado en nuestra Revista en mayo de 1984, Ejército Nº 532, por lo que todas las menciones a la actualidad, se refieren a ese momento.

Nos dice el *Diccionario de la Lengua Española* de la RAE en su 19ª edición (1970) que guerrillero es el paisano que sirve en una guerrilla o es jefe de ella. El *Diccionario Espasa* nos da la misma definición, pero a continuación la amplía considerablemente:

«*Dichas guerrillas ayudan o combaten a ejércitos medianos, o que tienen tal apoyo en el país que esta circunstancia les da fuerza incontrastable. La movilidad grande de los guerrilleros, el tener en todas partes su base de operaciones, su impedimenta nula, su servicio de noticias completo, la robustez de los hombres que componen la partida, la posibilidad de dispersarse cuando la derrota es inminente, sin perder, por eso, un material de guerra que no poseen, da a los guerrilleros una extremada fuerza. Molestando continuamente al adversario, atacando su línea de comunicación, sorprendiendo sus destacamentos, apoderándose de sus convoyes, le causan, a la larga, más perjuicio que si le ganaran varias batallas. La guerra nacional exige necesariamente que las guerrillas auxilien al Ejército en esta tarea molesta; y nuestra Guerra de la Independencia, con hombres como Juan Martín el Empecinado y tantos otros que siguieron su ejemplo, es prueba de lo que decimos*».

«*...Los éxitos de uno* —dice Gómez de Arteche— *estimulaban el alzamiento en armas de otros muchos, que se tenían por tan bravos y hábiles como él; y así el país fue cubriéndose de partidas que, creciendo en furia con los desmanes de los invasores, ejercían, como ellos, las crueldades más espantosas*».

«*Así el verdadero guerrillero, el reconocido y autorizado como tal por las Juntas Provinciales y el Supremo Gobierno que llegó a dictar reglas para la organización y servicio de las partidas, hostilizaba a los espurios con la misma furia que a los franceses...».*

«El mismo Empecinado y Merino y Paralea, sus colegas de Castilla, y Mina y Porlier, y Jáuregui y Longa en el País Vasconavarro, Santander y Asturias, se declararon enemigos de toda partida que, no reconociendo su autoridad, campeara en su derredor independiente…»[1].

Nos hemos extendido en traer algunas citas por la importancia que encierran, tanto por la gráfica descripción que dan de lo que fueron —de cómo fueron, y de cómo actuaron nuestros guerrilleros en aquella epopeya—, como por el

doble detalle que, para explicarnos la voz «guerrillero», un diccionario de la categoría del *Espasa*, se refiera casi en exclusiva, a los de la Guerra de la Independencia y copie literalmente los párrafos que hemos reproducido de la citada historia de Gómez de Arreche y de *Los guerrilleros de 1808* de E. Rodríguez Solís, cantor excepcional, si bien subjetivo, de aquellos heroicos y singulares soldados, textos en los que también nosotros nos apoyaremos repetidamente, para este trabajo.

Acabamos de escribir «heroicos y singulares soldados» porque realmente lo fueron. Por lo que respecta a «heroicos», es afirmación que queda fuera de toda sospecha y que trasluce y brota a través de todas estas páginas. En cuanto a «soldados», si bien muy «singulares» por tantas consideraciones y circunstancias, muchos de ellos lo habían sido anteriormente, otros pasaron sin discontinuidad de soldados a guerrilleros[2] y todos (nos referimos a los encuadrados en partidas reconocidas por las Juntas) aceptaron la disciplina, el encuadramiento y mandos que la autoridad superior les impuso, dentro de las peculiarísimas circunstancias en que tuvieron que desenvolverse[3].

Anteriormente nos referimos a que el *Espasa* copia, al definir este término, de Gómez de Arteche y de *Los guerrilleros de 1808,* sin embargo no debe extrañarnos tal conducta, ya que es una necesidad sentida, en aras de la fidelidad con la realidad histórica; pues como dice don Manuel Aznar[4]: «*Si los españoles no fuéramos para nuestras propias cosas lo que somos, debiera haber salido hace tiempo del magín y de la pluma de algún compatriota el mejor libro acerca de la guerrilla y los guerrilleros. Porque, quién como un español para explicar algo que en la entraña de nuestro ser nacional se engendró para trascender luego a otras tierras y a otras almas*».

Guerrilla y guerrilleros son palabras y conceptos que España puso en circulación, a principios del siglo XIX, del mismo modo que en el siglo XX creamos y definimos «columna».

La historia de las «guerrillas» y de los «guerrilleros» se remonta a la misma antigüedad que la Humanidad; su técnica es asimismo milenaria. Ejemplos tenemos miles. Sirvan como tales los «pequeños combates» con los que el cónsul Fabio Cunctator vigila, hostiga, debilita y ataca al victorioso Aníbal del lago Trasimeno, sin exponerse por un solo momento a una batalla decisiva; o las hazañas de Viriato frente al «ejército invasor» «de ocupación» romano. Pero esta antigüedad no debe llevarnos a caer en el error, frecuentemente extendido, de que la guerra de guerrillas es primitiva. Samuel C. Griffith, brigadier general del Cuerpo de Infantería de Marina de los EE UU indica: «*Se dice a menudo que la guerra de guerrillas es primitiva. Esta generalización es peligrosamente desorientadora y verdadera solamente en un sentido tecnológico. Si uno considera el cuadro total, salta a la vista la paradoja y se comprende que esa forma primitiva es, en realidad, más sofisticada que la guerra nuclear o atómica o que las guerras que fueron lidiadas por ejércitos, marinas y fuerzas aéreas convencionales*»[5].

Juan Martín, el Empecinado

El mismo autor añade más adelante: «*Sin embargo, el primer ejemplo de operaciones de guerrilla en gran escala ocurrió en España entre 1808 y 1813. Los españoles que huyeron a las montañas ante el Ejército invasor de Napoleón, eran patriotas leales al Gobierno, cuya Corona le había sido quitada por el emperador de los franceses. No eran revolucionarios. La mayoría no deseaba cambio alguno en su forma de gobierno. Su único objetivo era ayudar a Wellington a arrojar a los ejércitos franceses de España*»[6].

Posteriormente ha habido otros muchos guerrilleros y otras tantas guerrillas que han tenido, al igual que las anteriores, como misiones fundamentales y constantes las de producir situaciones críticas al enemigo, hacer inseguras sus comunicaciones, mantener la retaguardia en constante estado de zozobra, etc. Guerrilleros con resistencia tenaz a la fatiga, al hambre, a las penalidades, que han contado con el apoyo incondicional de la población, que han recurrido de continuo a tretas y estratagemas siempre ingeniosas, que han actuado por sorpresa sin detenerse en escrúpulos...

Pero como dice Aznar: «*Todo esto lo enseñaron maravillosamente unos españoles que, guiados por el instinto, fueron pesadilla para el más grande de los capitanes de la Edad Moderna*»[7].

Centrándonos en estos hombres y en el entorno político, social y económico que hizo posible que salieran del anonimato para conquistar las más altas y merecidas cotas de popularidad y, posteriormente, que algunos fueran elevados a importantes puestos políticos y militares para los que, en ocasiones, no estaban preparados, debemos intentar poner sus figuras en el justo lugar que les corresponde; y pocos tan capacitados para esta misión como Gómez de Arteche.

Veamos su pensamiento: «*Discurrir sobre el Empecinado y la Guerra de la Independencia bajo su aspecto popular y exponer las excelencias y defectos de los guerrilleros, los héroes que la leyenda de aquel tiempo ha hecho únicos campeones de tan gigantesca lucha, es tarea que exige, además de ánimo sereno y carácter independiente, estudio profundo, examen minucioso y desarrollo de ideas que no caben en el estrecho cuadro que pensaba ofreceros*»[8].

Y más adelante añade*: «… Levanto en momentos mi voz en son de protesta de los dicterios amontonados por los historiadores extranjeros sobre la cabeza de los que no hacían sino defender su religión, su rey, sus leyes y usos; en una palabra, la independencia de su patria, nuestra gloriosa España*»[9].

«*Herido* (el pueblo español) *en sus sentimientos de honor y de orgullo nacional, tan hondamente arraigados, e inspirándose en los de patriótico anhelo y en el deseo de venganza, que siempre le ha distinguido, apeló a aquel personalismo histórico que había hecho la gloria de sus predecesores. He aquí el origen y la causa de las guerrillas en la gran epopeya de la independencia española*»[10].

«*Unos se prendaron de las ideas proclamadas en Cádiz... Otros creyeron que el ideal de los españoles al verter su sangre y sacrificar los intereses de todo género era el que habían proclamado al sublevarse contra la tiranía de Napoleón..., el modo de ser de los españoles de todos tiempos. Y luego comenzaron las conspiraciones y en pos fue el choque de los bandos en que se dividió la opinión, con la misma violencia*»[11].

«*Imposible, por ese camino, la constitución definitiva de la patria, imposible su prosperidad y engrandecimiento. Seguras su postración y su ruina*»[12].

«*Pero, ¡qué desencanto, señores! Los antiguos guerrilleros, aquellos adalides de la independencia española, cuyo solo nombre metía espanto en las huestes imperiales y más aun, en los ilusos que, creyéndolas invencibles, se habían acogido a la sombra de sus enseñanzas, pusieron de manifiesto su impotencia desde que, saliéndose de su esfera, se presentaron cubiertos de galones, y entorchados*»[13] .

Para qué seguir. Queda fielmente reflejada la cara y la cruz de unos hombres y de una forma de acción que, sublime y redentora en principio, se transformó posteriormente en la úlcera que arruinó la convivencia pacífica nacional. Mas no nos dejemos engañar con la verdad parcial de la Historia. La discordia nacional, «las dos Españas» no fueron solo, ni mucho menos, producto de los viejos guerrilleros o de una casta militar. Fue debida, en primer lugar y por encima de cualquier otra consideración, al proceso de descomposición interna de la sociedad española, falta de dirigentes y de misiones con proyección universal. Fue esta sociedad, en su conjunto, y

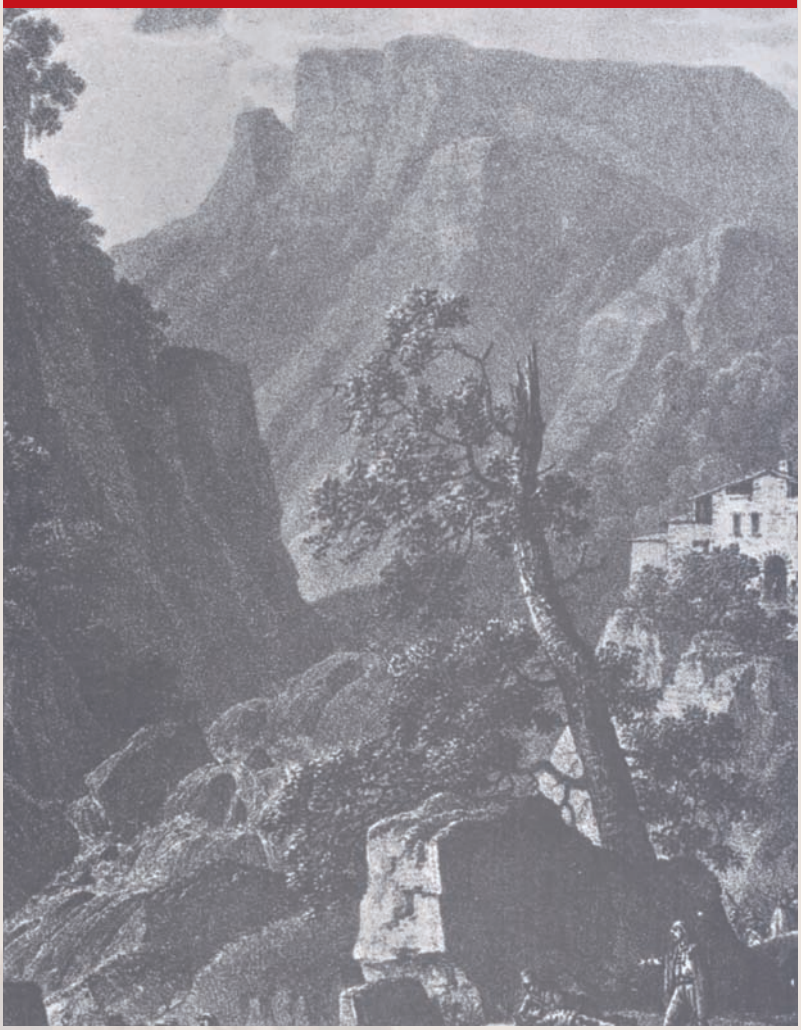
sus clases dirigentes, en forma muy especial, las que provocaron la ruina y la postración española del siglo XIX.

EL PORQUÉ Y EL CUÁNDO DE LOS GUERRILLEROS DE LA INDEPENDENCIA

El excepcional político inglés Mr. Pitt estaba convencido de que la salvación de Europa de la garra de Napoleón solamente podía llegar de España. Y precisamente de una «guerra nacional» de una «guerra patriótica»[14]. Y así lo manifestaba a sus amigos y consejeros cuando estos le daban lugar.

El levantamiento español, en efecto, fue total en toda la nación, y ello fue debido a que España entera, es decir, cada una de sus ciudades, villas, pueblos y aldeas, todos y cada uno de los rincones del suelo patrio se declararon en rebeldía contra el invasor. Fue precisamente el tipo de guerra deseado por Pitt, como apuntó acertadamente Jover[15]. Ahora bien, surgen de inmediato dos preguntas: ¿Por qué se produjo el levantamiento? ¿Cuándo se produjo? Vamos a tratar de contestar razonadamente ambas preguntas.

Guerrilleros en el valle del Tiétar

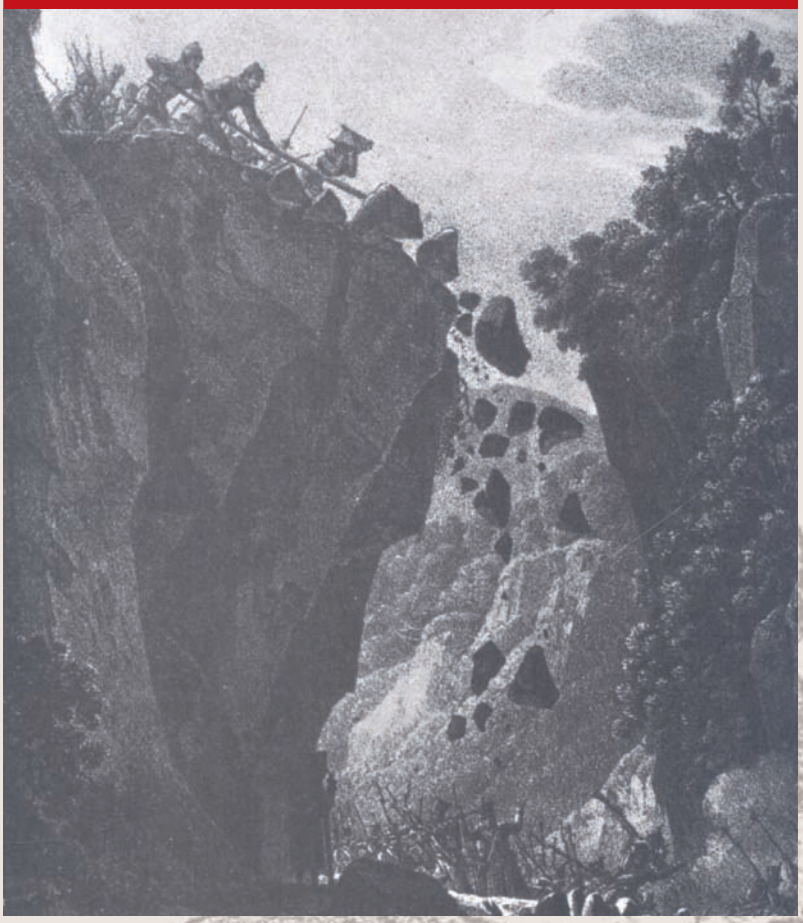


En la mayor parte del suelo patrio la rebeldía no fue, no pudo ser, ordenada desde arriba. Las zonas ocupadas por el Ejército aliado hispano-francés, sometidas desde el principio a sus dictámenes, mantuvieron en mayor o menor grado una actitud de rebeldía, pequeña y pasiva al principio, grande y activa después. Pero fueron, más y en mayor grado, los errores cometidos por el Ejército invasor que las disposiciones de Mr. Pitt, los causantes de este levantamiento.

Es fundamental, para una comprensión integral de nuestra Guerra de la Independencia, seguir el derrotero de las relaciones entre el Ejército amigo —después «invasor»— y los pueblos ocupados, así como las causas de tal proceso. Una de estas causas, una de las más importantes quizá o al menos la que con más fuerza sirvió de aglutinante a todas las demás, fue la táctica de los ejércitos imperiales.

Desde el principio practicaron el sistema que Napoleón elevó a principio doctrinal: «Vivir sobre el país». Esta decisión, que en principio liberaba al Ejército francés, en gran parte, de la dependencia de su propia intendencia, era muy eficaz para un Ejército móvil, expedicionario y de conquista. Pero al convertirse en «Ejército de ocupación» con guarniciones fijas sobre poblaciones pobremente dotadas de recursos económicos, hizo insoportable su peso económico y depredador.

Emboscada en el valle de Aoíz



A ello se unió el pillaje, el saqueo y la violencia de todo tipo, de los que gradualmente fueron objeto aquellas gentes, lo cual dio lugar al cambio de la inicial actitud, amistosa en muchos casos, a una resistencia pasiva que posteriormente desembocaría en una reyerta, para dar paso a la sublevación abierta bajo la peculiar forma de las guerrillas, al verse el campesinado (y España era eminentemente rural) impulsado, por los motivos expuestos, a «echarse al monte».

Este sucesivo empeoramiento de las relaciones mutuas y este creciente enfrentamiento entre el pueblo y el Ejército invasor se observa perfectamente en los archivos municipales de los pueblos[16], a caballo de las principales vías de comunicación que utilizaron los ejércitos franceses, que han tenido la suerte de conservarse.

Las relaciones al principio son buenas. Se atiende al Ejército amigo y se le facilita la vida siguiendo las órdenes del Gobierno, que manda que sean tratados como sempiternos y benefactores amigos y aliados[17]. Se les proporciona alojamiento y servidumbre, incluso con esmero, dentro de los medios disponibles[18].

Los soldados franceses comienzan igualmente comportándose con suma corrección[19], siguiendo las órdenes que reciben.

Incluso las fuertes contribuciones, así como las costosas aportaciones en granos y el duro servicio de carruajes que tienen que soportar los citados pueblos, son impuestos por las autoridades españolas, cobrados en nombre de estas y supervisados por españoles. Incluso los oficiales franceses (con ciertas excepciones) con sus mariscales a la cabeza, se ocupan de remediar los abusos que comenten sus tropas, en ocasiones más por apremiante necesidad que por premeditada intención[20].

El excesivo y gradual aumento de tropas sobre estos pueblos —insistimos una vez más que hablamos de la España ocupada y a retaguardia de la línea divisoria— hace que los servicios exigidos en todos los aspectos y los abusos se multipliquen, pero sin dar lugar a otra cosa que a algún altercado aislado y, eso sí, a una atmósfera tensa.

La noticia de los sucesos del Dos de Mayo madrileño que, junto con el parte oficial de Murat, llegan a la mayor parte de estos pueblos entre los días 3 y 4 de dicho mes, son los causantes de una situación tensa y expectante, lo que induce a la mayor parte de los ayuntamientos, aconsejados por los comandantes militares de las plazas respectivas (que, por supuesto, son los oficiales franceses con mando en las tropas de ocupación), a dictar un bando por el que se recogen las armas de fuego, se prohíben las reuniones de todo tipo, las salidas nocturnas, etc.

Hasta bien entrado el verano, estas medidas consiguen retener a los hombres en sus casas sin que se generalice ninguna protesta, manifestación o altercado colectivo.

Pero un inesperado hecho de armas varió por completo (o quizá aceleró) el curso de nuestra historia. El 22 de julio de 1808, el general Chabert, investido de plenos poderes, escribe el epílogo de la batalla de Bailén, con la capitulación del Ejército de Dupont. El rey José, que acababa de instalarse en Madrid, recoge como puede sus papeles y bagajes, aún no desembalados por completo y, el último día de dicho mes vuelve, con la mayor parte del Ejército sobre sus pasos.

Thiers nos describe magistralmente lo sucedido a continuación: «*El Ejército francés, habiendo encontrado en su camino numerosos rastros de crueldad, no pudo contener su exasperación, y se vengó en más de un punto*».

«*El hambre* —añade— *uniéndose a la cólera, destruyó mucho y dejó en todas partes señales de su presencia, que elevaron hasta el colmo la rabia de los españoles*».

Los franceses se retiraban dejando tras de sí una estela de desolación, de saqueos y de incendios[21]. La consecuencia de ello, fue que el ejército, ya «enemigo» se convirtió definitivamente en «invasor» y José I en intruso aborrecido.

La entrada de Napoleón en España se convierte, tras la desastrosa batalla de Gamonal, en el definitivo acto del drama. Es ese 10 de noviembre de 1808, la fecha fatídica que señaló la ruptura total y que hizo imposible, no ya la convivencia, sino hasta la mera estancia de los imperiales sobre el suelo patrio.

Los franceses no perdonaron ni a los soldados derrotados, a los que degollaron salvajemente, ni a los pueblos que encontraban a su paso. Todos los documentos consultados sobre esos días nos hablan del horrible saqueo y posterior incendio a que eran sometidos cuantos pueblos caían en sus manos. Nada ni nadie fue respetado: cuantos humildes campesinos, temiendo lo peor «huyeron al monte», fueron igualmente ultrajados cuando cayeron en manos de los soldados o cuando volvieron a sus pueblos.

Hasta estos acontecimientos, pues, el pueblo se mantuvo, más o menos a su pesar, en una actitud expectante. Su resistencia fue pasiva, no podían soportar las enormes cargas de todo tipo que les imponían; pero, ante tanto cambio de rey, de gobierno, de jefes, de aliados, de enemigos, y, no cabe duda que también ante el temor a las contundentes respuestas que da el Ejército «aliado», no pueden en buena lógica adoptar otra actitud que la que toman: sobrevivir y esperar...

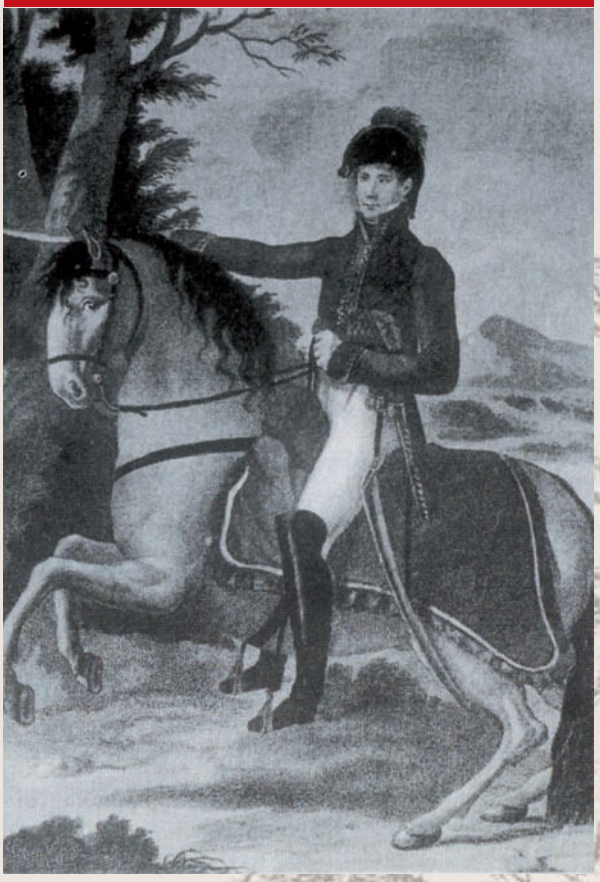
Pero tras los últimos hechos, cuando ya no tienen nada que perder, cuando todo les ha sido arrebatado, incluso los miembros de su familia, el honor de sus propios hogares y hasta las paredes y las tejas en que se cobijaban, las iras y los odios se desatan. El pueblo entero se levanta contra el invasor. Unos, los más fuertes, se «echan al monte»; otros y otras, las heroicas mujeres, apoyarán sin descanso a los primeros, les prestarán información hasta del mínimo movimiento de los «gabachos», les proporcionarán alimentos aunque ellos no tengan qué comer. Los ocultarán, despreciando las mortales represalias del enemigo, cuando son perseguidos o están heridos... Y, de paso, si es posible y se les presenta la ocasión, matarán dentro o en los alrededores de los pueblos al primer francés que cometa el error de separarse de sus compañeros[22].

El clero no «azuza» al pueblo contra el enemigo común, sino hasta después de las dramáticas atrocidades cometidas, cuando no solamente ha visto las tropelías cometidas, sino que incluso ha sufrido en su propia carne la terrible zarpa de ese Ejército exterminador. Por ello, salvo escasísimas excepciones —el Empecinado es una de las más significativas— y por motivos de ofensa de su honor, los guerrilleros aparecen sobre los campos españoles después de esta invasión (segunda invasión o invasión exterminadora) que hemos descrito.

El propio Cura Merino, que fecha su primera acción de armas el 10 de agosto de 1808, exactamente el mismo día en que los franceses abandonan Lerma, no se «tira al monte» hasta primeros de 1809 según reza en su hoja de servicios[23].

Refiriéndonos en concreto a la villa de Lerma, escenario privilegiado de sus andanzas, tras la ya citada segunda invasión, muestra una actitud de guerra abierta hacia el intruso. Las guerrillas, o mejor los guerrilleros, estarán siempre dentro,

Barón de Eroles



ya que al menos 47 hombres de la villa formaban parte de ellas[24]. Así mismo es de destacar que, en la mayor parte de las poblaciones españolas, el rey José no encuentra servidores, ni aun a nivel tan humilde como en los anteriormente codiciados puestos municipales. Basta con repasar las actas de concejo de esos años para comprobar que es a partir de 1809 cuando incluso el nombramiento de corregidor (que correspondía al estado noble) recae en hombres de la clase más humilde, que en absoluto están preparados para ello, y si aceptan el cargo es ante la amenaza de la cárcel y de las bayonetas del comandante militar de la plaza, a pesar de lo cual, lo desempeñan a regañadientes y protestando continuamente por haberles obligado a desempeñar una función para la que no están preparados y que no les corresponde.

Se puede aducir que levantamiento o levantamientos los hubo mucho antes del Dos de Mayo; fue un «guerrear» del pueblo auténtico y genuino contra el invasor; lo mismo cabe opinar de los motines de Burgos y Toledo, y de los combates de Logroño, del Bruch, de Arbas y Valdepeñas; otro tanto es dado pensar del alzamiento del alcalde de Montoro y del conde de Valdecañas. Muchos son los que han sido calificados de guerrilleros, pero o bien fueron héroes populares que se pusieron al frente de un levantamiento popular, o bien se sumaron a él en un momento o para una acción determinada, o bien actuaron realmente como jefes de fracciones importantes del Ejército.

Hubo frecuentes levantamientos en las poblaciones que sentían la terrible amenaza de caer en manos del enemigo. En estos lugares, en estas provincias, se crearon cuerpos de voluntarios, a cuya organización servía y acudía la juventud. Pero en las comarcas ocupadas, esto fue imposible; no cabía recurrir a procedimientos militares y por ello el pueblo apeló al alzamiento aislado de sus fuerzas que —impotentes para oponerse al poderoso Ejército regular invasor— recurrían al sistema y a la táctica de las guerrillas.

Para hacer este tipo de guerra, para organizarla, para dirigirla o simplemente para participar en ella se sumó el ingenio de todas las clases sociales. Desde el barón de Eroles, al profesional universitario, «el Médico», desde el clérigo ramplón, al «Pastor» de ovejas.

Pero, como siempre ha sucedido en España, los hombres jamás han caminado solos por la senda del heroísmo, y así luchó la legión incontable de mujeres:

«La madre mata su amor
y cuando calmada está,
grita al hijo que se va:
Pues que la Patria lo quiere,
lánzate al combate y muere,
tu madre te vengará» [25].

Sobresalen como guerrilleras una pléyade de nombres femeninos, que van desde Susana Claretona a Martina la Vizcaína, pasando por la extremeña María Catalina López y por su paisana Francisca de la Puerta.

Surgen de inmediato las más variadas preguntas: ¿Cuándo se «echaron al monte» ¿Por qué lo hicieron? ¿Cuántos fueron? ¿Nombres y hazañas? ¿Cómo acabaron? ¿Con qué recompen-

sas y agradecimientos fueron premiados? ¿Cuáles eran sus ideas políticas? ¿Qué importancia real tuvieron para el desarrollo de la guerra?

COMIENZOS Y MOTIVOS

Vamos a intentar una breve y escueta síntesis.

Según Gómez de Arteche[26]:«*En aquel año de 1809 puede decirse que comenzó la era, que tan eficaz había de resultar, de los guerrilleros en la feliz y memorable lucha de la independencia española». Y, para aclararlo aun más, añade: «Hemos visto que los había que salieron a campaña en el año anterior, y buen ejemplo es el del Empecinado, su representante más genuino... Pero ni los catalanes, con ser tantos y sus operaciones tan eficaces, imprimieron a la guerra popular el carácter general, la forma que nos atreveríamos a llamar clásica, no el espíritu de ira implacable*».

Se podrá replicar que la «historiografía» popular los coloca en el año de 1808; que la mayor parte de los biógrafos de los guerrilleros sitúan sus primeras «grandes hazañas» en 1808; que un autor tan popular como E. Rodríguez Solís los sitúa en 1808. Se podrán alegar muchas cosas, pero las pruebas no apoyan tales asertos.

Hemos visto la autorizada opinión de Gómez de Arteche situando sus comienzos en 1809. Mas, por si ella no fuera suficiente —pudiendo alegar que, a pesar de todas sus afirmaciones, y para no caer en el error, no pone prácticamente fecha exacta a casi ninguno de los guerrilleros cuyas hazañas describe, aunque lo haga con claridad meridiana y con la excepción ya apuntada del Empecinado— tenemos aun, si cabe, pruebas de mayor valor: las hojas de servicios de los propios guerrilleros.

El conde de Toreno[27] comparte también la misma tesis. No duda en afirmar: «*Acompañaron a los franceses en su retirada lágrimas y destrozos* (retirada de agosto de 1808). *Soldados desmandados y partidas sueltas esparcieron la desolación y espanto por los pueblos del camino o los poco distantes. Rezagándose, se perdían para merodear y pillar, saqueaban las casas, talaban los campos, sin respetar a las personas ni*

Franceses en Somosierra

lugares más sagrados, Buitrago, El Molar, Iglesias. Pedrezuela, Gandullas, Broajos y, sobre todo, la villa de Venturada abrasada y destruida»[28]. Más adelante añade: «*Hubo sitios en que guerreaba toda la población. Así acontecía en Cataluña, así en Galicia, según luego veremos, así en otras comarcas. En los demás parajes levantáronse bandas de hombres armados a los que se dio el nombre de guerrillas...*» [29].

Como colofón de lo anterior, afirma: «*No poco, por su lado, contribuían los franceses al propio fin. Sus extorsiones pasaban la raya de lo hostigoso e inicuo. Vivían, en general, de pesadísimas derramas y de escandaloso pillaje, cuyos excesos producían en los pueblos venganzas; y estas crueles y sanguinarias medidas del enemigo...*».

«¡Qué pábulo no daban tales arbitrariedades y demasías al acrecentamiento de las guerrillas!».

«*Y esto no es nada para las violencias que se permitían los soldados franceses en el campo y los alojamientos, pero más imprudente y reprensible era la conducta de los generales...».*

El mismo Emperador escribía, desgraciadamente cuando era imposible el remedio: «*Las guerrillas se formaron a consecuencia del pillaje, de los desórdenes y de los abusos de que daban ejemplo los mariscales en desprecio de mis órdenes más severas. Yo debí hacer un gran escarmiento mandando fusilar a Soult, el más voraz de todos ellos*».

Profundizando un poco más en el tema, veamos el proceso que, en este aspecto, inicia el Gobierno legítimo de la nación. Dice Priego[30] al respecto: «*Entre las abundantes y por lo general bien orientadas medidas adoptadas por la Junta Central en los primeros días de su estancia en la capital andaluza, merece citarse: el Reglamento de Partidas y Cuadrillas de 28 de diciembre de 1808, que pretendía armonizar la actuación de numerosos grupos de patriotas que se habían alzado en armas, a retaguardia del enemigo...*».

Los artículos 21 y 24 de tal reglamento exigían dos condiciones a estas partidas, difícilmente realizables en esos primeros momentos. Primera condición sine qua non era que tales partidas no se nutrieran con desertores de nuestras fuerzas regulares, evitando así que estas acabaran de desorganizarse y disolverse; y la segunda, que sin perjuicio de operar con cierta autonomía, quedaran subordinadas a la autoridad de los generales en jefe.

Sin embargo, a pesar de afirmar Priego que eran medidas «*bien orientadas*», líneas después reconoce: «*No obstante, la mencionada disposición resultó ineficaz, porque las partidas que habían comenzado a formarse se hallaban constituidas principalmente por desertores del Ejército regular que se resistían a volver a filas y porque los jefes de las mismas preferían actuar con absoluta independencia*».

Lo cierto es que la Junta, ante este fracaso del Reglamento de Guerrilleros y Cuadrilleros (para los contrabandistas), se

Jerónimo Merino - el Cura Merino

vio en la necesidad de reconocerlas tal como estaban surgiendo, dándoles «status» legal, al dictar el 7 de abril de 1809, la Instrucción para el Corso Terrestre contra los Ejércitos franceses, en la que, con un mínimo de control y normalmente a través del acicate de las recompensas y de los empleos militares, se autorizaban las más crueles represalias contra los ejércitos franceses.

Llegados a este punto, vamos a detenernos en uno de los primeros guerrilleros, el ya citado, Cura Merino. Según E. Rodríguez Solís[30], comienza sus andanzas en enero de 1808. Según Gómez de Arteche, después de la segunda invasión. Pero en su hoja de servicios figura, como primera acción de armas, el 10 de agosto de 1808. ¿Cómo son posibles estas tres fechas? La primera de ellas es de antemano desechable, no coincide en absoluto con la realidad cronológica histórica. La segunda es aceptable teniendo en cuenta que es en enero de 1809 cuando tiene lugar la famosa reunión, tipo medieval, de San Pedro de Arlanza[31]. Pero no parece probable la fecha del episodio de los instrumentos de música cargados sobre sus espaldas y transportados de Villoviado a Lerma. Si su primera acción de armas fue el 10 de agosto, no es dado pensar que, cuando se acercan nuevamente los franceses, los espere en la iglesia parroquial con la Sagrada Eucaristía en sus manos, en vez de con la escopeta detrás de un matorral. Igualmente es improbable que los franceses se conformaran con humillarlo y hacerle cargar con sus instrumentos, si ya era uno de sus «asesinos».

Nos referimos anteriormente a la retirada de José y los suyos tras la derrota de Bailén. Numerosos documentos del Archivo Municipal de Lerma nos hablan de las humillaciones, exacciones y vejaciones, así como de robos, violencias e incendios de que fue objeto la villa al paso devastador del Ejército imperial. Igualmente sabemos por los mismos documentos que el 10 de agosto abandonaron los franceses «definitivamente» la villa, obligando a transportar «todo» con los carruajes e incluso con los hombres de «la tierra y villa» como «acémilas». Lo que no pudieron transportar, lo quemaron o destruyeron. No faltaron tampoco los actos de venganza de los nativos y los ajustes de cuentas con los rezagados o, simplemente, con los elementos aislados que cayeron en su poder.

En esos días primeros de agosto, pues, con el rey José y sus generales de paso por Lerma, donde pararon durante todo el día 8 tomando disposiciones y dando órdenes a las tropas, se agotaron todos los medios de transporte y se saturaron las vías de comunicación. En la dirección lateral y de flanqueo de la carretera general Madrid-Irún se encuentra Villoriado. Y sin duda es el momento en que echaron mano del buen cura para transportar los instrumentos y el momento en que este jura vengarse.

A los dos días, el 10 de este mes, los franceses se retiraron de la villa. Merino encontró al primero o a los primeros «gabachos» en quien cumplir su promesa de venganza. Lo sucedido desde este momento y hasta el 11 de noviembre tiene una explicación racional. El cura se retira a su pueblo, ya que la comarca está libre de franceses. Pero, tras la victoria napoleónica de Gamonal, el hasta hace poco pacífico clérigo (incluso desertor) tiene que acogerse a la protección del «Risco» y de las espesuras de los carrascales que cubren las estibaciones del Sistema Ibérico.

De haber realizado encuentros portentosos y hazañas bélicas de envergadura en épocas anteriores, figurarían en su citada hoja de servicios. Aun más, sabemos que ya en los primeros meses de 1809 encuentra tan serias dificultades para reclutar gente con las que organizar su partida, a pesar de contar con el apoyo de la Junta Provincial, que incluso algunos estudiantes (entre ellos Santillán) llegarán a pensar seriamente en abandonarlo[32]. No obstante lo anterior, su figura y sus acciones cobrarán pronto fama internacional.

Como es imposible en este sucinto estudio hablar de todos los guerrilleros, por su elevadísimo número[33], nos detendremos solo en algunos, no por más o menos heroicos, ni por más o menos populares, ya que cada cual lo fue, sobre todo, en su feudo guerrillero, sino simplemente tomados entre los que consideramos más representativos. Y ya que estamos con Merino sigamos con él. Es ilustrativa su hoja de servicios[34]. Según ella nació en 1771.

«*Campañas y acciones de guerra donde se ha hallado. En la presente campaña contra Francia desde el día 10 de agosto de 1808, no perdonó fatiga de matar y aprisionar silenciosamente*

cuantos franceses pudo, cuya suma asciende a un número considerable, hasta que el día 6 de enero (de 1809) abandonó su casa y acaudillando unos cuantos españoles se presentó en público, enemigo decidido de los franceses, saliendo incesantemente a los caminos reales, cogiendo correos, aprisionando sus escoltas y sufriendo todos los rigores del invierno sin entrar en poblado, porque los pueblos se negaban entonces a admitirlos y contribuir con raciones...».

El 3 de mayo de este año de 1809 es ascendido por el «Superior Gobierno» a: «*Comandante de Guerrilla, con el título de la Cruz Roja, concediéndole en él las facultades de armar… mil caballos y mil quinientos infantes los que tienen armados y montados, cogiendo todas las armas a los enemigos y mucha parte de los caballos, de cuyo número ha tenido muchas bajas originadas por el abominable hábito de admitir otras guerrillas los soldados de esta, que huyen del orden y disciplina que siempre se ha conservado… Ha mandado y dado con su tropa 39 acciones a los franceses después de nombrado comandante...* ».

Fernando VII

Sigue diciendo: «*Cogió15 correos y más de 2.300 enemigos entre muertos y prisioneros. Todo ellos sin recibir auxilio de ninguna autoridad, pues hasta las municiones que ha utilizado han sido primero arrebatadas al enemigo. Sin embargo, reconoce que la Junta Central le ha proporcionado tres cargas si bien él ha dado más del doble a otras partidas y regimientos... Por ello J. A. elevó su partida de Caballería a la clase de regimiento con la denominación de Húsares Voluntarios de Burgos*».

El 16 de septiembre de 1809 es ascendido a capitán, el 7 de enero de 1810 a teniente coronel y el 8 de agosto de 1811 a coronel. En 1812 «da» otras seis acciones en las que ocasiona al enemigo, entre muertos y prisioneros, mil quinientas bajas. El 6 de agosto de 1812 es ascendido a brigadier. A continuación vienen detalladas algunas de sus acciones, méritos, nombramientos, recompensas, etc, que no son del caso relatar. Asimismo vienen descritas sucintamente todas las acciones importantes en que tomó parte.

Quizá nos hayamos detenido demasiado en narrar la hoja de servicios de este guerrillero, pero sirva ella de guía para las del resto, en las que no nos es posible detenernos y que, en esencia son similares en contenido a la descrita aquí. A su vuelta, Fernando VII les reconocerá los títulos y nombramientos que han adquirido, pero poco a poco irá desembarazándose de la mayor parte, relegándolos a su vida anterior, desterrándolos, confinándolos e, incluso, ejecutándolos.

Claro está que muchos no pudieron ni siquiera ver a su patria libre de la huella extranjera, ni el retorno de su idolatrado Rey, pues regaron con su sangre los yermos campos de España. El pueblo elevó a todos al nivel de mito, y realmente legendarias fueron sus hazañas. Mas si éstas fueron posibles se debieron, en primer lugar, al arrojo y valor en todos los sentidos de los hombres que las realizaron, pero escuchemos lo que el general francés Hugo dice al respecto en sus *Memorias Militares*[35]: «*Difícilmente se hallará en la Historia una guerra, si se exceptúa la de la Vendée, en que los pueblos hayan tenido que hacer más sacrificios por la causa de un príncipe, y en los que los hayan hecho con la unanimidad y la rara constancia que en España. La Junta Suprema y las provinciales les ordenaban el abandono de sus casas y muebles, hasta el de las cosechas, aun las ya recogidas en las granjas; y obe-*

decían al instante, huyendo a pesar del tiempo, a veces durísimo, a los bosques y las montañas, sin recurso alguno, la mayor parte de las veces, para alimentarse».

El general Hugo, el veterano de la Vendée, el vencedor de Fra-Diávolo, al frente de más de 3.000 infantes y numerosa Caballería frecuentemente reforzada, no pudo con otro de nuestros guerrilleros, el Empecinado, y al cabo de dos años y de recurrir a todas las tretas, desalentado y hasta enfermo de cuerpo y espíritu, tuvo que abandonar la empresa que había comenzado con la mayor jactancia y que acabó con el mayor de los fracasos.

La explicación de este fracaso nos la da en sus novelescas narraciones, el hijo del citado general e inmortal dramaturgo Víctor Hugo: «*No entraré en los pormenores de aquella guerra de montaña que era una repetición de la que el General había hecho en el Apenino. El sistema del Empecinado era el mismo que el de Fra-Diávolo: escaramuzas perpetuas y desapariciones súbitas. En el momento en que le iba a aplastar, desaparecía bruscamente para, reaparecer cuando menos se pensaba*».

«*Pero había entre aquellas dos guerras una diferencia esencial; en Italia los habitantes estaban contra las partidas y en España con ellas. Y era que España se alzaba toda para rechazar aislada la dominación extranjera, defendiéndose hombre a hombre y pie a pie. Imposible saber por dónde había podido escaparse el Empecinado; los aldeanos daban falsas noticias cuando no tenían tiempo de huir a la aproximación de los franceses. Y lo más frecuente era encontrar las aldeas desiertas, habiendo ocasión en que se anduvo ocho días seguidos sin haber visto a nadie. Antes de escaparse, destruían lo que no podían llevar consigo; no se hallaba pan, ni carne; y consumida la galleta, las tropas se morían de hambre*». Estas palabras en la boca y en la pluma de «tal francés» son sobradamente demostrativas del enemigo que tenía frente a sí el invicto Ejército imperial: a todo el pueblo.

El Empecinado fue, como ya hemos dicho, uno de los primeros guerrilleros de esta guerra y sin duda el primero que mereció este nombre. Humilde y honrado labrador, nacido el 2 de septiembre de 1775 en Castrillo de Duero (en las márgenes del Duero, próximo a Aranda), había velado sus primeras armas en la guerra del Rosellón, donde había demostrado su valor y había aprendido y practicado sus habilidades guerrilleras.

Por injurias personales según unos, por ofensas a su honor según otros, por patriotismo e indignación ante la conducta de los que llamaban amigos, según los más; aunque muy posiblemente por todas las causas anteriores reunidas, por recoger conjuntamente la opinión de todos sus biógrafos, tomó las armas contra «los gabachos» antes del Dos de Mayo. Por envidias y traiciones cae preso, y logra salvarse gracias a su proverbial serenidad y extraordinaria fuerza corporal. Sus primeras acciones propiamente guerrilleras, comienzan realmente, a partir de la segunda invasión. Lo encontraremos tan pronto al lado de sir John Moore, en Ciudad Rodrigo, como en vanguardia del Ejército de la Izquierda, que mandaba el duque del Parque en la batalla de Talavera. Pero siempre, antes y después, su escenario preferido estará en las provincias de Soria, Segovia y Burgos, para pasar después a Guadalajara. En septiembre de 1810 ya es brigadier de los Reales Ejércitos por nombramiento «del Gobierno Supremo de la Nación».

IDEALES, PROCEDENCIA, RECOMPENSAS Y FINAL DE LOS GUERRILLEROS

No es nuestra intención detenernos en todos los pormenores, tarea por otra parte imposible, de cada guerrillero, pero si hemos tratado en primer lugar a dos «castellanos viejos», es por resaltar la disparidad de su profesión, de su carácter, de sus móviles, de su conducta y de sus ideas, y a la par, dejar constancia de su final, para ambos de infortunio. Mientras que el Cura Merino es un antiguo desertor de milicias, con 38 años a cuestas cuando se pone al frente de sus primeros seguidores; el Empecinado es un aguerrido y «vocacional guerrero», veterano de la guerra del Rosellón, donde derrochando valor, cosechó laureles y fama. El primero es más que nada arriero, pastor, aparentemente de poca salud, escasa fortaleza e introvertido carácter; Juan Martín Díaz es el antagonista mejor logrado: labrador, cavador de viñas, de envidiable salud, hercúlea fortaleza y carácter extrovertido en exceso. El Cura será austero, poco tratable, disciplinado y férreo en exceso, sin un solo tropiezo

amoroso. Su paisano, un «Sancho», gran catador de los buenos placeres, liberal en conducta, amigo más que jefe de los suyos, agradable en el trato y con sus correspondientes enredos amorosos.

Ambos tienen en común el ser prácticamente cuarentones cuando acaba la Guerra de la Independencia, el haber alcanzado las altas cumbres de la milicia en ella, y el ser celebérrimos dentro y fuera de España. Pero aparte de esto y su proximidad de origen, de tierra, cuna y linaje, poco más los une. Mientras Merino es un «servil» a macha martillo, el Empecinado es un liberal hasta lo más profundo de sus entrañas.

Hemos pasado por alto anteriormente otra característica muy importante que tenían en común, quizá la más común a ambos: Merino «solo sabía leer en un misal» y Juan Martín no usaba ningún misal. Realmente eran semianalfabetos.

Javier Mina, el Mozo

Y, si hemos dejado esta característica para el final, es porque nos caben serias dudas de si Merino sabría bien lo que eran los «absolutistas, apostólicos, carlistas, etc», y si el Empecinado comprendía el fondo doctrinal y político de los «doceañistas, constitucionalistas, liberales y demás». Mas cuando un hombre, y ambos lo eran en el sentido más noble de la palabra, toma una postura ante la vida, está dispuesto a dar por ella hasta su sangre. Y esta fue la triste suerte, o quizá el sino fatal de estos dos guerrilleros, traídos como ejemplo porque bien pueden representar a la mayoría de aquellos héroes. Merino, a pesar de sentirse mal recompensado, tomará las armas para «echarse al monte» cada vez que los liberales apuntan por los horizontes de su Castilla. Ya sesentón volverá a ponerse al frente de un ejército tan numeroso como efímero para defender los derechos de don Carlos, su Carlos y, al lado de su Rey, seguirá fiel hasta el infortunio, renunciará a las ventajas del Convenio de Vergara y, «hombre de honor hasta el final», cruzará la frontera francesa, y acabará sus días en la nostalgia y la tristeza, pobre y austero cual había vivido, en la villa francesa de Elencón, el 13 de noviembre de 1844, no sin antes haberse ganado el cariño y la admiración de aquellos franceses, otrora sus mortales enemigos.

El Empecinado aprovechará cuantas ocasiones se le presenten para defender sus ideales liberales, lo cual le ocasionará un sinfín de problemas. Se unirá entusiasta a los contitucionalistas que Riego ha llevado al poder. Estos años del Trienio Liberal serán de gloria y satisfacciones, pero ya pasados, hombre de honor al igual que Merino aunque en campos opuestos, no inclinará su cerviz ante los nuevos amos y dará con sus huesos en la cárcel y con su cuerpo en la picota. Fue ejecutado en 1824, por orden personal del Rey, precisamente días después de promulgada la amnistía que el duque de Angulema arrancó a Fernando VII y que acogía al viejo guerrillero… Y esta triste historia, bajo uno u otro aspecto, se va a repetir con casi todos los guerrilleros que lograron salir con vida de la Guerra de la Independencia.

Entre los absolutistas, Tomás de Zumalacárregui, traído a colación más que por sus méritos en esta guerra por su personalidad posterior y por ser considerado por varios historiadores como la

imagen estereotipada del guerrillero salido de esta contienda, es cadete en 1811 y capitán en mayo de 1813. De todos es conocida su actividad militar y su muerte en la Primera Guerra Carlista, al frente de las tropas apostólicas, en el sitio de Bilbao.

Longa, absolutista, nacido en Bolívar, Vizcaya, toma por escenario las provincias vascongadas, Burgos, etc. Comienza sus andanzas el 10 de agosto de 1809. El 17 de abril de 1812 es nombrado coronel, y el 3 de julio de 1813, brigadier. Y pasa a ostentar los entorchados de mariscal de campo, el 3 de septiembre de 1814. Como corresponde a su origen, será fiel absolutista, levantará partidas realistas en el Trienio Liberal y será uno de los primeros en unirse a la victoriosa Regencia. Muere, sin que su figura haya destacado en exceso, casi en el ostracismo, en los preliminares de la Primera Guerra Carlista, en la zona de fricción fronteriza con Portugal.

El barón de Eroles, representante clásico de la aristocracia pirenaica, forma una unidad tipo batallón para combatir a los imperiales y, como tiene sobrados medios económicos, paga a sus soldados con suficiente largueza de su pecunio particular. Después del Sesenio Absolutista, no muy brillante para él, la Regencia de Seo de Urgel, de la que es uno de los principales artífices y sostenedor, le nombra «Generalísimo de los Ejércitos de la Fe». Se une al duque de Angulema, con el que recorre triunfante España. A partir de la nueva restauración de Fernando VII, y de su política de «palo a la burra blanca, palo a la burra negra», se oscurece gradualmente el fulgor de su estrella. Acaba sus días en Daimiel, cuando comienzan a despuntar los primeros titubeos liberales en la corte fernandina.

Espoz y Mina llega al exilio a Francia

Los Cuevillas (padre e hijo), naturales de Cervera del Río Alhama (Rioja), se presentan voluntarios con la partida de Porlier. A mediados de 1809, al frente de ocho soldados, forman la suya propia, que al año siguiente estará formada por el Escuadrón de Húsares de Cantabria (600 hombres) y el Batallón de Voluntarios de Rioja (1.000 hombres). En 1812 el padre queda cojo y la Regencia le nombra comandante. El hijo, que se declara ferviente absolutista, sigue los avatares de los anteriormente citados y en 1833 lo encontramos de mariscal de campo al lado de don Carlos. Posteriormente se acoge al Abrazo de Vergara y por «revalidación» se le reconoce como «mariscal de campo», pero queda en el mayor de los ostracismos.

A los nombres anteriores podríamos unir otro nutrido grupo de guerrilleros absolutistas: Ada-

mé, Zaldívar…, que, con más o menos fortuna, se levantaron en el Trienio Liberal, fieles a sus ideales políticos.

Si ahora nos pasamos al campo liberal, la historia se hace aun más sombría. José Górriz, fiel segundón de Mina, cae prisionero en la conspiración de este, en 1814, y es fusilado por los realistas a finales del mismo año.

No fue tampoco demasiado venturosa la suerte de los Mina. El joven cae prisionero de los franceses. En 1814, una vez conseguida la libertad, se une a su tío Francisco Espoz y Mina, con el que a poco tiene que traspasar la frontera francesa, tras la fallida conspiración que a continuación citaremos. Nacen en Navarra y, si bien el anterior es el primero en lanzarse al campo, será su tío el de mayor fortuna. El 8 de febrero de 1809 se alista como soldado voluntario, el 19 de noviembre de 1811 es ya brigadier, y mariscal de campo cinco meses más tarde. Abraza la causa liberal en 1814 y es el primero en pronunciarse contra el sistema absolutista. Una vez frustrada la conspiración, ante la imposibilidad de tomar la ciudadela de Pamplona y traicionado por alguno de los suyos, marcha a Francia. En 1820, atento a la voz de Riego, será el primero en proclamar la Constitución en Navarra (el 2 de marzo de 1820). El 22 de diciembre de 1822, en reconocimiento a sus méritos, es ascendido a teniente general. Después de luchar desesperadamente contra los Cien Mil Hijos de San Luis, emigra a Francia, Gran Bretaña y Gibraltar. Tras la muerte de su amigo Torrijos y desengañado en su último y estéril esfuerzo de subvertir el orden absolutista, se dedica a escribir sus memorias, que publicará su viuda. Muere en 1836.

Porlier, brigadier liberal que, condenado en 1814 a cuatro años de suspensión de empleo, se subleva en 1815 en La Coruña, es hecho prisionero y ejecutado el 26 de septiembre de dicho año, en la citada plaza.

Lacy y Milans del Bosch se sublevan en 1817 en Cataluña. El segundo logra huir y figurar posteriormente al lado de los liberales, tanto en los pocos días de poder como en los muchos de destierro y conspiración que les brindó la Historia. Lacy cae prisionero y es fusilado el 5 de julio de 1817.

En resumen, los guerrilleros fueron, la mayor parte de ellos, liberales; tuvieron que arriesgar de nuevo su vida, y algunos perderla, como anteriormente lo habían hecho contra los ejércitos napoleónicos. Y desde luego, todos sufrieron persecución más o menos violenta por sus ideas. Citemos algunos nombres: Abad («el Chaleco»), Aróstegui, Amor, Campillo, Durán, Chapalangana, Herrero, Jáuregui, Leguía, Manso, Martínez de San Martín, Mondedéu, Noriega, Paralea, Padilla, Quiroga, Renovales, Ripoll, Ríos («el Charro»), Sarasa, Saornil, Tabuenca, Villacampa, Zurbano...

Anteriormente citamos a Cuevillas que se avino a cambiar de bando ante los hechos consumados. No fue el único, si bien es preciso señalar en honor a la verdad, que fueron muy escasos los que tomaron tal actitud. Quizá el más significativo de todos ellos sea Julián Sánchez «el Charro». Fue el guerrillero más querido y sin duda el más respetado por los ingleses, de los que fue un fiel y eficaz colaborador a lo largo de toda la contienda. Desde su primera acción de armas, en febrero de 1809, y a lo largo de su meteórica carrera guerrillera, similar a la de sus compañeros, jefes de otras partidas, ya que el 28 de enero de 1812 es nombrado brigadier por la Regencia, actúa siempre bajo las directrices de los ejércitos aliados de Portugal y, en especial, de Wellesley. Durante el Trienio Liberal sirve fielmente a estos, pero cae prisionero de los franceses en Angulema el 18 de abril de 1823, siendo conducido a Vitoria. Aquí, gracias a los buenos oficios de Longa, es rehabilitado por el mando supremo francés, pasando «el Charro», a partir de ese momento, a servir lealmente en las filas absolutistas, realizando incluso varias delicadas misiones a las órdenes directas del duque de Angulema. Fernando VII, después de ordenar la apertura de una causa que posteriormente se sobreseyó, lo admitió en sus filas, pero gradualmente lo distanció del poder. La muerte en la villa de Etreroy, el 18 de octubre de 1832, le impidió tomar partido en la nueva contienda que se avecinaba.

Dijimos que hubo otro grupo muy numeroso de guerrilleros que no llegaron a conocer la victoria sobre el invasor. Recoger aquí los nombres de aquella legión de mártires, sería tarea noble pero agotadora. Recordemos, no obstante, a algunos de ellos: Abello, Echebarri, Echevarría, el alcalde de Otívar, Lucas Górriz, los Gómez, Mar-

quínez, el cura de Peralta, Francisquete, Mariano Navas (primo del Empecinado) y tantos otros.

En homenaje a todos ellos, hacemos mención especial del valenciano Romeu, que muere ahorcado el 12 de junio de 1812 por orden del Suchet, en Valencia. Después de luchar como un bravo y de negarse a pasar a las filas josefinas, donde le prometen honores, gloria y dinero, cae en manos de Suchet, por culpa de la traición de uno de los suyos. Ya preso, nueva y repetidamente recibe la tentadora oferta de prestar juramento de acatamiento de la monarquía josefina, lo que le reportaría de inmediato mando, ascensos, honores y privilegios; en caso contrario, sabe que irremediablemente le espera la muerte. Con una firmeza carente de jactancia, pero adornada de inquebrantable decisión, se niega a aceptar tales proposiciones y muere con la sencilla dignidad con que había vivido. Ese era el espíritu maravilloso que anidaba en los corazones de aquellos gigantes. Se comportaron todos tal como diría Napoleón en sus memorias, «como un solo hombre de honor».

Para cerrar el trabajo, no estará de más recordar algunos de los juicios que sobre ellos expresó el ya mencionado Gómez de Arteche: «*Pero podéis tranquilizaros los apasionados de las guerrillas, los que suponéis en los guerrilleros un elemento de victoria, no temáis veros privados de sus servicios en ocasión como aquella, solemne y crítica; porque mientras haya españoles, por necesidad o sin ella, con el beneplácito o no del gobierno, provocados a la pelea por sus adversarios o impelidos para su defensa...*».

«*Y con esa arrogancia, ya jactanciosa que no sé si es virtud o vicio en nuestra raza, los oiréis insultar al invasor y gritarle desde las crestas...*».

«*Fue irreparable el grandísimo daño que produjo el sistema de guerrillas en lo que pudiéramos llamar la exageración del personalismo a que dio lugar, el mismo que tanto contribuyó al éxito brillante, glorioso, decisivo de la Guerra de la Independencia, pero que fue causa de lo terrible, cruento y destructor de los civiles que después han destrozado nuestro país. Hombres sin educación militar y sin los alcances suficientes para descubrir el límite a que debían aspirar en sus empresas... Influidos en la embriaguez del triunfo y de la satisfacción de su amor propio... a la menor oportunidad y con el pretexto más frívolo, trataron de imponerse hasta a sus mismos conciudadanos... Lo que solo debía tener el carácter de una representación o de una queja, tomaba la forma de una guerra antigua, la del fuego*».[36]

Francisco de Longa

Por último, y como colofón que sintetiza a la par su pensamiento descubre las más profundas raíces del mal, asegura: «*Y es que no hay más que un agente militar capaz de acción siempre igual, eficaz en todas las circunstancias de la guerra, general y uniforme en las diferentes naciones del mundo, y ese agente es el Ejército, organizado en cada una según su manera de ser peculiar, con la instrucción conveniente y dirigido por el talento y la experiencia, conforme a las reglas, muchas inmutables, del arte de la guerra*».[37]

Acertado o no, si se enfoca con la perspectiva actual, este era el pensamiento en 1888 del ya viejo general Gómez de Arteche. Pensamiento largamente meditado, concienzudamente dedu-

cido y pacientemente reposado en, de y a través de las enseñanzas obtenidas del estudio de la Historia, triste historia, de nuestro siglo XIX, por uno de los hombres que más la había investigado y mejor la conocía.

NOTAS

[1] Gómez de Arteche y Moro, José. *Guerra de la Independencia. 1808-1814.* Madrid, 1895. Tomo IX. Pág. 421.Rodríguez Solís, E. «Los guerrilleros de 1808» *Historia Popular de la Guerra de la Independencia.* Madrid. 1895.
Dice Santillán: «*Andaban por las provincias de Segovia y Valladolid y se nos entraban frecuentemente en la de Burgos, varias partidas de guerrillas, entre las cuales se distinguían por su numerosa fuerza de caballería la llamada de Borbón, porque se había formado de soldados desertores de este Cuerpo al mando del cabo D. N. Príncipe. Su conducta era fatal para el país y para nosotros mismos, porque se había convertido en un asilo para nuestros desertores, estimulados por la licencia que allí se les permitiría. Por esta razón los perseguíamos nosotros, con tanto o más ardor que a los franceses y aun llegamos en una ocasión a desarmarles ciento y cincuenta hombres que sorprendimos en Sepúlveda*». «*A pesar-* añade*de nuestra persecución, la partida de Príncipe llego a reunir unos quinientos caballos, que causaban menos daño a los franceses que a los pueblos*».

[2] Gómez de Arteche y Moro, José. Op cit Tomo V. Pp. 332 y ss. Los ejércitos españoles quedaron derrotados en las sucesivas batallas habidas tras Gamonal pero, en modo alguno, destruidos. Ante la imposibilidad de organizarse regularmente, muchos decidieron actuar en o como las guerrillas.

[3] Gómez de Arteche y Moro, José. Op cit Tomo V. Pág. 10. El Gobierno central dio en diciembre de 1808 un reglamento «*para la formación y servicio de las partidas de guerrilla*» (y «*de cuadrilla*»). Fracasado este intento organizativo estableció, por decreto de 17 de abril de 1809, el «*corso terrestre*» por el cual se organizaron y tuvieron vida legal las guerrillas.

[4] Aznar Zubigaray, Manuel. *Guerrillas y Guerrilleros*. Conferencia pronunciada en la Escuela Superior del Ejército. Madrid, 16 de abril de 1970.

[5] Griffith, Samuel C. «Introducción» de Tse-Tung, Mao. *La Guerra de Guerrillas*. Ed. Huemul, S. A. Buenos Aires, 1965. Pág. 27.

[6] Griffith, Samuel C. Op. cit. Pág. 30-31.

[7] Aznar Zubigaray, Manuel. Conferencia citada, Pág. 5.

[8] Gómez de Arteche, José. *Juan Martín El Empecinado. La Guerra de la Independencia bajo su aspecto militar. Los Guerrilleros.* Barcelona, 1888, pág. 3.

[9] Gómez de Arteche, José. *Juan Martín El Empecinado…* Op. cit. Pág. 5.
Gómez de Arteche, José. *Juan Martín El Empecinado…* Op. cit. Pág. 9.

[11] Gómez de Arteche, José. *Juan Martín El Empecinado…* Op. cit. Pág. 38.

[12] Gómez de Arteche, José. *Juan Martín El Empecinado…* Op. cit. Pág. 38.

[13] Gómez de Arteche, José. *Juan Martín El Empecinado…* Op. cit. Pág. 39.

[14] Gómez de Arteche, José. *La Guerra de la Independencia.* Op. cit. Tomo I. Pág. 99.

[15] Jover, José María. *La Guerra da la Independencia Española en el Marco de las Guerras Europeas da Liberación, 11808-1814*. Zaragoza, 1958. Pp. 51 a 165.

[16] El coautor de este trabajo (SSB) ha investigado detalladamente el proceso descrito en el archivo de la villa de Lerma (Burgos), y los resultados obtenidos (expuestos en el Primer Congreso Internacional de Historia Militar. Zaragoza, 1982) siguen en líneas generales lo que a continuación se expone.

[17] Circular que el marqués de la Granja, como Intendente General del Ejército de la Provincia de Burgos y Corregidor por S. M. de dicha ciudad y su partido, envía a todos los ayuntamientos de la provincia, AML-XIX-C-1.

[18] Así, en Lerma se elige para el cargo de «cuartelero de los franceses» para atender sus requerimientos, a uno de los hombres más notorios de la villa, don Francisco de Santillán, padre del que después sería primer gobernador del Banco Español en San Fernando y varias veces ministro de Hacienda, y para que tal hombre acceda a ocupar el cargo se le da un sueldo, con cargo al ayuntamiento, de más de tres veces el sueldo normal en aquellas fechas. AML-XIX-1 908.

[19] Orden del 3 de marzo de 1808 del gran duque de Berg a sus ejércitos. AML-XIX-C-2.

[20] Carta dirigida por el Sr. Comisario Ordenador en Jefe de la Guardia Imperial al Sr. Intendente de Burgos el 2 de abril de 1808 (copia en AML XIX-1808-C-5).

[21] Como era época de recolección agrícola se llevan el trigo y la cebada y las legumbres de las eras; lo que no pueden transportar, utilizando todos los carruajes que encuentran y requisan, incendian in situ, vierten el vino de las bodegas, destrozan los cuarteles que les habían servido de acuartelamiento, etc. (en el eje Burgos-Madrid, AML XIX-1808-V).

[22] Así, en Lerma, en marzo de 1810, en plena plaza mayor y en pleno día, matan nada menos que al Comandante Militar de la Villa, sin que a pesar de todos los encarcelamientos y represalias consigan «las autoridades» saber quién o quiénes son los responsables. (Hechos de esta clase nos describen en abundancia la historia y los documentos de la época) AML-XIX-1810-M.

[23] Archivo Histórico Militar de Segovia (AHMS).

[24] La villa contaba entonces con unos 230 vecinos. Existen unas listas que fueron confeccionadas por exigencias del Comandante Militar de la Plaza y que nos dan los nombres de 47 «individuos» (sin contar los procedentes del resto de los lugares de la Comunidad de Villa y Tierra), con todo tipo de detalles, que formaban en las partidas. Es de suponer que los que figuran en ellas estuvieran ya tan «declarados» que no hubiera forma de ocultarlos, pues, teniendo en cuenta la procedencia de ellos, nos inclinamos a pensar que se ocultaron aquellos nombres que aún no habían destacado demasiado o que no sonaban a los «renegados» ni a los franceses. A ello debemos añadir las represalias de Merino contra los delatores. Ambos motivos permiten suponer que las listas reales hubieran sido bastante más numerosas. AML XIX-1811-G.

[25] López García, Bernardo. *El Dos de Mayo*.

[26] Gómez de Arteche, José. *La Guerra de la Independencia*. Op. cit. Tomo VII, Pág. 57.

[27] Toreno, *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución de España*. Madrid, 1835.

[28] Gómez de Arteche, José. *La Guerra de la Independencia*. Op. cit. Tomo I, Pág. 411.

[29] Gómez de Arteche, José. *La Guerra de la Independencia*. Op. cit. Tomo II, Pág. 345.

[30] Priego López, Juan. *Guerra de la Independencia*. *1808-1814*. Madrid, 1972. Tomo IV, Pp 13-15.

[31] Son muy diversos y variados los testimonios sobre esta reunión. Gómez de Arteche, por ejemplo, en su citada *Guerra de la Independencia*, Tomo VII, pág. 22, nos dice: *«... El "Director" le inspiró la idea de una reunión en San Pedro de Arlanza, especie de asamblea antigua, en que aquel personaje anónimo, el abad de Lerma don Benito Taberner, después obispo de Solsona, el del insigne monasterio en que se celebraba la Junta, y el de Cobarrubias, el comisario de la central, señor Peña, presbítero también, y Merino (hasta este extremo llegó la movilización de religiosos y sacerdotes) fijaron las medidas que sería necesario tomar para el alzamiento en armas del país... Esto sucedía en enero de 1809...».* En esta fecha coinciden todos los autores.

[32] Varios biógrafos lo afirman, entre ellos Gómez de Arteche, obra citada, Tomo IX, Pág. 147, y lo ratifica con los manuscritos del propio Santillán.

[33] Según los autores, el número es muy variado, pero en todo caso pasaron de 380 los jefes de partida con mejor o peor fortuna.

[34] En adelante, siempre que nos refiramos a las hojas de servicios, damos por sabido que se encuentran en el Archivo Histórico Militar de Segovia.

[35] José Leopoldo Hugo, general bonapartista en la Guerra de la Independencia, fue el padre del famoso escritor y poeta, Víctor Hugo.

[36] Gómez de Arteche, José. *Juan Martín El Empecinado…* Op. cit. Pág. 37.

[37] Gómez de Arteche, José. *Juan Martín El Empecinado….* Op. cit. Pág. 40.

OTRAS FUENTES

Carr, Raymond. *España 1808-1939*. Madrid, 1970.
Comellas, J. L. *Historia de España Moderna y Contemporánea*. Madrid, 1973.
Menéndez Pidal, Ramón. *La España de Fernando VII*, en Artola Gallego, M.: *Historia de España.* Madrid, 1968. Tomo XXVI.
Memorias y documentos varios. ■

IMPORTANCIA ESTRATÉGICA DE LA GUERRILLA EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

José Pardo de Santayana y Gómez Olea. Teniente Coronel. Artillería. DEM

La guerrilla se constituyó durante la Guerra de la Independencia en el gran mito de la resistencia popular durante aquella dramática contienda que socavó los cimientos del imperio napoleónico. Fue también una realidad de dimensión militar y social que prolongó el espíritu de resistencia en las áreas dominadas por las tropas imperiales y que hizo que la posición militar de los ejércitos franceses se debilitase con la conquista de nuevos territorios. Dicho mito nació ya durante los largos años de resistencia tenaz y los principales líderes guerrilleros se convirtieron en los grandes héroes del momento, llegando a causar fascinación incluso entre sus enemigos.

Tal fenómeno de mitificación, si bien hace justicia a un tipo de lucha irregular que alteró las reglas del juego y alcanzó por primera vez en la historia moderna de Europa una relevancia estratégica de primer orden, ha generado en la memoria colectiva de los españoles algunas imágenes que no corresponden con la realidad. Muchas personas tienen la idea equivocada de que en dicha contienda la lucha contra las tropas ocupantes por parte española, fue cosa principalmente de los guerrilleros, ignorando que a lo largo de toda la guerra el Ejército regular estuvo presente y que desempeñó un papel mucho más importante de lo que se le suele reconocer.

Frente a tal espejismo de la realidad, también podemos encontrar la tendencia desmitificadora, que en su empeño por clarificar las cosas, peca de lo contrario presentando a la guerrilla como un fenómeno colorista y secundario que en muchos casos llegó a hacer más daño que beneficio. Este debate no es, en cualquier caso, nuevo, puesto que ya durante aquellos años de afanada lucha, la guerrilla tuvo muchos detractores, sobre todo entre los militares profesionales.

Siendo cierto que la guerrilla se comportó en muchos casos con crueldad, incluso con la propia población española y que, por lo general, los guerrilleros no eran combatientes de gran calidad y crearon algunos problemas graves; no es menos cierto que su contribución estratégica fue enorme y que se convirtieron en una pesadilla para las tropas ocupantes. Siendo indiscutible que la guerrilla por sí misma ni ganó ni podía haber ganado la guerra -¡nada menos que contra la *Grande Armée* de Napoleón!-, es igualmente cierto que sin el constante acoso guerrillero esta tampoco se habría podido ganar.

El primer problema con el que nos encontramos es que del fenómeno guerrillero se han escrito muchas obras con carácter general, pero pocas que lo describan en detalle, partida por partida. Los principales relatos de la Guerra de la Independencia se centran en las grandes operaciones y solo tratan tangencialmente la lucha irregular. Sarramon, el historiador que con más detalle ha estudiado la participación francesa en dicha guerra, afirma lo siguiente: «*España era además el punto de fijación, antes de ser la tumba, de una gran parte de la Grande Armée de Austerlitz, Jena y Fiedland. A lo largo de seis años de luchas sin descanso, las tropas imperiales debieron sufrir allí unas pérdidas comparables a las de la campaña de Rusia y superiores a las de cualquiera de las otras guerras de la revolución o del imperio. Como subraya el coronel Gasset: España no fue para el Imperio el ariete que abate la torre, fue la termita que se desarrolla al pie del edificio y que con la ayuda del tiempo y del azar, termina por desmoronarlo*»[1].

Dice también Sarramon que las mejores obras que se han escrito con carácter global sobre la Guerra de la Independencia: «*No tratan más que de una forma muy sucinta todo lo que se refiere a la "pequeña guerra". Si se considera, sin embargo, que las pérdidas sufridas por los imperiales como consecuencia de los combates en la retaguardia y sobre las líneas de comunicaciones son con mucho superiores a las registradas en los campos de batalla sea contra los ejércitos regulares españoles o contra las fuerzas de Wellington, no se puede sino echar de menos tal laguna*».

Para valorar la importancia estratégica de la guerrilla en esta guerra, debemos utilizar dos métodos distintos. En primer lugar, reflexionar sobre el modo en se habría desarrollado esta, si no hubiera existido tal lucha irregular en retaguardia; y en segundo lugar, analizar pormenorizadamente la contribución concreta de la guerrilla a la victoria general.

El general Freire —que tuvo una actuación muy destacada al mando del contingente español integrado en el ejército de Wellington al final de la guerra— concedía a los cuerpos que combatieron en la retaguardia imperial un papel «*muy principal, y hasta dudaba que sin ellos hubiéramos podido sostener la lucha tres años*»[2].

Tal afirmación es muy fácil de apoyar si consideramos que, tras las graves derrotas españolas de Ocaña y Alba de Tormes en noviembre de 1809 y la conquista de Andalucía en febrero del año siguiente, la superioridad convencional de las tropas napoleónicas en España era aplastante y su posición central claramente ventajosa. Con Austria derrotada de nuevo en Wagram, Napoleón había aumentado su fuerza en España a más de 300.000 combatientes frente a solo 100.000 del Ejército español y 95.000 del contingente británico-portugués de Wellington. La existencia de la guerrilla obligó a Napoleón a cambiar su modo tradicional de operar. Primero dedicó un tiempo a pacificar las provincias por las que pasaban las líneas de comunicación con Francia, para después ordenar a Massena que se internara en Portugal para enfrentarse a Wellington. Desde el final de la conquista de Andalucía hasta que el mariscal francés cruzó la frontera portuguesa, pasaron siete meses; tiempo suplementario con el que contó el general inglés para preparar a su fuerza y terminar de construir la línea de *Torres Vedras.*

A finales de 1810, en el eje de comunicaciones Irún-Burgos-Valladolid-Ciudad Rodrigo-Lisboa, el Ejército imperial tenía desplegados 110.000 hombres y sin embargo, Massena no podía contar para enfrentarse a Wellington más que con 35.000. No cabe ninguna duda de que sin la existencia de la guerrilla que obligaba a mantener más de un tercio de las tropas en territorio conquistado de retaguardia, el Ejército imperial en España habría podido concentrar frente a Wellington o frente al Ejército español, una gran masa de maniobra a la que ni uno ni otro

Combate entre guerrilleros y tropas francesas

habrían podido resistirse. Es conveniente recordar que, no obstante el enorme despliegue napoleónico en la Península, el gran general inglés, cuyo volumen de fuerzas era relativamente modesto, nunca se enfrentó a más de 60.000 soldados imperiales.

Además hay que añadir que si la población de las regiones dominadas por las tropas imperiales hubiera aceptado el dictado francés, lo que sin duda habría ocurrido si no es por la acción de los guerrilleros, la retaguardia no solo no habría retenido fuerzas, sino que las habría generado y los recursos de todo ese territorio se habrían puesto al servicio de los cuerpos napoleónicos. Habiendo tropas españolas luchando en ambas partes, la causa patriótica habría visto debilitada su legitimidad y cohesión, y la voluntad de lucha se habría ido extinguiendo. El panorama general habría sido completamente distinto. Los éxitos de Suchet en Cataluña y Valencia no son explicables, si no se tienen en cuenta sus logros frente a la insurrección local y en el sometimiento de la población aragonesa.

Mariscal Suchet

Podemos considerar, por tanto, que la más importante de las contribuciones estratégicas de la guerrilla fue la de impedir que la población de las regiones dominadas por los franceses se sometiera a ellos. La acción guerrillera fue más que ninguna otra cosa, una disputa frente a las tropas ocupantes por el control de la población civil y una prueba fehaciente de que ni el rey José ni su hermano tenían una autoridad consolidada sobre los territorios que habían sido conquistados militarmente. Las partidas guerrilleras, por propia necesidad de supervivencia, se convirtieron en las autoridades políticas de las comarcas por las que campaban e impedían que la mayoría de la población rural se sometiera a los franceses; empleando para ello, si era necesario, amenazas y violencia.

Normalmente suele pasarse por alto los grandes esfuerzos que las autoridades francesas hicieron para reclutar en España fuerzas militares y de policía. La existencia de las partidas que podían fácilmente represaliar a los colaboradores o a sus familiares y en las que estos podían encontrar refugio si desertaban, impidieron que dicho empeño tuviera un resultado satisfactorio. En todos los demás países dominados (incluido Portugal, donde el Emperador reclutó más tropas que en España), las sociedades generaron numerosas tropas para el Ejército imperial y fuerzas cívicas para el control del orden público dentro del mismo país.

La tendencia tan acusada de los altos mandos militares franceses de no acudir en auxilio de sus

Guerrilleros atacando a un correo francés

compañeros de armas, se debió en parte al alto grado de rivalidad entre ellos que el mismo Emperador había fomentado. Pero había también otra poderosa razón: si se veían obligados a abandonar parte del territorio de su responsabilidad por un tiempo, sin duda podrían fácilmente volver a ocuparlo después, pero se veían obligados a dejar en la estacada a los partidarios que tanto trabajo les había costado conseguir. Los implacables guerrilleros utilizaban la ausencia de las tropas ocupantes para castigar a los colaboradores, y la población, con la lección aprendida, se hacía más y más remisa a todo compromiso profrancés.

Si el país conquistado hubiera estado en calma, las autoridades francesas habrían podido organizar fácilmente su administración y a los cuerpos imperiales no les habrían faltado recursos logísticos para sus operaciones. Sin embargo, como sabemos, las limitaciones logísticas terminaron siendo un grave talón de Aquiles para el operativo napoleónico. Los guerrilleros no solo se disputaron esos recursos y amenazaban a los convoyes que los transportaban, sino que también obligaron a que se emplearan columnas militares para el cobro de los impuestos y la recogida de las contribuciones. Dichas fuerzas consumían parte de esos recursos y debían obtenerlos con el uso de la fuerza y la generalización de las amenazas, produciendo un gran quebranto y desgaste en la economía local.

El mariscal Bessières, al llegar a España a principios de 1811 para hacerse cargo del mando del Ejército del Norte, informó al Emperador de cómo había cambiado la situación desde

1808, cuando estuvo por primera vez, y las dificultades que tenía para cumplir su misión: el agotamiento en que se encontraba el país por el exceso de explotación a que había sido sometido por los ejércitos, la exasperación tanto de las fuerzas como de la población, la dificultad para constituir almacenes debido a la falta de medios de transporte, la insuficiencia de efectivos para alcanzar los objetivos fijados, la obligación de poner potentes columnas en campaña para poder cobrar cualquier contribución y la sumisión solo de las localidades ocupadas[3].

El desgaste y encanallamiento de la guerra de la que los guerrilleros fueron los grandes responsables, impidieron que el rey intruso pudiera llevar a cabo las grandes reformas que se proponía y que fuera poco a poco ganándose adhesiones. Si tales iniciativas modernizadoras se hubieran llevado a cabo con éxito, los afrancesados españoles habrían mejorado sus posiciones y en consecuencia también la causa imperial.

La segunda contribución más importante de la guerrilla al éxito final, fue el haber retenido y desgastado un número tan elevado de tropas. Que las tropas que combatían a las guerrillas no estaban disponibles para enfrentarse a las fuerzas convencionales, es algo muy evidente y es la forma más fácil de evaluar el impacto estratégico de la guerrilla. Si aceptamos el número de 50.000 como probable para el total de hombres que militaba en las partidas irregulares, nos encontramos con que, para mantener las principales poblaciones y las vías de comunicación, los cuerpos imperiales tuvieron que detraer de la totalidad de sus fuerzas en 1810 y 1811 una cantidad superior a los 120.000 hombres. Si tenemos en cuenta que en las anteriores guerras y campañas napoleónicas habían bastado unos pocos miles de hombres para sostener la retaguardia, la diferencia habla por sí misma.

Julián Sánchez García, el Charro

En lo relativo al desgaste, es necesario recalcar que las tropas napoleónicas en España sufrieron más bajas, marcharon más kilómetros y dedicaron más tiempo y esfuerzo combatiendo a la guerrilla que al Ejército regular tanto español como aliado. La guerrilla rara vez producía muchas bajas en una misma acción y solía retirarse ante los ataques o avances enemigos, pero al estar esta tan extendida y volver una y otra vez al acoso, la aritmética acumulativa compensó con mucho la debilidad relativa. Es cierto que no se debe caer en la contabilidad de bajas como método de evaluación de los logros militares y que muchas de las bajas frente a la guerrilla, lo fueron por puro agotamiento; pero las bajas afectan a la moral, nos dan una idea del empeño dedicado y en el caso de las tropas empleadas por Napoleón en España, se trataba de soldados curtidos en cientos de batallas victoriosas muy difíciles de reemplazar.

Especialmente grave fue el caso de la Caballería, arma clave de la superioridad militar napoleónica y que requería mayores cuidados y a la que el constante ajetreo de escoltas, columnas de castigo y escaramuzas terminó reduciendo tanto en cantidad como en calidad. En la batalla de Arapiles, por ejemplo, tras cuatro años de guerra, Marmont no pudo utilizar todos sus jinetes y parte de las unidades iban

Columna francesa en el paso de Pancorbo

montadas sobre equinos apresuradamente requisados, de menor calidad y alzada. Wellington, a quien tanto preocupaba su inferioridad en Caballería, gozó esta vez de la ventaja contraria.

Al no designar el Emperador lugarteniente suyo en España y dirigir las grandes operaciones en persona desde París, la seguridad de la carretera París-Madrid y, en 1813, París-Valladolid, era esencial para que las órdenes y despachos se intercambiaran con unos intervalos de tiempo que hiciesen su contenido coherente. En circunstancias normales, un correo urgente podía tardar de París a Madrid 5 o 6 días. Al tener que ir estos escoltados en territorio español, el tiempo total se podía alargar a 15 o 20 días. Cuando en el tramo final de la guerra, las unidades guerrilleras llegaron a interrumpir el tránsito por periodos de hasta dos o tres semanas —lo que hacía que el correo tardara más de un mes en llegar; 2 meses y medio con su correspondiente retorno— la dirección estratégica desde París se volvió completamente ineficaz y las órdenes llegadas de Napoleón, que no obstante eran obedecidas, no respondían ya a la nueva situación. A esto hay que sumar los innumerables correos que fueron arrebatados y que producían confusión en los imperiales y proporcionaban información a sus oponentes.

Las guerrillas, cuando se fueron regimentando, aportaron también unidades que sumar al Ejército convencional. Esto sucedió en la segunda mitad de la guerra y sobre todo hacia el tramo final y tuvo especial importancia porque para entonces, el desgaste del Ejército español había sido enorme y dichas tropas se habían levantado con los recursos del territorio que estaba bajo dominio imperial. Algunas de aquellas unidades, como la caballería del Charro que tanto apreciaba Wellington o las divisiones del Empecinado, Espoz y Mina, Porlier o Longa llegaron a desempeñar un papel bastante notable.

Un factor cuya importancia no debe despreciarse, es el impacto moral que la lucha guerrillera tuvo sobre las tropas imperiales y sobre sus jefes. En las memorias francesas se percibe con toda claridad la desesperación de aquellos formidables soldados al tener que enfrentarse a un tipo de lucha que les desagradaba y frente a la que no tenían una respuesta contundente y eficaz. La incapacidad de obtener éxitos frente a aquella tropa desarrapada hirió el orgullo de muchos de aquellos mariscales y generales, haciendo de catalizador de rivalidades y desencuentros y empujándoles a tomar decisiones equivocadas, unas veces por exceso y otras por defecto.

En apoyo al esfuerzo convencional, la guerrilla también tuvo su contribución; tomemos como ejemplo la última ofensiva de Wellington en 1813, donde fue probablemente más notable. Normalmente el Ejército que avanza se debilita y el que retrocede sobre sus bases, se refuerza, por ir dejando el primero fuerzas y recursos logísticos atrás y marchar hacia terreno que el enemigo domina; mientras que el segundo se acerca a sus reservas y depósitos, combatiendo sobre un terreno que previamente ha estado en su poder y tener por ello mejor información. Sin embargo, en esta gran ofensiva aliada no se dio esta circunstancia: el Ejército aliado compensaba los hombres que iba dejando atrás con las nuevas fuerzas españolas que iba encontrando sobre la marcha; mientras estas mismas fuerzas guerrilleras, más o menos regimentadas, le mantenían informado de todo lo que sucedía en la profundidad del despliegue enemigo, permitiéndole incluso adelantar a miembros de su cuartel general para estudiar y preparar las rutas de marcha. Los franceses, por el contrario, no podían destacar, con toda su eficacia, su pantalla de Caballería distribuida en pequeños destacamentos en toda la extensión del frente, por el peligro de que estos fueran aniquilados por las diversas partidas españolas. Mientras vigilaban a la fuerza principal que venía de una dirección, tenían que estar pendientes de todas las demás y tampoco podían mantener un sistema fluido y fiable de informes y despachos por la misma amenaza guerrillera. En consecuencia, mientras el Ejército aliado en su avance contaba con diversos multiplicadores de fuerza, su adversario francés encontraba multiplicada la fricción asociada a toda campaña militar.

Vemos, por tanto, que la guerrilla influyó de muchas maneras en el desarrollo y resultado final de la Guerra de la Independencia. La combinación de todos estos efectos fue determinante para crear la tela de araña en que los cuerpos imperiales terminaron quedando atrapados. Sin pretender menospreciar la importancia estratégica de los otros dos grandes pilares del esfuerzo antinapoleónico en la Península Ibérica -el Ejército español y la fuerza aliada de Wellington- que fue crucial, teniendo en cuenta que el efecto de los tres actores fue complementario y cada uno cubrió en gran medida las deficiencias de los otros, y que durante el primer año y medio de la guerra la actuación de la guerrilla fue muy limitada, es de justicia reconocer que el fenómeno guerrillero dio carácter a aquella guerra y que su empeño y recalcitrante determinación sumaron la energía y la sinergia necesarias para que el continuo batallar victorioso de las huestes de Napoleón encontrara en España su fin.

NOTAS

[1] SARRAMON, Jean. *Contribution à l'Histoire de la Guerre de l'indépendance de la Péninsule Ibérique contre Napoléon*, volumen 1, pág II y III.

[2] Así lo relata Ramón Santillán en sus memorias. Este fue oficial de la guerrilla del Cura Merino y llegó a ser el primer presidente del Banco de España.

[3] AHG c8 63-66, Bessières a Berthier de 5, 11, 17 y 20 de febrero de 1811, citado por Sarramon. ■

LA GUERRA EN EL SUR DE LA PENÍNSULA: UNA PÁGINA DESCONOCIDA

Rafael Vidal Delgado. Coronel. Artillería. DEM. Doctor en Historia.

LA INVASIÓN FRANCESA DE ANDALUCÍA

Andalucía fue invadida en mayo de 1808 por lo franceses y fueron expulsados tras la batalla de Bailén. Durante más de año y medio, parecía que la guerra no atañía a los andaluces, hasta que la derrota del Ejército del Centro en Ocaña, abrió las puertas a la invasión del último territorio no ocupado, donde se encontraba el Gobierno que se oponía al rey José: la Junta Suprema y Central, radicada en Sevilla.

Al mando directo del rey José, tres cuerpos de ejército —a las órdenes de los mariscales Victor y Portier, y del general Sébastien— y la división Desolles se lanzaron sobre Sierra Morena, defendida por los restos del Ejército de Andalucía, al frente del que se encontraba el inepto general Areízaga, ya derrotado en Ocaña.

La campaña no pudo ser más rápida. El 10 de enero de 1810 se inició el asalto en dos frentes de ruptura, el del Este que confluía en Córdoba y que tenía por objeto cortar la retirada al grueso del Ejército derrotado; y el del Oeste, a través de los puertos de Despeñaderos, del Rey y del Muradal. Posteriormente, roto el frente, José I con dos cuerpos se dirigió a Sevilla y Cádiz, con el objetivo estratégico de conquistar la capital de la España fiel a Fernando VII y obligar a su Junta a capitular; por su parte, Sébastien y Desolles tenían como objetivos, Granada y Málaga.

Culminadas las acciones anteriores y como última operación estratégica, se iba a realizar una acción de tenaza para destruir las tropas españolas que quedaran, destacándose las fuerzas suficientes desde Cádiz, Sevilla y Málaga, que se abatirían, respectivamente, sobre Tarifa, Algeciras y todo el Campo de Gibraltar, serranía de Ronda y costa de Málaga, teniendo Estepona como punto de coordinación de las tres columnas.

El 24 de enero, Victor entró en Córdoba y lanzó la caballería del mítico general Latour-Maubourg sobre Sevilla, avance que fue detenido momentáneamente por la división del duque de Alburquerque, gracias a lo cual más de 23.000

hombres pudieron alcanzar la plaza de Cádiz, último reducto de la resistencia española.

El 5 de febrero, el mariscal Victor se encontraba frente a Cádiz, Alburquerque cortaba el puente sobre el río Zuazo, convirtiendo la plaza en la isla que era antaño. El mismo día, Sébastien ocupaba Málaga; José I daba por concluida la ocupación, a falta de la sitiada Cádiz. A mediados de febrero, se consideró que el territorio estaba pacificado, con excepción de Cádiz, sin ningún foco importante de insurrección.

Con objeto de aumentar la popularidad del monarca, se programó un viaje real: el 25 de febrero en Jerez de la Frontera, el 2 de marzo en Ronda, el 4 en Málaga, el 13 en Antequera, el 16 en Granada, desde donde regresó a Madrid. Aunque parezca paradójico, el viaje tuvo un espectacular éxito, dado que la población y las autoridades locales aclamaron al nuevo rey, pero a pesar de las apariencias, el paso del cortejo real era como una antorcha que iba quemando la sangre de los españoles, de tal manera que asemejaba a una convocatoria general para luchar contra el invasor.

LA INSURRECCIÓN

Hasta la segunda invasión francesa, la respuesta popular ante la guerra de la población andaluza había sido relativamente tibia, si exceptuamos aquellos primeros meses, de mayo a agosto, de 1808. ¿A qué se debió el levantamiento popular en 1810? «*La explicación de este fenómeno, no paralelo al de otras zonas de la geografía española, es el desastre que sufrió el Ejército del Centro, nutrido por soldados del Sur que, al quedar dislocadas sus unidades, volvieron a sus casas, permaneciendo su odio contra el invasor. A estos se unieron los lugareños, que defendían su pueblo y su comarca y, por último, en la Serranía de Ronda y en el Campo de Gi-*

Invasión francesa de Andalucía

braltar, las partidas tuvieron un elemento nuevo, los contrabandistas, que como dice Lavaur: "Hombres de pelo en pecho que combinaron la patriótica repulsa contra el gabacho con el profundo disgusto sentido al ver su negocio arruinado por la intromisión francesa"»[1].

De desconocido podría denominarse el fenómeno guerrillero en Andalucía, dado a la luz por la magnífica investigación realizada por Díaz Torrejón, que ha recogido de forma muy meticulosa, todas las guerrillas que actuaron en el territorio, las contraguerrillas que organizaron los imperiales, e incluso las bandas de delincuentes que se aprovecharon de la situación[2].

FUERZAS EN PRESENCIA

Tras la invasión y marcha del rey José a Madrid, se quedó al frente del denominado Ejército del *Midi*, el mariscal Soult, duque de Dalmacia, con los tres cuerpos que habían invadido Andalucía. El I, al mando del general Victor, estaba hipotecado en el sitio de Cádiz; el IV, mandado por Sébastien, sustituido posteriormente por Leval, desplegaba en el reino de Granada y su costa y mantenía las comunicaciones con la meseta; y el V dirigido por Mortier, y después por el general D' Erlon, debió enfrentarse a Wellington. En total cien mil hombres, casi la tercera parte de los efectivos franceses en la Península, desplegaban en Andalucía y parte de Extremadura.

La realidad, sin embargo, era bien distinta. Los cuerpos de ejército se encontraban prisioneros del terreno, careciendo de capacidad de maniobra. Por ello Soult decidió constituir un cuarto cuerpo, al que llamó de «Reserva», extrayendo regimientos y batallones de los demás, a cuyo frente puso al general Latour-Maubourg, para disponer así de una masa de maniobra con la que poder actuar.

Por su parte, las fuerzas españolas no podían ser más exiguas, los restos del Ejército del Centro hacinados en la sitiada Cádiz, más las tropas de la Comandancia General del Campo de Gibraltar, con los efectivos de una división reducida, a las que se añadió otra en la serranía de Ronda. Este conjunto se fue incrementando y aumentando su capacidad de combate con los oficiales salidos de las academias militares recién creadas y los nuevos medios, de tal forma que el 4º Ejército, como se le denominó tras la reforma, a partir de 1811 tuvo la entidad suficiente para enfrentarse con posibilidades de éxito a las tropas napoleónicas, y fue de hecho, al mando de Castaños, el artífice de la victoria de Albuera en mayo de ese año. El Ejército se configuraba en un núcleo central, ubicado en Cádiz, y dos alas: Huelva (condado de Niebla) y el Campo de Gibraltar. Llegó a aumentar hasta tres divisiones que operaban en este último territorio al mando del teniente general Ballesteros.

PLANES DE OPERACIONES

Napoleón era un genio de la estrategia de acción directa, visualizaba al Ejército enemigo en un determinado teatro de operaciones y lo destruía, obligando a las autoridades políticas a solicitar la paz. Sin embargo esta estrategia, netamente en el espacio, es ineficaz en la guerra peninsular, fundamentalmente porque a partir de 1810 no hay Ejércitos españoles a los que derrotar, ni siquiera Gobierno al que exigir la paz. Para el Emperador, los problemas de España y Portugal son de orden público, bastando medidas coercitivas y buena administración para que todo vuelva a la normalidad. Su obsesión sigue siendo la guerra contra Inglaterra, por ello su objetivo es la destrucción de las fuerzas inglesas de Wellington. La mentalidad continental de Napoleón, le hace creer que la posesión de la tierra y su negación al adversario, le servirán para derrotarlo.

Como Wellington establece su zona de operaciones, con base de partida en las proximidades de Lisboa y con los ejes en los ríos Duero y Tajo, sobre esos mismos ejes actuarán las tropas imperiales.

Soult, que cuenta con el ejército del *Midi*, no tendrá como misión principal la ocupación de Andalucía, sino la lucha contra Inglaterra. La imposibilidad de presentar medios suficientes en el flanco sur de Wellington, exasperará al Emperador, como manifiesta la correspondencia que cruza con el jefe del Estado Mayor imperial, mariscal Berthier.

La constitución de la Regencia en Cádiz es un paso importante para alcanzar la unidad en los planteamientos estratégicos españoles. La inexistencia de Ejército hace cambiar la estrategia, pasándose de una en el espacio, en la cual la batalla y la destrucción del enemigo es lo impor-

tante, a otra en el tiempo, en que prima el agotamiento del contrario, permitiendo con ello la creación de un nuevo Ejército, capaz de derrotar las desgastadas fuerzas francesas. Como las únicas fuerzas de alguna consideración que aún existen son las de Wellington, la Regencia pretende con sus operaciones militares en el sur de la Península, que los imperiales no puedan disponer frente a aquellas de la masa de maniobra necesaria para derrotarlas. Dos objetivos, pues, primarán en las operaciones españolas: impedir que el Ejército del *Midi* pueda disponer de contingentes importantes en Extremadura, y hostigarlo hasta fijarlo al terreno.

Para tener éxito con esta estrategia, se decide la fortificación de los numerosos castillos que bordean el antiguo reino de Granada, aplicándose en ello los pocos ingenieros militares que quedan, como Pascual Maupoey, muerto en combate con el grado de brigadier en 1812, o

Despliegue en Andalucía

Zarco del Valle, cuyo nombre aún perdura en un premio que se concede periódicamente. Estos castillos serán custodiados por el paisanaje local, obligando a los franceses a establecer cercos y asaltos sucesivos a todos ellos para mantener expeditas sus comunicaciones, cuestiones que no en todos los casos conseguirán.

Otro factor importante consiste en la permanencia en la zona de una autoridad militar, el Comandante General del Campo de Gibraltar, al que se le conceden atribuciones jurisdiccionales sobre todo el territorio ocupado, constando actuaciones, desde Utrera en Sevilla hasta las proximidades de Granada, siendo obedecido, aun con algunas excepciones, por todas las partidas levantadas en los reinos de Sevilla y Granada.

Expedición del brigadier Lacy

Debido a la escasez de tropas a su disposición —una división reducida, a la que se numera como la 1ª del 4º Ejército—, el Comandante General no puede llevar a cabo operaciones de consideración, pero constituye en todo momento una amenaza latente; amenaza incrementada con desembarcos navales en puntos de poca expectativa, que obligarán a Soult a recomponer su despliegue, extrayendo tropas de las distintas guarniciones para conformar una masa de maniobra para anularla.

Las expediciones de estos desembarcos no tenían por misión empeñarse en fuerza, por lo que después de hacer el mayor daño posible, en conjunción con las guerrillas y las tropas de la comandancia, reembarcaban hacia Cádiz, mientras el resto se acogía a sus santuarios.

OPERACIONES EN CURSO

Cuando aún no se había materializado el plan de operaciones de la Regencia, un regimiento de la División del general Latour-Maubourg, alcanzó Algeciras a finales de febrero de 1810, y obligó al Comandante General del Campo de Gibraltar a refugiarse en la colonia de Gibraltar. Su gobernador, aprovechándose de la situación y con el pretexto de que no fueran utilizadas por los franceses para poner sitio a la plaza, destruyó todas las fortificaciones de la «línea de contravalación», que dan origen a la actual población de la Línea de la bahía, y de las costas de levante y poniente[3].

Varias fueron las operaciones anfibias —aunque es aventurado darles esa denominación— sobre la costa mediterránea, algunas obtuvieron el éxito deseado y otras no alcanzaron los objetivos previstos.

La primera expedición se llevó a cabo en junio de 1810, con el desembarco de una división española, al mando del brigadier Lacy, en Algeciras. Recorrió en mes y me-

Batalla de Chiclana

dio toda la zona, amenazando las comunicaciones de Sevilla con Málaga, derrotó a tres contingentes franceses en Atajate, Jimena y Estepona, y reembarcó a mediados de julio.

Diversas autoridades locales criticaron esta forma de actuar, ya que dejaba a los pueblos indefensos y sometidos a las represalias francesas. El padre Mariana tampoco elogió el resultado de la operación: «*… sin haber logrado otro fruto que alarmar a tres generales contrarios e impedir que el Ejército de Mortier pudiese auxiliar al que empezaba entonces la desafortunada expedición de Portugal*»[4].

Las autoridades políticas españolas, en cambio, consideraron que se había conseguido el objetivo estratégico, y Lacy fue ascendido a mariscal de campo.

En octubre de 1810 se realizó otra expedición, en este caso combinada, al mando del general Blayney sobre el puerto de Málaga para asestar un duro golpe al comercio francés con Marruecos, apoderándose de los mercantes y corsarios surtos en la rada.

Blayney, en vez de desembarcar en la capital, lo hizo a 30 kilómetros, frente al castillo de Fuengirola. La guarnición polaca resistió el tiempo suficiente para que Sébastien cayera de improviso sobre las fuerzas expedicionarias, las cuales se libraron de un desastre mayor, gracias a la firmeza del Regimiento Imperial de Toledo, aunque el general británico, varios oficiales y más de doscientos hombres quedaron prisioneros.

Estas operaciones de desembarco sirvieron de experiencia para otras de mayor envergadura, aunque de regular éxito, como la efectuada por el general Murray en 1812 para obligar a levantar el sitio de Tarragona.

En enero de 1811, el 4º Ejército tenía la fortaleza suficiente para emprender operaciones de mayor entidad. Lacy, nombrado Jefe de Estado Mayor, planeó una maniobra envolvente de corto radio de acción, con el apoyo de las tropas del Campo de Gibraltar (1ª División del brigadier Begines de los Ríos). Estas tropas ocuparían Medina Sidonia, lo que exigiría a Victor a detraer tropas de la línea de cerco para hacer frente a la amenaza, momento en el que, a través de varios puentes de barcas, las unidades españolas efectuarían una salida para obligar a levantar el sitio. El mal tiempo impidió la coordinación entre las unidades españolas y aunque Begines ocupó Medina Sidonia, tuvo que retirarse al no tener ninguna reacción de las tropas españolas de Cádiz, y verse atacado por numerosas fuerzas.

En el mes de marzo del mismo año se decidió otro movimiento envolvente, este de gran radio de acción con el desembarco en Tarifa de dos divisiones, una hispana y otra inglesa. La operación fue mal desde el principio. Hubo desavenencias entre el general Graham, que quería el mando, y el impuesto por la Regencia, teniente general La Peña, al que le correspondía al ser España la nación que más tropas aportaba. Parte de la fuerza, a causa del mal tiempo, no pudo desembarcar en Tarifa, haciéndolo en Algeciras, lo que aumentó la vulnerabilidad de la operación.

La fuerza desembarcada atacó la retaguardia francesa, momento en que se tendieron los puentes necesarios sobre los caños que rodean la Isla[5], efectuando una maniobra tipo tenaza sobre los franceses. Derrotado el enemigo, se pretendía avanzar sobre Jerez y amenazar Sevilla.

La operación culminó en a batalla de Chiclana que se asume como una victoria española, aunque no se alcanzó el objetivo estratégico de obligar a levantar el sitio, aunque sí el táctico de causar daños importantes al enemigo. La clave de la batalla estaba en la ocupación del cerro del Puerco. El general Graham se dio cuenta de su importancia y lo conquistó con su división, reforzada con una brigada española del brigadier Cruz Mourgeon y la división de Begines de los Ríos. Sin embargo, La Peña se desentendió de sus aliados, preocupado por acercarse a las líneas españolas, lo que motivó que el sanguíneo Graham lo tachara públicamente de cobarde.

La batalla fue muy sangrienta, las huestes de Napoleón perdieron dos generales y más de 2.500 hombres, por mil doscientos británicos y trescientos españoles, aunque quedaron en poder de los imperiales, tres coroneles, cien oficiales y seiscientos hombres, la mayoría hispanos.

En el mes de mayo obtuvieron las fuerzas españolas la victoria de Albuera, donde Castaños derrotó al propio Soult.

La ausencia de tropas imperiales fue aprovechada por el mariscal de campo Begines de los Ríos, para lanzar una expedición que amenazara las comunicaciones con Sevilla, derrotando en la Dehesa de Gaena al 4º Regimiento de Polacos.

En el verano de 1811, fue nombrado comandante general del Campo de Gibraltar, el teniente general Ballesteros, que se había distinguido en Albuera. Desembarcó en Algeciras junto con dos divisiones (2ª y 3ª), a la que se añadió la división del Campo (1ª), de esta forma se constituyó una fuerza considerable y una amenaza creíble para Soult. Ballesteros tenía por misión además, conquistar Málaga, y militarizar a todas las partidas que hasta la fecha campeaban por todo el sur de la Península.

Sin conocer la existencia de Ballesteros, el duque de Dalmacia, organizó una ofensiva contra el Campo de Gibraltar en septiembre de 1811, con tropas procedentes de Granada, Málaga, Córdoba y Sevilla, mandadas por los generales Rignoux y Cassagne. En Yunquera (Málaga) derrotaron a una conjunción de partidas y unidades regulares que les presentaron combate, y asolaron a continuación los pueblos de la serranía de Ronda. Al dirigirse hacia Algeciras, al llegar a Jimena de la Frontera, se encontraron con las fuerzas de Ballesteros, que los derrotó en un combate que ha pasado a los anales de la zona como la «batalla de las Peñas de Juana Sánchez», por ser este montículo la clave de la lucha.

Ordenó Soult a Victor que planeara otra operación, esta vez contra el propio ejército de Ballesteros, acudiendo desde Antequera y Sevilla, los generales de división Barrois y Godinot. El general español inició una maniobra retardadora, cediendo espacio a cambio de desgastar al enemigo, hasta que se acogió al istmo de la Línea de la Concepción, bajo la protección de los cañones de la plaza de Gibraltar y de los barcos surtos en la bahía. Los franceses tuvieron que reti-

rarse; al ser amonestado por Soult, Godinot tomó el fusil de un soldado y se quitó la vida.

Poco después, al verse libre de enemigos, que se habían retirado a la línea del Guadalete, Ballesteros con lo más granado de sus tropas, se presentó en Bornos, cuartel general del general Semellé, y le obligó a retirarse con grandes pérdidas.

De nuevo Soult organizó una operación de mucha mayor envergadura, ostentando el mando supremo de las operaciones el mariscal Victor, que tenía como objetivo principal la conquista de Tarifa, plaza que contaba con una fuerte guarnición hispano-inglesa, y lugar por donde se abastecían las divisiones que actuaban en la zona. La milenaria ciudad resistió el ataque, y los franceses tuvieron que retirarse.

A partir de ese momento, enero de 1812, las tropas españolas de Ballesteros tomaron la iniciativa, se produjeron combates en la Hoya de Málaga, y en junio hubo de nuevo una batalla en Bornos, esta vez desfavorable para las armas hispanas. Poco después se reconquistaba Málaga, y posteriormente los franceses abandonaron Andalucía, retirándose hacia el norte de Sierra Morena con todos los objetos de sus saqueos, como la Inmaculada de Murillo —sustraída por el mariscal Soult, duque de Dalmacia, del hospital de los Venerables de la capital hispalense— que no regresó a España hasta 1941.

General Ballesteros

CONCLUSIONES

Las operaciones militares que se llevaron a cabo en el Sur fueron acordes con los planteamientos estratégicos, siendo para ello de gran importancia la figura del Comandante General del Campo de Gibraltar, obedecido y respetado por las autoridades locales y por los jefes de partidas; una profusa documentación da fe de ello. Existió, bien es verdad, un punto de fricción en la serranía de Ronda, al haber elegido los serranos para ser dirigidos al jefe de escuadra Serrano Valdenebro, de mayor graduación que el general del Campo, lo que obligó, a la postre, a la Regencia a la destitución del último.

Andalucía fue la última región española en ser ocupada y la primera en ser liberada. Cádiz y Tarifa tuvieron el honor de ser de las pocas ciudades, por no decir las únicas, que nunca fueron francesas.

NOTAS

[1] VIDAL DELGADO, Rafael. *Historia de la Guerra de la Independencia en el Campo de Gibraltar*. Caja Postal. Algeciras, 1995.

[2] DÍAZ TORREJÓN, Francisco Luis. *Guerrilla, contraguerrilla y delincuencia en la Andalucía napoleónica* (1810-1812). Fundación para el Desarrollo de los Pueblos de la Ruta del Tempranillo. Córdoba, 2005.

[3] VALLÉS, Camilo. *Gibraltar y la bahía de Algeciras*. Barcelona, 1889. Este autor relaciona todas las fortificaciones y baterías demolidas.

[4] MARIANA, Padre. *Historia General de España*. Biblioteca Ilustrada de Gaspar Roig. Madrid, 1853. Pág. 202.

[5] La Isla comprendía las actuales poblaciones de Cádiz y San Fernando. ■

LA GUERRA PARALELA:

LA EMANCIPACIÓN AMERICANA

Rafael Vidal Delgado. Coronel. Artillería. DEM. Doctor en Historia.

INTRODUCCIÓN

En los libros de Historia de España se presenta en un capítulo la «Guerra de la Independencia»y en el siguiente la de «Emancipación Americana», creando la sensación en el lector y estudioso, que fueron dos acontecimientos sucesivos, cuando no solamente fueron coetáneos, sino muy interrelacionados entre sí, de tal manera que si no se hubiera producido la primera, la segunda tampoco, no siendo, por supuesto, óbice para que las antiguas colonias españolas alcanzaran su independencia.

En un artículo no se puede diseccionar toda la Guerra de Emancipación, ni siquiera la fase que transcurre entre 1808 y 1814, aunque se van plantear algunas cuestiones que fueron comunes a los distintos teatros de operaciones.

Tres períodos, perfectamente diferenciados a juicio de este autor, se presentan entre 1808 y 1824, año en el que la independencia total fue un hecho. El primero dura lo que la Guerra de la Independencia, y en él se encuentran las autoridades peninsulares solas ante el peligro, pudiendo controlar medianamente la situación al contar con el apoyo de la clase dirigente criolla, la cual asume funciones de gobierno. Este primer período se podría dividir, a su vez en dos, comprendiendo desde el Dos de Mayo hasta finales de enero de 1810, durante el cual gobierna la Junta Soberana y Central; y el segundo, entre esta fecha y la finalización de la guerra, al principio del cual se produce un corto intervalo de ausencia de gobierno, hasta que es nombrada la Primera Regencia.

El segundo período comprende desde 1814 a 1820, es decir, los años absolutistas de Fernando VII. En este tiempo, aunque desde el poder central se pueden atender las demandas ultramarinas, la intransigencia política y la pretensión de marcha atrás en lo avanzado hacen que la causa española —ya veremos que los bandos se denominarán «realistas» y «patriotas»— pierda apoyos, precisamente porque los criollos no quieren perder los derechos adquiridos en el período anterior.

Por último, el tercer período comprende entre 1820 y 1824, y la causa realista pierde los puntales militares y políticos más importantes, que se pasan en masa a la rebelión contra el gobierno de la metrópoli, manteniéndose la pugna entre los que preconizan el nacimiento de regímenes monárquicos, con alguna relación con España, y los que desean instaurar la república a imagen de América del Norte.

Este es el planteamiento político y es necesario tenerlo presente para no errar en las posibles conclusiones que podamos extraer de lo leído.

La guerra que nos ocupa no puede encasillarse en la tipología de liberación, porque no lo fue, aunque su consecuencia fue la independencia, sino que debe incluirse en el concepto de *guerra civil*, ya que no hubo familia que no estuviera partida ideológicamente. Casos en este sentido hay muchos y significativos: la hermana del «Libertador», Simón Bolívar, era realista; los jefes de la Caballería de los ejércitos enemigos en el Alto Perú (realista) y Tucumán (patriota), Marquiegui y Güemes, eran parientes cercanos; más aun, los cuñados de Marquiegui, los Iriarte, eran furibundos patriotas[1]; los hermanos Castilla, el mayor Leandro, permanece fiel a Fernando VII, y tras Ayacucho se reintegra al Ejército peninsular, pasando al bando carlista al iniciarse la Guerra Civil española, mientras que Ramón, pasa al bando independentista en 1820, llega a ser gran mariscal del Perú y presidente de la República; Santa Cruz, los hermanos Tristán, La Mar, Gamarra, etc son también casos paradigmáticos[2].

El profesor Rodríguez Casado, en la evocación de las *Memorias del virrey Abascal*[3], escribe: «*Fueron guerras civiles en su sentido más estricto. Y esto no solo porque los peninsulares, conjuntamente con indios y mestizos, pelearon largos años con mestizos, indios y peninsulares, sino porque el tema a discutir era eminentemente español*». Y continúa más adelante: «*Los ejércitos que guerreaban por las sierras andinas, o en Salta, La Paz y Jujuy defendían unos, la soñada unidad del pensamiento de épocas pasadas, mientras los otros buscaban un nuevo ideal por el que pelear, instintivamente sabedores de que la unidad de antaño había desaparecido*».

Otra cuestión que apoya el concepto de guerra civil, es el recuento de los medios humanos empleados por los contendientes: el 90% de los efectivos de los llamados ejércitos realistas eran de procedencia americana, así como un porcentaje significativo de altos mandos de los ejércitos patriotas eran españoles peninsulares de nacimiento. ¿Hay que considerarlos «traidores» por este motivo? Desde luego que no, porque la mayoría de estos oficiales hicieron su carrera militar en América, se casaron con criollas y tuvieron allí sus hijos, adquirieron sus haciendas e hicieron fortuna. Mantuvieron el apoyo a la metrópoli hasta donde pudieron, pero cuando los acontecimientos se demostraron irreversibles, se pasaron a los independentistas.

Muchas consideraciones más se podrían exponer para clasificar esta guerra como civil, principalmente durante el primer período, durante el cual ambos bandos se declararon fieles a Fernando VII.

Esta guerra tiene otras connotaciones, como la que Inglaterra, aliada de España en su lucha contra Napoleón, era su enemiga en Ultramar, apoyando descaradamente a las ansias emancipadoras.

Con objeto de disponer de una visión, lo más breve pero al mismo tiempo clara, sobre esta guerra paralela, haremos un esbozo sobre la situación político-administrativa de la América colonial, las primeras insurrecciones, las características y procedimientos bélicos en la contienda,

Simón Bolívar

las operaciones militares más importantes, y, por último, el estado en que se encontraban los distintos territorios en la restauración de don Fernando VII y la instauración del absolutismo.

SITUACIÓN POLÍTICO-ADMINISTRATIVA DE LA AMÉRICA COLONIAL

A partir de 1776, gobernando Carlos III, la estructura política se configura sobre la base de cuatro virreinatos: Nueva España, Nueva Granada, Perú y Río de la Plata; y varias capitanías generales: Venezuela, Chile, Cuba, Puerto Rico y Guatemala. Esta estructura aumentó estratégicamente la capacidad defensiva del conjunto frente al enemigo tradicional español: Inglaterra.

Reconocida la Junta Central como suprema de todas las de la monarquía española, ordenó que se integraran en ella un representante por cada uno de los virreinatos, como forma de aplacar con medidas políticas, el ansia de autogobierno de los criollos. Posteriormente, al instituirse la Regencia, uno de sus miembros tenía que ser americano; y a continuación, cuando se convocaron Cortes constituyentes, se reconoció el derecho de que todas las provincias, incluidas las ultramarinas, tuvieran un representante en ellas. El número de diputados variaba mucho de un territorio a otro, dada la dificultad de equiparar el concepto provincial de la Península con el de intendencias, audiencias, corregimientos, gobiernos, etc. americanos.

Santiago Liniers, virrey del Río de la Plata

De esta forma, a través de la autoridad reconocida de las juntas y gobiernos, la equiparación de todos los territorios y la igualdad de derechos entre peninsulares y criollos, parecía que se mantendría la unidad del imperio español; pero tras su regreso, Fernando VII promulgó el 14 de mayo en Valencia, un real decreto declarando: «*Aquella Constitución y aquellos decretos nulos y de ningún valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamás tales actos y se quitasen de en medio del tiempo*», que nada más conocerse fue el combustible que alentó las ansias de independencia.

LAS PRIMERAS INSURRECCIONES

Entronizado José I como rey de España, su gobierno procedió a enviar plenipotenciarios a los territorios ultramarinos, para recabar su fidelidad al nuevo régimen. Ninguno de los embajadores consiguió su propósito, aunque provocaron alteraciones del orden, levantamientos populares y destitución de autoridades españolas consideradas afectas a la nueva monarquía.

En el virreinato de Río de la Plata, la guarnición apoyada por la clase dirigente, se sublevó contra el virrey Liniers y la Junta Central nombró para sucederle a Baltasar Hidalgo de Cisneros.

El 13 de mayo de 1810 llegaba a Buenos Aires una fragata procedente de la Península, trayendo la noticia de la invasión francesa de Andalucía y la disolución de la Junta Central de Sevilla. Pocos días después, por voluntad propia, se suprime el virreinato y se constituye una Junta, presidida por el mismo Hidalgo de Cisneros, teniendo como vocales a los más prestigiosos criollos de la ciudad. Gobernó dos o tres días y fue reemplazada por otra presidida por el porteño Cornelio Saavedra. Aunque algunos toman esta fecha como nacimiento de la República

Campaña de Hidalgo y Morelos

Argentina, los gobernantes elegidos no se consideraban separados de la metrópoli, y no se proclamó, de forma efectiva, la independencia hasta el 9 de julio de 1816.

Esta extraña situación de fidelidad a la corona española y al mismo tiempo guerra abierta contra los poderes institucionales en el continente, se dio durante los años que transcurren entre 1810 y 1814. En primer lugar contra las tropas del virrey del Perú, Abascal, que se anexionó el Alto Perú (actual Bolivia) y el Tucumán, que pertenecían a la jurisdicción del virreinato de Río de la Plata y dependían, por tanto, del Gobierno de las Provincias Unidas que lo había sucedido, lo que originará diversas campañas. Otros conflictos se generarán con la vecina colonia de Sacramento y la gobernación de Montevideo, actual Uruguay, así como con los gobernantes de Paraguay, los cuales declararon su fidelidad a Fernando VII, no queriendo adherirse a las Provincias Unidas. Por otra parte, en esos años, comienza a generarse la oposición entre unitarios y federales, provocándose luchas entre partidarios de una y otra tendencia que años más tarde culminarían en guerra abierta.

Anteriormente, en los primeros meses de 1809, había tenido lugar el alzamiento en Chuquisaca (actual Sucre-Bolivia), cuyas autoridades reconocían la autoridad del virrey del Perú, Abascal, aunque jurisdiccionalmente pertenecían a Río de la Plata. El teniente coronel Álvarez de Arenales, posterior general «patriota», peninsu-

lar de nacimiento, fue uno de los dirigentes destacados de la revuelta y comandante de la milicia constituida. Los comunicados emitidos por la junta revolucionaria, solicitando a las ciudades de la real audiencia de Charcas que se adhirieran al movimiento, confirmaban su fidelidad a Fernando VII. La intendencia de La Paz se unió a los sublevados, destituyó a las autoridades leales y nombró intendente a Juan Pedro Indaburu y jefe de las tropas al coronel Pedro Domingo Murillo.

Antes de finalizar 1809, la tranquilidad volvía a reinar en el Alto Perú.

En la capitanía general de Chile, teóricamente dependiente de Lima, como consecuencia del movimiento de mayo en Buenos Aires, se constituyó la Junta correspondiente, que declaró su autonomía respecto al virrey.

La audiencia de Quito, actual Ecuador, dependiente del virreinato de Nueva Granada al igual que el resto de las demarcaciones territoriales del continente, se declaró soberana y de gobierno, constituyendo la Junta correspondiente, aunque las tropas leales al virrey Abascal —que como se irá viendo será el máximo valedor del poder peninsular y realista en América del Sur— lograron restablecer la situación de fidelidad al Gobierno español.

En la capitanía general de Venezuela se produce el movimiento «mantuano» (abril de 1810), dirigido por la aristocracia local, compuesta por criollos y pardos (mestizos), que al igual que en los demás lugares, depusieron a las autoridades y nombraron otras nuevas, siempre bajo la consigna de fidelidad a la corona española.

En Nueva Granada, se dejó sentir la influencia de Venezuela, constituyéndose la Junta soberana y de gobierno, bien que con importantes excepciones, dado que diversas provincias se mantuvieron fieles al orden anterior.

Por último, en Nueva España la proclamación de la Junta tuvo un matiz diferenciador con respecto a otras, al expresar sus miembros no sentirse ligados a ninguna otra de la Península, mientras estuviera preso Fernando VII. La connivencia del Virrey con esta postura provocó un golpe de Estado de los llamados «españolistas», al considerar que lo que deseaba el Virrey era la independencia, deteniéndose a todos los que habían defendido tal postura y nombrando virrey y capitán general al mariscal de campo, Pedro Garibay, el cual, al establecerse el 25 de septiembre de 1808 la Junta Suprema Central y Gubernativa en Madrid, la acató como superior. El 19 de julio de 1809 el arzobispo de México Francisco Javier de Lizana y Beaumont, sustituyó a Garibay en el virreinato por instrucciones de la Junta Suprema y Central, en aquel momento ya radicada en Sevilla.

Con objeto de preservarse de un posible desembarco inglés, se había constituido en 1806 un ejército de 14.000 hombres, formado casi exclusivamente por criollos e indios, al sur de México, en Xalapa y Perote, que fueron licenciados a finales de 1808, lo que creó la inquietud de que se pretendía la entrega del país al rey José I, siendo esta diáspora militar germen de la futura independencia.

CARACTERÍSTICAS Y PROCEDIMIENTOS BÉLICOS

En la Guerra de Emancipación americana se opera, maniobra y combate, de forma distinta a como se efectúa en Europa y no precisamente por desconocimiento de los principios del arte de la guerra por parte de los contendientes. La inmensa mayoría de los generales u oficiales que se adhirieron a las ideas emancipadoras tenían una formación castrense similar, por no decir idéntica, a los que integraban el Ejército «realista», ya que ambos colectivos habían estudiado en las academias y colegios militares o habían sido cadetes de cuerpo; así mismo, conforme pasen los años, primero a partir de 1814 y posteriormente de forma masiva, los Ejércitos «patriotas» se nutrirán de oficiales procedentes del bando realista. La diferencia estriba en los grandes espacios, miles y miles de kilómetros cuadrados en gran parte despoblados, y en las características propias de una guerra civil.

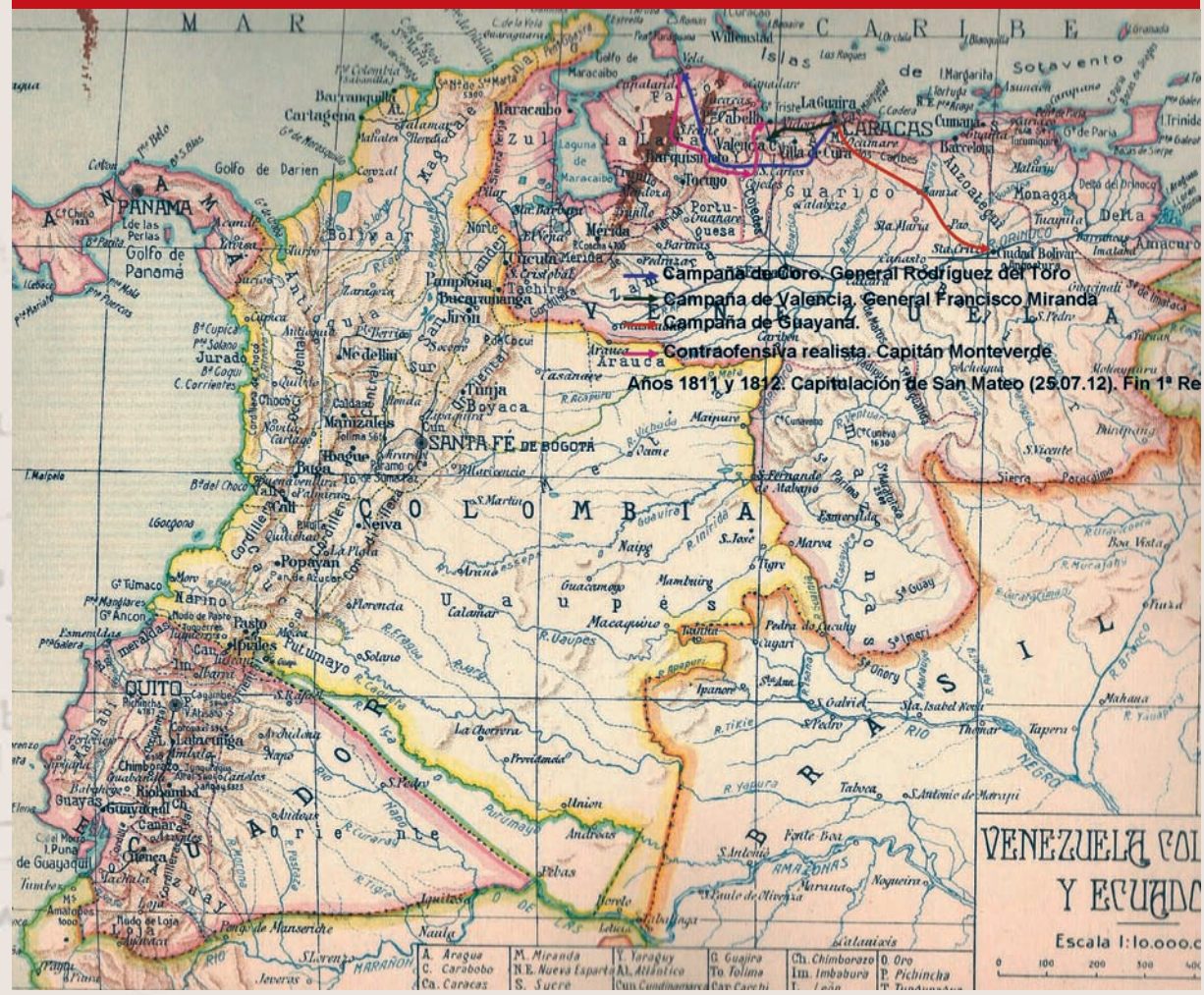
Todas las guerras civiles tienen unas connotaciones singulares, donde el odio entre las partes y la destrucción o no de infraestructuras desempeñan papeles peculiares. En la guerra convencional se pretende la destrucción del enemigo; en la civil, su sometimiento, mezclándose en ella actos de crueldad indiscriminada con episodios de benignidad y clemencia, incluso de invitación a cambiar de bandera y aceptación en bloque de las unidades vencidas, reconociéndose sus grados militares.

Además, no solamente existe situación de guerra civil entre «realistas» y «patriotas», sino entre estos últimos: se enfrentan los que pretenden el mantenimiento de la unidad territorial a través de un régimen federalista, con los que quieren la independencia pura y dura bajo el republicanismo de cada una de las divisiones administrativas, pasando por los que desean regímenes monárquicos.

El teatro de la guerra era inmenso, abarca desde los confines de Texas hasta Tierra de Fuego, es decir miles y miles de kilómetros, con dos teatros diferenciados, el de México, y el de Sudamérica. Centrándonos en la geografía de América del Sur, esta se caracteriza por una enorme cordillera, la de los Andes, que recorre el continente de Norte a Sur por su parte occidental, con tres llanuras inmensas, al Norte, al Sudeste y en la franja litoral del océano Pacífico. La verdadera guerra de emancipación se da en el Norte, actuales Venezuela y Colombia; en la franja costera de los actuales estados de Chile y Perú; y en el corazón de la cordillera, el Alto Perú, que hoy pertenece a Bolivia y las provincias argentinas de Jujuy y Salta.

Con respecto a las fuerzas que operan, lo hacen en columnas[4], las cuales apenas superan los 800 o 1.000 hombres, compuestas por soldados de todas las armas, incluidas una o dos piezas de Artillería, tendiéndose a que todos los hom-

Campaña de Venezuela



bres vayan montados, los de Infantería en mulos. En la cordillera de los Andes, como en cualquier otra cadena montañosa, se suceden las distintas sierras formando compartimentos que siguen la orientación de la propia cordillera, siendo casi estancos y de difícil comunicación con los laterales lo que obligaba a una perfecta coordinación de movimientos de las columnas, fijándose unos puntos de enlace y reunión.

El desconocimiento de la posición del enemigo es normal en montaña, por eso el comandante de cada columna gozaba de una amplía autonomía, combatiendo si consideraba que podía llegar a un resultado positivo, o retrocediendo si lo consideraba adverso. Para llevar a cabo esto último, debía mandar aviso a las columnas laterales, lo que efectuaba remitiendo pequeñas patrullas que se dirigían a la zona donde presumiblemente se encontraban.

La táctica empleada por los contendientes era similar a la empleada en las guerras napoleónicas, es decir, la conjunción del fuego artillero (todas las columnas llevaban un cañón o dos), con el avance de las formaciones de Infantería, para llegar al choque a la bayoneta. La Caballería, indispensable en cualquier columna, se empleaba en sus misiones clásicas, es decir, en la descubierta y exploración, como arma de ruptura en el combate, posteriormente en la explotación del éxito y persecución, y, en todo momento, proporcionando seguridad y protección al conjunto. La Caballería, a diferencia de

Campaña de Perú y Río de la Plata

los Ejércitos europeos, empleaba la lanza como arma ofensiva, de tal manera que se llegaron a computar como «lanzas» en vez de «sables».

Los realistas hicieron un uso más eficaz de la Artillería que sus contrarios. Una masa de fuego, bien dirigida, contra las formaciones cerradas de Infantería y contra las cargas de Caballería, era sinónimo de victoria principalmente al principio de la contienda, dado que los soldados insurgentes eran «poco profesionales», por lo que se asustaban del estrago del cañón, al igual que los caballos, poco acostumbrados a su ruido. Contra las partidas indígenas el efecto era todavía más abrumador, ya que unos disparos certeros sobre su núcleo central, provocaba la desbandada, habiéndose de tener en cuenta, además, que el armamento de estas partidas era muy deficiente, basado fundamentalmente en arcos, flechas y lanzas, y en muy pequeña cantidad armas de fuego que, como sabemos, en la época que nos ocupa tenían muy escasa efectividad.

Las unidades de Ingenieros brillaban por su ausencia en las fuerzas militares de América. No quiere ello decir que no existieran fortificaciones, que se han conservado hasta nuestros días como muestra de la grandeza del imperio español, pero en realidad estas fortalezas, fuertes y fortines eran obra de los arquitectos militares. Esporádicamente en algunos estadillos de fuerzas militares, se recoge la existencia de una o dos compañías de zapadores-minadores.

Lo que verdaderamente sorprende de las disposiciones estratégicas realistas e insurgentes, es la capacidad de coordinar en tan grandes espacios, ejércitos que en Europa se considerarían minúsculos; así como guardar, reforzar, proteger, etc, zonas de cientos de kilómetros. Es como si en la Península Ibérica se tuviera en Madrid una fuerza de 3.000 hombres para atender una posible invasión enemiga por los Pirineos o un desembarco naval en Valencia.

Un aspecto importante es el tipo de estrategia al que tiende, consciente o inconscientemente, cada uno de los contendientes: las fuerzas españolas, al igual que las francesas en la Guerra de la Independencia española, llevan a cabo una estrategia de aproximación directa, es decir, de encontrar al Ejército enemigo y batirlo; mientras que los patriotas realizan inconscientemente una estrategia de aproximación indirecta, consistente en alcanzar la victoria, sin que la misma sea consecuencia de una batalla, sino por la presión de la población y por el aislamiento del enemigo, considerado como intruso en el territorio que pisa. Los primeros realizan una estrategia global en el espacio, buscando desesperadamente al enemigo para derrotarlo; mientras que los segundos realizan una estrategia en el tiempo, ya que sus recursos humanos son muchos y los de sus enemigos limitados, para ellos cada derrota en el espacio se transforma en un acicate para no ser derrotados en el tiempo.

OPERACIONES MILITARES

Nueva España

No puede hablarse de operaciones militares generalizadas en todos los territorios de Nueva España, hubo, eso sí, movimientos de columnas armadas que tenían por objeto restablecer la autoridad en una demarcación. Se producen combates porque ambas partes se reconocen a sí mismas como autoridades legítimas y consideran a la otra usurpadora.

En Nueva España en el mes de septiembre de 1810, es decir, en esa segunda etapa del primer período, se produjo la llamada «conspiración de Querétaro» en la cual una serie de preeminentes criollos e intelectuales querían terminar con el gobierno títere virreynal y el mal hacer al que se veían sometidos. Aunque la conspiración fracasó, uno de los instigadores, Juan Aldama, se dirigió a Dolores para alertar al cura Miguel Hidalgo y Castilla, el cual, reuniendo a sus parroquianos y a las autoridades locales, hizo un llamamiento a la libertad con un patriótico sermón, que terminó con los gritos de ¡viva la Virgen de Guadalupe!, ¡abajo el mal gobierno!, y ¡viva Fernando VII!, lo que en la historia de la nación hermana se llama el «grito de Dolores», considerándose la fecha del 16 de septiembre de 1810 el inicio de la larga marcha hacia la independencia.

Hidalgo reunió algunas tropas y se mantuvo unos meses, obteniendo victorias contra pequeños destacamentos que se enviaron en su persecución. Fue derrotado por el brigadier Félix María Calleja del Rey en las batallas[5] de Aculco y Puente de Calderón, capturado poco después y ajusticiado en julio de 1811.

Otro sacerdote José María Morelos y Pavón, tomó la antorcha de la independencia (hay que

Campaña de Tristán

emplear esta palabra con matices), y se mantuvo durante más de tres años, protegido por el santuario de Sierra Madre del Sur. El brigadier Calleja no pudo vencerlo, pero fue abandonado por sus mismos correligionarios que temían que quisiera proclamarse dictador; poco después fue apresado por los realistas, excomulgado y fusilado a finales de 1815.

Capitanía General de Venezuela

Proclamada la Junta Suprema de Caracas, todo el occidente del país no la reconocía como tal, y se dirigieron contra ella distintas columnas al mando de los generales Francisco Rodríguez del Toro (marqués de Toro) y posteriormente Francisco de Miranda, los cuales, después de unos éxitos iniciales, fueron derrotados por el capitán de fragata realista, Domingo Monteverde, que les obligó a firmar las capitulaciones de San Mateo el 25 de julio de 1812, en el denominado «fin de la 1ª República».

Pocos meses más tarde, reunidos los «patriotas» en la isla de Trinidad a donde se habían retirado, deciden invadir el territorio de la capitanía general, del que era capitán general, Juan Domingo Monteverde que había sustituido a Fernando Miyares y González. El conflicto entre los ya claramente independentistas y republicanos, con Bolívar al frente, fue indeciso para ambas partes, no consiguiendo los patriotas sus propósitos.

A finales de diciembre de 1813, sucede a Monteverde, Juan Manuel Cajigal, el cual, gracias a la magnífica campaña de Juan Tomás Boves, prácticamente logra aplastar la rebelión, de tal manera que cuando a mediados de 1815, llega el general Pablo Morillo desde la Península, puede considerarse pacificado el territorio, aunque poco tiempo después comenzaría la tercera campaña que culminaría en 1820.

Nueva Granada

No puede considerarse que hubiera operaciones militares en el primer período en el virreinato de Nueva Granada.

Tras conocerse la disolución de la Junta Suprema y Central de Sevilla, se constituye la Junta Suprema de Nueva Granada con el virrey Amar y Borbón como presidente, aunque muy poco después fue depuesto, manteniéndose la Junta constituida por criollos, iniciándose un conflicto de intereses entre los que propugnaban el federalismo y los unitarios, conflictos que en al-

gunas ocasiones llegó a tomar el cariz de guerra civil. Para entender estas posturas es preciso conocer que el virreinato se componía de dos audiencias, la de Santa Fe y Quito, dividiéndose la primera en 18 provincias, gobiernos o corregimientos, y la segunda en 16 de las mismas características que las anteriores.

La Regencia española nombró virrey a Benito Pérez Brito y posteriormente a Francisco José de Montalvo, aunque no fueron reconocidos por la mayoría de las autoridades locales,

El territorio se mantuvo en relativa calma hasta 1819, cuando empezó el verdadero movimiento por la independencia.

Perú y Río de la Plata

Nada más proclamarse la Junta gubernativa de Buenos Aires, con objeto de exigir su reconocimiento por las demás provincias e intendencias del extinto virreinato, envía una columna hacia el Norte al mando del general Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, el cual ocupa Córdoba en junio de 1810, apresa al anterior virrey, Santiago de Liniers y Bremond, junto con el comandante militar, Juan Gutiérrez de la Concha, a los que pasa por las armas, en una polémica ejecución que le perseguirá toda su vida.

La columna «libertadora», al mando de Antonio González Balcarce, sustituto del destituido Ocampo, junto con Juan José Castelli, vocal de la Junta, invade el Tucumán, vencen a los españoles José Córdova y Rojas y Valentín Nieto, este último gobernador de Chuquisaca (actual Sucre), en la batalla de Suichapa el 7 de noviembre de 1810, cerca de Tupiza, y penetra de esta forma en el territorio del Alto Perú (Bolivia). Posteriormente son derrotados en Huaqui, en el río Desaguadero y lago Titicaca, límite con el virreinato del Perú, el 20 de junio de 1811 por el general José Manuel Goyeneche, el cual lleva a cabo una contraofensiva, batiendo a los rebeldes de Cochabamba en la batalla de Sipe-Sipe[6] (13 de agosto), y el 27 de mayo de 1812, consigue restablecer la tranquilidad en el alto Perú, que permanece unido a la administración del virrey Abascal en Lima.

Los avances y triunfos espectaculares generaron euforias perniciosas, y de esta forma el brigadier, don Pío Tristán, jefe de la división de vanguardia del Ejército de Operaciones del Alto Perú, avanzó sobre las provincias del Plata a 238 leguas de Potosí, de forma imprudente y sin tener en cuenta que un ejército que se aleja de su base de partida es cada kilómetro más vulnerable y cada vez menos fuerte militarmente. Fue derrotado en San Miguel de Tucumán, el 24 de septiembre de 1812 y posteriormente, de forma total, en Salta, el 20 de febrero de 1813, lo que obligó al repliegue de los realistas sobre Oruro, abandonando lo que tanto le había costado recuperar al general Goyeneche.

El 25 de febrero de 1813 cunde la desazón en el gobierno realista del virrey Abascal al recibirse las noticias de la derrota de Salta y las capitulaciones de Goyeneche frente a Belgrano, que avanza sobre Jujuy, mientras los primeros se retiran en el Alto Perú, situación que se dará a lo largo de los años ante el avance de las tropas boanerenses. Tras reasignarse el mando interinamente al general Ramírez, Goyeneche se retira a España, pero al poco se hace cargo del Ejército el general don Joaquín de la Pezuela, brigadier, subinspector de Artillería, que en poco

General Joaquín de la Pezuela

General Morillo

tiempo logra levantar un Ejército de 4.600 hombres y numerosas piezas de Artillería.

El 5 de septiembre de 1813 el Ejército realista inicia desde Potosí su marcha hacia el Sur, tras dejar guarnecidas diversas plazas. Pezuela cuenta con seis batallones, un regimiento de Caballería y 14 piezas, en total 3.500 hombres. El 27 de septiembre llega a Vilcapugio, prolegómeno de la batalla del mismo nombre que se producirá el día 31. Según fuentes peruanas, la victoria estaba a punto de caer en sus manos, cuando sin ninguna razón aparente los criollos comienzan la retirada que la energía del general español transforma en franca huida, en dirección a Macha, a donde llegan el 7 de octubre. El 14 de noviembre se da la batalla de Ayohuma, donde el Ejército patriota es totalmente destrozado, teniendo Belgrano que retirarse hasta Tucumán, Argentina, mientras Pezuela restablece la tranquilidad en la zona.

A principios de 1814 y tras consolidar sus conquistas, los realistas avanzan hasta Jujuy y Salta, trasladando Pezuela su cuartel general de Potosí a Tupiza, con la intención de amenazar el corazón del territorio del Plata y obligar a los patriotas a levantar el sitio de Montevideo. La maniobra no obtiene éxito, Montevideo se encuentra a cientos de kilómetros, y la ayuda que una escuadra británica[7] le ha proporcionado para derrotar a la realista el 16 de mayo, obliga a capitular a la citada plaza, el 23 de junio de 1814. Ante la noticia de la caída de Montevideo, Pezuela ordena el repliegue hasta los estrictos dominios del virreinato del Perú, destacando a una pequeña división de 1.200 hombres, al mando del brigadier Ramírez, para contener la rebelión del Cuzco, mientras que él, con el resto del Ejército, guarnecía las provincias de Charcas y Potosí.

Ramírez consiguió su propósito, de tal forma que desde noviembre de 1814 a junio de 1815, pacificó totalmente el territorio del Alto Perú, pasando a continuación a incorporarse de nuevo al resto del Ejército de Operaciones, que se aprestaba a rechazar un nuevo intento del gobierno de Buenos Aires de insurrección en Perú.

A lo largo de 1814 se conoce la restauración de Fernando VII y comienza el segundo período de la Guerra de Emancipación.

Capitanía General de Chile

Como en el resto de los territorios, se nombró una Junta local que en principio presidió el gobernador, que poco después fue sustituido por el militar de mayor graduación.

La crisis de 1810 tuvo su repercusión en la capitanía general de Chile, abogando algunos por la independencia total de España, al considerar que irremediablemente la Corona caería en manos francesas.

Las diferencias entre los partidarios de la independencia y los que querían el mantenimiento de la situación vigente se materializaron en luchas internas, sublevaciones y fusilamientos, así como en diversos actos de crueldad, que alejaron la paz del territorio.

Los militares José Carrera y Bernardo O'Higgins aprestaron un Ejército para defenderse de las tropas del virrey del Perú, teniendo al final que llegar a un acuerdo, por el que se declaraba el derecho de Chile a gobernarse por sí mismo, es decir, al margen del virrey del Perú y a reconocer la soberanía de Fernando VII.

Con este acuerdo, llamado tratado de Lircay (mayo de 1814), terminó el primer período de la emancipación de Chile.

ESTADO DE LA CUESTIÓN EN LA RESTAURACIÓN DE DON FERNANDO VII

No puede hablarse en sentido estricto de independencia, dado que en este período de guerra paralela a la de la Independencia, las colonias se comportan exactamente igual que los territorios peninsulares.

Al inicio de 1810, al producirse un vacío de poder en el reino, las juntas americanas que no desean ser gobernadas por José I, se plantean de forma clara la independencia, aunque la Regencia primero y posteriormente la convocatoria de Cortes constituyentes, con una representación similar a la peninsular, agotan los argumentos de los más recalcitrantes emancipadores.

El único virrey que se mantuvo firme, fue el del Perú, Abascal. Su firmeza permitió no solamente mantener su propio territorio, sino también el Alto Perú que pertenecía al Río de la Plata, y Nueva Granada.

Las medidas políticas, unidas a las militares, permitieron conservar prácticamente intacto el imperio colonial español.

En el momento de la restauración de don Fernando VII, todos los gobiernos ultramarinos le eran fieles, aunque con la salvedad de que querían gobernarse por ellos mismos, manteniendo con la metrópoli lazos de unidad más que de dependencia.

La desastrosa política del Rey, que ha pasado a la Historia con dos adjetivos, primero «el Deseado» y luego «el Felón», hundió para siempre el poder hispano, el cual no asumiría responsabilidades internacionales hasta 170 años más tarde.

NOTAS

[1] BIDONDO, Emilio A. *Coronel Juan Guillermo de Marquiegui. Un personaje americano al servicio de España (1777-1840)*. Madrid. 1982. Pp. 17 y siguientes. En ellas se analiza la división de una familia, de las más influyentes de Jujuy, entre realistas y patriotas.

[2] SEMPRÚN BULLÓN, José. *Capitanes y virreyes. El esfuerzo bélico realista en la contienda de emancipación hispanoamericana*. Adalid, 1999. Este autor, premio Ejército 1997, efectúa un análisis de este fenómeno.

[3] RODRIGUEZ CASADO, Vicente. *Memorias del Virrey Abascal, 1806-1816*. CSIC. Escuela de Estudios Hispano-Americanos. Sevilla, 1944. Pág. XCV de la Introducción.

[4] A las que usualmente se denominaba «divisiones».

[5] La historiografía indiana magnifica la gesta de la independencia, denominando batallas a meros combates.

[6] El 29 de noviembre de 1815, en el mismo lugar se dio la batalla de Viluma para los españoles y Sipe-Sipe para los americanos, batalla por la que las tropas patriotas de las Provincias Unidas perdieron definitivamente el Alto Perú. Esta batalla tuvo mucha más repercusión que la primera.

[7] Esta doble política, en contra de las mínimas normas éticas, es la que emplea el Gobierno británico, aliado en la metrópoli en su lucha contra Napoleón y enemigo en Ultramar, mientras que la Regencia y las Cortes no tienen más remedio que volver la cara ante tamaña tropelía. La mayoría de los historiadores critican a Godoy por su empecinamiento en aliarse con los franceses, cuando los propios principios de la Revolución Francesa hacían presagiar que sus intenciones eran la de constituir estados títeres o vasallos a los intereses revolucionarios o su integración en el nuevo imperio romano-francés. Pero tenía que sopesar qué potencia, Francia o Inglaterra, sería menos voraz con el imperio español. Por un lado, la primera había sido la aliada natural de España durante todo el siglo XVIII, y la segunda su permanente enemiga, pudiéndose contar con los dedos de la mano, los años que hubo franca paz, entre las dos naciones, durante el citado siglo. De hecho, para que el pueblo español pueda soportar la ayuda inglesa tras más de cien años de enseñanza en las escuelas de que los ingleses son herejes y enemigos, la «propaganda» tiene que crear una figura mucho más odiosa, la del francés, cuyo nuevo rey es un borracho, y cuyos partidarios, los franceses, son idólatras, ateos, enemigos de la religión y un largo etcétera. Poco margen de maniobra tuvo España en aquella época, aunque bien es verdad que ese poco margen no lo supo aprovechar, tal como hicieron otros estados europeos. ■

EL EJÉRCITO IMPERIAL EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

NAPOLEÓN SIN GLORIA (II)

Jesús Maroto de las Heras. Miembro de la Junta Directiva del Foro para el Estudio de la Historia Militar de España.
Miguel Ángel Martín Mas. Miembro de la Junta Directiva del Foro para el Estudio de la Historia Militar de España.

Con la excepción de la Guardia Imperial, el historiador Oman, calcula 284 batallones de Infantería en los ocho cuerpos de ejército presentes en España en noviembre de 1808 cuando el propio Emperador decide entrar para reestablecer la situación después del desastre de Bailén. Lo hace con hombres de la Grande Armée.

¿Realmente fue así? 97 de estos batallones pertenecían a regimientos que habían luchado en Jena o Frieland o incluso en ambas batallas. 28 más pertenecían a regimientos que habían conseguido honores durante la campaña de Ulm-Austerlitz de 1805. No obstante, al menos en once de estos, había cuatro batallones que se habían reclutado el último año y que no habían entrado nunca en combate. El resto, no. Esto quiere decir que solamente el 40% de esta Infantería pertenecía a la Grande Armée. Aunque Napoleón trajo veteranos con experiencia en noviembre de 1808 que intervinieron en las batallas de Gamonal, Espinosa y Tudela, gran parte de su Infantería era de segunda clase.

El mariscal Suchet describió a los hombres de su división después de la caída de Zaragoza veteranos de la Grande Armée, de batallas como Ulm, Austerlitz, Jena como: «*Una verdadera legión romana; animada de un mismo espíritu, unidos bajo un jefe al que estimaban, se había convertido en disciplinada, hábil en la maniobra, infatigable*»[1] Cuando Suchet fue destinado en mayo de 1809 al mando del III Cuerpo de Ejército sustituyendo a Junot, lo encontró convertido en un desconocido. Estaba desmoralizado después de su intervención en el sitio de Zaragoza. Había que disciplinarlo y crear un nuevo espíritu. El III Cuerpo de Ejército tenía dos regimientos de veteranos, pero el balance de sus hombres era: «*La Infantería estaba considerablemente debilitada; los regimientos de nueva formación se encontraban en un estado deplorable por los vicios inseparables de una organización reciente y precipitada, por la juventud de los soldados y su inexperiencia. El reclutamiento del Cuerpo estaba suspendido; el sueldo atrasado, las cajas vacías, el recaudador de impuestos huido, la sub-*

sistencia estaba apenas asegurada; no había almacenes ni alimentos en un país enteramente agotado por el azote de la guerra»[2].

Después de perder la batalla de Alcañiz frente a Blake ese mismo mes de mayo, Suchet sometió a sus soldados a tres semanas muy intensas de revistas, prácticas de tiro y maniobras en gran escala. El III Cuerpo de Ejército había acelerado y abreviado su instrucción en comparación con la que recibían los soldados de la Grande Armée. El posterior encuentro en la batalla de María, semanas más tarde, con el mismo Ejército español, le proporcionó el triunfo. Suchet era muy consciente que había que trabajar, duro, muy duro, para mejorar la eficacia de su gente. Esto prueba que cuando un jefe de estas características tiene todo en contra, es capaz de superar las dificultades como las que se planteaban al Ejército francés en el duro territorio español. Fue el único general que consiguió el ascenso a mariscal en la guerra de España.

Una de las claves de los triunfos del Ejército francés era su asombrosa estrategia de movilidad. Su desplazamiento era mucho más rápido que el de los otros Ejércitos europeos que estaban condicionados por lentos convoyes de carros que llevaban los víveres y abastecimientos. La explicación de esa movilidad era vivir exclusivamente de los recursos del terreno que pisaban. Esta era una nueva concepción de la guerra, porque ningún otro Ejército llevaba a cabo requisas locales y avanzaba sin apoyo logístico. Este sistema funcio-

Batalla de Jena

Recluta de nuevos miembros para el Ejército francés

naba cuando los Ejércitos franceses atravesaban territorios prósperos en los que podían subsistir. Pero fracasaba en España y Portugal por varias razones. La primera porque ambos países eran mucho más pobres que los territorios donde la Grande Armée había conseguido grandes victorias. Esta pobreza no solo se refería a la económica en general sino sobre todo a la agrícola, ya que en esta se basa la alimentación. Únicamente si un Ejército se trasladaba con gran rapidez en la Península podría subsistir. Un Ejército sin alimentos pierde operatividad, sobre todo si los soldados deben hacer marchas de 40 kilómetros al día como promedio.

La segunda razón era que, la red de caminos, poco desarrollada y la topografía muy montañosa, obligaba a las tropas a marchar por las mismas rutas una y otra vez. Los dos corredores para la invasión de Portugal —Ciudad Rodrigo y Badajoz— estaban tan frecuentados por los Ejércitos de ambos bandos que en dos años se convirtieron en una estrecha franja totalmente esquilmada. Tierra desolada sin habitantes y recursos de ningún tipo. Una ruta, aparentemente simple, trastornaba toda la logística francesa.

La tercera razón era la eficaz e implacable acción guerrillera que cortaba los abastecimientos no solo de hombres sino también de animales. Los soldados de la Grande Armée recordaban con nostalgia a los complacientes aldeanos alemanes o a los agradables campesinos polacos de los que obtenían fácilmente comida y piensos. En la Península, en cambio, el conseguir forraje para los caballos suponía no solo una verdadera tortura sino, incluso, una aventura mortal. Tan omnipresentes era las guerrillas, que la Intendencia francesa tuvo que aprender a funcionar en cooperación muy estrecha con las tropas para conseguir suministros. Pero este tipo de lucha obligaba a acumular provisiones y crear depósitos cuando las acciones se prolongaban durante cierto tiempo. Ningún mando francés ignoraba el gran impacto que tenía en sus hombres el permanecer en un lugar poco conveniente o inhóspito más tiempo del necesario.

Otro aspecto importante es que los soldados que luchaban en la Península desde 1810, intuían, o sabían, que estaban al margen del interés de su Emperador. Esto suponía en la práctica oportunidades mucho más reducidas para los premios o los ascensos. Estos premios no tenían nada, o poco que ver, con los de los soldados que luchaban bajo sus órdenes directas. Aquí en España, no podían circular esas bonitas y animosas historias de un Napoleón identificando a un viejo camarada en la víspera de una batalla decisiva. Muchos oficiales franceses de segundo nivel tenían que encontrar motivos para mantener la moral alta cuando después de varios años en España no se habían enriquecido como sus altos mandos. Además, debían procurar que sus soldados lucharan en condiciones cada vez más terribles, no solo con esa moral, cada vez más tocada, sino también por la crónica falta de medios materiales. Hay que reconocer que es un mérito no reconocido —y posiblemente digno de estudio— seguir luchando en esas condiciones durante cuatro infernales años que se transformaron en una verdadera pesadilla.

LA INSTRUCCIÓN

El Ejército destinado a invadir Portugal se dirige a Bayona en octubre de 1807. Las tropas que lo

componen no tienen nada que ver con las de la Grande Armée compuestas por oficiales y soldados veteranos. Aunque algunos hombres de Junot tienen cierta instrucción, la mayor parte está poco adiestrados. Sus oficiales son demasiados viejos, a la espera del retiro o recién salidos de las escuelas. El material entregado es malo, casi un deshecho de la Grande Armée. Las fuerzas de Junot se ejercitan algo en los acantonamientos de los Bajos Pirineos; los que los siguen se instruyen como pueden en España. El 30 de noviembre Junot entra en Lisboa «*al frente de solo 1.500 granaderos hambrientos, andrajosos y tan rendidos de cansancio que apenas pueden mantenerse en pie*»[3]. Han tenido suerte de no encontrar resistencia.

El 15 de marzo el general Malher muere cerca de Valladolid durante un ejercicio con fuego real, atravesado por la baqueta que un soldado ha olvidado en su mosquete. Se hace una rápida inspección de las armas y se encuentra que faltan 18 baquetas en la compañía que hacía el ejercicio.[4]

Conociendo esta escasa instrucción que, encima, hay que ocultar a los españoles, Napoleón escribe a Murat: «*Yo supongo que las tropas se adiestran dos o tres veces al día, que se hacen ejercicios de fuego real con blanco. Si se tira al blanco, no es necesario que esto se haga público ni que lo sepan los españoles*». Napoleón no puede olvidar que las causas del bajo nivel en la instrucción se debe a la pérdida de una cantidad importante de oficiales, la desaparición progresiva de viejos soldados en los regimientos, bien por enfermedades o por las sucesivas batallas, y las exigencias en hombres de la Guardia Imperial. Desde mediados de 1807 no hay oficiales válidos más que en Alemania, Italia y, en un número mínimo, en otros lugares. Los cuarteles en Francia no los tienen, han perdido los suyos con las sucesivas transferencias.

En febrero de 1808, Napoleón modifica la organización de los regimientos con el objeto de poder retirar un cierto número de oficiales y de

El general Colbert conduciendo a sus jinetes en una carga

cuadros de la Grande Armée para las nuevas unidades que se van a necesitar en España. En lugar de haber tres batallones de ocho compañías más la reserva, se cambia a cuatro batallones de seis compañías más una reserva de cuatro compañías; de estas últimas la primera y la tercera llevarán a los reclutas para los batallones que irán a la guerra, la segunda guardará los edificios, barcos, etc. Y la cuarta servirá para la instrucción. Con un máximo de hombres, un depósito de reserva tiene trece oficiales y un regimiento completo 108 con 3.754 soldados.

Esta reforma es menos sólida que la existente al salir del campo de instrucción de Boulogne, ya que un batallón contaba con 27 oficiales y 149 suboficiales, por cada millar de hombres y la nueva organización no deja más que veinte oficiales y 106 suboficiales para el mismo efectivo de hombres. Pero la nueva reorganización no se aplica a corto plazo y las necesidades son mayores que nunca a pesar de las promociones de los mandos. Los regimientos provisionales casi enteramente compuestos por reclutas y cuyos batallones no tienen compañías de elite, a medida que entran en España lo hacen mal encuadrados.

Después de Bailén, una Grande Armée mucho menos preparada para combatir en la Península que en Alemania, penetra en España para reforzar un Ejército que no ha podido, hasta ahora, conseguir una cierta instrucción, ni siquiera organizarse de forma aceptable. La Grande Armée llega a España cansada por las duras marchas. Los soldados que han entrado en campaña son muy numerosos, pero no producen el «efecto masa» que se esperaba: su poder, después de destruir tres Ejércitos españoles en noviembre, no encuentra de inmediato a otra fuerza enemiga importante, los británicos han evacuado en Coruña sus tropas y parece que solo quedan obstáculos naturales, no humanos, así que de forma parecida a las tormentas que aparecen en los lugares desérticos. La Grande Armée empieza a arremolinarse en el tenebroso vacío español, lo que significará desgastarse en la mediocridad de las pequeñas batallas que todavía están por llegar. A final de año 1808 y parte del siguiente, sitia Zaragoza y Gerona, se esparce por las dos Castillas, vegeta cerca de Asturias o se agota en una Galicia mortífera, mientras que Austria prepara su más vigoroso esfuerzo para librarse del Emperador que la amenazaba.

Muchos oficiales, los menos diligentes, no atienden a la disciplina y el entrenamiento de sus soldados. Esto es particularmente curioso cuando se observa el constante deterioro de la calidad de las tropas francesas durante el conflicto peninsular. De 1808 a 1812 el reclutamiento subió de 181.000 a 217.000 hombres y cuando Francia no tenía guerras fuera de sus fronteras —excepto el caso español— en 1810 y 1811 la mayoría de estos hombres sirvieron en España y Portugal. Además del flujo de conscriptos pobremente entrenados, la calidad de los veteranos comenzó a decaer debido las 100.000 bajas que sufrieron entre 1810 y 1811. Las consecuencias comenzaron a manifestarse en las batallas del centro de Europa donde el Emperador se jugaba ahora su destino.

Dragón francés

La política francesa estaba mal calculada para aprovechar al máximo el potencial de los soldados. Las unidades agotadas enviaban sus cuadros de oficiales a los depósitos regimentales de Francia. Como no había suficientes oficiales veteranos, los oficiales de la Guardia Nacional reemplazaban estas unidades a su vuelta a España. La situación se deterioró mucho más, cuando la Península se convirtió en un teatro de importancia secundaria. Para suministrar efectivos para las campañas de Napoleón en Europa, un regimiento de 2.500 hombres debería devolver de 120 a 200 hombres a Francia como unidad de reserva, 50 para artillería, diez para la gendarmería, y doce de los mejores hombres para la Guardia Imperial. Estas pérdidas erosionaban gravemente la capacidad de combate de la Infantería[5]. Con todo ello es digno de tener en cuenta que los regimientos continuaron combatiendo hasta la frontera e incluso en la última batalla, la de Toulouse, eran todavía adversarios formidables para el Ejército aliado sobre todo si estaban bajo el mando de Soult, que seguía siendo uno de los mejores maniobreros en un campo de batalla.

LA CABALLERÍA

La condiciones de la guerra en España eran muy duras para la Caballería napoleónica. Una de estas condiciones es que el forraje en España era más escaso y peor que el se encontraba en el resto de Europa donde era mucho más abundante. Además, las remontas locales eran malas. Como Napoleón consideraba a España desde 1810 un teatro secundario, envió unidades recién alistadas o de peor calidad. El historiador Oman identificó solo tres regimientos veteranos de entre los 12.000 jinetes que entraron en España en 1808, incluso a partir de noviembre de ese mismo año. Eso explica que lord Paget celebrara con tanto éxito su carga en Sahagún, cuando sus húsares derrotaron al 1º Regimiento provisional de Chasseurs haciendo prisionero al general Lefèvre-Desnottes.

Napoleón empleaba también en la Caballería tropas de sus estados vasallos o aliados. Así, los jinetes del Vístula, más tarde lanceros, ya estaban en Madrid durante los acontecimientos del Dos de Mayo y luego tuvieron un amplio recorrido por la Península que les llevó hasta la ciudad de Málaga en 1810. Los Chasseurs hannoverianos acompañaron a Masséna a Portugal, lo mismo se puede decir de los italianos encuadrados en las divisiones de Lechi y Pino que combatieron en el Levante. A pesar de todos estos escuadrones, no había suficiente Caballería para cubrir las necesidades que la guerra exigía. En consecuencia, Napoleón envió regimientos destacados en otras partes del imperio para intentar cubrir esa carencia. Pero este sistema resultó inadecuado para mantener una fuerza de Caballería. Se intentó reunir escuadrones de regimientos diversos en unidades provisionales. Aunque algunos regimientos provisionales llegaron a tener una larga vida, la mayor parte volvieron a las unidades regulares, o se disolvieron. A

Mariscal Ney

Infantería francesa en acción

pesar de todas estas limitaciones, la Caballería francesa era un arma formidable, muy profesional y efectiva, cuya eficacia en el campo de batalla despertaba la admiración del propio Wellington.

La Caballería francesa venció la mayor parte de las veces en que se enfrentó con la, pobremente montada y mal dirigida, Caballería española que, con solo 5.000 jinetes efectivos al principio de la guerra, era inferior numéricamente. No se puede entrar a analizar las carencias o limitaciones de la Caballería española, pero es necesario reconocer que la francesa era el arma que decidía casi siempre el resultado de una batalla. Luego, la Infantería acababa de rematar el mortífero y eficaz trabajo de los jinetes. Un breve repaso de algunas batallas lo demuestra:

- Medina de Rioseco (14.07.1808): El general Colbert al frente de 954 jinetes del 10º y 12º de Chasseurs, veteranos de Jena, Eylau y Friedland destroza el flanco derecho del Ejército de Blake. Inmediatamente, el general Lasalle con 300 jinetes de un escuadrón de Chasseurs, otro de polacos y 50 gendarmes, vence a los carabineros reales y guardias de corps del Ejército de Cuesta. Enfrentados, 710 jinetes españoles contra 1.732 napoleónicos veteranos, entre los que se encontraban unos pocos coraceros y polacos.

- Gamonal (9.11.1808): El 2º de Húsares de Extremadura compuesto por 298 jinetes se enfrenta a los 2.448 del general Lasalle que había iniciado su carga en el ala derecha del Ejército español, ya muy tocado por la Infantería francesa. En esta batalla la relación era de, 660 jinetes españoles contra las dos divisiones de Lasalle y Milgaud, aproximadamente 4.253 dragones y *chasseurs*.

- Uclés (13.01.1809): Los 2.284 jinetes del Ejército del Centro al mando de Venegas se oponen a la división de Latourg-Mabourg compuesta por siete regimientos de dragones con un total de 3.002 jinetes que destruyen el flanco derecho

español. La Caballería española estaba además muy mal situada.

- Medellín (28.03.1809): Después de varias horas de tanteo, el Ejército de Extremadura ha hecho retroceder al francés del mariscal Vitor. La Caballería de Latourg-Mabourg carga contra la española del ala izquierda y la pone en fuga. En el ala derecha, el general Lasalle se apercibe de esta acción y carga a su vez contra el ala derecha española. La Caballería española abandona huyendo el lugar de la batalla. Ésta se transforma en una repetición de Cannas con la aniquilación total del Ejército de Extremadura al ser rodeados los batallones de Infantería por los jinetes franceses. La Caballería española contaba con 3.746 jinetes contra 2.952 franceses de superior calidad compuesta por húsares, dragones y *chassseurs*. Solamente algunos regimientos españoles no huyen y apoyan a la Infantería.

- María (15.06.1809): La brigada de Caballería del general Cuatire, compuesta por el 4º de Húsares y el 13º de Coraceros con un total de 889 caballos, derrota a la débil e inexperta española del general O´Donojú de 573 jinetes, situada en el flanco derecho del Ejército de Blake. Es el primer triunfo del Suchet.

- Ocaña (19.11.1809): La víspera de la batalla, el día 18, tiene lugar por la tarde el mayor choque de tropas de Caballería de toda la guerra, cuando se encuentran dos columnas adversarias de 3.000 a 4.500 jinetes cada una. Los dragones de Milhaud y los lanceros polacos de París obligan a retroceder a los españoles hasta Ocaña. Iniciada la batalla, la gran masa de Caballería francesa del general Seabastiani, carga sobre la del general Freire y la dispersa en poco tiempo. La mayor parte de esta Caballería gira y coge de flanco al grueso de la Infantería española que queda destrozado.

- Alba de Tormes (28.11.1809): El general Kellerman al frente de 3.000 dragones y *chasseurs*, pero sin apoyo de Infantería, se encuentra de improviso con los 18.000 hombres del Ejército del Duque del Parque al que carga de inmediato. Esta masa de caballos cae como una tromba sobre línea de batalla dispersando la Caballería y la Infantería españolas. Algunos regimientos forman cuadros que les permiten retirarse al otro lado del río Tormes, pero la batalla está perdida.

- Gévora (19.02.1810): Los 2.500 jinetes de la Caballería de Latour-Mabourg cruzan el Guadiana y sorprenden a los 3.000 españoles y portugueses de los coroneles Butron y Madden que sin esperar el choque se declaran en fuga hacia Portugal. A continuación, el Ejército de Extremadura es destruido por segunda vez, a pesar de que este llega a formar cuadros.

- Sagunto (25.10.1811): La Caballería española de los generales Caro y Loy había conseguido hacer retroceder a los húsares del 4º Regimiento, pero la última reserva del general Suchet, 350 coraceros veteranos del 13º, cargan sobre los jinetes españoles, a los que derrotan y deciden la batalla.

Muchos de los combates de la Caballería en la Guerra de la Independencia se convirtieron en centenares de pequeñas acciones antes y después de una verdadera batalla. El entrenamiento, el equipo y sobre todo la calidad de los caballos era lo que decidía el resultado. Aunque estaban algo peor dotados en caballos que sus oponentes británicos o los alemanes de la *King German Legion*, los franceses no tenían excesivas dificultades para salir airosos en los pequeños encuentros con la Caballería de Wellington. Sus habilidades al maniobrar en formación preocupaban al general británico que, además, tenía miedo de las decisiones que tomaban sus oficiales de Caballería cuando cargaban.

En cambio, los oficiales franceses mantenían un buen control sobre sus tropas y las dirigían acertadamente en las batallas. Los oficiales franceses solían cargar al trote o a un medio galope, mientras que muchos oficiales británicos efectuaban cargas como si se trataba de una caza de zorro. Estos oficiales iniciaban un galope que les separaba excesivamente de los hombres que les acompañaban. La Caballería francesa a pesar de su continuo declive era un adversario formidable en esta guerra. Posiblemente la única arma que permitió al Ejército napoleónico mantenerse en la Península durante cuatro años más, después de que el Emperador decidiera no ocuparse excesivamente de este conflicto. Solo Wellington, con muy estudiadas disposiciones tácticas, fue capaz de neutralizar sus proezas e impedir que le derrotaran.

La Caballería francesa más utilizada en España era de tipo semipesado, de dragones, ya que

el Emperador creía que este cuerpo era más adecuado por su forma de actuar. Su versatilidad para desmontar y actuar también como Infantería les hacía imprescindibles, sobre todo en terrenos difíciles o en pequeñas acciones. Su éxito sobre la Caballería española era indiscutible y lo mismo sucedía, a veces, con la británica. Esto se debía al buen entrenamiento que recibían. Un total de 25 regimientos de dragones sobre 30 disponibles sirvieron en España aunque sus altas botas les dificultaban cuando luchaban desmontados[6].

La Caballería pesada, los coraceros, tuvo pocas unidades en la Península, porque Napoleón creía que los grandes caballos de los coraceros tenían pocas oportunidades de sobrevivir en España donde no podrían ser reemplazados por animales locales. Solo se encuentran unos regimientos en la batalla de Bailén y en el 13 º de Coraceros con el mariscal Suchet, que tuvieron un buen papel en la campaña de Levante.

Finalmente la Caballería ligera, *chasseurs* y húsares, intervenían de forma decisiva en las diferentes batallas contra los jinetes españoles que pocas veces eran capaces de batirlos, salvo una emboscada, como ocurrió en Miajadas en marzo de 1809. Su papel de exploración en las campañas europeas era mucho más efectivo en la Península debido a la gran movilidad que poseían.

LOS VÍVERES

Hasta Austerlitz los soldados de la Grande Armée pasaban de la abundancia a la miseria según fuera el país que atravesaban. En Alemania, por ejemplo, vivían bien. Su agricultura proporcionaba suficientes alimentos y los soldados se alojaban sin problemas en las casas de los campesinos. Pero en España, desde el principio todo es diferente. La pesadilla de subsistir en la Península convierte en algo odioso la vida cotidiana del soldado destinado allí. En los otros países conquistados, estos pueden alimentar a los hombres, pero en España encuentran a personas pobres o frugales, casi ascéticas, sometidas a unas autoridades, que los franceses consideran mediocres, indiferentes o indolentes.

En mayo de 1808 un informe de Dennié, el Intendente General de los Ejércitos en España, pronostica al Emperador que a finales de agosto España carecerá de harina y carne. Napoleón juzga este informe absurdo y escribe a Murat: «*Dennié solicita vacas y harina de Francia. Es difícil ser más torpe. ¡Como si en un país de 11 millones de habitantes, la alimentación de ochenta o de cien mil hombres fuera una cosa importante! Además pretende calcular el sueldo exacto de aquellos, porque no hay dinero*».

Napoleón se basa en las campañas de los últimos quince años, cuando los teóricos de la logística francesa habían difundido la premisa de que en todas las partes de Europa, cuando las tropas que atraviesan un país, son inferiores o iguales a una décima parte de la población, pueden ser alimentadas sin problemas por esta. Este cálculo, favorable en una guerra de invasión, libera al general en jefe de una de sus más desagradables obligaciones que es la de alimentar a su gente.

Pero si Napoleón hubiese tenido en cuenta el tipo de país que iban a ocupar sus soldados, la densidad de población, su naturaleza basada en una agricultura muy pobre, la mala red de caminos, los ríos poco utilizables, en fin, la sobriedad, o si se quiere, la pobreza en que se desenvuelve casi toda la población, habría hecho un cálculo mucho menos optimista para sus planes. Por lo tanto, para obedecer sus órdenes, no hay más remedio que recurrir a las requisas, tanto más numerosas y rigurosas, cuanto más pobres son las regiones que atraviesan sus soldados. En el camino desde la frontera a Madrid solo hay un artículo en abundancia: el vino. Pero se trata de un vino espeso al que los cantineros añaden agua de laurel y pimienta, así como óxido de plomo para corregir la acidez. Los franceses hacen un consumo excesivo de este vino de tal manera, que los jóvenes soldados que no comen más que algunos magros corderos, escasas galletas y casi nunca pan, sufren perniciosos efectos.

En el cuerpo de Ejército de Dupont las divisiones que acampan en Andújar no reciben nada más que la mitad de su ración de pan, a veces, la cuarta parte. No encuentran gente, los habitantes han abandonado la región. Por ello, los soldados se ven obligados a hacer la recolección, moler el trigo y fabricar el pan. No están acostumbrados a este tipo de dificultades. La provincia de Córdoba está en rebelión total: no hay vino, vinagre ni aguardiente. En quince días,

600 conscriptos ingresan en los hospitales. Otros se debilitan, se acobardan, quieren olvidar la instrucción recibida.

Cuando se retiran hacia Bailén, la marcha nocturna es lenta, entorpecida por los carros que, en vez de transportar víveres, están acaparados por oficiales para transportar los objetos procedentes del saqueo de Córdoba. Por la mañana, víspera de la batalla, estos soldados ya han sido machacados por un sol implacable y debilitados por la sed. Vedel que ha retrocedido para ir al encuentro de Dupont, también marcha de noche, escucha el disparo de los cañones el día 19, pero sus soldados descubren un rebaño de cabras sobre las que se abalanzan ávidamente para descuartizarlas y hacer una sopa. Vedel no tiene más remedio que darles tres horas de descanso para comer[7]. Durante ese tiempo el ruido de los cañonazos es un rugido lejano que luego se va amortiguándose hasta apagarse. La batalla ha terminado y se ha perdido una oportunidad de pillar a un Ejército español entre dos fuegos. La culpa de ello la achacarán al hambre.

España, un país, donde incluso sus propias tropas «*han recibido casi siempre hortalizas y arroz, pero nada para completarlos, donde las buenas familias se contentan con una sopa de garbanzos, de coles o pimientos acompañados de un pequeño trozo de carne o de tocino», informa Denniée, «un país donde la gente casi no usa utensilios de cocina y donde mucha gente, que vive sola, se contentan con un trozo de pan y algunas cebollas crudas*», es el que Napoleón hace invadir con la Grande Armée. Coloca allí paradójicamente, las legiones victoriosas, que desde hace un año en Silesia, en Brandenburgo disfrutan de tres o cuatro comidas al día. Estas mismas legiones atraviesan Francia, llegan a la frontera, ávidas, no abastecidas y se arrojan sobre una España empobrecida para desvalijarla todavía más[8].

Cuando estos soldados pasan los Pirineos y llegan a Vitoria solo se distribuye los dos tercios de las raciones y media ración de forraje, paja o cebada para los caballos. Incluso apenas han franqueado el Bidasoa, comienzan las quejas. «*Los soldados se lanzan a beber vino, un vino de gusto amargo, pero que hace latir el corazón*». «*Como no reciben comida, la toman, saquean las casas españolas y en los campos lo que ha quedado de las escasas cosechas*». «*Hacen un consumo de corderos que nadie podía ni siquiera imaginar*». Como no existe forraje, no hay hierba en el campo, los caballos se alimentan de paja y grano. La afluencia de bienes es precaria y la riqueza, pasajera, pero resulta mucho mejor aprovechada por los veteranos, que dan buena cuenta de ellas, que por los jóvenes reclutas. Los rebaños de ovejas que se habí-

Nicolás Juan de Dios Soult, mariscal de Francia

El mariscal francés Suchet duque de la Albufera

an ocultado durante la buena estación en las sierras y que el fin del otoño obliga a bajar a las llanuras al alcance de los nuevos conquistadores, es una carne fácil, de inmediato consumo, que, ante la falta de la de vacuno, se desperdicia. Además no hay hortalizas y patatas.

Cuando Napoleón abandona España, los generales actúan como si fuera un país conquistado. En Galicia, «*las tropas sin pan no viven más que de las hortalizas cogidas en las huertas desiertas, desentierran unas pocas patatas, y no hay nada de vino*». «*Antes de invadir Portugal por el norte, la delgadez de los soldados de Soult da espanto*».

En el verano de 1809 la situación empeora. Los soldados de Soult acorralados en Portugal y de vuelta a Galicia, reciben al llegar un cuarto o un octavo de ración, de pan o galleta, cien gramos de carne y nada de sal. En Castilla la Nueva, el mariscal Víctor tiene a sus soldados debilitados y hambrientos. El Ejército de Ney que sigue al de Soult en su retirada de Galicia, atraviesa la sierra de Béjar sin encontrar alimento. Algunos días después acampa cerca de Plasencia, «*donde el vino entretiene un hambre permanente*».

Soult continúa hasta el pueblo de Galisteo en Extremadura, donde Fantin des Odoards escribe en septiembre de 1809: «*Nunca olvidaré las privaciones que tuve que soportar en Galisteo donde pasamos ocho días en una total inacción que la falta de víveres hacía más insoportable que las más rudas fatigas. En vano nuestros exploradores se esforzaban en completar la insuficiencia de la alimentación; solo traían melones y sandías, frutas a las que estábamos poco acostumbrados y que devoradas en gran cantidad, provocaron a los hombres cólicos espantosos. Diez días más tarde y habiendo agotado nuestros últimos recursos, nuestro general se decidió hacer excursiones en varias direcciones para conseguir víveres. Dos de ellas consiguieron mucho trigo en Montehermoso. Al carecer de molinos los soldados agotados deben molerlo con dos piedras y hacer galletas con esta falsa harina*[9]».

Como consecuencia, el campesino español, poco diligente, no cultiva más que lo estrictamente necesario, trabaja sin interés y la cosecha, que esporádicamente consigue, suele estar pendiente del azar de la guerra, de quien aparezca para quitársela. Para la población campesina conservar algo de comida era vital. Si le quitaban los rebaños y gran parte de los granos, la economía familiar quedaba a expensas de buscar procedimientos para conseguir alimentos. La imaginación no se presta a adivinar qué tipo de acción inmediata pudieron haber tomado los agricultores en este caso. Solamente algo de previsión e ingenio, basados en dolorosas experiencias.

La primera medida era esconder las cosechas o los alimentos no perecederos, para que estuvieran a salvo de todos los Ejércitos, incluso los patrióticos, que al contrario de los británicos, no disponían de dinero para pagar los productos requisados. Además, un factor añadido eran las propias guerrillas que exigían su tributo alimentario, pues en caso contrario, a las partidas no les importaba castigar a quienes, desde su punto de vista, no colaboraba contra los franceses. Pero como toda acción tiene su contrapartida, uno de los sistemas que practicaban los soldados franceses era descubrir los alimentos escondidos por los aldeanos.

A este respecto son interesantes las observaciones de Naylies: «*Antes de abandonar sus viviendas, los campesinos habían escondido los granos en la parte menos aparente de sus casas, que habían tapiado con precaución, pero la frescura del cemento o que, tal dimensión interior no está de acuerdo con la dimensión exterior, descubre con frecuencia este truco inocente. Nuestros soldados pasaban los días inspeccionando todas las habitaciones y la pared que provocaba cierta sospecha era derribada de inmediato. Otros pinchaban febrilmente con las baquetas de los fusiles los jardines o los terrenos cercanos hasta que encontraban un obstáculo, entonces se levantaba la tierra y aparecían sacos de trigo, jamones y tinajas repletas de vino*»[10]. En la región de Toledo los campesinos llegaron a sembrar de noche de para evitar que les quitaran la semillas[11].

Muchos brazos que se empleaban para el arado, abandonan la tierra, toman las armas, o incrementan la masa de desempleados que deambulan por las ciudades, donde, por lo menos, la seguridad es algo que cuenta de forma positiva en sus miserables vidas. Los rebaños, sin pastores, desamparados, desaparecen poco a poco. A finales de 1809 en la «fértil» La Mancha, la falta de carne que encuentran los alemanes de la división Leval se debe a que no hay ganado de ningún tipo. La madera es tan escasa que los soldados cortan los olivos o arrancan las vides para tener algo de fuego cuando deben vivaquear y aguantar el frío[12].

En 1810, cuando Napoleón abandona sus Ejércitos de España a sus propios recursos, mientras que los refuerza con algunos centenares de miles de soldados, la nación ocupada, castigada por dos años de guerra, está agotada. Durante el sitio de Tortosa, Suchet comenta que «*su Ejército consume 1.200 vacas o bueyes y 12.000 corderos españoles*». Mientras que en el valle del Jiloca se descubren víveres en abundancia que se mandan a Tortosa, cerca de Orihuela, este mismo Ejército asa los perros y gatos que ha podido encontrar con la madera procedente de los muebles de la ciudad. Aun así, es un Ejército afortunado. Antes de partir para la conquista de Valencia, las unidades reciben carne para dos meses y en estas unidades los soldados llevan a pastar sus rebaños. En Valencia, la rica huerta les proporciona tres cuartos de ración de un pan mezclado con maíz, con un suplemento de arroz y hortalizas. De esta forma los hombres de Suchet se encuentran mejor alimentados. Pero en otras partes de España, las más pobres, no ocurre lo mismo.

En Madrid «*la carestía del pan provoca un gran descontento. Los soldados prefieren ser destinados a las aldeas porque allí tienen algunas veces vino, mientras que en Madrid no lo hay nunca…*» Los oficiales viven mal, mientras que una nube de cocineros y restauradores franceses se precipita sobre la nación, pero sus comidas solo son asequibles para aquellos oficiales que han conseguido triplicar sus pagas por procedimientos poco ortodoxos. Es cierto que «*los oficiales reciben doble ración de un pan diferente al de la tropa*» que llega a ser «peor que el que en Francia se echa a los perros». A primero de marzo de 1812 el precio del pan en Madrid alcanza niveles tan exorbitantes que «*la gente muere de hambre por las calles*». La tropa que «*consume todo*», asegura el rey José «*se ve obligada a comer durante cinco días, en vez de legumbres secas, las arvejas que se dan a las palomas. Esto produce trastornos intestinales a los soldados y numerosas enfermedades. Apenas hay pan blanco en las mejores mansiones. La guarnición se ve reducida a media ración*». Una miseria de magnitudes que no se habían visto hasta entonces, se extiende por ciudades y campos[13].

Cuando en 1812 los Ejércitos franceses comienzan su retirada en España, la penuria de alimento es, si cabe, mucho más acentuada. Al final del año, desde Alba de Tormes hasta

Salamanca, el Ejército que ha perseguido al de Wellington después de su evacuación de Madrid, come bellotas dulces, «*que se venden a 30 reales la libra, un pan negro cuesta 20 francos. Los generales y los oficiales estaban reducidos al mismo régimen, que no era demasiado malo, porque las bellotas eran superiores a las francesas y se podía hacer una harina parecida a la de la castaña*» El hambre solo desaparece cuando se llega a Vizcaya o a Francia[14].

LA ADMINISTRACIÓN

Mucho mejor que en cualquier otro país, la naturaleza y duración de la guerra, la gran dispersión de fuerzas y la ausencia de Napoleón en España muestran lo que fue la administración imperial. Un país, muy pobre, en verdadera quiebra económica en 1807, debido entre otras causas a su mala administración y que además, todavía mantenía una guerra con Gran Bretaña que impedía la llegada de los caudales de América, situación que coincide con el crítico momento en que el Emperador decide cambiar sus monarcas.

Los Ejércitos napoleónicos, dependen de una administración nueva que ignora la guerra, que también tiende al pillaje y que, al principio, se sitúa en el centro de España, en lugar de distribuirse de forma racional por el territorio para cubrir las necesidades esenciales. Los resultados son devastadores. El intendente general Denniée es un hombre honrado, pero con un personal subalterno muy deficiente y con el agravante de que él mismo no está preparado para las brutalidades de una ocupación militar de esas características.

Una vez que Napoleón ha abandonado España, la voracidad de cada uno de los responsables de las regiones ocupadas se muestra con toda su crudeza. Los abusos son numerosos, porque un cierto número de gobernadores militares, seguidos de una multitud de administradores, se ha distribuido por las zonas ocupadas o por las que se van conquistando. El rey José se lamenta: «*El bandidaje de algunos oficiales de Estado Mayor han continuado desde que los conozco. Son extorsiones del mismo tipo que las que se cometían en Pouille hace dos años. Un millón de reales ha sido sustraído por los oficiales del antiguo comandante de la plaza. Los pasaportes se venden lo mismo que las cartas de seguridad*»[15].

En Zaragoza, después de la capitulación, la Junta, entrega a los generales las joyas del tesoro de Nuestra Señora del Pilar, el general Portier es el único que las rechaza, aun así, la joya que se le adjudica no vuelve al cofre del tesoro. La estimación del valor de estas joyas es de más de 660.000 francos. Después de la batalla de Belchite, los polacos capturan un enorme suministro de carros con víveres y animales del Ejército español; al día siguiente se les envía como escolta a Zaragoza, pero «*como son precedidos por los comisarios de administración, la mayor parte ha desaparecido cuando termina el viaje. De los varios miles de carros y mulas capturados no llega ni la décima parte al almacén central de Zaragoza. Lo que falta se había vendido a buenos precios a los comerciantes de la región* »[16].

Solo poco días después de la batalla de Talavera que el rey José ha vivido de cerca, escribe una carta a su hermano, donde le plantea una renuncia al trono: «*El Ejército imperial ha disminuido mucho desde la partida de Su Majestad. Hemos perdido muchos caballos y no hemos podido reemplazarlos por los del país porque no se encuentran. Mi Ejército no tiene nada. Además de las dificultades políticas del momento se añade la falta absoluta de dinero que no me permite pagar las pocas tropas que he conseguido. El mariscal Ney continúa sin obedecer, ni al mariscal Soult, ni a mí mismo. SM debe suponer que este estado de cosas no puede durar. He hecho detener en Vitoria un convoy con objetos de plata de la iglesia, expedido desde Galicia por los franceses que llevaban varias cartas de recomendación del mariscal Ney. Castilla y Galicia han sido saqueadas. SM haría bien en ordenar la detención e inspección de todos los convoyes que llegan a Francia. Las rebeliones de de Galicia y Castilla se deben en parte a la exasperación a la que se colocado a los habitantes del país. SM sabe que no tengo sobre sus tropas más autoridad que la que me da. Cuando un mariscal no me obedece y se permite que continúe en el mando de su cuerpo de Ejército no me queda otra solución que marchar contra él con las tropas que me quieran obedecer o sufrir la ignominia y las desorganización de ese Ejército; se ha suplicado a SM de dar el mando de sus*

tropas a un hombre que no sea yo, y como toda la nobleza entera de España está hoy en el mando del Ejército francés, suplico a SM que acepte mi renuncia formal al trono de España»[17].

En 1810 a medida que la guerra se extiende por Andalucía y Levante lo hace también la ocupación y esta exige que, como el Ejército napoleónico sigue reducido a los recursos que pueda conseguir, la nación se encuentre cada vez más ahogada para alimentar y pagar a esos soldados ocupantes. En el centro de España, mientras los gobernadores militares denuncian los robos de los responsables de los hospitales que distribuyen sus ganancias con agentes de Madrid o de París, el Rey se queja a su vez de varios de estos gobernadores. Escribe al Emperador: «*La pacificación general de Andalucía se está llevando a cabo. Sire, Suchet, Regnier, Sebastiáni, Víctor, Mortier, Desolles, son los hombres honrados que harán de los españoles los amigos de Francia, pero en nombre de la sangre francesa y de la sangre española, destituya a Loison, Kellerman y a Thiebault, estos hombres, nos cuestan muy caro. Soult hace los mejores servicios*»[18]. Más tarde escribe que se siente humillado por «*los decretos de los generales que levantan impuestos, hacen proclamas, y dictan leyes que le dejan en ridículo a los ojos de los españoles. Los generales Kellerman y Loison, entre otros, hacen este tipo de cosas*»[19].

El rey José tan celoso de su autoridad, tiene también que ocuparse de la corrupción en Madrid donde los robos son flagrantes, ya que en la capital «*se distribuye diariamente 30.000 raciones de víveres para una guarnición de solo 8.000 hombres y 3.500 enfermos*». En realidad, no puede ocuparse más. Parece demasiado preocupado con su viaje triunfal a Andalucía. Los gobernadores militares independientes de su autoridad se aprovechan abiertamente y sin tapujos. El mariscal Jourdan querría que los buenos oficiales que se distinguieran por su honradez fueran citados públicamente. Desde mayo de 1810, después de la conquista de Andalucía, Napoleón proporciona a José muy pocos recursos monetarios.

En mayo de 1810, a las tropas francesas acantonadas en Madrid se les debía dos pagas;

Carga de caballería en Medina de Rioseco

en agosto a los oficiales del Ejército del Centro, siete, y a los soldados, diez. Lo que cobraban no era en metálico sino bonos de la Tesorería que perdían en un 7% al convertirlos en dinero[20]. A finales de ese año la tesorería del rey José había empeorado de tal forma que los soldados seguían sin cobrar y en 1812 las deudas en pagas ascendían a 25 meses. En carta a su hermano José se queja de que el mariscal Soult administre de forma autónoma los recursos que pueda obtener de la Andalucía recién conquistada: «*Solo es en Andalucía donde puedo esperar encontrar algunos recursos después de haberlos destinado a un Ejército al que se considera autosuficiente. Si SM continúa enviándome dos millones de francos mensuales, pero da el mando de las tropas a un general que no reconoce mi autoridad, otorgándole la administración y el gobierno, es quitarme una provincia donde puedo conseguir recursos económicos y reducirme a la de Madrid que solo me proporciona 800.000 francos al mes, mientras que los gastos más indispensables se elevan a cuatro millones de francos al mes. Estoy rodeado de los restos de una gran monarquía. Tengo una guardia personal, almacenes, hospitales del Ejército, una guarnición, ministerios, un Consejo de Estado, refugiados de todas las provincias, etc. En esta situación, Sire, no puedo durar más de dos meses cuando el honor y el sentimiento solo me obligan a soportar esta situación tan humillante*»[21].

Únicamente el general Suchet pone un poco de orden en su jurisdicción. Después de la conquista de Valencia, decreta una contribución de 53 millones de reales que reparte con una justicia inexorable, no saquea ninguna iglesia, y mientras que la industria es destruida en otros lugares los «*habitantes se entregan pacíficamente al trabajo y consiguen abundantes cosechas que reparten entre ellos y sus conquistadores*». Suchet percibe en un año, doscientos millones de reales equivalentes a 53 millones de francos, que era el castigo que el Emperador había decretado a los valencianos por las matanzas de los civiles franceses que ocurrieron en la ciudad al principio de la guerra, sin que este tributo supusiera una gran calamidad a la región. Al año y medio de la conquista de Valencia, recauda 37 millones de francos para su Ejército y otros 34 millones para la administración local de los que envía siete a Madrid, mientras que solo retiene ocho para el Ejército de Aragón y siete para el de Cataluña. De esta forma, las pagas están al día, y los soldados viven con más facilidad sin estar castigados por los malos contables o los administradores voraces.

Después de haberse retirado hacia Valencia en la segunda mitad de 1812, el rey José regresa a Madrid, e intenta controlar Castilla la Vieja. Por última vez se decretan impuestos, contribuciones exageradas, debido a «*que se deben sumas importantes a los proveedores del Ejército de Portugal y que los funcionarios civiles están sin sueldo desde hace dos o tres años*». No obstante, antes de la batalla de Vitoria todavía queda bastante dinero en los carros del convoy que ha salido de Madrid. Para aliviar la excesiva carga de estos carros, se paga, en efectivo, a los oficiales dos meses de sueldo. El director general de una de las administraciones civiles ofrece cambiar dinero por oro: «*80 francos en oro contra 110 francos en efectivo*». Un buen negocio aparente en la víspera de una batalla incierta. Muchos oficiales aceptan, pero su avaricia queda sin satisfacer cuando después de la batalla, un carro cargado con 50.000 francos es capturado por el Ejército británico, en plena debacle de la huida[22].

Los soldados franceses que entran en España, vestidos, equipados y armados, eran abandonados a su suerte. El rey José al que se tacha demasiado de indolente y solo preocupado por las faldas, ha fracasado en un reino, y aunque en este fracaso intervienen las malas comunicaciones, la agresividad de las guerrillas, la mayor parte del mismo se debe a la poca autoridad que su hermano le ha querido dar frente a los mariscales. Ha sido inútil que intentara conseguir dinero de París y no ha podido crear una administración que fuera capaz de recaudar impuestos. Ni siquiera consigue dinero para los sueldos de sus escasos soldados de la Legión Extranjera al mando del general Hugo. Sigue siendo una figura controvertida a la que la actual historiografía española comienza tratar con cierta simpatía al ir conociendo a través de las sucesivas publicaciones las limitaciones y las humillaciones con las que tuvo que enfrentarse.

Los gloriosos generales transformados en jefes de Ejércitos independientes o en gobernado-

res militares de las provincias, se han convertido en señores feudales, que explotan a aquellas al máximo para sacar beneficios personales. Los jefes de las unidades, debido a la inseguridad de las comunicaciones, retrasaban el envío de su contabilidad, o si esta era muy comprometedora, la perdían debido a un azar afortunado[23].

La mayor parte de estos manipuladores de fondos ya habían hecho, antes de su llegada a España, una carrera, a la vez, de gloria y rapiña en las naciones por donde habían transitado los Ejércitos napoleónicos. Abandonados a su suerte en la Península, satisficieron su sed de oro despreciando los intereses de su tropa. El mismo Napoleón no les encontró tan perjudiciales, porque con este oro tan tristemente conseguido, compraron castillos, residencias, tierras en Francia y también hoteles en París. Estas compras se hicieron como si estuvieran poseídos de una especie de fiebre adquisitiva en un comercio francés que ya estaba agonizante. Los cuadros, las joyas, los tesoros, los despojos, todavía más brillantes que los propios laureles de la guerra, despertaban las esperanzas y activaban las ambiciones de los jóvenes herederos de estos administradores, que ahora los disfrutaban.

Ninguno de estos había leído la frase escrita por un pobre soldado anónimo, una de las victimas de esta guerra maldita, escrita como un grito de protesta en los muros de una casa española destruida cerca de donde tuvo lugar la batalla de Albuera: «*España: muerte de los soldados, ruina de los oficiales, fortuna de los generales*».

NOTAS

1 Suchet, Louis-Gabriel. *Mémoires du maréchal Suchet, duc d´Albufera sur ses campagnes en Espagne depuis 1808 jusqu´en 1814, écrits par lui-même.* Le livre chez vous. París. 2002. Pág 31.

2 Id Pag. 32.

3 Priego López, Juan, Ponente de *Guerra de la Independencia 1808-1814*. Vol. 1. Edit. San Martín 1972. Pág. 299.

4 Blaze, Sébastien. *Mémoires d'un apothicaire sur la guerre d'Espagne pendant les années 1808 a 1814*. Ladvocat Paris.1828, Pág. 11.

5 Arnold, James R.*The French Army in the Peninsula* en *A history of the Peninsular War*, volume IX . Greenhill Books. London 1999, Pág. 65.

6 Bukhari, Emir y McBride, Angus. *Napoleon´s dragoons and lancers.* Osprey Military 1992 pp 20-34.

7 Foy, Maximilien. S. *Histoire de la Guerre de la Péninsule sous Napoléon* Tome II Baudin Freres, París, 1827, Tomo IV, Pág. 87.

8 Informe de Denniée de 31 de octubre de 1808.

9 Fantin des Odoards, Louis-Florimond. *Journal du général Fantin des Odoards. Etapes d´un officier de la Grande Armée, 1800— 1830.* In-8º, Plon Paris 1895, pp 259 a 261.

10 Naylies, Joséph-Jacques de. *Mémoires sur la guerre d´Espagne pendant les années 1808,1809,1810 et 1811*. Chez Magimel, Anselin et Pochard, París, 1817, Pág. 208.

11 Higueruela del Pino, Leandro. *La diócesis de Toledo durante la Guerra de la Independencia española.* Toledo 1982, pág.175.

12 Naylies, Ib. pág. 207.

13 Correos del rey José de 11 de marzo, 9,17, de abril de 1812, Reiset, Toreno, Blaze (*Mémoires d´un apothicaire*), Marmont (carta a Berthier, 21 junio 1812).

14 Carta de Reille a Clarke de 27 de diciembre de 1812, d´Espinchal, Hippolyte. *Souvenirs militaires (1792-1814)*, publiés par F. Masson et Fr. Boyer Le livre chez vous París. Pág.353.

15 Correo de José de 14 de febrero de 1809. Haegele, Vincent. *Napoléon et Joséph Bonaparte. Correspondance Intégrale 1784-1818. Ouvrage publié avec le concours du Centre national du livre.* Tallandier. París 2007, Pág. 652. José I se refiere al general Belliard, gobernador militar de Madrid.

16 Von Brandt, Heinrich. *Souvenirs d'un officier polonais. Scènes de la vie militaire en Espagne et en Russie (1808-1812)*. A la Librairie des Deux Empires. París 2002 .Pág.70.

17 Correo de José de 27 de agosto de 1809. Id. Haegele. Pp. 689 y 690.

18 Correo de José de 25 d enero de 1810. Id pág. 698.

19 Correo de José de 18 de febrero de 18010. Id pág 700.

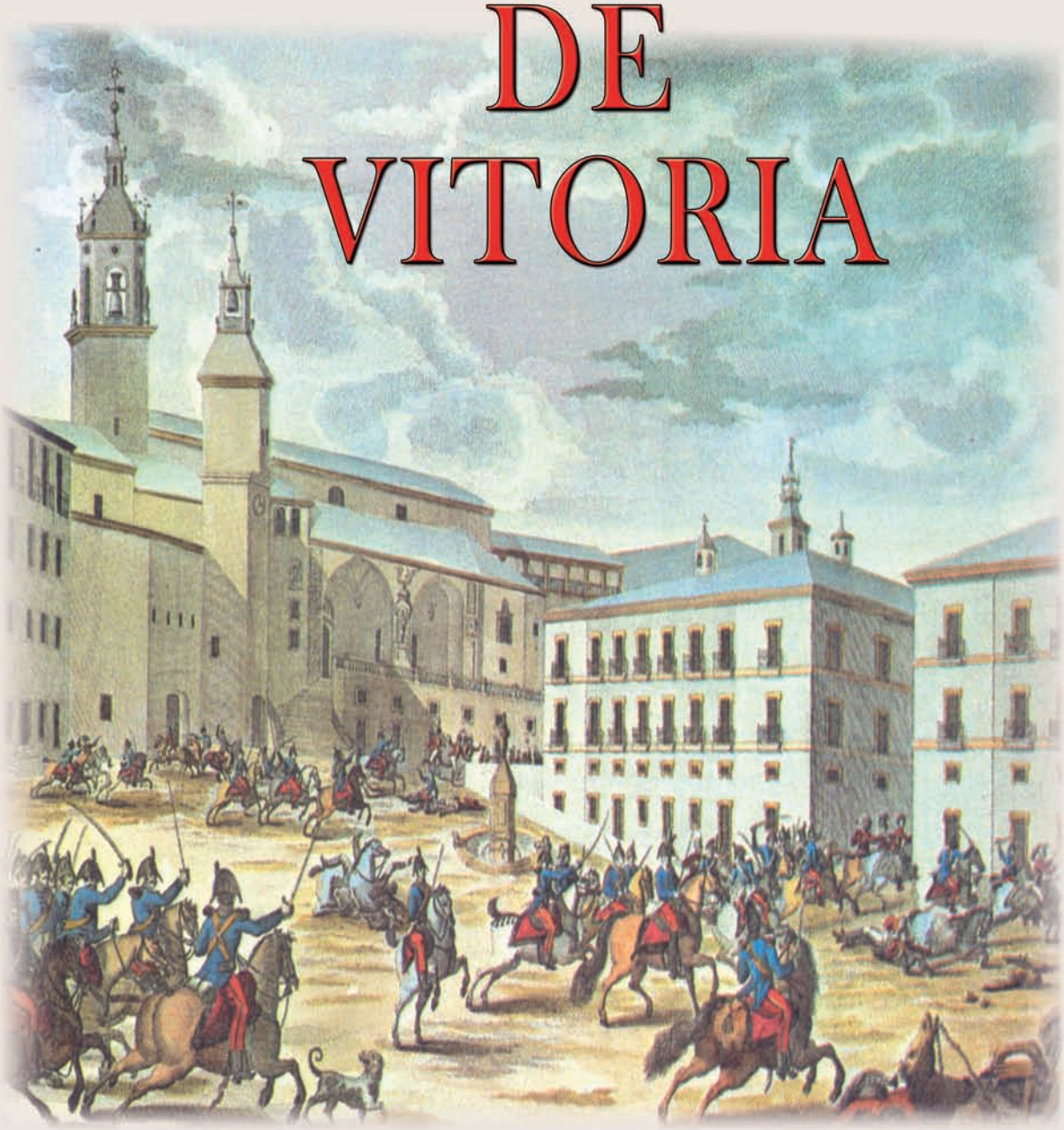
20 Reiset V II pág. 247 y 248.

21 Correo de José de 7 de agosto de 1810. Pág. 702.

22 Blaze Id. Pág. 363.

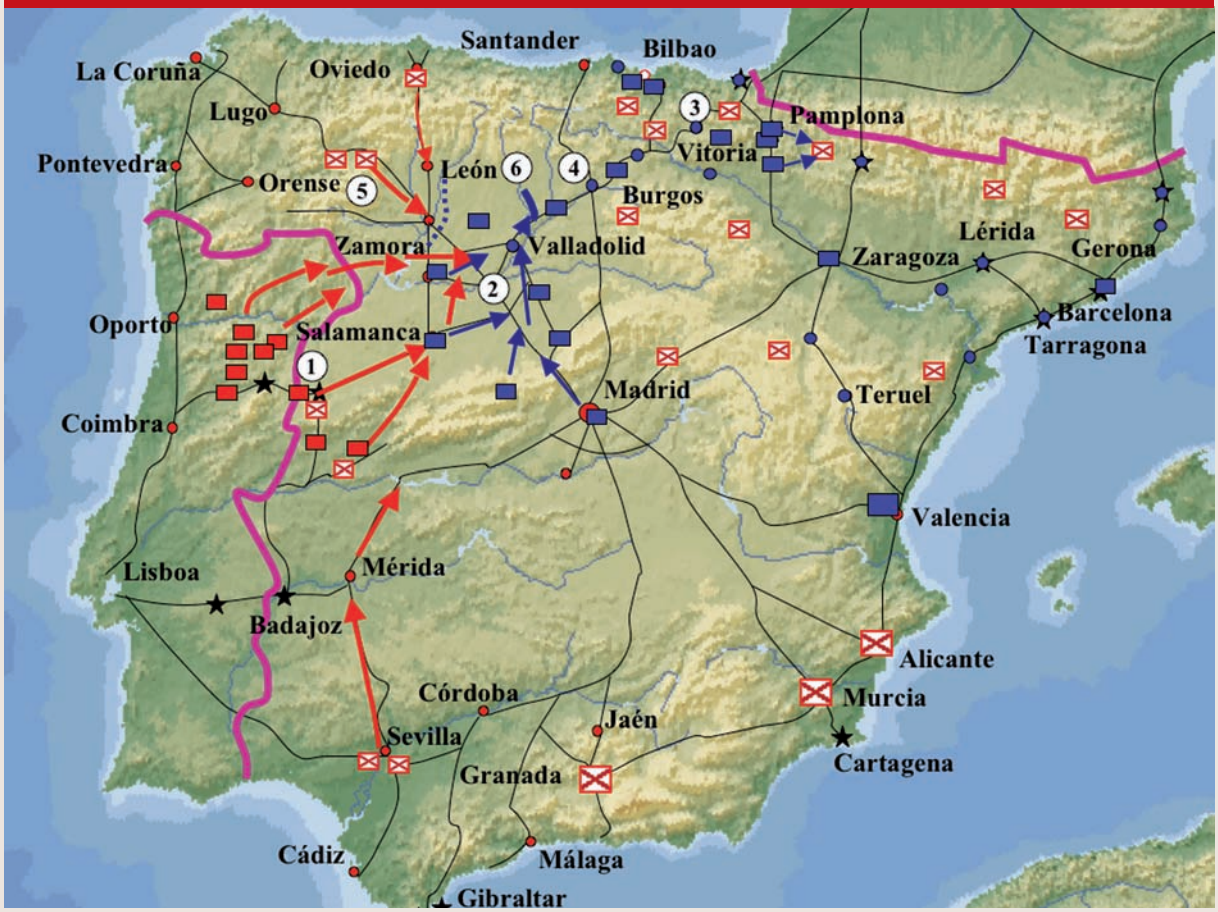
23 *Journal de Gourgaud*, 12 septiembre 1812. ■

LA BATALLA DE VITORIA



José Pardo de Santayana y Gómez Olea. Teniente Coronel. Artillería. DEM.

Mapa 1. Situación en mayo de 1813



La batalla de Vitoria decidió la suerte de los franceses en la Guerra de la Independencia. La participación directa española en dicha batalla fue pequeña, no obstante su contribución a dicho éxito fue mucho mayor de lo que suele reconocerse. La clave del éxito en los combates que se desarrollaron en la Llanada Alavesa el 21 de junio de 1813 entre las tropas dirigidas por Wellington y las fuerzas del rey José, fue el hecho de que una parte importante de las divisiones imperiales desplegadas en la región no acudió al campo de batalla. Esa circunstancia no se debió a la casualidad ni a una especial habilidad del gran general inglés, fue la consecuencia de la lucha empeñada que las fuerzas españolas de origen guerrillero llevaron a cabo en la región del Norte.

Hay que reconocer, sin embargo, que España hizo mucho menos por su propia liberación de lo que se podía haber esperado. Aquel año de 1813 se habían levantado numerosas fuerzas, excesivas para los recursos disponibles, pero sobre todo el cansancio de la guerra, las diferencias entre la Regencia y las Juntas y las profundas divisiones políticas impidieron que dichas fuerzas fueran sostenidas logísticamente y solo una pequeña parte participó en la campaña.

Las especiales circunstancias de aquella guerra favorecieron táctica y operativamente al Ejército aliado en detrimento del imperial. Normalmente, el Ejército que avanza se debilita y el que retrocede sobre sus bases se refuerza, por ir dejando el primero fuerzas y recursos logísticos atrás y marchar hacia terreno que el enemigo domina, mientras que el segundo se acerca a sus reservas y depósitos, combatiendo sobre un terreno que previamente ha estado en su poder

y tener por ello mejor información. Sin embargo, en la campaña de 1813 no se dio esta circunstancia: el Ejército aliado compensaba los hombres que iba dejando atrás con las nuevas fuerzas españolas que iba encontrando sobre la marcha, mientras estas mismas fuerzas guerrilleras, más o menos regimentadas, le mantenían informado de todo lo que sucedía en la profundidad del despliegue enemigo, permitiéndole incluso adelantar a miembros de su cuartel general para estudiar y preparar las rutas de marcha. Los franceses, por el contrario, no podían destacar, con toda su eficacia, su pantalla de caballería distribuida en pequeños destacamentos en toda la extensión del frente, por el peligro de que estos fueran aniquilados por las diversas partidas españolas. Mientras vigilaban a la fuerza principal que venía de una dirección, tenían que estar pendientes de todas las demás y tampoco podían mantener un sistema fluido y fiable de órdenes y despachos por la misma amenaza guerrillera. En consecuencia, mientras Wellington en su avance contaba con diversos multiplicadores de fuerza, su adversario francés encontraba multiplicada la fricción asociada a toda campaña militar.

El 18 de diciembre de 1812 Napoleón entró en París después de haber abandonado a su Ejército que había sucumbido en la retirada de Rusia. 20 días después la noticia llegó a Madrid. El panorama estratégico en la Península cambió radicalmente. Unos 20.000 imperiales tuvieron que partir a Francia para servir de base con la que reconstruir allí un nuevo Ejército. Lo más razonable hubiera sido firmar la paz con España para dedicar todo el esfuerzo militar en Centroeuropa frente a las tropas rusas y prusianas que amenazaban la supervivencia del imperio napoleónico. Sin embargo, Napoleón, que necesitaba la alianza de los príncipes alemanes no podía permitirse tal signo de debilidad.

La decisión del Emperador fue concentrar sus fuerzas en el valle del Duero desplazando el cuartel general a Valladolid y utilizar los meses de invierno para combatir a las fuerzas españolas del Norte de modo que al llegar la primavera, y con ella la esperada ofensiva aliada, poder dedicar todo el esfuerzo a combatir a Wellington. En el este de la Península, Suchet mantenía con grandes dificultades el territorio bajo su dominio. Por razones políticas, el rey intruso decidió conservar la capital, aumentando con ello la vulnerabilidad militar de su despliegue.

Las fuerzas anglo-portuguesas de Wellington permanecían desde diciembre de 1812 en sus cuarteles de invierno, recuperándose de la retirada sufrida en aquel otoño y preparando la siguiente campaña. Las tropas imperiales, por el contrario, en un país cada vez más hostil se vieron obligadas a mantenerse en constante actividad, primero para recuperar el enlace entre Madrid y Valencia, después para relevar a las divisiones que debían acudir en apoyo del Ejército del Norte y, en todo momento, para conseguir el suministro y combatir la insurrección.

Desde mediados de 1812 las divisiones del 7º Ejército estaban poniendo en serios aprietos a las fuerzas ocupantes en Navarra, las provincias vascas, Cantabria, Burgos y la Rioja. Pamplona, Bilbao y la plaza de Santoña estaban casi permanentemente sitiadas. Con la ayuda de la Marina británica, los patriotas habían tomado a los franceses los puertos de Bermeo y Castro Urdiales, desde donde amenazaban la navegación de cabotaje que permitía el abastecimiento de Santoña. Mina había arrebatado a los franceses el control de Navarra y varias guarniciones importantes como Estella, Tafalla, Salinas de Añana y Cubo de Bureba había caído en manos de las fuerzas guerrilleras que contaban ya con una incipiente artillería. El tránsito por el Camino Real de Francia estaba constantemente amenazado y solo podía asegurarse con la presencia de brigadas enteras escalonadas entre Irún y Burgos. Para colmo de males, las operaciones en España eran dirigidas por Napoleón desde París, lo que aumentaba la importancia estratégica de mantener las comunicaciones abiertas.

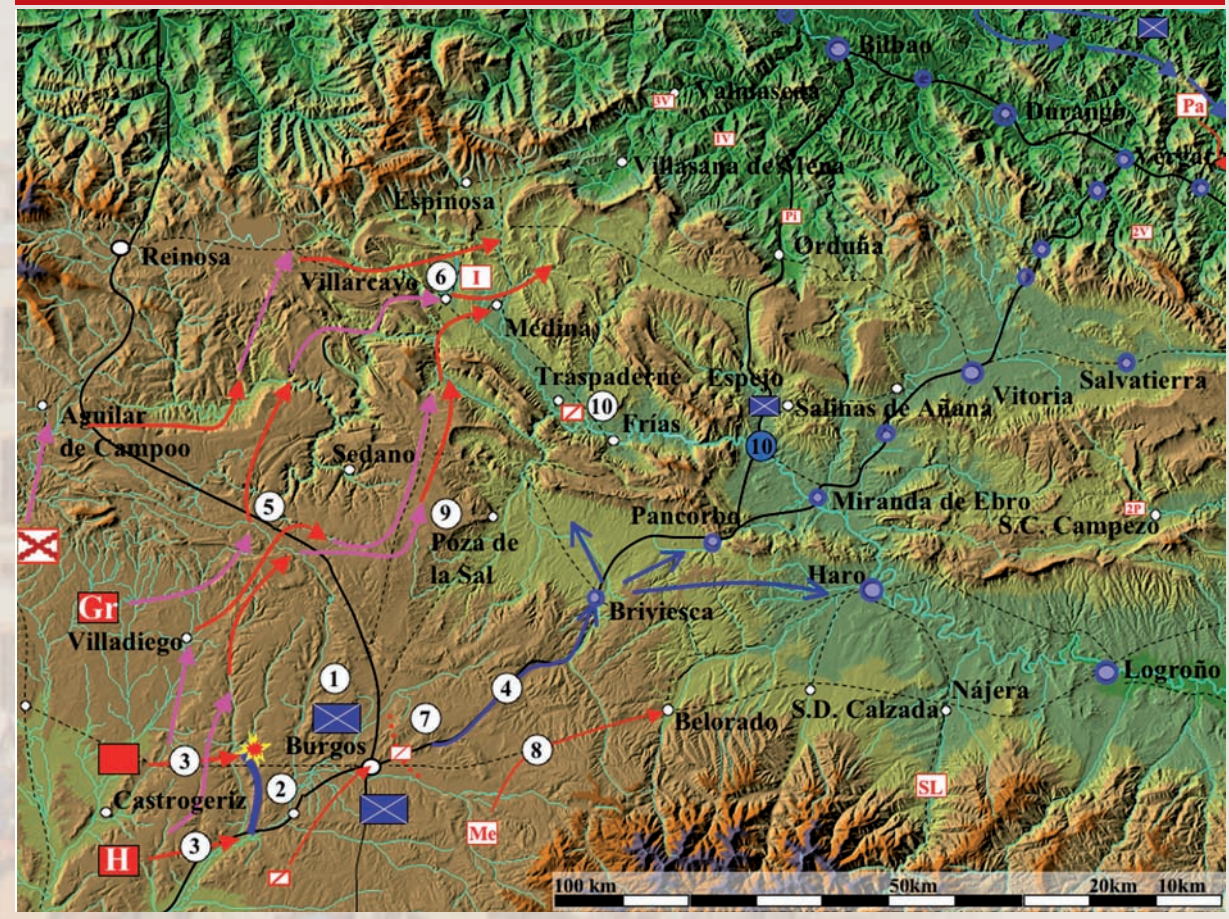
Desde que el Emperador dio la orden de reforzar al Ejército del Norte hasta que las divisiones del Ejército de Portugal llegaron a su destino y se pusieron a las órdenes de Clauzel, pasaron cuatro meses. La falta de entendimiento entre los mandos imperiales y los retrasos en el tránsito de las órdenes hicieron ineficaz una medida que ejecutada a tiempo habría podido cambiar significativamente el panorama militar. Las órdenes iniciales de Napoleón tardaron 40 días en llegar, cuando lo normal eran 15 o 20 y sin escoltas habría sido seis o siete.

Durante todo ese tiempo Wellington pudo preparar minuciosamente su plan para la siguiente campaña y llevar a cabo los preparativos. Como consecuencia de la experiencia negativa del año anterior, esta vez quería operar llevando toda la fuerza reunida. Para impedir que los franceses pudieran utilizar la línea del Duero como posición defensiva, decidió operar desde el principio al Norte de dicho río. Además, el territorio al sur del Duero había sido esquilmado por las operaciones militares de las campañas anteriores y el Ejército aliado podía encontrarse allí con dificultades de suministro. Por el contrario, operando al norte del Duero, cerca de la costa cantábrica, acortaría su línea logística en cuanto se acercara al puerto de Santander.

La dificultad de atacar el dispositivo imperial al norte del Duero radicaba en lo intransitable de la región por la que dicho movimiento había de ejecutarse. Para mantener a su adversario en el error sobre sus intenciones, el lord inglés había previsto amagar con su ala derecha por la dirección Ciudad Rodrigo-Salamanca: la única entrada natural al valle del Duero desde Portugal. Una vez alcanzada Salamanca, el ala derecha debía dirigirse hacia el Norte, cruzar el río y así continuar el avance con toda la fuerza reunida.

Cuando llegó el momento de pasar a la ofensiva (mapa 1) el dispositivo imperial había quedado tan debilitado que el Ejército aliado podía haber atacado simultáneamente por ambas direcciones al sur y norte del Duero poniendo a los imperiales en una situación desesperada, pero Wellington prefirió atenerse al plan previsto. (En los mapas que acompañan el artículo, aparecen

Mapa 2. Operaciones, 12-16 de junio 1813



numeradas las distintas posiciones que se relacionan en el texto).

Frente a Wellington y su Ejército de 100.000 hombres (posición 1 en mapa 1), los imperiales oponían solo 53.000 combatientes (posición 2 en mapa 1) desplegados en un frente de 400 kilómetros entre Zamora y Madrid. Tal dispositivo exigía al menos una semana para reunir el Ejército y presentar batalla. A las distancias que recorrer había que sumar la dificultad para transmitir las órdenes y la información, debido al estado de insurrección de los territorios que separaban unas divisiones de otras[1].

Cuatro divisiones del Ejército de Portugal estaban combatiendo en Navarra y la costa cantábrica sumadas a las fuerzas del Ejército del Norte. Además, como tras el paso de estas divisiones las comunicaciones habían vuelto a ser interceptadas por la guerrilla, el Rey se vio obligado a desplegar entre Palencia y Miranda de Ebro otra división y media y tres regimientos de caballería. En total combatían 46.000 imperiales a las órdenes de Clauzel (posición 3 en mapa 1) y 9.000 más sobre las comunicaciones (posición 4 en mapa 1) contra las cinco divisiones españolas del extinto 7º Ejército (unos 25.000 combatientes): 12.000 hombres al mando de Foy habían puesto sitio a Castro Urdiales defendido por 1.200 patriotas de la División de Iberia y 15.000, al mando del mismo Clauzel, perseguían a los batallones de Mina por Navarra y Aragón, el resto mantenía abiertas las comunicaciones y ocupaban las múltiples guarniciones.

La escasez de lluvias[2] de aquella primavera obligó a retrasar unos días el inicio de la ofensiva. El 13 de mayo, desde su cuartel general de Freineda, Wellington dio las órdenes para iniciar el avance. El día 20 inició los movimientos el ala derecha que avanzó en dos columnas convergentes. Con algunos contratiempos y su acostumbrada prudencia, el general inglés dirigió aquellas cinco divisiones acompañadas de bastante caballería hacia Salamanca. El 26 de mayo la vanguardia aliada chocó con la división Villatte que no obstante consiguió retirarse con orden. Reconquistada dicha ciudad, el ala derecha se mantuvo a la defensiva hasta el 2 de junio.

En la dirección principal del ataque, Graham había conseguido avanzar con sus fuerzas por el norte de Portugal y ocupar las posiciones de partida junto a la frontera el 26 de mayo. El 30 de junio alcanzó el río Esla y allí se le unió Wellington que llegó cabalgando en dos días desde Salamanca. Los gallegos de Girón (posición 5 en mapa 1), marchando desde Astorga, cruzaron el Esla por Benavente.

En el cuartel general imperial de Valladolid se tuvo noticia confirmada del inicio de la ofensiva el 24 de mayo. Hasta el 26 no se supo que el ataque principal venía por la provincia de Zamora. La situación era crítica con las divisiones dispersas y especialmente la de Leval que tenía que llegar desde Madrid cruzando la sierra. El general Reille ocupó con sus escasas fuerzas sucesivas posiciones entre las ciudades de Zamora y Valladolid, mientras el resto de las fuerzas convergía hacia esta última ciudad. Por fin, el 2 de junio, todas las divisiones imperiales estaban a salvo y reunidas al norte del Duero. Las fuerzas imperiales iniciaron su repliegue a una posición defensiva sobre la orilla izquierda del río Carrión (posición 6 en mapa 1).

El 4 de junio el ala derecha cruzó el Duero por Toro y el Ejército aliado se puso en marcha avanzando en cuatro columnas paralelas. Al llegar a la línea del Carrión, Wellington maniobró para desbordar dicha posición por el Norte. Las fuerzas imperiales (mapa 2) se retiraron entonces sobre Burgos (posición 1 en mapa 2) a cubierto por el Ejército de Portugal en una posición de espera en el río Hormazuelas (posición 2 en mapa 2). Wellington continuó la marcha, concentró sus columnas y con su izquierda (posición 3 en mapa 2) atacó el día 12 a la fuerza francesa que tuvo que retirarse con ciertos apuros. Los imperiales tuvieron entonces que abandonar Burgos y se replegaron sobre Pancorbo (posición 4 en mapa 2) donde esperaban poder reunir todas sus fuerzas y presentar batalla.

Desde sus posiciones al oeste de Burgos, Wellington decidió evitar la batalla, dirigirse hacia el Norte (posición 5 en mapa 2) y cruzar el Ebro para desbordar de nuevo la posición imperial. El alto mando francés consideraba esa maniobra poco probable debido a los escasos y malos caminos de aquella accidentada región. No obstante, el mariscal Jourdan había advertido de dicha posibilidad. Pero esa avenida no podía ser vigilada sin dedicar a ello una fuerza importante porque dicho territorio estaba ocupado por la Divi-

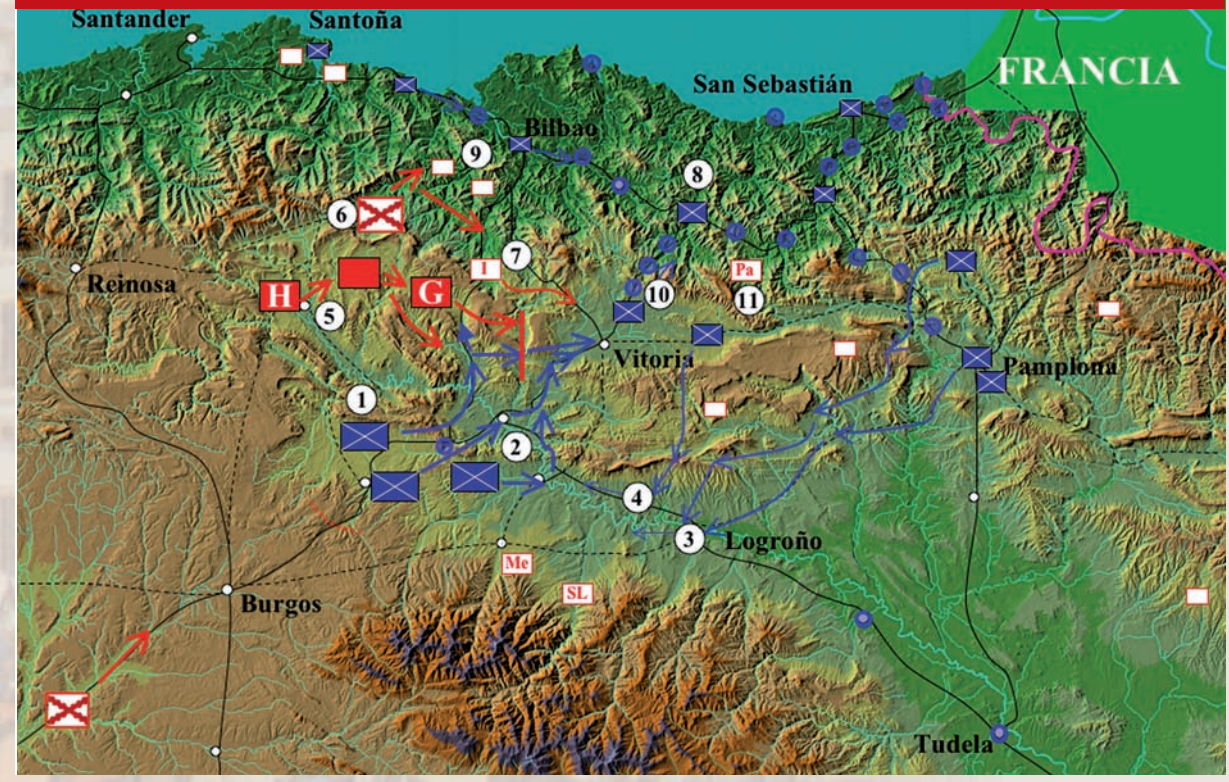
sión de Iberia (posición 6 en mapa 2). Los imperiales se encontraban en demasiada inferioridad numérica frente a su oponente como para destacar una gran unidad en un momento en que podían ser atacados en fuerza.

Para preparar dicha maniobra y obtener el máximo de información para transitar por aquella región y las disposiciones enemigas, el generalísimo inglés destacó a varios miembros de su estado mayor hasta el cuartel general de la División de Iberia y pidió a Longa que le enviara a algunos oficiales que le pudieran facilitar dicha información.

A cubierto por los lanceros de Julián Sánchez el Charro (posición 7 en mapa 2) que marcharon tras el enemigo por la carretera de Francia, las tropas del Cura Merino (posición 8 en mapa 2) que avanzaron hasta Belorado, alguna caballería (posición 9 en mapa 2) que se posicionó protegiendo el flanco derecho del avance y los Húsares de Iberia en Trespaderne (posición 10 en mapa 2), el Ejército aliado alcanzó el Ebro el 14 de junio y se concentró en torno a Medina de Pomar y Villarcayo el día 16. Por toda la región que separaba unas fuerzas imperiales de otras, operaban las fuerzas guerrilleras del 7º Ejército, entorpeciendo las comunicaciones.

Para entonces (mapa 3) los imperiales ya se habían dado cuenta de la maniobra aliada y, creyendo que Wellington se dirigía a Bilbao, Jourdan ordenó al Ejército de Portugal (posición 1 en mapa 3) que avanzara hacia Orduña mientras los otros dos ejércitos debían retirarse hacia la Llanada Alavesa (posición 2 en mapa 3). A Clauzel y a Foy se les convocó igualmente para que se dirigieran a Vitoria. Como no se sabía donde se encontraba Clauzel (3 en mapa 3), se enviaron muchos emisarios en distintas direcciones con copias de las órdenes: ninguno llegó, a pesar de que una de sus divisiones —la de Taupin (posición 4 en mapa 3)— estaba en Laguardia a solo 30 kilómetros de allí. Clauzel había abandonado Pamplona con sus cuatro divisiones el día 18 de mayo y se había dirigido hacia Pancorbo por Logroño. A lo largo de su recorrido no volvió a recibir noticias, por lo que ni apresuró su marcha ni supo del repliegue sobre Vitoria.

Mapa 3. Operaciones, 17-20 de junio 1813

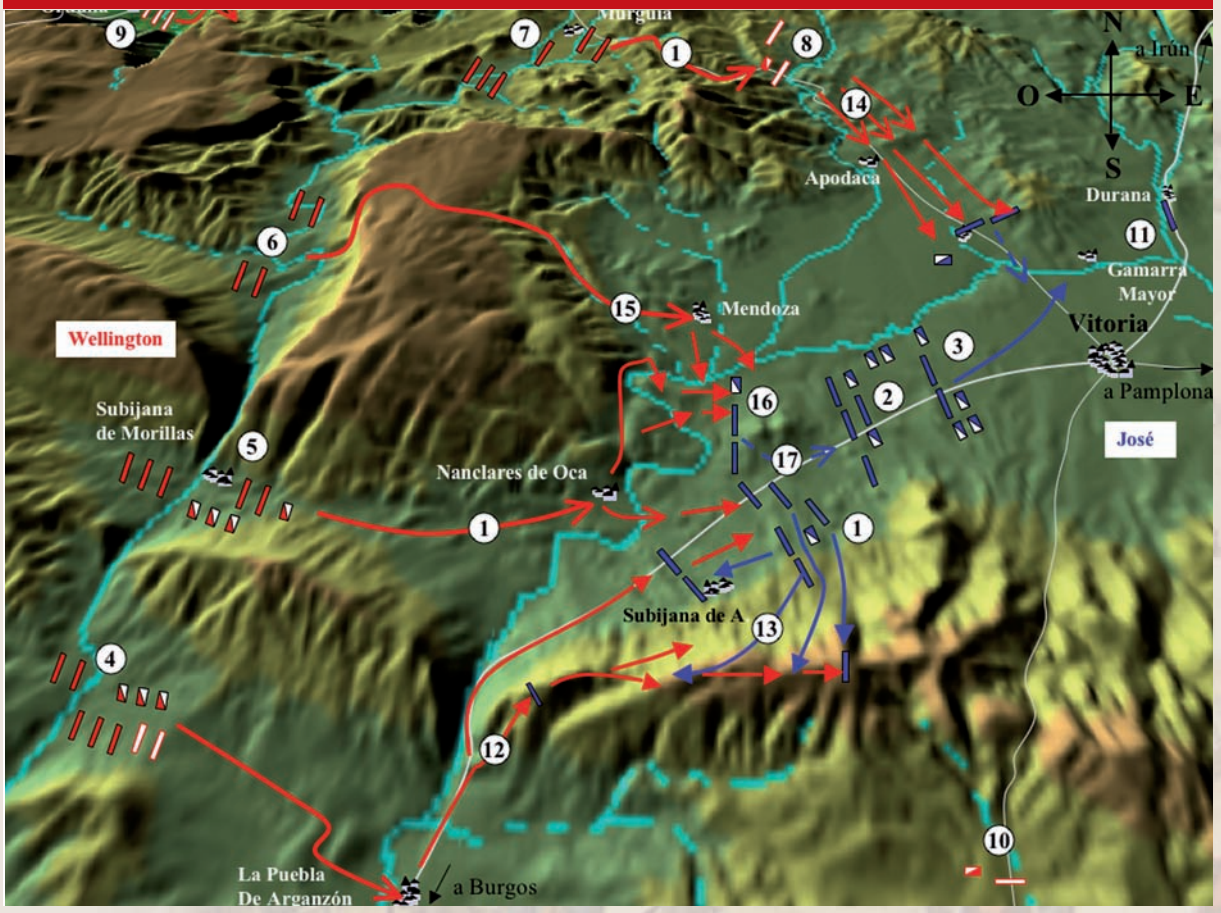


Con su Ejército reunido en las proximidades de Medina de Pomar (posición 5 en mapa 3) y el Ebro superado, Wellington dirigió sus divisiones hacia el Este en dirección a la Llanada Alavesa. Graham marchó en columna por el valle de Losa. Una segunda columna más reducida avanzaba más al Sur siguiendo el estrecho camino que recorría el valle de Valderejo. Ambas columnas chocaron con el Ejército de Portugal que marchaba hacia el Norte. Girón con sus divisiones gallegas (posición 6 en mapa 3) se había dirigido hacia Valmaseda y Longa se había adelantado a Orduña posición (posición 7 en mapa 3) donde se le unió Pinto. El resto de las fuerzas aliadas marchaban tras las dos primeras columnas esperando a que los caminos quedaran libres.

Tras los combates de ese día 18, Reille se vio forzado a retirarse a Salinas de Añana y al día siguiente ocupó una posición tras el río Bayas, protegiendo la retirada de los otros ejércitos hacia Vitoria. Wellington no presionó mucho a su oponente y dedicó ese día a reagrupar sus fuerzas. Al día siguiente, el Ejército de Portugal se replegó con las otras fuerzas a la Llanada Alavesa.

Foy (posición 8 en mapa 3), que sí recibió las órdenes del Rey, estaba con su división cerca de Vergara, sabiendo de la llegada de Girón a Valmaseda y teniendo en cuenta la presencia de los batallones vizcaínos (posición 9 en mapa 3) en las proximidades, consideró que lo prioritario era proteger la retirada de las fuerzas desplegadas en Vizcaya y no se dirigió de momento hacia Vitoria. La división de Maucune (posición 10 en mapa 3) tuvo que partir por el Camino Real escoltando un gran convoy de vehículos con parte del botín ro-

Mapa 4. Batalla de Vitoria (1)



bado y numerosos afrancesados que se retiraban a Francia. La amenaza constante de los guipuzcoanos del Pastor (posición 11 en mapa 3) obligaba a que cualquier movimiento por el Camino Real de Francia se hiciera con una fuerte escolta. En total seis divisiones francesas y alguna caballería que no participarían en la batalla.

Las fuerzas de Wellington y del rey José se encontraban frente a frente, separadas por la línea de sierras que divide el valle del Bayas de la Llanada Alavesa (mapa 4). Los aliados podían ver el despliegue de su adversario, los imperiales no. Jourdan se encontraba indispuesto y José estaba en un estado de ansiedad e incertidumbre que le impedía tomar una decisión; tampoco se tenía en el cuartel general francés noticias de Clauzel ni de Foy. Nadie dio las órdenes oportunas para desplegar en orden de combate. El Ejército del Mediodía (posición 1 en mapa 4) formaba una primera línea, tras él estaba desplegado el del Centro (posición 2 en mapa 4) y a retaguardia quedó el Ejército de Portugal (posición 3 en mapa 4).

El día 20 de junio Wellington se encontraba con su cuartel general en Subijana de Morillas, advertido por la red de información de la guerrilla, implantada en la región desde hacía tiempo, sabía que Clauzel se encontraba a dos días de marcha. Había llegado el momento de aceptar batalla. Su plan era el siguiente: las fuerzas de Hill (posición 4 en mapa 4) que constituían el ala derecha aliada tenían que llegar a La Puebla de Arganzón para desde allí atacar la izquierda francesa desbordándola por las alturas más occidentales de los Montes de Vitoria; el centro mandado por el propio general en jefe, tenía que avanzar en dos columnas para cruzar el río Zadorra y atacar el centro enemigo: la columna del propio Wellington (posición 5 en mapa 4) avanzando por el collado que da paso de Subijana de Morillas a Nanclares de Oca y la de Dalhousie (posición 6 en mapa 4) saliendo del valle de Cuartango para llegar a la Llanada Alavesa por Mendoza. A Graham (posición 7 en mapa 4) le había ordenado que enviara a los portugueses de Pack y de Bradford a Murguía en apoyo de las fuerza de Longa (posición 8 en mapa 4) y que siguiera él mismo esa dirección con el resto de sus fuerzas para amenazar el despliegue enemigo por su flanco derecho. Orduña (posición 9 en mapa 4) era el objetivo marcado para las unidades gallegas de Girón. La caballería de Don Julián y el batallón de Dos Pelos, sobre la carretera de Logroño (posición 10 en mapa 4), tenían que vigilar la llegada de Clauzel desde el Sur.

La maniobra de su ala izquierda debía quedar oculta al enemigo, por lo que Longa debía cubrir el movimiento de aquellas tropas y dar la impresión de que su posición era exclusivamente un flanqueo. El Estado Mayor francés ordenó al jefe del Ejército de Portugal enviar una brigada acompañada de caballería a lo largo del camino de Murguía para reconocer a las fuerzas adversarias detectadas por ese lado. Dicha fuerza se encontró con los batallones guerrilleros cerrándole el paso a la altura de Letona y después de un vivo tiroteo, habiendo cumplido su misión de descubierta, se retiró sobre Arriaga, y dejó allí algunos puestos avanzados. Aparte de esta oportuna decisión en el flanco derecho de su dispositivo, se envío la reducida división josefina de Casapalacio a Durana (posición 11 en mapa 4) sobre el Camino Real y se tomaron algunas medidas de vigilancia.

Sarramón considera que las fuerzas presentes al día siguiente en el campo de batalla fueron: por parte aliada, 90 cañones, 68.000 combatientes anglo-portugueses y 10.000 españoles, sin contar los 16.000 hombres de Girón que al iniciarse los combates se encontraban 20 kilómetros a retaguardia. Los imperiales contaban con 140 cañones y 59.000 combatientes (10.500 de caballería).

Al alba del día 21 de junio las columnas aliadas ya estaban dispuestas para realizar la marcha de aproximación que debía conducirles del valle del río Bayas al del Zadorra. Las divisiones aliadas iniciaron sus movimientos hacia las 7 de la mañana y los primeros combates tuvieron lugar a las 8, en la extrema derecha aliada, sobre las primeras estribaciones de los Montes de Vitoria. En cabeza de dicha columna marchaba la división española de Morillo (posición 12 en mapa 4). Para contener dicha amenaza los franceses tuvieron que enviar a aquellas alturas varias unidades (posición 13 en mapa 4), lo que les obligó a debilitar su centro.

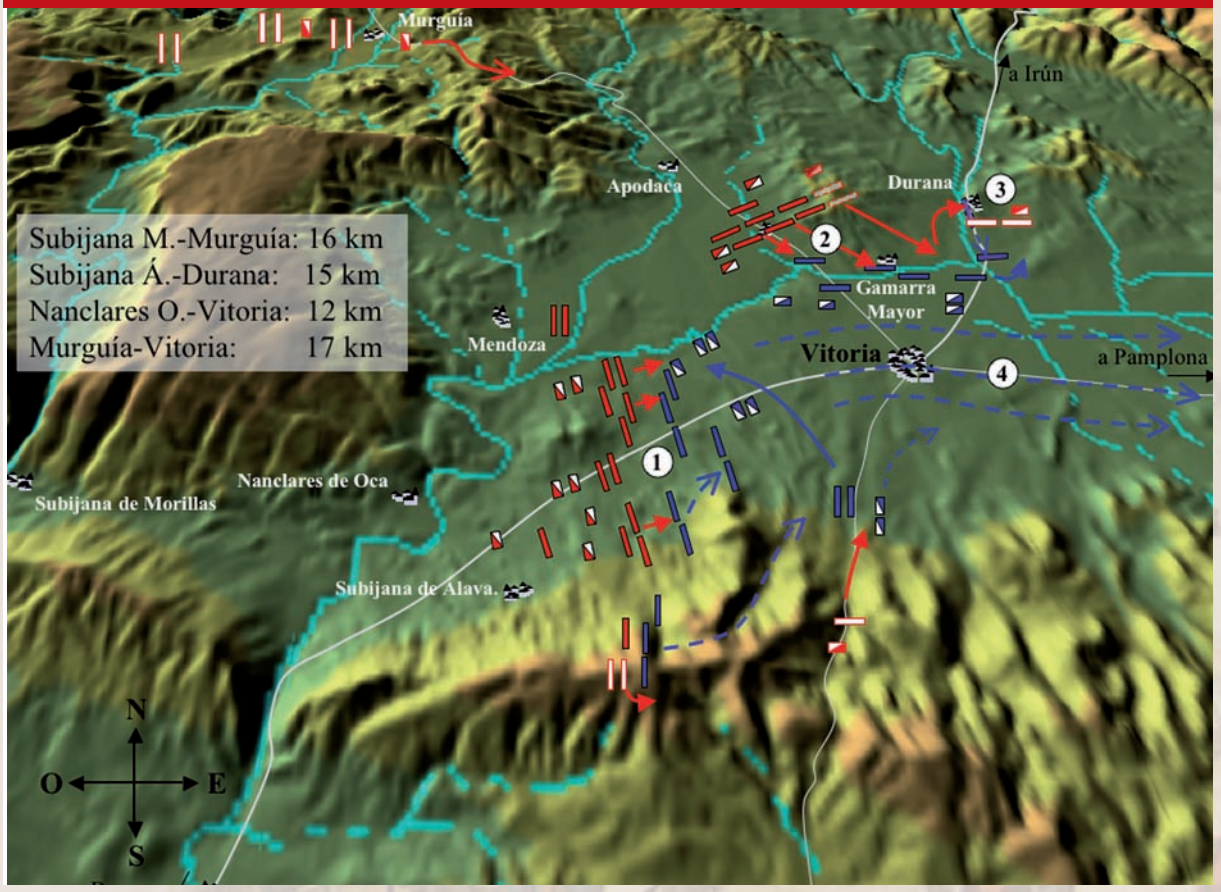
En la izquierda, Graham avanzó con sus fuerzas hasta llegar a la altura de Apodaca (posición

14 en mapa 4) donde el terreno es llano y abierto. Como había recibido órdenes de no entrar en acción hasta haber establecido enlace con la columna del centro izquierda de Dalhousie, detuvo allí el avance. Dalhousie actuó con excesiva prudencia y notable torpeza reteniendo los movimientos de Graham durante más de dos horas, de modo que la columna izquierda no se movió hasta pasado el mediodía.

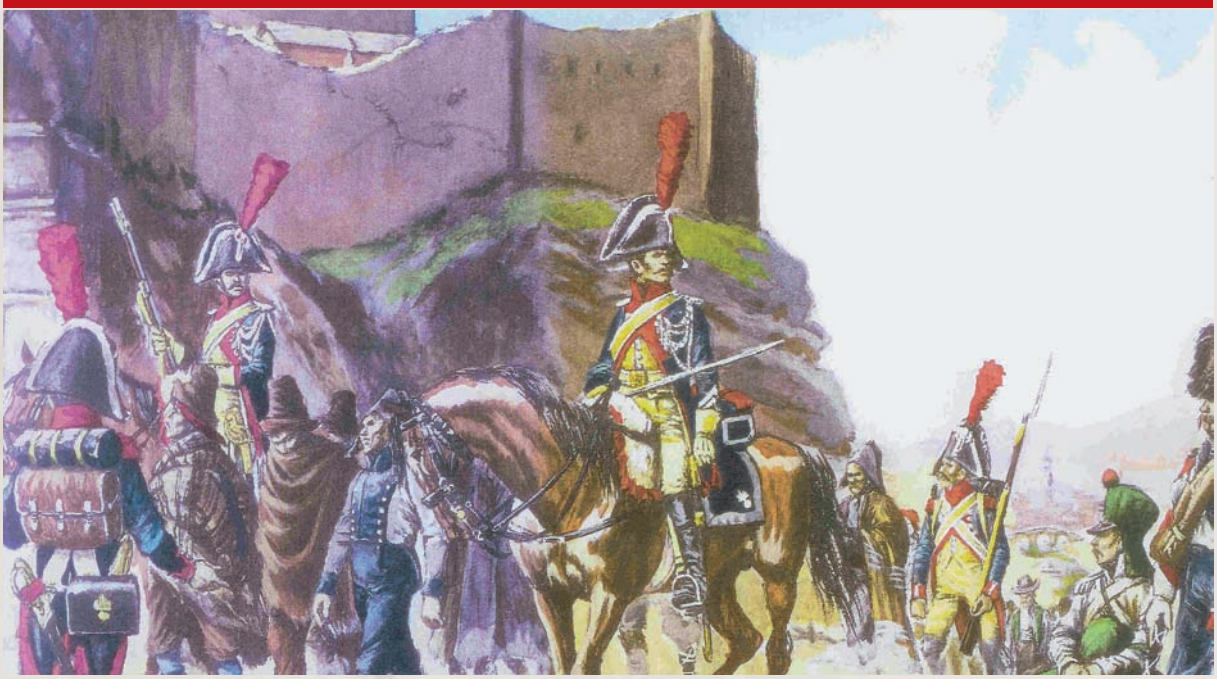
Con la llegada de Dalhousie a Mendoza (posición 15 en mapa 4) el centro y la izquierda pudieron iniciar el ataque. Las columnas del centro cruzaron el río Zadorra por diversos puntos y concentraron sus esfuerzos hacia las posiciones francesas del alto de Jundiz (posición 16 en mapa 4). Las fuerzas imperiales allí estacionadas eran insuficientes para contener el ataque y al retirarse la división Leval hacia Gomeche (posición 17 en mapa 4) se creó un amplio hueco entre los Ejércitos del Mediodía y del Centro. El ejército del Mediodía se vio obligado a replegarse. Los franceses intentaron reconstruir una segunda línea defensiva (mapa 5) sobre la base de la que ocupaba el Ejército del Centro. Atacada con determinación (posición 1 en mapa 5), la nueva línea francesa cedió, y el Rey se vio forzado a dar la orden de retirada general a las 5 de la tarde.

En la izquierda aliada el avance se había detenido a la altura del Zadorra (posición 2 en mapa 5) a pesar de su gran superioridad de fuerzas por parte aliada. La división Sarrut había sido expulsada de su posición en Aranguiz, pero se replegó con orden y defendió con obstinación Abechuco. El resto del Ejército de Portugal había acudió a contener dicho avance y se produjeron intensos combates en Gamarra Mayor. Solo la división de Longa (posición 3 en mapa 5) consi-

Mapa 5. Batalla de Vitoria (2)



Gendarmes escoltan a prisioneros guerrilleros



guió cruzar el Zadorra por Durana, cerrando así el paso por la carretera general de Francia. Cuando se produjo la retirada general, Reille contuvo con sus fuerzas a Graham y permitió que las fuerzas imperiales salvaran una situación muy comprometida.

Al estar el Camino Real de Francia interrumpido, la retirada (posición 4 en mapa 5) se tuvo que hacer por la carretera de Pamplona. Pero como esta era estrecha y se convertía pronto en un mal camino, los franceses tuvieron que abandonar todos los carruajes y la artillería. Pronto la situación degeneró en una desbandada francesa con las tropas aliadas cayendo sobre el enorme botín abandonado como aves de presa. No hubo explotación del éxito y se perdió una gran ocasión para aniquilar al Ejército adversario. No obstante, la hora del rey José ya había llegado y no pudiendo mantenerse en el trono de España se tuvo que conformar con conservar parte de lo robado, que había partido a Francia en el convoy del día anterior.

Como hemos podido ver, en la batalla de Vitoria solo participaron directamente dos divisiones españolas: la de Morillo y la de Longa, pero el hecho de que ni Clauzel, ni Foy, ni Maucune, con un total de 23.000 combatientes, estuvieran presentes en ella se debió principalmente a la lucha y la presencia en el teatro de aquellas operaciones de Espoz y Mina, el Pastor, los batallones vizcaínos de Mendizábal y otras fuerzas de origen guerrillero. Estos combatientes habían sobrevivido a cinco años de penalidades y persecuciones, y en su continuo acoso a los ocupantes habían interferido las comunicaciones entre ambas capitales, habían producido un gran desgaste numérico y moral en la maquinaria militar napoleónica y habían impedido que la retaguardia imperial en España se sometiera al dictado francés. Esa indoblegable voluntad de resistencia compensó las derrotas, carencias y desunión del esfuerzo patriota e hizo que la lucha en España fuera una guerra distinta.

NOTAS

[1] Por ejemplo: entre Zamora y Salamanca, distantes 60 Km, las comunicaciones debían hacerse por Tordesillas añadiendo 90 kilómetros al recorrido.

[2] Era necesario que el campo reverdeciera para poder sostener a los numerosos caballos del Ejército. ■

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA Y CONCIENCIA DE DEFENSA EN ESPAÑA

José Pardo de Santayana y Gómez Olea. Teniente Coronel. Artillería. DEM.

Atículo publicado en esta Revista en junio de 2004, Nª 758

La falta de una consolidada conciencia de defensa en la nación española ha sido, y es, una preocupación primordial de la política de defensa. Hay que reconocer una cierta anormalidad de la sociedad española en este campo, si lo comparamos con otras naciones de nuestro entorno. Es además, un problema vinculado a una cuestión de mayor calado: la propia definición de la identidad y el ser españoles.

Para comprender la singularidad española en este campo de la conciencia de defensa, es necesario conocer el impacto que la Guerra de la Independencia tuvo en el curso histórico español. El profesor José Varela Ortega afirmaba incluso, que para entender en toda su complejidad la historia de España no era correcto contemplarla desde la clásica imagen de auge y decadencia. Más bien se debía entender como una línea que, con sus altibajos, entra tras la Guerra de la Independencia en un período de retraso histórico del que España no se recuperó plenamente hasta la segunda mitad del siglo XX. La Restauración de 1876 debe entenderse como una recuperación parcial, pero, que al no resolver los problemas de fondo, no resultó definitiva.

En el ámbito militar y de las relaciones entre las Fuerzas Armadas y la sociedad, esta guerra supuso además un cambio de 180 grados. De haber sido una potencia marítima, haber dominado el más extenso de los imperios coloniales, haber conocido una relativa paz interna y tener unas Fuerzas Armadas proyectadas sobre todo hacia el exterior, España perdió su condición de potencia y la mayor parte de sus colonias, conoció la amarga experiencia de repetidas guerras civiles y su Ejército tuvo una proyección principalmente interna. Esta experiencia peculiar ha llevado a España a afrontar la cuestión de su de-

fensa desde un pasado que pesaba como una losa y que ha dificultado la normalización de las relaciones entre la sociedad y sus Fuerzas Armadas.

Hoy, una vez ya completamente superado el desfase histórico, con España y sus Fuerzas Armadas ocupando el lugar que les corresponde en el mundo, es conveniente reflexionar sobre las causas que produjeron lo que podríamos llamar un cierto desencuentro.

Desde el punto de vista épico, la Guerra de la Independencia fue un grito de libertad y dignidad nacionales. El conde de las Cases recoge en las *Memorias de Napoleón* que este dijo de España que «*se había comportado en masa como un hombre de honor*».

Para el emperador de los franceses fue la principal causa de su derrota. Lo que él mismo llamó la *«úlcera española»* fue el factor que desequilibró el duelo sin cuartel entre la potencia naval británica y la potencia continental francesa.

Desde el punto de vista práctico, la Guerra de la Independencia fue una victoria pírrica, un sacrificio en nombre el honor patrio que sacó a España de su curso histórico y, al mismo tiempo, un gran servicio a los intereses estratégicos de Gran Bretaña.

La Guerra de la Independencia duró seis años (de 1808 a 1814) de ininterrumpidas campañas y combates. Afectó a todo el territorio peninsular, solo tres ciudades —Cádiz, Tarifa y Alicante— no fueron ocupadas por los franceses y solo una de ellas, Alicante, no fue nunca atacada. Algunas ciudades como Gerona, Zaragoza, Badajoz, Tarragona, Lérida, Ciudad Rodrigo..., fueron completamente destruidas por sitios y asaltos; otras muchas, como Córdoba o San Sebastián fueron saqueadas por los Ejércitos (incluso por los aliados). Los Ejércitos, en su necesidad de hacer requisas para abastecerse, empobrecieron a la población local y fueron un pesado lastre para una economía cada vez más anémica. Los combates y las exigencias estratégicas llevaron a la destrucción de puentes, edificios y todo tipo de infraestructuras.

La destrucción del patrimonio monumental y el robo de obras de arte tuvieron carácter generalizado. El más apasionado coleccionista de pintura española y especialmente de cuadros de Murillo fue el mariscal Soult. En Santa Elena, Napoleón se lamentó de ello afirmando que «*las guerrillas se formaron a consecuencia del pillaje, los desórdenes y abusos de los que dieron ejemplo los mariscales del imperio, con desprecio de mis órdenes más severas. Yo debí hacer un gran escarmiento mandando fusilar a Soult, el más voraz de ellos*». El rey José, que al tener que abandonar España se llevó consigo gran cantidad de cuadros, vivió el resto de sus días a costa de la venta de su colección de pintura. Una frase lapidaria que apareció escrita en los muros del ayuntamiento vallisoletano, resumió con ingenio amargo aquel estado de las cosas: «*Tierra*

Sitio de Zaragoza.
Asalto al monasterio de Santa Engracia

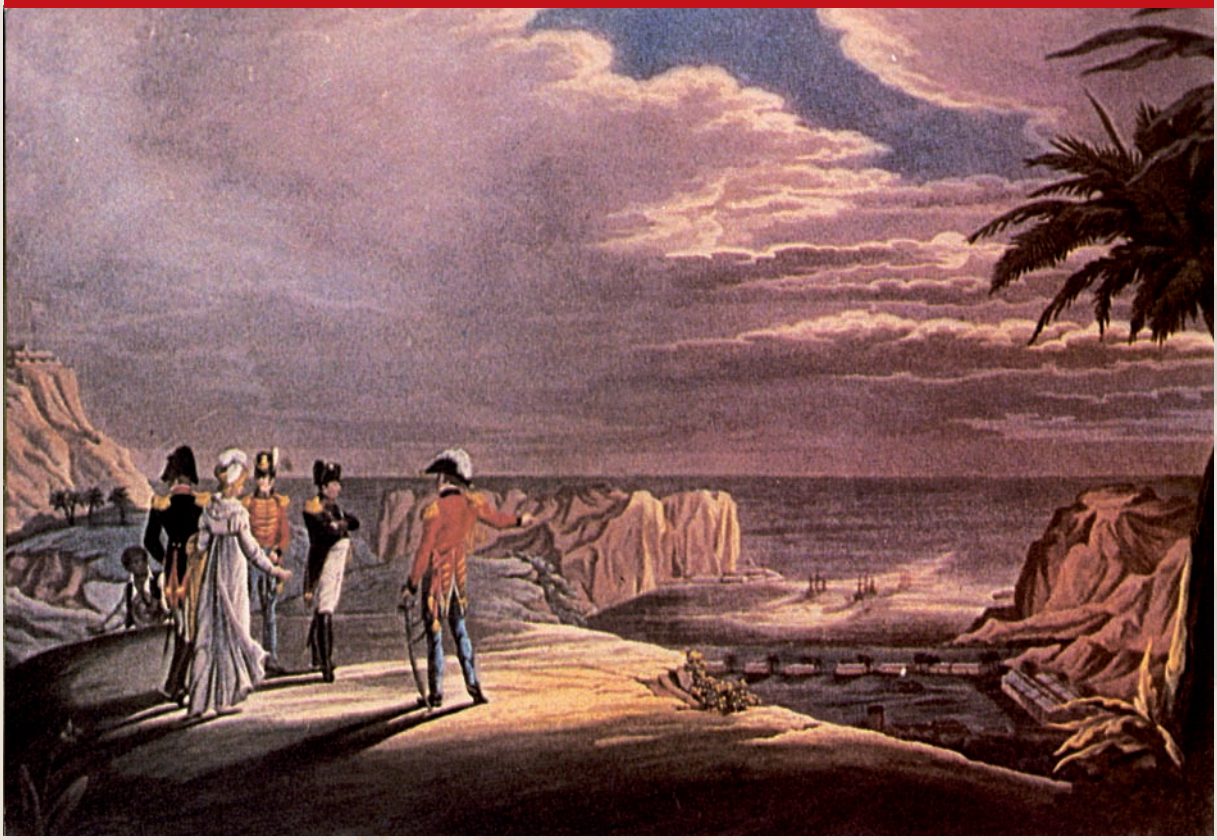
de España: tumba de soldados, ruina de oficiales y fortuna de generales».

Las pasiones desencadenadas, las diferencias entre españoles y el odio a los franceses produjeron asesinatos, traiciones y todo tipo de tropelías. España pudo perder casi un millón de habitantes, el Ejército francés entre 400 y 500.000 soldados. Al terminar la guerra, el paisaje y el alma españoles tenían tales cicatrices que hacían a la nación casi irreconocible.

La falta de una legitimidad clara en el trono de España y la aparición de dos poderes rivales como titulares de la soberanía española, llevó a las colonias de América en 1810 hacia el camino de la independencia. Mientras el Ejército español a duras penas conseguía defender una pequeña porción del suelo español, otras tropas españolas partían para América a intentar sofocar aquella rebelión. Cuando Napoleón volvió de la Isla de Elba para la fulgurante campaña de los «Cien Días» que acabó en Waterloo (junio de 1815), España, agotada, enzarzada en enfrentamientos internos y habiendo enviado lo mejor de su Ejército a América en febrero de 1815 (20.000 veteranos de la Guerra de la Independencia al mando del general Morillo), no acudió a la cita europea.

En el Congreso de Viena, Gran Bretaña consiguió que Francia ocupara la silla que estaba prevista para España, el vencido ocupó el lugar de uno de los vencedores y España se retiró definitivamente de la escena internacional. Para Londres, que conocía mejor que nadie la condición de debilidad en que había quedado España, fue una decisión de interés estratégico. Al eliminar a España del concierto de las cinco potencias, eliminaba a una nación marítima con la que rivalizaba en intereses coloniales y comerciales. Francia, sin embargo, le resultaba de gran utilidad para disponer en el continente de una cuarta potencia terrestre que evitara que dos potencias unidas pudieran dominar a la tercera. Con cuatro

Napoleón en Santa Elena



potencias continentales (Austria, Rusia, Prusia y Francia) asociadas dos a dos, Gran Bretaña podía fácilmente desempeñar el papel de árbitro.

En el resto de Europa, con la excepción de una parte del territorio ruso, tras las guerras napoleónicas la situación no presentaba esos perfiles apocalípticos. Las campañas napoleónicas convencionales habían sido de corta duración:

En dos meses y medio Napoleón había vencido a los Ejércitos de Austria y Rusia en Austerlitz, en un mes y diez días Napoleón llegó de París a Berlín, habiendo vencido a los prusianos en Jena y Auerstadt, en un mes venció a los austriacos en Marengo... Las destrucciones fueron por tanto, mucho menores y la carga sobre las naciones conquistadas también. Algunos territorios incluso, salieron beneficiados gracias a las mejoras de la administración napoleónica.

Después de la victoria de Napoleón sobre el Ejército prusiano —lo mismo podría decirse de Austria—, la nación se sometió al Emperador y la fuerza militar se incorporó a las filas imperiales. Pero cuando Bonaparte tuvo que retirarse de Moscú, vencido por el invierno ruso, el rey de Prusia levantó su Ejército de nuevo contra el general corso. Tras la victoria definitiva contra Napoleón, el rey de Prusia salió reforzado y el Ejército sometido a su monarca por haber sido el Ejército real el que había vencido. En el caso español fue el Ejército del pueblo sin la participación del monarca, aunque sí en su nombre, el que había luchado para expulsar a las tropas francesas de la Península.

Como consecuencias de la Guerra de la Independencia se produjeron en España tres profundas crisis: una económica, una social y una política. La crisis económica se debió a diversas causas, entre las que destacan la pérdida de la mayor parte de las colonias de ultramar, la destrucción física de gran parte de la infraestructura económica y las cuantiosas pérdidas humanas.

La crisis social se debió principalmente al impacto de la crisis económica que destruyó la incipiente clase media que se había ido formando en España durante el siglo anterior. La falta de clase media favoreció el caciquismo, tan característico de la España del XIX; esta ausencia sería además uno de los principales elementos diferenciadores entre la sociedad española y el resto

General Lacy

de las europeas. Por otra parte, no es necesario recordar la importancia que tuvo la clase media en los procesos de modernización de las sociedades europeas a lo largo de los siglos XIX y XX.

La crisis política terminó generando un enfrentamiento civil casi continuo con intervención del Ejército en la vida política nacional y sucesivas guerras civiles. Como es sabido, la Constitución de 1812 fue proclamada en Cádiz durante la Guerra de la Independencia en ausencia del Rey que se encontraba en Francia, prisionero y «huésped» de Napoleón. No obstante la condición liberal de la Constitución, una gran parte de los españoles seguía identificada con los valores políticos tradicionales. Cuando Fernando VII volvió a España, se planteó la cuestión de aceptar el régimen de monarquía parlamentaria que la Constitución preveía, o retornar al régimen absolutista anterior a la guerra. Al rechazar el Rey la Constitución, en decreto de 4 de mayo de 1814, y ordenar la prisión de los diputados liberales,

dos legitimidades se encontraron frente a frente: la que encarnaba el soberano y la que emanaba del pueblo.

Los múltiples despropósitos del Rey contribuyeron a empeorar una situación que degeneró en un enfrentamiento enconado entre liberales y absolutistas. Esta profunda división se convertiría en el primer germen de lo que llegó a llamarse las «dos Españas». Sometida a una compleja evolución en la que se añadirían nuevos elementos de fractura nacional, la sombra de aquella dualidad se proyectaría hasta la Guerra Civil de 1936-39.

Para añadir aun más elementos dramáticos a aquellos difíciles años de la historia española, muchos de los héroes nacionales de la guerra contra los franceses tuvieron un trágico destino. Tanto el general Lacy como Porlier, el militar y guerrillero, fueron fusilados en 1815; el Empecinado, uno de los guerrilleros más destacados, que tomó partido por la causa liberal tras la entrada en España de los cien mil hijos de San Luis, murió en la horca en 1825, lamentándose de que no hubiera balas en España para matar a un general.

Aquella terrible guerra patriótica de la Independencia había sido también una guerra cruel y sanguinaria que dejó como herencia un envilecimiento de la vida nacional que, mantenido vivo por los enfrentamientos y luchas posteriores, llegó hasta extremos que causaron estupor en toda Europa. Así fue el caso del fusilamiento de la madre del general Cabrera durante la primera Guerra Carlista. Este general, a su vez, replicó con el fusilamiento de otras tantas mujeres liberales.

Desde los primeros levantamientos liberales frente al absolutismo fernandino hasta la Restauración, la mayor parte de las iniciativas políticas a favor de una u otra opción política tuvieron como protagonistas más visibles a militares. ¿Quién podía haber imaginado a un militar de Carlos III pronunciándose contra su Rey? Pero la guerra, al dinamitar las estructuras del Estado español preexistente, dio vida a un Ejército nacional huérfano del monarca que había sido su referente. Como consecuencia de la guerra, y más aun a partir de la proclamación de la Constitución, muchos militares ya no debían su cargo al Rey. En el caso de los guerrilleros, muchos no debían la posición alcanzada más que a su propia osadía.

Pío Moa da unos datos muy esclarecedores acerca del alcance de las tres crisis citadas: «*España había permanecido semiestancada entre principios del XIX y 1875, debido a las numerosas guerras internas y externas, pronunciamientos militares, intrigas políticas, pobreza de la enseñanza universitaria, decadencia intelectual, etc. Suma de ello, su renta per cápita apenas creció, y si en 1800 llegaba al 94 por ciento de la británica y francesa combinadas, en 1875 había bajado al 55 por ciento*».

Mientras la mayor parte de Europa se recuperaba de más de veinte años de guerras (desde 1792 hasta 1815) y recobraba la paz que duraría hasta mediados del siglo XIX, España con un nivel de daños materiales muy superior al de los demás países, continuaría otra década de guerra en América y conoció en la Península años de inestabilidad y represión que culminarían con la primera Guerra Carlista que duró siete años, de 1833 a 1840. Estos años resultaron cruciales para el vertiginoso progreso material que se produjo con la eclosión de la revolución industrial. En 1825, los primeros vagones de viajeros, movidos por la locomotora de Stephenson, realizaban el trayecto de Stockton a Darlington; y en 1832, en Francia se inaugura la línea Lyon-Saint Etienne. En España hasta 1843 no se empezó a construir la línea Barcelona-Mataró que no se finalizó hasta 1848. De modo que, mientras en 1850 Gran Bretaña contaba ya con 10.000 kilómetros de vías férreas, Alemania con 6.000 y Francia con 3.500, España solo contaba con 102.

A lo anterior hay que sumar que tras las numerosas destrucciones que produjeron en las comunicaciones los años de la Guerra de la Independencia, hasta 1840, una vez acabada la primera Guerra Carlista, este sector no había experimentado ninguna variación sustancial, facilitando de ese modo el retraso del centro respecto de la periferia.

La situación económica y social en la que se encontraba España a mediados del siglo XIX fue un obstáculo más para los esfuerzos de pacificación y reconstrucción nacional, contribuyendo a agudizar más el enfrentamiento político. Hubo, por tanto, un fenómeno de realimentación: la cri-

sis política agudizó la social y la económica y estas, a su vez, dieron nuevos argumentos a la política.

Este retraso histórico producto de la Guerra de la Independencia y las crisis posteriores terminaron sumiendo a España en un proceso de pesimismo respecto a sí misma y produjeron una tensión de carácter autodestructivo en su psicología colectiva, que hizo llegar a interpretar la inferioridad de la vida nacional incluso con carácter retroactivo. El impulso romántico puso en relación el presente y el pasado de las naciones por medio del espíritu de estas y de sus pueblos. Románticos como Lord Byron interpretaban entonces que el espléndido pasado de la Grecia clásica prometía un futuro luminoso para esta nación en cuanto se liberara del yugo otomano. Del mismo modo, el triste presente español delataba un pasado también dudoso. Además el darwinismo social, al dividir las naciones en ganadoras y perdedoras, relegó a España a un papel de pueblo irrelevante que se terminó consumando con el desastre del 98.

Al buscar culpables que explicaran la realidad española, una parte de la nación identificó al Ejército como uno de ellos. Su protagonismo en la historia nacional reciente, si bien solo la punta del iceberg, era un hecho, y la experiencia de las guerras civiles pesaba contra el Ejército. Los vencidos de las contiendas fratricidas, lógicamente, no se sentían nada identificados con el Ejército de su nación. De modo opuesto, las guerras internacionales vinculan a la nación con su fuerza militar, más aun en caso de victoria.

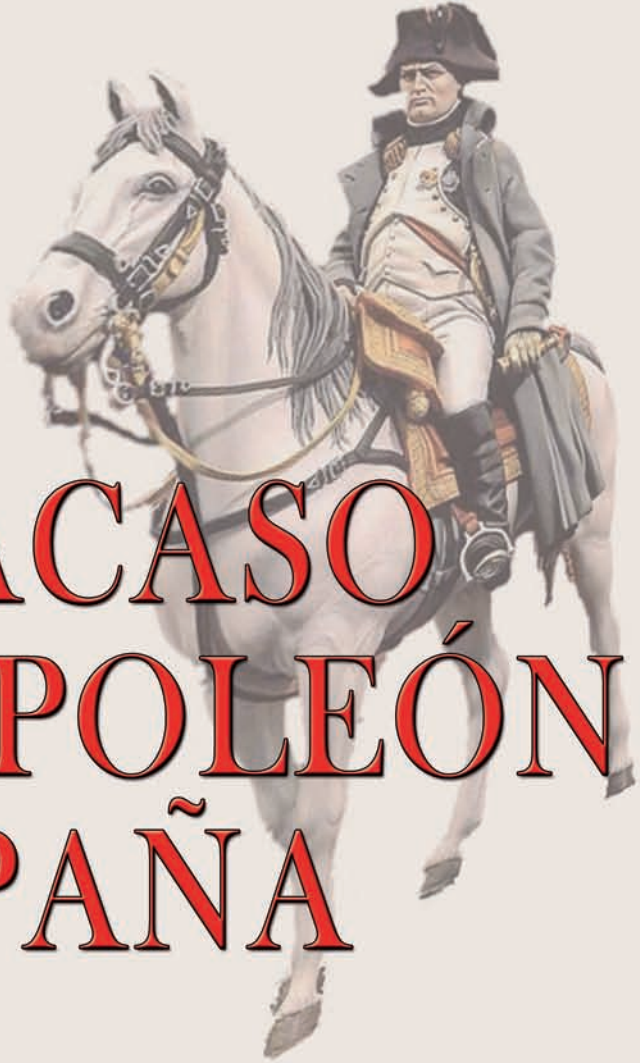
Mientras la aventura del XIX contribuyó a nacionalizar Alemania, Italia y reforzó el sentimiento colectivo de muchos países europeos; España, que había demostrado ser ya una nación durante la Guerra de la Independencia, se fue desnacionalizando. Así, por ejemplo, la relación entre las Guerras Carlistas y el nacimiento del primer nacionalismo vasco es un hecho que vincula todavía hoy los acontecimientos históricos del atormentado siglo XIX español con un problema vigente.

Tras ciento cincuenta años de una historia española singular y en gran parte insatisfactoria que se ha definido como de retraso histórico, no hay que extrañarse de que las relaciones entre Fuerzas Armadas y sociedad hayan pasado por momentos de poca armonía. Lo importante es conocer las razones y reflexionar sobre cómo un acontecimiento histórico que debe también enorgullecernos como españoles por lo que supone de gallardía, patriotismo y rebeldía frente a los atropellos de Napoleón —que él mismo reconoció—, ha podido pasar una factura tan negativa e incluso injusta.

Sin una lógica coherente que explique los desgraciados sucesos de los siglos XIX y XX desde las circunstancias dramáticas —en el sentido más literal del término— que conoció la nación española y que tienen su origen en la victoria pírrica de la Guerra de la Independencia, es muy fácil culpar al Ejército de los males nacionales o interpretar la historia española desde el pesimismo o el complejo de inferioridad.

Los militares debemos también reflexionar sobre estas circunstancias. Es más fácil sobrellevar una cierta relación de desamor hoy ya casi superada, desde la perspectiva de tanto enfrentamiento fratricida y tanta vida española malograda. Pero sobre todo, viendo un pasado tan desalentador ya superado, podemos valorar en su justo término todo lo positivo que se ha alcanzado. ■

Destrucción de vías de comunicación



EL FRACASO DE NAPOLEÓN EN ESPAÑA

Teniente Coronel Madelin. Ejército Francés.

Este artículo originalmente fue publicado por su autor, ***el teniente coronel Madelin del Ejército francés, en la Revue Militaire d'Information****, y traducido por el teniente coronel Portillo para su publicación en nuestra Revista en diciembre de 1954, Ejército Nº 179, por lo que todas las menciones a la actualidad, se refieren a ese momento.*

ADVERTENCIA

Es posible que el lector encuentre determinadas analogías entre los acontecimientos que se estudian en el presente trabajo y otros más cercanos a nuestro tiempo e incluso actuales. Tampoco será ocioso recordar que la Historia en general y la Historia Militar en particular no son más que patrones para analizar, dada una solución, un problema cualquiera.

En este estudio se trata de un «caso concreto», preciso —la guerra de España en la época de Napoleón—. Si sus enseñanzas pueden resultar de utilidad en el estudio objetivo de casos análogos, no serán, sin embargo, aplicables de un modo directo a circunstancias, lugares y tiempos distinto.

INTRODUCCIÓN

La insurrección, en sus diversos aspectos, es una de las más antiguas formas de guerra. Fue la que practicaron Vercingétorix, el gran Ferré, los *chouans* y los guerrilleros. Forma de guerra con la cual aficionados mal equipados y mal armados han derrotado a ejércitos profesionales superiores. Es el caso de Sansón que, armado con una quijada de asno, logró poner en fuga a los arqueros filisteos.

Pero parece que, desde hace algún tiempo, tal procedimiento guerrero se ha extendido de tal manera, que hay quien acaba preguntándose si no estaremos ante una completa regresión del arte de la guerra. A tal punto parece llegar la reacción contra la maquinaria y la química militares modernas. «*Cuando la eficacia de las armas ofensivas da un salto hacia a delante, la reacción del bando que no las posee es siempre dispersarse, diluirse, recurrir a los métodos de los guerrilleros medievales, que podrán parecer pueriles cuando no se palpan pronto los buenos resultados*»[1].

El arte de la guerra, tal como lo practicamos todavía, nos ha sido legado por Napoleón a través de Clasewiz, Moltke, Foch y otros. Su primer axioma era que es necesario tratar de destruir las «fuerzas principales» del adversario. «*Yo trato de destruirlas* —decía el Emperador—, *bien seguro de que las accesorias caerán solas».* Además es necesario apreciar exactamente dónde se encuentran «las fuerzas principales» que hay que destruir y dónde «las accesorias» que caerán solas.

Después de Napoleón, todo el siglo XIX convino en ver las «fuerzas principales» en un «cuerpo de batalla», dando por sentado que si este era derrotado, el enemigo solicitaría la paz.

La importancia adquirida por el armamento o, de manera más general, por el «sostén logístico» de los ejércitos, inclinaba ya a equiparar las «fuerzas principales» de un país con su equipo económico: se llegó incluso a concebir un sistema de guerra que habría de dirigirse de manera esencial a su destrucción, con lo que el cuerpo de batalla quedaba relegado a un verdadero «accesorio».

Teniendo en cuenta la sensibilidad de las retaguardias en un país hostil, esta evolución no ha contribuido a valorar determinadas formas de «resistencia».

Pero ¿qué ocurre cuando, por el contrario, el enemigo que trata de destruirse no posee nada que recuerde a un «cuerpo de batalla»? O bien: ¿Qué hacer cuando los medios de que el país dispone, saben hurtarse de manera indefinida tras «lo accesorio»? Napoleón fracasó en España porque no encontró la solución de un problema semejante. Por lo menos, ya que su «teoría de la guerra», en este punto concreto, es discutible, nada podría justificar mejor este intento de hallar las causas de su fracaso.

Las campañas de España durante el imperio napoleónico son poco conocidas y parecen haber desconcertado a todos nuestros escritores militares. La causa de ello hay que buscarla en el hecho de que todos han estudiado las campañas napoleónicas con el objeto concreto de estudiar el «sistema de guerra» del Emperador. Y ¿cómo lo podrán encontrar en las guerras de la Península, serie sin ilación, a primera vista, de campañas y batallas sin resultado, donde la derrota del «cuerpo de batalla» no soluciona nada? ¿En las que se ven ejércitos victoriosos detenerse de manera repentina como aquejados de parálisis locomotriz? Y es que se trata de una his-

Napoleón

toria completamente incomprensible, si no se tiene en cuenta la resistencia española.

Pero además, el que paisanos mal armados, sin conocimientos ni experiencia militar alguna, derrotados y dispersos frecuentemente, hayan podido hacer fracasar al genial Emperador y a los valerosos «vencedores de Europa», obligándoles, finalmente, a evacuar España, es una verdad que los profesionales no suelen admitir fácilmente, y no solamente los franceses, sino también los británicos y, a veces, hasta los propios españoles. Y es que la leyenda napoleónica se conserva con tanto prestigio, que siempre hay en el pensamiento de los militares un íntimo sentimiento de protesta que les impide admitir que «el gran hombre» pudiera equivocarse.

Un historiador inglés de la guerra de España (Napier: *Guerra de la Península*), a quien suele concederse gran autoridad en la cuestión, ha escrito: «*Los españoles han asegurado audazmente, y todo el mundo lo ha creído, que ellos solos han liberado la Península; yo me opongo a tal afirmación, contraria totalmente a la verdad...*»

«... los jefes de las guerrillas hubieran sido exterminados rápidamente si los franceses, presionados por los batallones de lord Wellington, no se hubiesen visto obligados a mantenerse concentrados en grandes masas... Los abundantes recursos de Inglaterra y el valor de las tropas anglo-portuguesas sostuvieron solos la guerra».

Mariscal Moncey

Pero es que los primeros ingleses que desembarcaron en Portugal lo hicieron en agosto de 1808, después de Bailén, cuando ya el Ejército francés había evacuado España por vez primera. Y teniendo en cuenta sus efectivos, se ve que el Ejército anglo-hannoveriano no llegó a contar durante mucho tiempo con más de 30.000 hombres; no alcanzó los 45.000 hasta el final de la guerra, e incluso agregando los regimientos portugueses, que constituyeron parte importante del ejército de Wellington, a partir de 1809, no llegó a totalizar más de 80.000 hombres. Frente a ellos, el Ejército francés que entró en España en 1808 contaba con 80.000 hombres; alcanzó los 200.000 a finales de dicho año y llegó a los 350.000 en 1811; sin reducir sus efectivos por debajo de los 200.000 hombres hasta después de la campaña de 1812, cuando ya se habían perdido las tres cuartas partes de España.

Es indudable entonces que el Ejército inglés pesó en la balanza. Y si los Ejércitos españoles apenas si cuentan, ¿cuál habría sido el resultado, si no hubiera existido la «resistencia española»? Admitamos incluso que el Ejército inglés fuese necesario para finalizar la guerra. Aun así, sería más justo decir todo lo contrario de lo que afirma Napier: «*Que los batallones*

de lord Wellington habrían sido rápidamente exterminados, si los franceses, inquietados por los jefes de las guerrillas, no se hubiesen visto obligados a mantener dispersas sus fuerzas».

En realidad, los hechos se sucedieron como si la estrategia de Wellington en España no hubiese consistido más en esperar para dar el golpe de gracia a que la resistencia española acabase de «pudrir» la potencia francesa para recoger los laureles de una guerra en la que España había hecho todos los gastos.

El Ejército francés entró en España, como aliado, en los últimos días de 1807. Junot avanzaba hacia Portugal a marchas forzadas; detrás de él, Dupont, Moncey y Bessières se aproximaban a Madrid, donde entró Murat el 23 de marzo de 1808; Duhesme ocupaba Barcelona. Los franceses, en general, fueron bien acogidos; a veces incluso «con entusiasmo». Pero la conducta del Emperador fue inspirando mayores sospechas cada vez, al mismo tiempo que la ocupación se hacía más pesada, con lo que los buenos sentimientos del principio se tornaron bien pronto en inquietud, primero, y en hostilidad, después.

El 2 de mayo de 1808 se produjo en Madrid una sublevación que fue duramente reprimida, y al tenerse noticia, al final del mismo mes, de la doble abdicación de Carlos IV y de Fernando VII, la insurrección se desencadenó simultáneamente en todo el país.

Ni en Bayona, donde seguía Napoleón, ni en Madrid —donde actuaba Savary entre Murat y José Bonaparte, «promovido» Rey de España— se dio entonces toda la importancia que la gravedad de la situación exigía. No se trataba más que de restablecer el orden. En todas partes las autoridades españolas se habían opuesto a las revueltas populares, de las que, además, fueron las primeras víctimas: «*Se pasará a cuchillo a la canalla, que se disipará como el humo*».

Por el Norte, Bessières marcha sobre Valladolid; después, contra Santander; en el Centro, Lefebvre-Desnouettes y Verdier someten Zaragoza; al Este, Moncey hace entrar en razón a Valencia; finalmente, en el Sur, Dupont se dirige ya hacia Sevilla y Cádiz. Pero las tropas regulares españoles preparan sus jefes, se unen a los insurrectos; un cuerpo de ejército se concentra en Galicia bajo el mando de La Cuesta y Blake; otro, en Andalucía, bajo el de Castaños.

Sin duda que las tropas españolas, improvisadas en sus tres cuartes partes, no parecían ser motivo de preocupación, y en todos los escalones se miraba la situación con optimismo. Sin embargo, lo que empezó considerándose como una operación de policía, acabó convirtiéndose en una gran empresa guerrera.

«*La guerra de España es una guerra en que el Ejército francés ocupa el centro y el enemigo numerosos puntos de la circunferencia*», escribía el Emperador[2]. Es necesario conservar ese centro —Madrid— y la línea de comunicación que a él conduce; porque, «*según las leyes de la guerra, todo general que pierde su línea de comunicación merece la muerte*»[3], aunque agrega —después de la lección de 1808—: «*No se interprete como pérdida de la línea de comunicación el que sea inquietado por perros, miquelete, paisanos insurrectos, por eso que se denomina guerra de partisanos..., eso no es nada*».

Es necesario mantener las tropas «bien concentradas». Nada de puestos aislados; solo se ocuparían en fuerza San Sebastián, Vitoria y Burgos; además, dos columnas móviles de 1.200 hombres cada una mantendrán libre el camino de Bayona a Madrid.

A partir del centro, es preciso actuar sucesivamente sobre todos los puntos de la circunferencia. Primero, contra Galicia, donde La Cuesta y Blake amenazan la línea de comunicación, mientras que Moncey en San Clemente y Dupont en Andujar, «suficientemente fuertes» para ello —con 8.000 hombres cada uno—, cubren la maniobra hacia Valencia y Andalucía.

Se debe evitar todo movimiento retrógrado: «*Los movimientos retrógrados son peligrosos en la guerra; no deben efectuarse nunca en las guerras populares. La opinión pública pesa más que la realidad; el conocimiento de un movimiento retrógrado que los dirigentes atribuyen a las causas que les convienen, dan nuevas armas al enemigo*»[4]. He aquí la noticia tal como entonces la exponía Napoleón.

Todas las noticias confirman que el optimismo del Emperador y del Mando francés esta justificado. Porque la campaña no es más que una serie de victorias, tanto más estrepitosas cuanto que los españoles son más numerosos que los franceses en todos los encuentros. Lasalle derrota sin esfuerzo a los insurrectos de Cabezón,

Oficial de cazadores de la Guardia Imperial

lo mismo que Merle en Santander, Lefebvre-Desnouttes en Tudela, Verdier en Logroño, Moncey en el Cabriel, en las Cabrillas y en el Júcar; Dupont en Alcolea y Córdoba. Así como, finalmente, Bessières en Medina de Rioseco, quien con 15.000 hombres, vence a 35.000 españoles, de los que 5.000 quedan muertos en el campo. Libre de toda preocupación por el Norte después de esta última victoria, Napoleón suelta al fin los refuerzos para Dupont: las divisiones Vedel y Gobert que, por lo demás, Savary le ha asignado hace tiempo.

Pero luego ocurre lo siguiente:

Ante Zaragoza, Verdier y Lefevbre-Desnouttes tienen que montar, ahora ya, un sitio en toda regla. Moncey ha fracasado ante Valencia, y no solo tiene que emprender la retirada, sino que ni siquiera puede mantenerse en San Clemente y ha de replegarse hasta las puertas de Madrid. Bessières, victorioso, duda durante tres días en León antes de decidirse a seguir adelante, y sin la orden de repliegue general que va a provocar la noticia de Bailén, sufrirá las mismas dificultades y experimentará los mismos fracasos.

Finalmente, en Andalucía, Dupont ha capitulado con todo su cuerpo de ejército.

Ni en Bayona ni en Madrid aciertan a ver cuál es la explicación de este triple fracaso: la insurrección de las retaguardias.

Los «bandidos» que la provocan —no inspiran aún el suficiente pánico como para merecer el nombre de «guerrilleros»— no son apenas numerosos, porque la mayor parte de los insurrectos se han reunido con los Ejércitos españoles y luchan encuadrados con ellos. En esta época podrán ser aproximadamente diez mil hombres —un español por millar— los que se bastan para destruir las retaguardias de los Ejércitos franceses y, finalmente, los obligan a retirarse.

El vetusto proceso es siempre el mismo: Llega a un pueblo cualquiera una partida de «bandidos» extraños a la localidad —o por lo menos esto es lo que dicen los habitantes—. Los «malos habitantes» se unen a ellos. En cuanto a los «buenos» —autoridades, notables, «gentes de posición»— son más numerosos de lo que generalmente se creen los que se inclinan del lado de los franceses, por simpatía o por cálculo; también los hay indiferentes; finalmente, hay que afirmar que no carecen de sentimientos humanitarios. Pero no son sus sentimientos profundos los que nos importan ahora. Lo que interesa es que los primeros expuestos a las represalias en sus propias personas y en sus propios bienes son los «buenos vecinos» los que, por tanto, se encuentran entre la espada y la pared.

Se encuentran forzados a aullar como los lobos; no dudan, cuando el caso llega, en salvar la

vida del correo o del ayudante de campo franceses que se encuentren, los que, a su vez, los protegerán seguidamente en caso necesario ante sus compatriotas, los franceses, sirviéndoles de coartada.

Que llegan los franceses, entonces los «bandidos» se dispersan y la población que no tiene una coartada les sigue en su totalidad o en parte, para escapar de las seguras represalias, en tanto que las autoridades locales —alcalde, gobernador, cura u obispo— tratan de arreglar el asunto.

Pero esto no es más que una alternativa mediante la que los «bandidos», a quienes cubren la retirada, los protegerán contra las venganzas futuras.

Resulta así que una pequeña minoría de agitadores es suficiente para poner a los franceses ante todos los dilemas que plantea la «resistencia».

Las represalias hacen huir a la población y la entregan en brazos de los insurrectos; pero así no se logra restablecer el orden, sino que, por el contrario, se deja el campo libre a la acción de los sublevados sobre la gente apacible. Para proteger a esta última contra semejantes presiones sería necesario estar en todas partes; pero estar en todas partes es ser débil en todas también. Si se reparten armas a la población civil, las empleará contra nosotros; pero si se les retiran no podrán defenderse de los insurrectos. Guardar las comunicaciones es dispersar las fuerzas, y dispersar las fuerzas es ser incapaz de actuar; pero perder las comunicaciones, es morir de hambre. Avanzar es alargar las comunicaciones y debilitarse más aun para conservarlas; retroceder es «perder la opinión» y dejar el campo libre a la insurrección; y no moverse es dejar al enemigo la iniciativa de las operaciones y agotar rápidamente los recursos del país sobre el que se vive.

En estas condiciones, la reacción del Ejército francés es análoga a la de otro cualquiera abandonado a sus propias fuerzas. Adopta medidas «ejemplares». El resultado es que el país se convierte rápidamente en un desierto. La subsistencia de las tropas, que ya constituía un grave problema en un territorio empobrecido, resulta ahora imposible. Se revela el apremio de aportar soluciones urgentes; surge la organización de un sistema de convoyes y almacenes. Como el país está en plena insurrección, se hace preciso disponer de tropas que recojan los víveres; de otras, para guardar los almacenes, y de otras, finalmente, para escoltar los convoyes. Es decir, no solamente se dispone de esta manera de menos soldados aun para combatir, sino que los que quedan están famélicos, porque las guarniciones se comen los almacenes y las escoltas los convoyes.

Por esta razón fue por la que Moncey, después de haber fracasado ante Valencia y viéndose aislado de Madrid, tuvo que batirse en retirada, no pudo detenerse en San Clemente, «donde todos los medios de subsistencia están agotados», y tuvo que regresar a la capital, «imposibilitado de actuar ofensivamente».

De igual manera, para restablecer sus comunicaciones con Madrid, después de haber entrado en Córdoba, tuvo Dupont que retroceder hasta Andujar. Cumpliendo exactamente las instrucciones del Emperador, no continúa la retirada como Moncey, ya que la exigencia de conservar sus comunicaciones lo paraliza totalmente. Conserva Andújar con los 8.000 hombres de la división Barbou. Cubre su izquierda con un destacamento de un millar de hombres, situado en Menjíbar, bajo el mando del general Liger-Belair. A su retaguardia, en Bailén, se sitúa el general Vedel con los 8.000 hombres de la división Gobert, que ha situado tres batallones —los dos tercios de sus fuerzas— en Madridejos, Manzanares y Puerto del Rey, con el fin de conservar el camino libre.

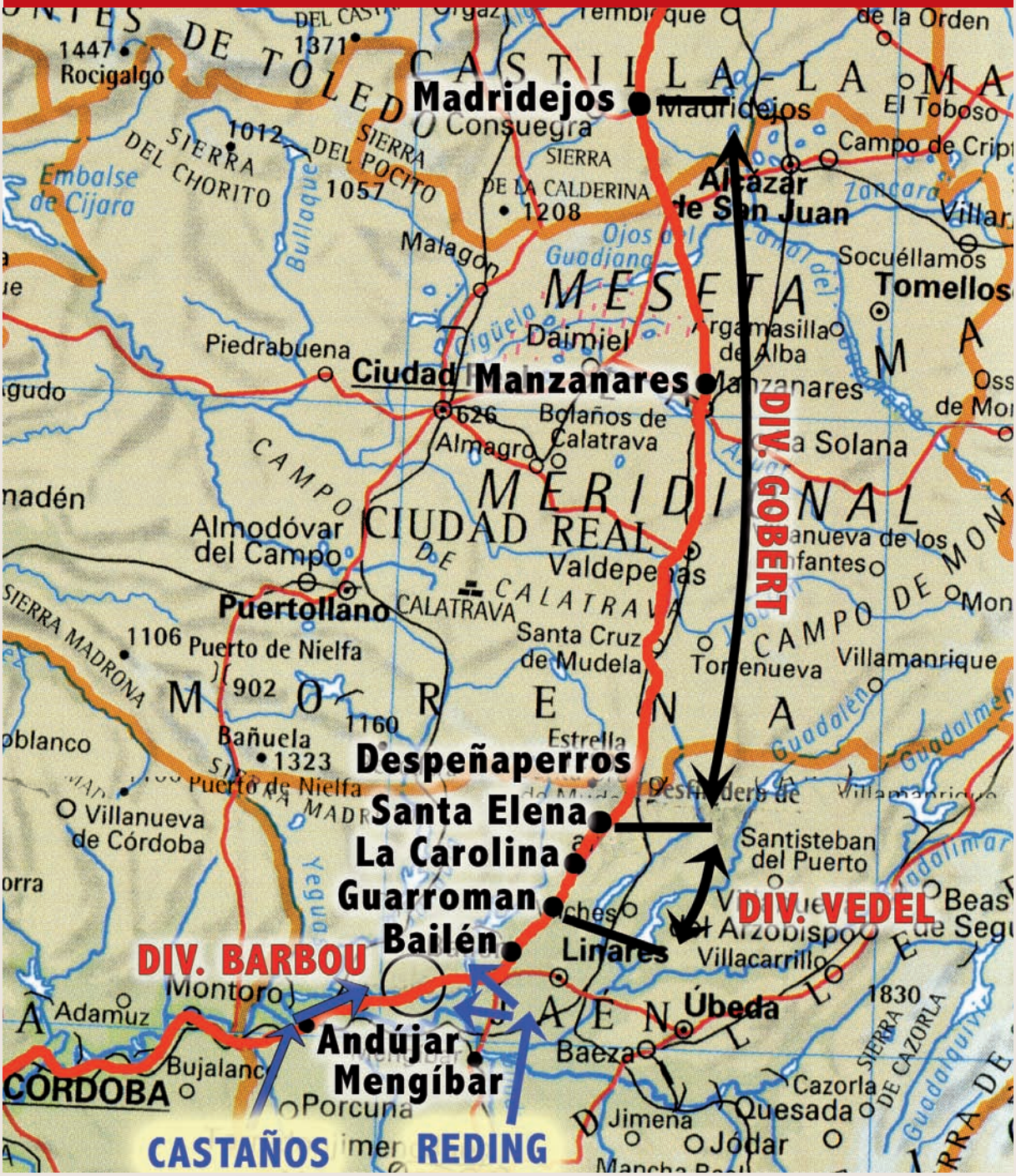
No puede seguir avanzando porque *«... a medida que se dirija hacia delante será necesario cubrir con algunas fuerzas la línea de operaciones, lo que debilitará el cuerpo de ejército»*. Y evidentemente, no puede disminuir más las fuerzas que le quedan disponibles. En esta situación, sin poder avanzar ni retroceder, ha perdido la iniciativa y la libertad de acción —mientras que frente a él los españoles las conservan totalmente— y queda a merced de que el menor incidente pueda romper este equilibrio inestable.

Y el fatal incidente se produce.

Para comprenderlo leamos las instrucciones que Savary, aplicando los principios establecidos por el Emperador, dio a Gobert: «*Si usted ve que el general Dupont pide insistentemente apoyo, marche con todas las fuerzas a reunirse con él,*

teniendo cuidado de adoptar las adecuadas precauciones para que el desfile por Sierra Morena no sea interceptado... Le recomiendo... tomar todas las precauciones imaginables para asegurar nuestras comunicaciones con Madrid. No hay que dispersar a nuestros soldados ni fatigarlos».

El Cuerpo de Dupont el 19 de julio de 1808



¿Se puede plantear más claramente el insoluble dilema? Tomar todas las precauciones imaginables para que el desfile por Sierra Morena no pueda ser interceptado nunca, entraña el distribuir las fuerzas en puestos, escoltas y columnas móviles. Y reunirse con Dupont, con todas las fuerzas y no desperdigarlas, exige abandonar las comunicaciones a la insurrección.

Vedel y Gobert tratarán de resolver el dilema «fatigando» a sus fuerzas.

En la mañana del 13 de julio es atacado el puesto de Menjíbar. El 15, Vedel abandona Bailén y presiona hacia Menjíbar; Gobert, detrás de él, abandona La Carolina y avanza hacia Bailén. Pero Dupont es atacado en Andújar y pide refuerzos. Vedel se le reúne en la noche del 15 al 16 «con todas sus tropas». El 16, el enemigo ataca nuevamente ante Menjíbar y rechaza a Liger-Belair; Gobert abandona Bailén para apoyarlo.

Así, pues, Vedel y Gobert han «*marchado con todas sus fuerzas para reunirse con Dupont*», y así también quedan abandonadas las comunicaciones.

Pero el 17, el enemigo «*maniobra sobre el flanco izquierdo con paisanos y algunas tropas regulares*». Dufour —que muerto Gobert lo ha reemplazado— se ve cortado. Dupont envía a Vedel en su socorro. Y los dos marchan hacia La Carolina sin que, por lo demás, encuentren serios obstáculos en su avance.

Dupont, Vedel y Dufour han adoptado «*todas las precauciones imaginables para que el desfile de Sierra Morena no sea nunca interceptado*». Y he aquí por tanto las fuerzas dispersadas completamente.

El general español Reding aprovecha entonces para ocupar Bailén, sin otro esfuerzo que el de continuar su avance todo derecho. Y cuando Dupont se decide al fin a abandonar Andújar, el 18 por la tarde, se encuentra copado ante Bailén, entre Castaños al Sur y Reding al Norte. Los cansados y famélicos soldados luchan durante toda la mañana del 19. A mediodía, juzgándoles incapaces de un nuevo esfuerzo, Dupont inicia los parlamentos para la rendición.

«*Los perros..., eso no es nada*», escribía el Emperador. Pero ellos son, no obstante, los que han forzado a Dupont a escalonar «los 20.000 hombres que ha podido reunir» desde Madridejos hasta Andújar, a lo largo de más de 200 kilómetros; ellos son los que lo han dejado muerto de hambre, paralizado, cansado en marchas y contramarchas, los que lo han separado de Vedel y Dufour; ellos, unos 35.000 hombres de Castaños y Reding, también los que han logrado la rendición, además de los 8.000 hombres de la división Barbou.

LA SOLUCIÓN MILITAR

En Madrid, lo mismo que en Bayona, la noticia de Bailén constituye la más completa sorpresa. Y lo peor de todo, la sorpresa intelectual. Hay entonces cerca de 130.000 franceses en España; aunque siempre favorece tratar de aumentar los supuestos efectivos de los españoles, en ningún caso debemos admitir que su número excediese entonces de 70.000; aun antes de Bailén, se les había derrotado en todos los combates en proporción de uno contra tres. Ahora, sin embargo, habíamos sido derrotados y no sabíamos por qué.

¿Cómo defenderse cuando no se sabe contra qué? El resultado es que se adoptan decisiones completamente desconcertantes, y después de haberse llegado en Andalucía hasta Andújar, sin medios adecuados, y de haberse mantenido allí contra toda razón, se abandona primero Madrid precipitadamente y después España, sin motivo evidente.

La razón con que Savary justifica la medida lo demuestra claramente: «Podemos reunir aquí 18.000 hombres y cerca de 1.200 caballos. No cabe duda de que habría sido una locura querer, con este cuerpo, conservar la capital, el Rey y, al mismo tiempo, dar la batalla a un ejército que acababa de hacer prisioneros a 19.000 hombres y de tomar 38 piezas de artillería...» ¿Cómo si los 18.000 hombres reunidos en Madrid, cubiertas las comunicaciones de la capital con Bayona por otras fuerzas, estuviesen en la misma situación que los 19.000 escalonados entre Madridejos y Andújar?.

Además, por si fuese poco, se dispone de otros medios: entre Bayona y Madrid hay 70.000 franceses. ¿No se hubiese podido maniobrar con tales fuerzas entre los Ejércitos españoles del Norte y del Sur, uno se los cuales acababa de ser dispersado por Bessières el 23 de julio y, por tanto, no habría podido aparecer ante la capital antes de diez o doce días?

Incluso si se admite la necesidad de concentrar al Ejército francés detrás del Ebro, no puede aceptarse el motivo que se alega y no puede justificar en ningún caso la precipitación de la retirada. Se huyó ante el fantasma de Castaños, mientras que este escribía a fines de agosto desde Andujar, donde aún se encontraba: «*La salida de José y de su Ejército ha sido tan precipitada que han abandonado un botín valorado en trece millones. No es posible adivinar la causa…*». El General estaba lejos de suponer que la causa fuera precisamente él.

Fuese lo que fuese, el hecho es que el Ejército se retiró detrás del Alto Ebro, apoyado en Pamplona y San Sebastián. Mientras, Junot, aislado en Portugal, se vio forzado a parlamentar con los ingleses y a firmar la convención de Cintra.

Solo Moncey parece haber entrevisto la verdad: «*Mi opinión* —escribe al regresar de su expedición a Valencia— *es que es necesario cambiar de sistema. Para lograrlo hay que desplegar fuerzas imponentes, y al mismo tiempo emplear no solamente medios destructivos, sino también los que puede proporcionar una política hábil, fundada en un reflexivo conocimiento del estado de cosas y de la situación de los espíritus*».

Pero de este programa no se tendrá en consideración más que su primera parte: «*Son necesarios fuerzas y dinero, dinero y fuerzas, si se quiere acabar con esto*», escribe Belliard. Y esto es lo que se va a hacer. Llegaremos a tener en España 200.000 hombres al final de 1808, y 350.000 dos años después. Y ni aun así se resolverá la cuestión.

El Emperador recurre a medidas extremas para aumentar los efectivos disponibles. Tres batallones y cinco escuadrones de Francia, dos divisiones de Italia. Y lo que aun es más grave y a lo que hasta entonces no había recurrido: trae a España también una parte del Gran Ejército y la Guardia. Otra nueva medida, cuyas consecuencias no será preciso destacar: para llenar los vacíos de los cuerpos de Alemania, llama al contingente de 1809 a filas. Con estos conscriptos será con los que irá a Wagram un año más tarde.

Con las precedentes medidas se consigue la reunión de 200.000 hombres en el Ebro, al frente de los cuales se pone el propio Emperador. En cuatro combates, Espinosa, Tudela, Burgos y Somosierra, los Ejércitos españoles se dispersan, y el 5 de diciembre es nuevamente ocupado Madrid.

Un Ejército bajo el mando de sir John Moore, marcha en dirección a «las Asturias». El Emperador lo persigue y le corta la retirada hacia Portugal. Los ingleses huyen hacia Galicia, perseguidos por Soult, que, por La Coruña, los arroja al mar el 18 de enero de 1809.

No queda ningún «cuerpo de batalla» enemigo en España, y puesto que lo que queda es «accesorio», Napoleón se marcha estimando finalizada su tarea.

En realidad lo que se ha hecho es volver al punto de partida, cuando se inició la insurrección, y nada se ha resuelto; la guerra va a continuar hasta 1814, siguiendo una u otra de las fórmulas estratégicas que hemos visto aplicar a Moncey y a Dupont. Una, la del «cuadro de batallón», que atraviesa el país insurrecto, aislado como un navío en medio del mar, capaz de ir a todas partes e incapaz de mantenerse en ninguna. La otra, los batallones que en la marcha van desgranándose en su retaguardia, a medida que avanzan, hasta que llega un momento en que la cabeza de la columna, demasiado debilitada para actuar, queda paralizada.

Esta estrategia de «rosario» es la que practica Soult durante la campaña de Portugal de 1809.

En Lisboa, Wellesley —el futuro duque de Wellington— reúne con el pequeño cuerpo de Cradcok, de evadidos de La Coruña, 30.000 hombres en total. Frente a él está Soult en Galicia, con 47.000. El Mariscal entra en Portugal en marzo de 1809, pero una vez llegado a Oporto, deja de avanzar como aquejado de parálisis. Sus detractores le han acusado de haberse detenido en Oporto, comprometiendo así el éxito de la campaña, para hacerse proclamar Rey de Portugal. Cualquiera que sea la razón que se alegue, nada permite achacarle la causa del fracaso. Soult se ha detenido por las mismas razones que lo hizo Dupont en Andújar.

Efectivamente, descontando las guarniciones que ha tenido que dejar en Santander, en La Coruña, en El Ferrol y en Vigo, más 12.000 enfermos y 8.000 hombres dedicados a escoltar convoyes, no le quedan más que 25.000 hombres para entrar en Portugal. Tiene que dejar 5.000

en Tuy y otros tantos en Braga; los que entran en Oporto son, en realidad, 15.000. Después de dejar en esta plaza la guarnición correspondiente, ¿iba a avanzar con el resto contra los 30.000 ingleses?

En cuanto se informa de que el enemigo marcha hacia el Norte, emprende la retirada. Esta resolución es la única que puede devolverle la libertad de acción. Pero, lo mismo que Dupont, se deja sorprender y poco falta para que, lo mismo

La campaña de Soult

que aquel, se vea con la retirada cortada. Sin embargo, más resuelto o más astuto —también parece que sus fuerzas estaban constituidas por veteranos y no por conscriptos—, se escapa por la montaña y, a finales de mayo de 1809, logra reunir a duras penas los restos de su cuerpo en Galicia, teniendo que lamentar la pérdidas de todos sus bagajes y cañones, ¡excepto uno!

Por el contrario, Masséna aplica la estrategia «del batallón cuadrado» en Portugal en 1810 y 1811.

Pero esta campaña forma parte de un plan de conjunto que será preciso resumir, aunque sea en pocas líneas. El fin que persigue el Emperador es siempre destruir el «cuerpo de batalla» anglo-portugués. Pero ahora se da cuenta de la necesidad que para ir y venir existe, de dejar cubiertas las retaguardias. El Emperador constituye, pues, dos ejércitos: un ejército de ocupación, distribuido en «gobiernos militares», encargado de la pacificación; y un ejército de operaciones,

libre de tal preocupación, constituido por las más sólidas tropas, cuya misión es la de ir contra el «cuerpo de batalla enemigo».

Ahora, además, aparece otro aspecto del problema.

Hay que alimentar la guerra, de una manera o de otra. Hay que pedir al Gobierno del país ocupado una contribución de guerra con la que el Ejército adquiera lo que precise, o bien si el vencido rehúsa colaborar, hay que dejar libre al soldado para saquear y procurarse sus subsistencia o imaginar otro sistema cualquiera comprendido entre los dos extremos anteriores, lo que equivale, en todos los casos, a vivir sobre el país. Si el ocupante cubre los gastos con su propio dinero, la ocupación de un territorio, lejos de representar un elemento de poder, no es más que una carga, tanto más pesada cuanto que, en definitiva, el que se beneficia es el país ocupado, obteniendo todo el rendimiento de la ocupación. A la larga, ninguna economía sería capaz de resistir esto. Además, en 1810, las finanzas del Imperio se tambaleaban, y Napoleón decidió que España, que hasta entonces había procurado la alimentación —con dificultades— del Ejército, abonase además los sueldos.

Los «gobiernos militares» deberán, pues, no solo conservar libres las retaguardias, sino más aun, reunir los víveres y el dinero. Pero en estas condiciones, si apenas llegan a subsistir por sus propios medios en sus respectivos territorios, mal van a conseguir alimentar la guerra.

El ejército de operaciones es, esencialmente, el de Massena, que invade nuevamente Portugal por Almeida, con 60.000 hombres, en septiembre de 1810. Frente a él, 60.000 anglo-portugueses, bajo el mando de Wellington. El encuentro tiene lugar en Busaco, que se rodea después de haber intentado, en vano, atacarlo de frente. Pero en octubre se ve detenido ante Lisboa por las líneas de Torres-Vedras.

Wellington hace que todos los habitantes abandonen el territorio ante el avance de su enemigo. Los cuerpos de Massena se encuentran, pues, totalmente reunidos, sin ninguna comunicación con España y en medio de un desierto. «*El plan de Masséna*, escribe Berthier, *es empeñarse tanto como sea posible con los ingleses y hacerles perder gente*». Pero los ingleses no se prestan a «este plan». Permanecen atrincherados en sus líneas sin salir de ellas. Y, después de haber agotado todas las posibilidades del país frente a Lisboa, el Ejército tiene que emprender la retirada en febrero para tratar de encontrar los víveres. En marzo de 1811 no tiene otro remedio que regresar a España.

En principio Salamanca debe avituallar al Ejército de Portugal. Desde allí los víveres y el dinero se transportan a Ciudad Rodrigo; después a Almeida, como base avanzada. Pero «*Salamanca comienza por descontar lo que necesita; los puntos de etapa San Muñoz y San Martín, etc., hacen otro tanto; Ciudad Rodrigo sigue el mismo procedimiento, y Almeida, por último, recibe lo que no quieren los demás*». De este modo, las guarniciones se comen los almacenes y las escoltas se comen los convoyes; incluso si quedasen suficientes fuerzas para llevar los víveres desde Almeida hasta el fondo de Portugal, no quedaría nada para cargar en los tales convoyes.

Napier, al comprobar la pérdida de 30.000 hombres durante los tres primeros meses de 1811, obtiene la siguiente conclusión: «*Si se agrega a las pérdidas ocasionadas durante las operaciones las de los fallecidos en hospital*[5]*, se tendrá la prueba de que, en el mismo momento de mayor actividad, el sistema de guerrillas desgastaba a los franceses más que todas sus pérdidas en el resto del mundo*». Esta afirmación es totalmente cierta. Las molestias producidas son de tal naturaleza, que de los 35.000 hombres que entonces hay en España, más de la mitad están dedicados a conservar y mantener la retaguardia, y a pesar de ello, los restantes han de batirse en retirada. El «cuerpo de batalla» en esta guerra tan singular se ve reducido por el hambre a esperar pacientemente el previsto desenlace.

Y es que el ejército de ocupación ha fracasado en su tarea. Sin lugar a dudas, es cierto que las guerrillas han aumentado desde 1808. Sin embargo, durante este periodo, que es «el de su mayor actividad», sus efectivos —siempre difíciles de evaluar cuando se trata de partidarios— no sobrepasan apenas los 30.000 hombres.

Parece paradójico que sean necesarios aproximadamente 200.000 hombres para tenerlos a raya, cuando además, se ve en cada encuentro huir a varios millares de guerrilleros ante solo al-

Fuerzas necesarias en las provincias del Ejército del Centro

PROVINCIAS	TROPAS FRANCESAS		INSURRECTOS
	Infantería	Caballería	
Madrid (ocupación)	5.000	1.000	2.043
Madrid (reserva)	5.000	1.000	---
Segovia	2.000	1.000	3.200
Ávila	1.400	600	810
Extremadura/Bajo Tajo	3.000	1.500	2.180
Toledo	1.800	600	---
Mancha	3.000	1.500	1.730
Cuenca	2.500	1.000	6.000[1]
Guadalajara	3.000	500	3.000
TOTALES	26.700	8.700	18.963
	35.400		

[1] Estos 6.000 hombres eran, en realidad, los cuerpos regulares españoles, mandados por Villacampa y Martínez Martín. Se ve que este es el único caso en que se juzgan suficientes, fuerzas inferiores.

gunos centenares de soldados franceses. No obstante, resulta aleccionador lo que revela el precedente cuadro, que indica cuáles eran en 1811, las «*fuerzas necesarias en las provincias del Ejército del Centro, para conservarlas eficazmente y obtener de ellas los recursos necesarios*»:

Porque no solo basta garantizar la seguridad de las retaguardias, es decir, conservarlas libres, sino que ello ha de lograrse tanto donde están los partidarios como donde no lo están, pues podrían presentarse. Además hay que perseguir a tales bandas. Pero todo es en vano; a pesar de la desproporción de fuerzas, todos los generales se quejan de no disponer de las necesarias para tales fines.

El Emperador, impaciente ante tal situación, encargó que se escribiese: «*S M no concibe que el general Reille (en Navarra), que manda cerca de 100.000 hombres, y el general Caffarelli (en Vizcaya), un número análogo, no puedan destruir totalmente las partidas de bandidos...*» Y es Caffarelli el que contesta por los dos: «*Llevo en España 18 meses... he recorrido dos o tres veces todas las provincias entre "Las Asturias" y Zaragoza... en todas partes el enemigo ha huido siempre y, si no se le ha castigado más, ha sido porque es imposible alcanzarlo cuando no quiere combatir, y dispone siempre del suelo y de los habitantes*». Y agregó: «*Que no acepta el combate más que cuando dispone de una superioridad numérica quíntuple o séxtuple que la de nosotros, lo que le da absoluta certeza de tener éxito...*» A renglón seguido, poniéndose el parche antes que el coscorrón, solicita su regreso a Alemania....

«.. *y los guerrilleros continúan recorriendo el país entero, se dispersan al ser avistados por nuestras columnas y vuelven a a reunirse tan pronto como aquellas desaparecen*».

Pero Torres-Vedras ha señalado un cambio decisivo.

Mientras que Masséna se retira, el Emperador ya empieza a reducir las tropas destacadas en España, con el fin de preparar la invasión de Rusia. Los 200.000 soldados veteranos que quedarán hasta el final, más los 300.000 hombres muertos en los campos de batalla o en los hospitales de la Península —más de lo que podrá costarle cualquiera otra de sus diversas campañas— le harán falta en los momentos decisivos.

Porque España, a trancas y barrancas, ha podido suministrar víveres y dinero, pero ha sido Francia la que ha tenido que proporcionar los hombres. Por primera vez el Ejército francés retrocede. Madrid es abandonado en 1812, después de los Arapiles. España, en 1813, después de Vitoria, y en los últimos días de este mismo

año, Wellington invade Francia.

En los Archivos de la Guerra hay un documento curioso: Es una carta «anónima», dirigida al Emperador —no se podría afirmar que fuera, efectivamente, remitida—, escrita probablemente en 1809 por el general Thiébault, a la que pertenecen las siguientes líneas:

«Nos hemos empeñado en buscar ejércitos, que son los que hay de menos temible, y que el enemigo nos oculta constantemente, despreciando ocuparnos de los pueblos, que son los que nos minan y devoran...»

«... Queremos operaciones brillantes y nos olvidamos de las operaciones esenciales... »

«...Exasperamos a los pueblos y no sabemos ganarnos a sus individuos... »

«Antes de someter España nos metemos profundamente en Portugal, dejándonos detrás pasos poco menos que impracticables, formidables ríos y nubes de enemigos».

« ... Este procedimiento de abarcar grandes espacios y no tener en cuenta lo que sucede en las retaguardias de los ejércitos, no es acertado más que cuando se quiere sorprender, asombrar, intimidar. Pero en este caso estamos bien lejos de lograrlo».

«...En efecto, dicha actitud es tan peligrosa en las guerras contra los pueblos como brillantes en las guerras contra los ejércitos, cuyos países se limitan a permanecer como inactivos espectadores de los combates, poniéndose de parte del más fuerte, con lo que una victoria puede decidirlo todo, en tanto que en aquellos otros no decide nada».

«... Cierto como es que en España hay suficientes tropas para someterla, es preciso ocuparse de su adecuado empleo y de su conservación».

«… Sería necesario haber ocupado a finales de este mes una línea que pudiera conservarse desde el punto de vista militar para pacificar, tranquilizar, organizar y finalmente, conquistar en vez de recorrer, devastar y exasperar».

¿Qué más podría agregarse a los juicios precedentes para dar hoy por finalizado este estudio?

Mariscal Masséna

NOTAS

[1] General Chassin.

[2] Correspondencia de Napoleón, 21 de julio de 1808.

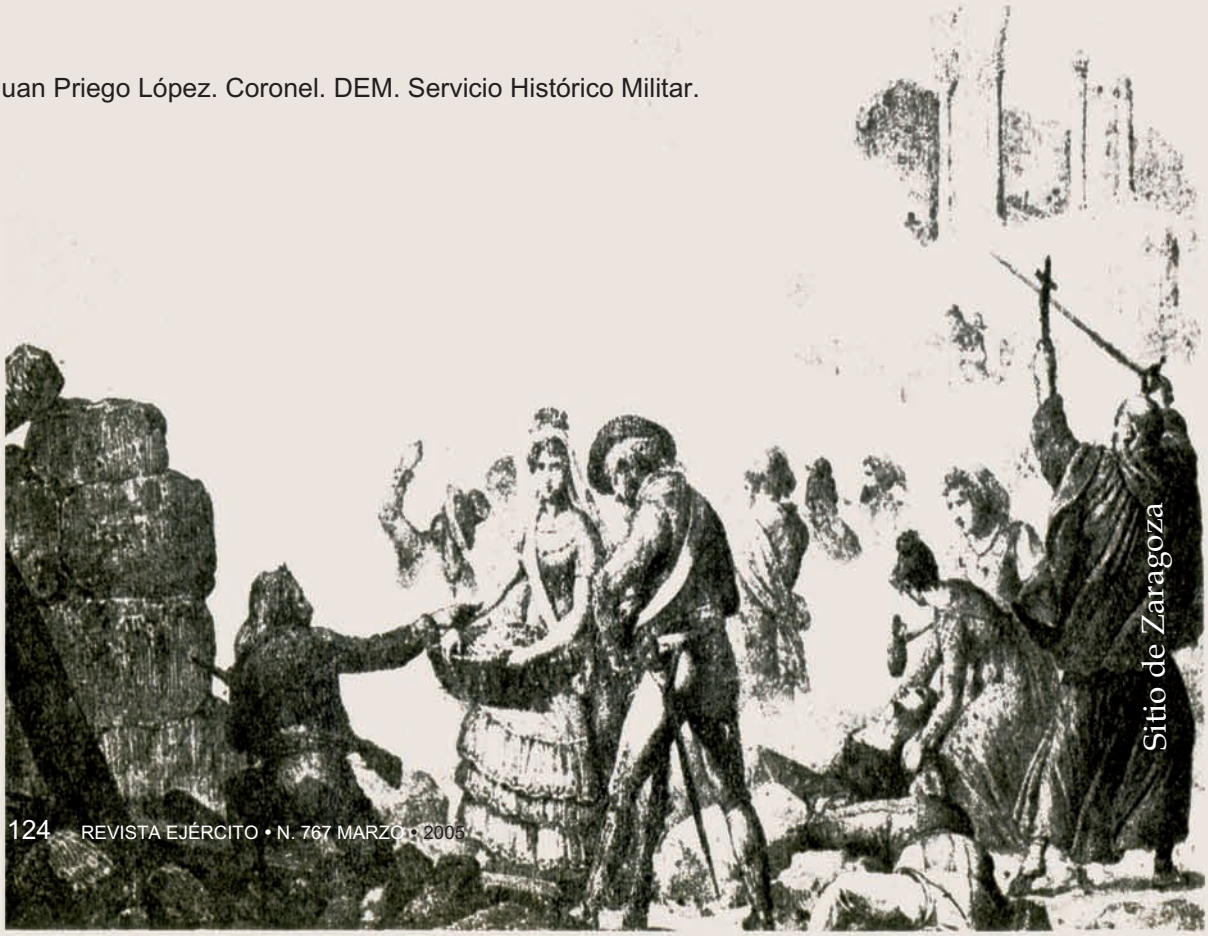
[3] Correspondencia de Napoleón, 24 de septiembre de 1808.

[4] Correspondencia de Napoleón, 16 de junio de 1808.

[5] Durante 1810 pasaron por los hospitales de España 250.000 enfermos, de los que fallecieron 22.000. ■

ANVERSO Y REVERSO DE NUESTRA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Juan Priego López. Coronel. DEM. Servicio Histórico Militar.



Sitio de Zaragoza

Este artículo fue publicado en nuestra Revista en octubre de 1960, Ejército Nº 249, por lo que todas las menciones a la actualidad, se refieren a ese momento.

Siguiendo el plan que nos hemos trazado en esta serie de artículos[1], nos corresponde ahora bosquejar un juicio general de nuestra llamada Guerra de la Independencia, señalando sus aspectos positivos y negativos y la significación que, en definitiva, debe serle atribuida en el conjunto de la historia patria.

No se nos oculta la dificultad que implica tal empeño, porque acaso ningún otro acontecimiento histórico habrá sido objeto de juicios más contradictorios que nuestra lucha con el imperio napoleónico. Como ya hemos adelantado, los historiadores ingleses tienden generalmente a menospreciar nuestro esfuerzo bélico durante la contienda; los franceses, sin atreverse a restar méritos a nuestra heroica resistencia, suelen considerarla como una simple explosión de crueldad y fanatismo; y aun los mismos autores españoles, que exaltan, por lo general, nuestras hazañas, difieren mucho en apreciar determinados aspectos de las mismas.

La divergencia de tales juicios ha ido disminuyendo con el transcurso del tiempo y los historiadores de nuestros días, sin dejar de hallarse influidos por sus peculiares puntos de vista nacionales e ideológicos, suelen abordar el tema con mayor objetividad. Pero ocurre que la significación positiva o negativa de muchos aspectos de aquella guerra, ha quedado definida de manera inequívoca por las consecuencias que de ellos se derivaron; pues, como se nos advierte en el Evangelio: «*Si se planta un árbol bueno, su fruto será bueno; pero si se planta un árbol malo, su fruto será malo, porque el árbol por sus frutos se conoce*»[2].

Dejándonos, así, guiar por tan autorizado criterio, esperamos no extraviarnos demasiado en el juicio, muy general y somero, de nuestra epopeya antinapoleónica que aquí nos proponemos esbozar.

ASPECTOS POSITIVOS

Uno de los aspectos más generalmente encomiados de aquella gloriosa epopeya es su magnífico arranque inicial, la suprema gallardía con que nuestro pueblo se atrevió a enfrentarse en lucha desigual con el imperio más poderoso de la época, cuyas fuerzas, habiendo penetrado en nuestro suelo como aliadas, dominaban ya los principales centros estratégicos de la Península.

El propio Napoleón reconoció en su destierro de Santa Elena que ***«los españoles en masa, se condujeron como un hombre de honor»***; y hasta el historiador inglés Napier, sistemático detractor de nuestras indudables glorias, no puede menos de conmoverse al comprobar la bravura y abnegación con que un pueblo prácticamente desarmado, ataca las fuerzas de Murat en defensa de sus príncipes[3].

Indudablemente, el pueblo español dio entonces muestras de un *patriotismo* equivalente y aun superior al de los franceses en su *levantamiento en masa* de 1793. Pero nuestro alzamiento patriótico no tendía solo a liberar el territorio hispano de la presencia física del invasor, sino también de su influencia ideológica, conceptuada por la gran mayoría de los españoles como perniciosa y aun corruptora de nuestra conciencia nacional.

En efecto, nuestra idea de «patria» no se basaba únicamente en la triple unidad del suelo, la raza y el idioma, según la fórmula establecida por el nacionalismo romántico del pasado siglo, sino también, y de modo principal, en la unidad de creencias y tradiciones forjada en el curso de nuestra agitada historia.

Como lo expuso muy acertadamente el gran hispanista francés Ernest Merimée: *«El sacrificio de todo interés privado para la salvación de la nación, personificada en el Soberano, la sumisión absoluta de todos los espíritus a la autoridad religiosa fueron durante siglos la esencia misma del patriotismo español. Esta abnegación, llevada hasta el heroísmo, hizo la grandeza del país»*[4].

Inspirado, pues, en este tipo de patriotismo, a la vez nacional, dinástico y religioso, el alzamiento español de 1808 revistió desde su origen el carácter irreconciliable de una *cruzada*, de una lucha a muerte contra los representantes de un poder impío, al que se atribuía la intención de desarraigar del suelo patrio nuestras creencias e instituciones tradicionales.

Y de este carácter irreconciliable de la lucha se derivan otros aspectos positivos de la misma: *heroísmo, tenacidad y constancia.*

Las muestras de heroísmo de que dieron entonces prueba los españoles, fueron tan numerosas y sobresalientes, que suscitaron la admiración del mundo, tanto en los países que simpatizaban con nuestra causa, como en los que nos eran adversos. El recuerdo de la gesta del *Dos de Mayo* y de las épicas defensas de *Zaragoza* y *Gerona* ha pasado, de este modo, a formar parte del acervo mundial de los hechos legendarios. Y también las defensas de *Astorga*, *Ciudad Rodrigo*, *Badajoz* y *Tarragona*, sin alcanzar el universal renombre de las anteriormente citadas, han sido calificadas de heroicas por amigos y enemigos.

Los testimonios son tan abundantes como expresivos: el gran poeta inglés lord Byron dedicó varias estrofas de su *Childe Harold* a glorificar la hazaña de Agustina de Aragón[5]; el alemán Von Kleist no duda en comparar a Palafox con Leónidas y Arminio, y el propio mariscal Lannes, conquistador de Zaragoza, se lamentaba de tener que combatir y exterminar a *«gentes tan valerosas y entusiastas».*

Tampoco se atreve nadie a discutir la tenacidad u obstinación demostrada por los españoles en el curso de la lucha mantenida sin tregua ni respiro, a despecho de todas las adversidades, hasta que el enemigo, declarándose al fin vencido, hubo de volver a cruzar nuestras fronteras. El general Kellermann, en una carta dirigida desde Valladolid al mariscal Berthier, a fines de 1809, refleja el desconcierto que nuestra tenaz resistencia provocaba en el mando francés. ***«Esta nación obstinada*** —decía entre otras cosas el citado general— ***desmoraliza al Ejército con su resistencia en detalle. Es inútil abatir por un lado las cabezas de la hidra, ya que renacen por otro, y, si no se produce una revolución en los espíritus, no se conseguirá en mucho tiempo someter tan extensa península, que absorberá así la población y los recursos de Francia»***[6].

Y nuestra tenacidad en la lucha se hallaba, a su vez, basada en la constancia irreductible de los propósitos que la inspiraban. Efectivamente, en ningún momento dejó la generalidad de nuestro pueblo de mostrarse firme en el cumplimiento del deber que se había impuesto, de liberar nuestro suelo del invasor, restaurar en el trono a su legítimo rey, y restablecer en toda su pureza y esplendor el culto y la autoridad de la Iglesia católica. Ni siquiera los grandes y repetidos desastres militares experimentados durante la guerra pudieron disuadir a los españoles de la finalidad propuesta; el lema *«no importa»* expresaba su decisión de no confesarse jamás vencidos.

Por desgracia, estos aspectos positivos de nuestra lucha se vieron contrarrestados y neutralizados por otros de carácter negativo que esterilizaron al cabo nuestro heroico esfuerzo.

ASPECTOS NEGATIVOS

Como se ha podido apreciar, todos los aspectos positivos de nuestra Guerra de la Independencia que hemos ido mencionando se referían al *pueblo español*, no entendiendo, claro está, por *pueblo*, tan solo a las clases bajas de la sociedad o *plebe*, ni mucho menos al *populacho* o hez de la misma; sino a la gran masa de los dirigidos, con exclusión de aquellos personajes que, por su posición social, ilustración o prestigio ejercían alguna influencia en el gobierno de la nación o en la opinión pública y constituían, por tanto, la minoría dirigente.

Ya hicimos constar en los artículos anteriores que entre ambos elementos de nuestra sociedad se había producido a lo largo del siglo XVIII una radical discrepancia, pues mientras la masa general de los españoles continuaba apegada a sus tradicionales creencias, usos y costumbres, nuestras clases dirigentes se esforzaban en orientar nuestra política y nuestra cultura por otros derroteros más conformes con las tendencias utilitarias y racionalistas que prevalecían al otro lado del Pirineo.

Tal discrepancia se mantuvo en general latente, hasta que en 1808 se manifestó de manera explosiva, con motivo de la brutal intervención francesa en nuestra patria, que evidenciaba el fracaso de la política de servilismo y condescendencia practicada desde hacía tiempo por nuestros gobernantes con el vecino país; y así se explica que nuestro pueblo se rebelara iracundo, no solo contra los invasores que habían penetrado a traición en nuestra patria, sino contra las autoridades españolas cómplices o consentidoras de aquella perfidia.

Pero ya nos advierte el gran filólogo e historiador Menéndez Pidal que *«el pueblo, como mera colectividad, sin dirección, no es capaz de tomar la menor iniciativa... La actuación más popular que consideremos no puede producirse sin la levadura de una minoría»*[7]. Y así ocurrió, efectivamente, en aquella ocasión, pues, sin mengua de su espontaneidad, nuestro alzamiento antinapoleónico fue indudablemente estimulado y dirigido por la fracción más decidida y exaltada del bando fernandino.

Ahora bien, dentro de aquella fracción coexistían tendencias ideológicas muy diversas, que aun coincidiendo en los objetivos inmediatos del alzamiento, diferían notablemente en sus objetivos ulteriores; divergencias que no tardaron en ponerse de manifiesto, perjudicando a la unidad de dirección.

Por otra parte, la organización de *Juntas provinciales* para encauzar el alzamiento en los diferentes puntos en que se produjo, si bien pudo justificarse en los primeros momentos, dio ocasión para que se desbordara el particularismo congénito de nuestra raza y contribuyó también a que nuestro esfuerzo bélico se dispersase, con grave detrimento de su eficacia.

No menos se vio afectada la unidad de dirección de nuestro levantamiento antinapoleónico por las rivalidades que se suscitaron entre nuestros jefes políticos y militares, la mayoría de los cuales no supieron mostrarse lo suficientemente desinteresados para sacrificar sus miras y conveniencias personales al supremo interés de la nación.

De este modo, aunque se llegó a constituir una *Junta Suprema Central Gubernativa del Reino*, para unificar la actuación de las diferentes juntas provinciales, distó mucho de ser generalmente obedecida. Y el mismo papel desairado correspondió a las sucesivas *regencias* que se crearon para sustituirla.

Ni tampoco en lo militar se logró la constitución de un *mando único*, porque, desgraciadamente, nuestros caudillos más conspicuos de la época se mostraron por lo general tan presuntuosos como ineptos. Bien es verdad que su iniciativa se vio muchas veces coartada por la intromisión de representantes de la Junta Central, que, a imitación de la Convención francesa, los enviaba a los ejércitos para fiscalizar la gestión

Mariscal Berthier

de los jefes militares. Pues bueno será advertir que en su prurito de imitar en todo la conducta de los revolucionarios galos, nuestros dirigentes políticos de entonces se empeñaron en asegurar a toda costa la «supremacía del poder civil».

Tiene, pues, razón Menéndez Pidal al atribuir la debilidad de España, más que a la indocilidad del pueblo, *«que no sabe acatar a sus selectos»*, al *«desacuerdo y a la invidencia de esos selectos, deficiencias que fraccionan y dispersan la dirección. La guerra antinapoleónica* —prosigue— *es el más señalado ejemplo. España, abandonada de todos sus altos dirigentes, muestra entonces el más espontáneo acuerdo nacional, unida firmemente en el supremo afán de su independencia, aunque dividida bajo dirección muy fragmentaria y bajo la oposición interna de encontradas ideologías»*[8].

No por ello debe considerarse a nuestro pueblo totalmente libre de culpa en el malogro de sus propios esfuerzos y sacrificios en aquella ocasión. Pues, estimulado por el mal ejemplo de sus dirigentes y por la licencia que en los comienzos del alzamiento se concedió a los des-

manes del populacho, se dejó arrastrar por su natural tendencia a la *indisciplina* y se resistió a encuadrarse en las filas del Ejército regular para combatir a los invasores, prefiriendo agregarse con tal objeto, a las formaciones irregulares que en diversas regiones iniciaron desde muy pronto contra ellos, a la que más tarde se dio en llamar «guerra de guerrillas».

Por esta razón, nuestro «levantamiento en masa» de 1808 no se reflejó, como el francés de 1793 o el prusiano de 1813, en la formación de grandes ejércitos que encauzaron y consolidaron nuestra resistencia. Inútilmente se esforzó a tal efecto la *Junta Central* en elevar el efectivo de nuestras fuerzas armadas al medio millón de hombres, pues dicho efectivo nunca llegó a alcanzar en ningún periodo de la lucha la tercera parte de esa cifra, muy inferior a lo que podía esperarse de una nación que contaba con más de once millones de habitantes.

Cuando se critica la deslucida actuación de nuestras fuerzas regulares en la citada guerra, es preciso no perder de vista esa inferioridad de efectivos, que no puede achacarse tan solo a incapacidad o desidia organizadora de nuestros dirigentes, sino al espíritu de anarquía que se había apoderado de nuestro pueblo y que lo impulsaba a rehuir o menospreciar las normas de subordinación y obediencia tradicionales en nuestros institutos armados.

Guerrilleros en la sierra de Gredos

Por tal motivo, las formaciones de voluntarios que se constituyeron para reforzar nuestro Ejército permanente se mostraron por lo general indóciles a la acción del mando y demasiado impresionables al enfrentarse con el enemigo en campo abierto, y únicamente nuestras unidades veteranas, a pesar de sus graves deficiencias orgánicas, le opusieron en ocasiones una resistencia eficaz, salvando en todo caso el honor de sus armas[9].

Desgraciadamente, la proporción de tales unidades veteranas dentro del conjunto de nuestro Ejército, fue disminuyendo progresivamente a causa de sus considerables bajas en oficiales y tropa, con lo cual dicho Ejército, sin aumento sensible de sus efectivos, decayó cada vez más en calidad, y su actuación se fue haciendo así también menos eficaz. Hasta el punto de que, a comienzos de 1810, las fuerzas regulares españolas habían dejado de desempeñar el papel principal en la lucha contra los invasores de nuestro suelo, correspondiendo, en adelante, tal papel al Ejército angloportugués acaudillado por lord Wellington del que dichas fuerzas pasaron a ser meros auxiliares.

Bien es verdad que la resistencia española siguió manteniéndose tenazmente en la forma irregular de la «guerrilla», que adquirió precisamente su mayor auge por la misma época en que nuestras instituciones armadas declinaban. He aquí cómo el ilustre general Gómez de Arteche, en su conocida obra *Guerra de la Independencia*, describe el proceso de formación de las guerrillas:

«... comenzaron con las desgracias de nuestros ejércitos los servicios de los que, influidos del anhelo de la venganza, por patriotismo, ultrajes recibidos en sus casas o familias, por espíritu, quizás faccioso, se creyeron capaces de, solos o en partidas impalpables, resistir con un éxito que, de otro modo, veían inasequible. Un desertor del Ejército que, dotado de gran valen-

tía, se consideraba impotente en fila y había huido en la batalla como un cobarde, se puso a la cabeza de otros fugitivos de su país o de convecinos suyos atropellados por el francés, y salió a campaña con las primeras armas que tuvo a mano, sin otro abrigo, muchas veces, que el del cielo y aprovechándose del alimento que le proporcionaban sus amigos o del merodeo de sus secuaces. Solo, en caso, la vanidad de los empleos y consideraciones militares le harían después agregar sus fuerzas a las regulares de la nación; lo general era campar por su respeto, como vulgarmente se dice, creciendo y creciendo en fuerzas con la fama de sus hazañas para imponerse al enemigo y, no pocas veces, a sus mismos compatriotas»[10].

Infantería española

Para regularizar de algún modo la actuación de tales guerrillas, nuestra Junta Central dictó en 28 de diciembre de 1808 un *Reglamento de Partidas y Cuadrillas*, que no dio los resultados apetecidos, porque los jefes de tales formaciones improvisadas se resistieron a acatarlo. En vista de lo cual, hubo de ser sustituido por la *Instrucción sobre el Corso Terrestre*, de 17 de abril de 1809, donde se autorizaban las más crueles represalias contra el Ejército invasor, cuyo mando adoptó a su vez medidas muy severas contra los guerrilleros. Y de este modo, se fue acentuando cada vez más el carácter de implacable ferocidad que nuestra lucha por la independencia revistió desde los primeros momentos.

El general Arteche calcula en unos 50.000, el número de hombres encuadrados en las principales guerrillas, los que, unidos a los que integraban el Ejército regular, componían un total de poco más de 200.000 combatientes, que no corresponde, ni con mucho, a las disponibilidades humanas de la España de entonces.

¿Hasta qué punto logró la actuación de aquellas guerrillas suplir las deficiencias cuantitativas y cualitativas de nuestro Ejército? ¿Resulta justificado atribuirles, como pretenden algunos autores españoles, un papel primordial y aun decisivo en nuestra victoria final sobre las huestes napoleónicas?

Para juzgar con algún fundamento acerca de tales cuestiones, convienen tener en cuenta el conjunto de circunstancias en que se desarrolló la actuación de tales guerrillas.

En primer lugar, las fuerzas del imperio napoleónico empeñadas en nuestra patria, aun siendo considerables, no representaban más que una parte y no la mayor de las que aquel disponía, hallándose las demás combatiendo en otros teatros de operaciones de mayor importancia estratégica, dentro del cuadro general de la lucha de la que casi toda Europa era teatro. *«Si Napoleón no hubiera tenido que combatir más que con la coalición anglohispanoportuguesa y solamente en España* —dice a este propósito el historiador francés Grasset—*, y si la Europa entera coaligada contra él le hubiese permitido consagrar a esta guerra las fuerzas que exigía y de que disponía realmente, es indudable que habría triunfado a la vez del levantamiento español y del ejército de Wellington…; la idea fundamental que debe dominar una historia de la guerra de España es que la Península fue siempre para el Emperador un teatro de operaciones secundario, y que si sus ejércitos experimentaron reveses en dicho teatro fue porque él no consintió jamás en los sacrificios necesarios para triunfar allí, y ni si-*

quiera reconoció a los acontecimientos desarrollados en aquella península, *la importancia real que habían adquirido»*[11].

En segundo lugar, la presencia en nuestro territorio del importante núcleo de fuerzas anglo-portuguesas acaudillado por lord Wellington vino a suplir la resistencia organizada de nuestro Ejército regular, cuando este quedó prácticamente aniquilado tras la desastrosa campaña de fines de 1809. Obligados, pues, a enfrentarse todavía con aquellas fuerzas, los franceses no pudieron dedicarse desembarazadamente a perseguir a las guerrillas, con lo cual estas pudieron tomar incremento y constituir para ellos, en definitiva, un nuevo problema. Debe, por tanto, concederse a Napier una parte de razón cuando afirma en su obra que las guerrillas españolas *«habrían sido pronto exterminadas*, *si los franceses, amenazados de cerca por los batallones de lord Wellington, no se hubieran visto obligados a mantenerse reunidos en grandes masas»*[12]. Pero el historiador inglés se obstina en no reconocer, a su vez, la eficaz ayuda que tales guerrillas prestaron al éxito de las tropas británicas.

Como dice muy acertadamente el general Gómez de Arteche: *«Todos los ejércitos franceses se hallaban ocupados en sofocar la sublevación de las provincias y ninguno podía distraer sus tropas en otro objetivo. Así al Ejército aliado no se le oponía más que otro casi siempre inferior en número, debilitado por los destacamentos, mermado por el choque constante con los españoles... Tal es el secreto de las victorias de lord Wellington, cuyo mérito sobresaliente no queda por eso rebajado en modo alguno»*[13].

Sopesando unos y otros argumentos, puede resolverse, en conclusión, que la actuación de nuestras guerrillas contribuyó, sin duda, eficazmente al éxito de la resistencia española contra la invasión napoleónica; pero dentro de un complejo de circunstancias externas e internas extremadamente favorables, y sin el concurso de las cuales es muy dudoso que tal sistema de guerra hubiera logrado *por sí sólo* los resultados apetecidos.

En efecto, los que pretenden confiar, de un modo exclusivo o predominante, la defensa de nuestro suelo a formaciones irregulares improvisadas que no dejarían de constituirse espontáneamente en cuanto nuestra independencia nacional se viese amenazada, olvidan que tal sistema de guerra ha fracasado siempre, a la larga, cuando se ha empleado contra una gran potencia militar decidida a imponerse y suficientemente desembarazada de otras preocupaciones bélicas para dedicar a tal empresa los medios requeridos. Este fue el caso de Roma, que habiendo eliminado previamente a su más peligroso rival, Cartago, pudo consagrarse sin grandes agobios a la tarea de sojuzgar España, consiguiéndolo al fin, a despecho de nuestra heroica, pero desordenada resistencia[14]. Y la misma suerte habría correspondido, en definitiva, a nuestra patria frente al imperio napoleónico, si este no hubiera tenido que enfrentarse, dentro y fuera de nuestro territorio, con otro enemigo que nuestros valerosos e indisciplinados guerrilleros.

No debemos dejarnos engañar a este respecto por el auge alcanzado durante el transcurso y con posterioridad a la segunda contienda mundial por la denominada «guerra subversiva», pues los «partisanos» rusos tienen realmente muy poco de común con nuestros clásicos guerrilleros, ya que dichos «partisanos» se hallaban dirigidos y encuadrados por oficiales y clases profesionales del Ejército soviético, especialmente adiestrados para operar a retaguardia del enemigo, de concierto con las grandes unidades propias. Y algo análogo ha ocurrido en las posteriores insurrecciones armadas de Malaya, Indochina y África del Norte, inspiradas y planeadas por este sistema político internacional y dirigidas por agentes suyos, bien instruidos en tales métodos de lucha.

Y en definitiva, ni Francia, ni Italia, ni Yugoslavia, ni Polonia, ni Checoslovaquia fueron «liberadas» por sus movimientos internos de resistencia, sino por los ejércitos regulares aliados. Como tampoco fueron nuestras guerrillas las que, en 1813, expulsaron del territorio patrio a las huestes napoleónicas, sino las tropas anglohispanolusitanas que mandaba lord Wellington.

Síguese de aquí que tales guerrillas no lograron suplir, ni mucho menos compensar, la falta de un Ejército español suficientemente potente y bien disciplinado, en defecto del cual nuestras escasas e inconsistentes fuerzas regulares tuvieron que limitarse a desempeñar un papel secundario, bajo la dirección de un generalísimo ex-

tranjero, en la lucha de que nuestra Península era teatro, lo que contribuyó no poco a la desconsideración de que fuimos objeto en el Congreso de Viena.

En prueba de ello, copiamos el siguiente párrafo de un despacho que nuestro representante en el citado Congreso, don Pedro Gómez Labrador, dirigía en 29 de marzo de 1815 al Secretario de Estado don Pedro Cevallos, comunicándole la conversación que había sostenido con lord Wellington acerca de la posible cooperación de nuestro Ejército en la nueva lucha que se avecinaba con Napoleón, recién evadido de la isla de Elba:

«Sería muy de desear que no fuera necesario que nuestros ejércitos entrasen en Francia, por el fundado temor de que, entrando, contribuyan a confirmar la mala opinión que hay de nosotros, pues así como nadie nos disputa el valor personal y la constancia, casi todos nos creen incapaces de orden y exactitud, sin lo cual no hay Ejército que merezca el nombre de tal»[15].

Y no pararon en esto los daños ocasionados por el espíritu anárquico y particularista que presidió la resistencia española contra la invasión napoleónica. He aquí lo que dice a este propósito don José María Jover Zamora, catedrático de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Valencia:

«Cuando un pueblo individualista adquiere el hábito de ***echarse al monte****, colocándose al margen de la vida ciudadana legalmente establecida; cuando un pueblo secularmente mal gobernado aprende estupefacto que su garganta, su pólvora y sus alpargatas pueden prevalecer sobre la letra impresa de leyes, órdenes y reglamentos, queda abierto un camino más y nada despreciable para esa disolución del Estado en banderías inciviles consumada a lo largo de nuestro siglo XIX»*[16].

Cerramos esta sección dedicada a glosar los aspectos negativos de nuestra Guerra de la Independencia con este comentario elocuente de uno de nuestros más ilustres escritores militares, el general Banús:

«En España falta en espíritu militar lo que sobra en espíritu guerrero; la Guerra de la Independencia no debió servirnos de ejemplo para ensalzar nuestra proverbial tenacidad, sino para demostrar que los ejércitos improvisados, las guerrillas, las partidas sueltas, no bastan para obtener paz honrosa y en ventajosas condiciones».

«Si España hubiese tenido un Ejército fuerte y bien organizado, quizá Napoleón no hubiese intentado la conquista, y aun cuando, como los austriacos, los prusianos y rusos, sufriéramos grandes derrotas y viéramos mermado el territorio, luego habríamos podido tomar el desquite, como lo hicieron los otros países. Por carecer de estos elementos tuvimos que someternos a Wellington, y después de proporcionar a los ingleses un campo de batalla para luchar contra su mortal enemigo, solo conocimos el desdén y el desprecio de nuestros amigos. Seis años de continua lucha, en que el país fue presa de ene-

Guerrillero

migos y aliados, sufriendo toda clase de calamidades, no tuvieron para nosotros compensación alguna, y los guerrilleros dejaron sembrado el germen que ha retoñado en nuestras guerras civiles»[17].

SIGNIFICACIÓN HISTÓRICA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Los motivos ideológicos de la lucha fueron traicionados por la minoría liberal que se había refugiado en Cádiz, que se aprovechó de su circunstancial predominio en las Cortes allí celebradas para reformar nuestras seculares instituciones de acuerdo con las mismas doctrinas que nuestro pueblo reprobaba. Y de esta manera, al evacuar nuestro suelo, el invasor francés pudo ufanarse de haber sembrado en él la cizaña de la discordia civil.

Por otra parte, debido a las rivalidades que se suscitaron entonces entre nuestros dirigentes políticos y militares, el alzamiento español de 1808 careció de un jefe supremo, generalmente respetado y obedecido, que encauzara y orientara el inmenso caudal de energías físicas y morales que el entusiasmo de nuestro pueblo puso en acción. A esta falta de unidad de miras de las clases directoras, correspondió la masa popular con una exacerbación de su tendencia habitual al desorden y la indisciplina. Y todo ello se tradujo en una desorganización casi absoluta, que restó eficacia a nuestra heroica[18] resistencia.

No pudo evitarse así que, a principios de 1810, la mayor parte de nuestro territorio cayera en poder del invasor. Y mientras, en su cómodo refugio gaditano, nuestros orondos legisladores se desentendían de la marcha de la guerra para atender tan solo a sus conveniencias políticas, la dirección de las operaciones quedó abandonada al arbitrio del mando inglés, al que nuestros ejércitos tuvieron en definitiva que supeditarse.

De este modo, la lucha en la Península se fue prolongando, con grave quebranto de nuestro prestigio nacional y de nuestra economía. Pues, para el Gobierno británico, el territorio peninsular constituía un excelente campo de batalla donde entretener y desgastar una gran parte de las fuerzas del imperio rival, mientras llegaba el momento de darle el golpe de gracia. Y, por consiguiente, aquel no tenía prisa alguna en liberar nuestra patria, la cual quedaba, entre tanto, devastada por las tropelías y exacciones de ambos ejércitos beligerantes, que ocasionaron a nuestras fuentes de riqueza daños incalculables, de los que tardaron mucho tiempo en resarcirse.

Asimismo, el papel subordinado a que se vieron reducidos nuestros ejércitos en la lucha que se desarrollaba en la Península, nos hizo aparecer ante las demás potencias como un país protegido de la Gran Bretaña, que había hecho dejación a favor de esta, de su derecho a figurar con personalidad propia en el concierto de las naciones[19].

En vista de lo cual no debe extrañar la desconsideración de que fuimos objeto en el *Congreso de Viena* por parte de las grandes potencias vencedoras del imperio napoleónico. A pesar de su importantisima contribución a la victoria común, aquellas potencias dieron entonces a nuestra patria un trato de vencido. Y es que la admiración despertada por las heroicas hazañas de tantos miles de españoles generosos, no bastó para compensar el descrédito en que nos hizo caer la desorganización e indisciplina de que, en su conjunto, dio muestras por entonces nuestro pueblo.

El levantamiento español de 1808 se malogró, pues, por falta de unidad de mando, de organización y disciplina. Si se consiguió al fin expulsar al invasor, falló, en cambio, el intento de regeneración nacional. En lugar de ello, tras la llamada Guerra de la Independencia se inicia en nuestra historia una era de desintegración política que devino a lo largo del siglo XIX en otros conflictos nacionales

.

NOTAS

[1] El autor se refiere a «La Guerra de la Independencia Española en el Marco de la Historia Europea de su Época I, II, III», que se han vuelto a publicar en el número extraordinario 805 de mayo de 2008.

[2] Mateo, 12, 33.

[3] *Histoire de la Guerre dans la Peninsule et dans le Midi de la France, depuis l'année 1807 jusqu'a l'année 1814.* traducción francesa del general Mathieu Dumas, París, 1828, tomo I, lib. I, cap. I, pág. 36.

[4] *Essai su la vie et les oeuvres de Francisco de Quevedo*. Alphonse Picard, edit. París, 1886, pág. 268.

[5] Lib. I. *Canto I, LV, LVI.*

[6] Citado por Louis Madelin*:* « Le drame de Torrès Vedras». *(Revue des Deux Mondes,* 1-15, de abril de 1944, pág. 207).

[7] *Los españoles en la Historia*. *Introducción a la Historia de España*, editada por Espasa-Calpe. Madrid, 1947, tomo I, pág. XLVII.

[8] Ob cit, pág. XLIX.

[9] Como lo demuestra el heroico comportamiento de nuestras Guardias Valonas en Gamonal y de la División del Norte, en Espinosa de los Monteros.

[10] Ob. cit, t 5, pág. 95.

[11] *La guerre d'Espagne*. Berger-Levrault, Edit. París, 1914, tomo I. Introducción, pág. XV-XVI.

[12] Ob cit, tomo I, Prefacio, pág. XV.

[13] Ob. cit, t I. Introducción, pág. 105-106.

[14] Conviene advertir que la conquista de España por los romanos se efectuó de un modo metódico y gradual, y que nuestra resistencia tampoco fue general ni continua. El periodo más largo de lucha (incluyendo las guerras de Viriato y de Numancia) duró solo 21 años, lo que no resulta excepcional en aquel tiempo.

[15] Despacho de Labrador núm. 305, de 29 de marzo de 1815, incluyendo el borrador original de Wellington en que exponía sus opiniones sobre nuestro Ejército, citado por el marqués de Villaurrutia en su obra titulada «España en el Congreso de Viena» (*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, tomo 2, de 1906, pág. 12).

[16] La Guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de liberación. (VI Curso de Conferencias, celebrado en la cátedra General Palafox de Cultura Militar de la Universidad de Zaragoza, 1958, pág. 134).

[17] *El Arte de la Guerra a principios del siglo XX.* Imprenta del Memorial de Ingenieros del Ejército. Madrid, 1907, pág. 414-415.

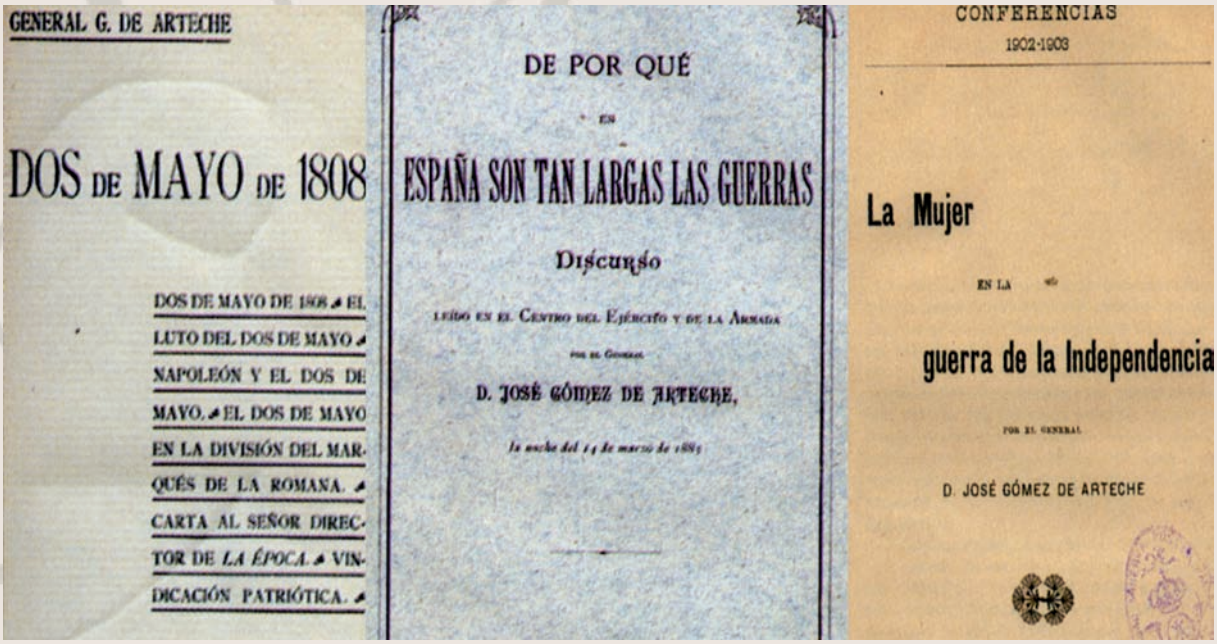
[18] Así debería llamarse también aquella guerra y no de «independencia», nombre que parece dar a entender que España no alcanzó hasta entonces personalidad política propia. Pero esta inadecuada denominación ha prevalecido entre nuestros historiadores más autorizados, y, con las debidas salvedades, tenemos que aceptarla.

[19] Tan es así, que cuando Gómez Labrador se presentó en París para firmar la paz con Francia, le dijo Talleyrand que no hacía falta, pues Inglaterra había ya firmado por nosotros. (Despacho núm. 11, de 26 de junio de 1814, citado por Villaurrutia en su emocionada obra, *Rev. de Arch., Bib. y Museos*, tomo 2, de 1906, pág. 186). ■

Sesión del Congreso de Viena

Grandes Autores del Arte Militar

José Gómez de Arteche y Moro


GENERAL G. DE ARTECHE

DOS DE MAYO DE 1808

DOS DE MAYO DE 1808 ✦ EL LUTO DEL DOS DE MAYO ✦ NAPOLEÓN Y EL DOS DE MAYO. ✦ EL DOS DE MAYO EN LA DIVISIÓN DEL MARQUÉS DE LA ROMANA. ✦ CARTA AL SEÑOR DIRECTOR DE *LA ÉPOCA*. ✦ VINDICACIÓN PATRIÓTICA. ✦

DE POR QUÉ EN ESPAÑA SON TAN LARGAS LAS GUERRAS

Discurso

LEÍDO EN EL CENTRO DEL EJÉRCITO Y DE LA ARMADA POR EL GENERAL

D. JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE,

la noche del 14 de marzo de 1884

CONFERENCIAS 1902-1903

La Mujer EN LA guerra de la Independencia

POR EL GENERAL

D. JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE

A principio del siglo XIX, comienza en España un despertar literario del arte militar, tras el sueño crítico del siglo XVIII. Tres guerras importantes absorben en esta época la atención activa de los jefes y oficiales: la de Independencia, la Carlista y la de África, aparte de las constantes luchas políticas que ocasionan al Ejército una convulsión prácticamente continua y que constituyen un ambiente poco adecuado para el estudio e investigación de los temas del arte militar. Pese a ello, abundan escritores como el caso de nuestro autor, mariscal de campo y artillero Gómez de Arteche y Moro, considerado como el más ilustre historiador del siglo XIX, lo que le valió ser miembro de la Real Academia de la Historia en 1871 (nuestra Revista publicó una pequeña biografía en su Nº 761).

Gómez de Arteche nació en Madrid en 1821. Pertenece a la oficialidad que, aparecida en nuestra patria conjuntamente con los ejércitos nacionales en las primeras décadas del siglo XIX, considera que sus soldados son como ellos, profesionales que defienden la soberanía nacional consagrada en la Constitución de 1812, que hereda los valores desarrollados en la Europa convulsionada por la Revolución Francesa, por un lado, y por otro, los sentimientos liberales que habían inspirado a los grandes reformadores españoles de la ilustración como Jovellanos y Floridablanca.

Los catorce volúmenes de su *Historia de la Guerra de la Independencia*, con un total de 7.500 páginas, relatan de forma fiel aquellos acontecimientos, con rigor crítico y una visión re-

alista además de objetiva. Asimismo como hombre de la época aporta a sus escritos sentimientos y valores morales. Su elaboración fue tan detallada que tardó cuarenta años en publicarla. Comenzó su ingente trabajo cuando ya había alcanzado el grado de brigadier. Se le dieron toda clase de facilidades y la mejor base documental posible, ofreciéndole no solo el copioso archivo de aquellas campañas de la Sección Histórica del Depósito de la Guerra, sino los documentos del propio Ministerio.

Trabajos como su *Geografía Histórico-Militar de España y Portugal* y *Un soldado español de veinte siglos* le permitieron integrar adecuadamente al hombre y al terreno en su obra, convirtiéndola en muchos momentos en un tratado de táctica y estrategia.

Inicia su *Historia* con un discurso preliminar al uso, de más de cien páginas, en el que finaliza estudiando las cualidades de los españoles y las causas del error de Napoleón, destacando la decisiva participación de los españoles en la contienda, disminuida por los historiadores del otro lado de los Pirineos, sobre todo ingleses.

Como militar profesional no era muy partidario de la guerra de guerrillas, aunque reconoce que contribuyeron a la derrota napoleónica, opina que sus triunfos fueron causa remota de la crueldad de las guerras civiles que asolaron España, pues «*los guerrilleros que habían luchado por su independencia, emplearon contra sus compatriotas los ardides, violencias y asesinatos que les habían dado renombre*» y afirma que el francés no habría evacuado la Península sin los grandes ejércitos. Mina, el Empecinado, Merino y otros muchos, hicieron servicios innegables, pero: ¿qué resultado de sus combates pudo producir éxitos como la batalla de Bailén, aun dada esta con un número exiguo de combatientes?

En sus textos detalla que la cuantía y dotaciones de los ejércitos inglés y portugués, con efectivos que rondaban los 40.000 y 30.000 soldados, nunca habrían vencido a los 400.000 franceses perfectamente pertrechados y que hasta 1809, no se notó en España la ayuda militar inglesa.

El reconocimiento de la inexperiencia española y del genio militar de Napoleón quedan patentes en la obra y con ello la ecuanimidad del historiador, al mismo tiempo que hace gala de un gran patriotismo y de habilidades de brillante escritor. En sus textos sabe ponderar méritos de ambos bandos, pues como afirma el coronel Gárate: «*Si admira a Napoleón, no deja de exaltar, en contraste, los éxitos y la fortuna de las tropas españolas*». En definitiva la Guerra de la Independencia fue una llamada heroica a las puertas del siglo XIX y aparece como un seísmo patriótico que superó las viejas barreras históricas y culturales, fusionando todas las regiones en una respuesta común contra Napoleón.

El ya fallecido General Díez-Alegría destacaba el mérito de Gómez de Arteche como primer historiador de una guerra que, habiendo terminado casi medio siglo antes y sin haber sido aún estudiada desde el punto de vista militar profesional: «*Representa una contribución definitiva y difícilmente superable, en cuanto al lado español del conflicto, por las cualidades de su autor, tan ponderado e independiente, por lo fácil y sencillo de su estilo y por su insuperable base documental, puesto que las publicaciones extranjeras impresas hasta aquel momento, como la de Napier, a la que precisamente replicaba, fueron perfectamente conocidas y ampliamente consultada en el curso del trabajo*».

Además de la *Historia de la Guerra de la Independencia* publicada entre 1868 y 1903 en Madrid, destacamos sus siguientes obras:

- *Geografía histórico militar de España y Portugal*, Madrid 1859.
- *Expedición a Dinamarca con el Marqués de la Romana*, Madrid 1872.
- *Nieblas de la historia patria*, Madrid 1876.
- *Un soldado español de veinte siglos*, Madrid 1874 a 1886.
- *El reinado de Carlos IV*, Madrid 1890.
- *La conquista de Méjico*, Madrid 1892.
- *La mujer en la Guerra de la Independencia*, Madrid 1908.

Pedro Ramírez Verdún.
Coronel. Infantería. DEM.

Cine Bélico

AGUSTINA DE ARAGÓN EN EL CINE

Publicada una reseña sobre la segunda versión, ahora y coincidiendo con el 200 aniversario de la Guerra de la Independencia, se muestran las dos versiones que la cinematografía española ha dedicado a esta heroína.

Durante el asedio de las tropas napoleónicas a Zaragoza, Agustina, una joven a punto de casarse, se ve complicada en un asunto de Estado. Encendida de patriotismo y valor, rompe con su prometido al saber que se ha vendido a los franceses. Su figura inmortal se contemplará junto a los cañones en la resistencia heroica de la ciudad, cuando ya no quedaban apenas hombres para luchar.

VERSIÓN DE 1929

De las últimas producciones de nuestro cine mudo, su popularidad fue oscurecida por el éxito de la segunda versión, aunque no su importancia, ya que fue dirigida por Florián Rey.

FICHA TÉCNICA

Título original: *Agustina de Aragón*.
Director: Florián Rey.
Intérpretes: Marina Torres, María Luz Callejo, Manuel San Germán, Fernando Fernández de Cordoba, José Maria Alonso Pesquera...
Nacionalidad: España. Muda. Blanco y Negro. 35 mm. Año 1929.
¿Dónde se puede encontrar esta película? Debido a su antigüedad, únicamente se puede intentar adquirir en la Filmoteca Nacional.

VERSIÓN DE 1950

Con actores de talla y uno de los mejores directores del cine español, la película posee un ritmo que impide al espectador sentirse cansado. Hay muchísimas escenas destacables: los rezos a la Virgen del Pilar, la llegada de los combatientes heridos y la gloriosa de Agustina junto a los cañones. La interpretación de Aurora Bautista es sencillamente colosal.

FICHA TÉCNICA

Título original: *Agustina de Aragón*.
Director:Juan de Orduña.
Intérpretes: Aurora Bautista, Fernando Rey, Virgilio Teixeira, Eduardo Fajardo, Manuel Luna, Jesús Tordesillas, Guillermo Marín…
Nacionalidad: España. Blanco y Negro. Año 1950.
¿Dónde se puede encontrar esta película?
Ver reseña en el Nº 784, julio 2006.

EL TAMBOR DEL BRUCH

Basada en un relato real acaecido durante nuestra Guerra de la Independencia. Una columna de Caballería francesa sale de Barcelona hacia Martorell, y los somatenes envían a dos comisionados a Villafranca del Penedés para pedir armas al Gobernador que se niega a armar a los paisanos. Entonces, un grupo de somatenes armados con hachas y escopetas decide ocupar las alturas del Bruch para contener al enemigo.

No se sabe a ciencia cierta si fue el ruido del tambor o el de las campanas de los pueblos tocando a rebato lo que amedrentó al Ejército francés. Los somatenes tenían un tamborilero de 14 años llamado Isidro Llusá, y otro de Igualada llamado Benito Malvehi. Ambos estuvieron tocando durante toda la jornada en que las tropas napoleónicas atacaron los altos del Bruch, fueron rechazadas y emprendieron la huida sin dejar de oír el tambor.

La película contó con un plantel de excelentes actores, una conseguida ambientación y la dirección de Ignacio F. Iquino en la línea de éxitos del estilo de *Locura de amor* o *Agustina de Aragón*.

FICHA TÉCNICA

Título original: *El Tambor del Bruch*.
Director: Ignacio F. Iquino.
Intérpretes: Carlos Agosti, Rafael Luis Calvo, Modesto Cid, Juan de Landa, Jorge Greiner, Enrique Magalona, Ana Mariscal, José Nieto, Fernando Sancho, Ricardo Valle.
Nacionalidad: España. Blanco y Negro. 95 minutos. Año 1948.
¿Dónde se puede encontrar esta película?
Editada para venta directa en formato DVD
Se puede adquirir a través de Internet en la siguiente dirección: Http: //www.imdb.com

FLÓPEZ

COMO LOBOS HAMBRIENTOS
Fernando Martínez Laínez.
Algaba Ediciones, Madrid 2007.

Sin un ejército organizado para combatir a los franceses en aquellos momentos, los españoles de las zonas ocupadas inventan un sistema nuevo para luchar, utilizando de forma definitiva y generalizada por primera vez en el mundo, la guerra de guerrillas como único medio de desgastar y estorbar el esfuerzo de guerra francés. Se trata de lo que hoy denominamos guerra asimétrica, en la que grupos de españoles, conocedores del terreno que pisan, hostigan con rápidos golpes de mano a las tropas enemigas, para disolverse inmediatamente y desaparecer en los montes. En definitiva, las guerrillas representaban la expresión del pueblo en armas y su importancia en el desarrollo de la contienda está corroborada por numerosos testimonios de sus propios enemigos.

El libro estructurado para su lectura en apartados que definen lo ocurrido y, especialmente, el ingente trabajo de investigación del autor, conforman un conjunto que podemos dividir en tres grandes partes: los antecedentes, la guerra en las diferentes regiones españolas y los jefes guerrilleros más destacados en esta guerra, que sin duda fue total.

Aspectos como el tremendo sufrimiento de la nación española, los saqueos y matanzas, a veces por los propios aliados, el empleo de todos los recursos humanos y materiales de nuestra nación para llevar la guerra hasta el final sin otra alternativa que la resistencia a costa de cualquier sacrificio forman parte de este relato histórico que sin duda cuenta lo ocurrido, y que no debemos olvidar que determinó un grito de independencia y un fortalecimiento de la unidad y soberanía del pueblo español.

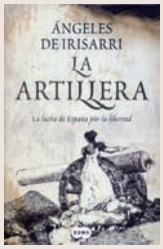
La visión especial con que está escrito, que destaca los aspectos militares de los acontecimientos, y su lenguaje conciso y descriptivo hacen la obra más atrayente si cabe para los lectores de nuestra Revista. Una detallada bibliografía le da un carácter de documento histórico solvente y acredita lo expuesto. Solo nos queda reseñar que fue premio Algaba 2007.

P. R. V.

LA ARTILLERA. LA LUCHA DE ESPAÑA POR LA LIBERTAD
Ángeles de Irisarri.
Suma de Letras. Madrid, 2008.

La historiadora Ángeles de Irisarri (Zaragoza 1948) es una de las mejores autoras de novela histórica de la actualidad. Ha publicado veinte novelas, entre las que podemos destacar *El viaje de la reina, Doña Toda, reina de Navarra* y una trilogía sobre Isabel la Católica. Su obra se caracteriza por la utilización de protagonistas femeninos, sin que por ello quede contaminada por cosmovisiones feministas radicales. Tiene un estilo original, que tal vez no guste a todos, con un cierto toque de humor y con formas de expresión de la época en la que transcurre el relato. Sus obras están bien documentadas y no cae en errores habituales en otros autores como introducir personajes de mentalidad actual en situaciones ambientadas hace siglos. Definitivamente, no es uno de los *bluffs* que ha propiciado el *boom* de la novela histórica.

La Artillera, su última novela, es la narración del día a día en Zaragoza durante los asedios napoleónicos; un relato de la transformación de la rutina diaria de la ciudad en un hecho de heroísmo colectivo. Las vivencias de diez mujeres, siete de ellas reales —con reflejo en el callejero zaragozano— y tres de ficción, describen cómo se vivió la gesta en todos los estamentos de la ciudad. El acertado uso de estos personajes le permite narrar los asedios con bastante detalle sin necesidad de convertir a la protagonista principal, Agustina de Aragón, en un ser ubicuo.



Irisarri, en contra de ciertas corrientes de moda, se alinea sin fisuras con los defensores y ve justificado su sacrificio en defensa de la libertad de España, pese al alto precio pagado. No hace concesiones al bando napoleónico, ni comparte la idea de que habría sido mejor no plantear la batalla y someterse al Gobierno francés, «moderno» y de «libertades».

El bicentenario que ahora celebramos, ha producido un aluvión de obras sobre la Guerra de la Independencia: libros de Historia, ensayos, monografías, cuentos y novelas. Si tuviéramos que hacer una selección de las mejores, esta novela figuraría sin duda entre las elegidas.

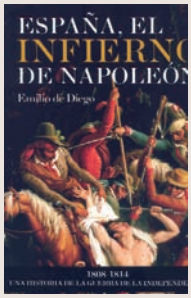
A.S.F.

«ESPAÑA, EL INFIERNO DE NAPOLEÓN»
Emilio de Diego.
La Esfera de los Libros, Madrid, 2008.

En la avalancha de publicaciones que, al calor del bicentenario de aquel 1808, llenan las librerías, esta obra del profesor de Diego se distingue por su enfoque marcadamente militar o, para ser más precisos, especialmente adecuado para lectores militares. A través de un detallado repaso de las batallas que se desarrollaron durante los seis años de guerra, lo que tenemos en nuestras manos es una magnífica síntesis, plena de rigor, para comprender el conflicto. Y todo ello sin renunciar, en absoluto, a la amenidad del relato.

La primera parte del libro, titulada «Las Claves de la Guerra», describe la situación previa al épico 2 de mayo. En ella se analizan diversos aspectos como la crisis política del reinado de Carlos IV, los errores de Napoleón, la situación internacional, la financiación del esfuerzo bélico, las posibilidades y limitaciones logísticas de los contendientes o un oportuno análisis de los medios: los ejércitos enfrentados, sus soldados y su armamento, sin olvidar a los guerrilleros. Completo «análisis de los factores» que se revela como instrumento inmejorable para comprender mejor lo que pasó en España antes y durante la Guerra de la Independencia.

La segunda parte es la crónica del conflicto, en la que se describen todas las batallas, así como las razones de las decisiones tomadas por ambas partes. Una larga relación de derrotas que, paradójicamente, concluyeron en victoria para los aliados españoles, británicos y portugueses. Dignos de mención son los apéndices, especialmente el cartográfico, a todo color y que utiliza, incluso, recreaciones virtuales del terreno sobre las que se muestran los despliegues y evoluciones de las fuerzas. Se completan estos apéndices con una nutrida lista de reseñas biográficas de los protagonistas y algunas reproducciones de las obras de los maestros que mejor reflejaron lo sucedido (Goya, Sorolla, Casado del Alisal…).



Lo que para las tropas francesas no debiera haber sido sino una rápida campaña camino de Lisboa, devino en «el infierno de España», en palabras del propio Emperador deportado en Santa Elena, que identificó la guerra en España como su mayor error. Lástima que, desde el punto de vista español, tengamos que reconocer como muy oportuna la sentencia de Emilio Castelar con la que da comienzo el libro: «*Las naciones que olvidan los días de sus sacrificios y los nombres de sus mártires, no merecen el inapreciable bien de su independencia*».

F J D C.

LA SOMBRA DEL NORTE
José María Martínez Ferrer.
Institución Fernando el Católico. Ayuntamiento de Zaragoza, Zaragoza 1989.

El Ayuntamiento de Zaragoza y otras instituciones entre las que se incluye la Academia General Militar, convocan anualmente el Premio «Sitios de Zaragoza» para trabajos de investigación sobre la Guerra de la Independencia. El comandante de Artillería Martínez Ferrer, siendo caballero alférez cadete, obtuvo el premio de Categoría Universitaria del año 1989 con su monografía *La Sombra del Norte*. El autor, que ya había recibido el mismo premio en 1986 por un trabajo sobre los ingenieros y artilleros de ambos bandos durante los asedios, realizó en esta ocasión un completo estudio sobre el Ejército francés que cercó Zaragoza. La monografía fue publicada junto con las premiadas en las diferentes categorías y es, con mucho, la mejor de todas, incluyendo la de la categoría de historiadores profesionales.

La obra disecciona de forma precisa, detallada y amena los diversos y complejos aspectos organizativos, operativos y funcionales de la fuerza multinacional que bajo las banderas del Imperio sitió la ciudad. Asimismo, incluye una valiosísima documentación original francesa, hasta entonces inédita en España que, por ejemplo, ha servido para localizar los restos arqueológicos de uno de los puentes que los franceses tendieron sobre el Ebro en los terrenos en los que se ha instalado la Expo 2008.

Al cumplirse el bicentenario de la gesta zaragozana, sería el momento de promover su publicación en un volumen independiente, tarea en la que tal vez pueda ayudar la participación de la Academia General Militar en la organización de estos premios, especialmente si tenemos en cuenta que fue elaborada por un autor militar cuando era alumno del mencionado Centro.

Mientras tanto, animamos al autor a publicar el estudio sobre la logística francesa que anunciaba en la obra que comentamos y que, sin duda, mantendrá el nivel de calidad de sus trabajos anteriores.

A.S.F.

SUMMARY

VOUS ÊTES PERDU, SIRE 6
Mario Hernández Sánchez Barba. Professor of Modern History

Metternich uttered this axiom to Napoleon, when he learned of the defeat at Soult in St. Marcial. The end of the Peninsular War signaled the eclipse of Napoleonic domain in Europe. The historical entity of Spain became apparent. The constant rejection of the Concept of Empire created a significant growth embodied in a sense of national unity, displayed in the abolition of almost all regional and local characteristics by the Cortes of Cadiz. At the same time, it emphasized the popular will of independence and a denial of the rule of a foreign dynasty in the name of "freedom" that tyrannically assumed control of the Assembly.

The institutions that reasserted Spanish Sovereignty and a new national entity were the Cortes and the Army. The war implied the recognition of the Army's social function to safeguard constitutional rights and the defense of the Realm.

SUMMARY

WAR, REVOLUTION AND POLITICS IN THE ORIGINS OF MODERN SPAIN 10
Francisco Javier Gómez Díez,
Doctor in History.

After presenting the causes and the evolution of the Peninsular War, the French defeat, revealed the failures of the delusions of the Frenchified population, who allied themselves in their reformist objectives with the Cadiz liberals. The Cadiz Cortes besides taking up arms against the French tyrants, set off a social revolution, based on popular sovereignty the concept of property, abolishing privileges and advocating meritocracy. Even though the clergy supported the Cortes in the beginning, the fear of losing their privileges, forced them to support the Former Regime. The Cortes imbued a new concept in the Army, a commitment to the nation and not to actual power that turned it into the military arm of the liberal revolution. In Spain a concept of national identity flourished in XVIII century, consolidated by the war, but the deep political rift in society, the limited social liberalism and a tremendously weakened State, made it impossible to avail of the Peninsular War badly needed to unite the Spanish nation.

SUMMARY

CONSIDERING THE PENINSULAR WAR FROM FINANCIAL POINT OF VIEW 22
Juan Velarde Fuertes,
Royal Academy of Moral
Science & Politics

This article examines the events in Spain in 1808, from the financial point of view. Three notions are regarded in this text. In first place, if we look at May 2 of the year 1808 through a modern perspective. What macroeconomic conclusions may be drawn? Secondly, how does a war economy affect each side in the conflict, the Anglo-Spanish on the one side and the French on the other, exclusively on peninsular territory? In the third and final place, what forces emerged in the midst of the hostilities that were able to make overall changes after the reign of Ferdinand VII?

SUMMARY

THE ROLE OF GUERRILLA COMBATANTS IN THE PENINSULAR WAR 30

Antonio Caudevilla Monteserín,
Colonel, Engineeers
Santiago Saiz Bayo
Major, Engineers. S.C.G.

The Spanish people were up in arms against the invader, thus coining the term guerrilla. Groups of armed civilians carried out surprise attacks on the French rearguard elements, their communications links, warehouses… The surprise factor was their main ally, reliable sources of information, and popular support.

Numerous troops were deployed to face these threats, thus making it a war of attrition for the enemy. They not only revolted to defend their beloved homeland, but also boldly stood up against an invader who had deprived them of all they possessed. This article examines the figure of several of those popular heroes: the diversity of their ancestry, mostly liberal ideology; and finally the tragic fate met by most of them...

SUMMARY

THE STRATEGIC IMPORTANCE OF THE SPANISH GUERRILLA IN THE SPANISH INDEPENDENCE WAR 48

José Pardo de Santayana y Gómez Olea.
Artillery Lieutenant.
Colonel. SCG.

More than a third of the French troops were obliged to be in the rear by the Spanish Guerrilla. The guerrilla fighters were the politic authorities of the occupied regions, they prevented the Spanish population to be submitted to the French. French troops were unable to gather members for the imperial Army and for the civilian forces as they did in the rest of the conquered countries. The Napoleonic troops suffered more casualties, they covered more kilometres and wasted more time and effort fighting against the Spanish Guerrilla than against the regular Army , either Spanish and allied party. To sum up, it is easy to understand the huge strategic importance of the Spanish Guerrilla during the Spanish Independence War taking into account that the Imperial Army did not have the key to fight against the Spanish Guerrilla.

SUMMARY

THE WAR IN THE SOUTH OF THE PENINSULA IBERICA: A NON-WRITTEN SHEET.56

Rafael Vidal Delgado.
Colonel. Artillery. SCG.

The military operations developed in Andalusia, Spain, followed the Regency's strategic plans: on the one hand, to stop the French in their attempt of reaching a strong strategy to fight against Wellington and on the second hand, to harass them to the ground. To do so, the Major General of Campo of Gibraltar had a huge importance, obeyed and respected by the local authorities and the chiefs of bands. Andalusia was the last Spanish region in being occupied and the first in being liberated. Cadiz and Tarifa had the great honour of being two of the few cities never occupied by the French people.

Estas traducciones han sido realizadas por el Gabinete de Traductores e Intérpretes de la SEGENEME

SUMMARY

THE PARALLEL WAR: THE AMERICAN LIBERATION. 64
Rafael Vidal Delgado.
Colonel. Artillery. SCG.

The Spanish Independence War and the American Liberation War were two contemporary and linked events. During the Spanish Independence War, colonies behaved in the same way than the lands of the metropolis. Due to the resemblance between the American juntas in the constituent Cortes and those in the Peninsular lands, every single argument related to emancipation was stifled. After Fernando VII's Restoration, he won the fidelity of all overseas governments, although some advocated the self-government, keeping some unity links, more than dependency links, with the metropolis and some advocated the *statu quo*. The disastrous King's policy -he backed out all the way moved forward- drove him to loose the *criollos'* support as they moved into the patriotic side, what destroyed the Hispanic power in America forever.

SUMMARY

THE IMPERIAL ARMY DURING THE SPANISH INDEPENDENCE WAR. 2ND PART.....76
Miguel Ángel Martín Mas
Jesús Maroto de las Heras.

During the Spanish Independence War, only 40% of the imperial Infantry fighting in Spain belonged to the Grande Armée. Despite Napoleon brought experienced veterans in November 1808, the majority of his Infantry was second-class, conscript soldiers who were under the command of non-motivated officers who did not care about their training as a consequence of Napoleon's lack of interest in the Spanish campaign.

The well-known Imperial Army's mobility was difficult due to the Spanish precarious paths. However, the strongest problem was the support of the above mentioned forces in a poor, austere and exhausted by the war, as a result, the French troops suffered famine and hardship as they usually supply themselves in the occupied lands. In addition, they suffered looting and a bad governance by the majority of the French Generals

SUMMARY

THE BATTLE OF VITORIA 92
José Pardo de Santayana y Gómez Olea.
Lt. Col., Artillery, Staff College Graduate

The battle of Vitoria decided the fate of the French Army in the Peninsular War. The direct Spanish participation was limited, but its contribution to the success was a lot more that what is actually admitted. They Key of success lay in the Alavesa Plains on June 21, 1813 between the troops commanded by Wellington and King Joseph's forces was due to the fact that substantial number of imperial divisions deployed in the region did not show up in the battlefield. These circumstances were not casual nor to a special ability of the British general, it was the result of a decisive battle between the forces of Espoz y Mina, Pastor, the Vizcaya battalions of Mendizábal and other guerrilla fighters.

These combatants had survived five years of hardships and persecutions, and in their relentless pursuit interrupted communications links between the two capitals, afflicting the Napoleonic military machine with growing numerical and moral losses and preventing the Spanish rearguard element from falling under French domination. This unflinching will of resistance made up for the debacles, shortcomings and disunity of the patriotic efforts and made the freedom struggle in Spain a singular one.

SUMMARY

THE PENINSULAR WAR AND THE CONSCIENCE OF DEFENSE IN SPAIN 102
José Pardo de Santayana y Gómez Olea.
Lt. Col., Artillery,
Staff College Graduate.

After the Peninsular war, Spain suffered a grave social, financial and political crisis, with almost one million people dead, the disappearance of an incipient middle class, the emergence of nationalism, radical ideological confrontation – that plunged national feelings into despondence and a withdrawal from the outside world.

The Pyrrhic victory that Spain achieved in the peninsular War, made her lose her status as a world power and the better part of her colonies. She also acquired bitter experiences from a series of Civil Wars and its Army reduced mainly to play an internal role. This peculiar episode obliged Spain to face the problem defending her own territory, thus making it a serious hindrance.

SUMMARY

NAPOLEON'S FAILURE IN SPAIN. 108
Lieutenant.
Colonel Madelin. French Army.

In this article, we will explain from the perspective of a French officer some of the reasons why Napoleon failed in Spain. On the one hand, we must take into account that the Emperor was beaten by the Spanish resistance, comprising badly armed people, with no military knowledge or experience. It seems that Wellington had been waiting for the determined and lengthy Spanish resistance to put an end to the French power. On the other hand, we cannot forget the serious logistic, communication lines and command problems of the imperial Army.

SUMMARY

SPANISH INDEPENDENCE WAR'S OBVERSE AND REVERSE. 122
Juan Priego López. Colonel. SCG.

The most positive aspects of the conflict were patriotism, heroism, tenacity and perseverance of the Spanish people. They wanted to liberate their country and to defend their traditional values, represented by the King and the Catholic Church, from the non-believers. The reverse of the war was the lack of unity in the command, due to the individualism, the strong ideological differences, the widespread indiscipline and the anarchy. All this had a huge impact in the fight extension, the impoverishment and the international discredit. Finally, the invader was thrown out while the attempt of national regeneration failed. After the war a politic break-up era started.

¡LLÉVATE MI BENDICIÓN!

Allí donde nuestras lágrimas
han regado tanto el suelo
que crece nuestro majuelo
más que los de alrededor?...
Pues, madre, arando ese campo
hice de mis fuerzas prueba
(pues para clavar la esteva
nadie a los quince es menor…)
Y, al arrancar de la yunta,
abrióse surco tan hondo
que la reja desde el fondo
sacó este arcabuz al sol...
¡Hijo mío! ¡Hacia Bailén
van las tropas de Dupont!...
¡Dios te guíe!
Madre… ¡Amén!
-¡Llévate mi bendición!

General Ros de Olano (1808-1886)

¡AÚN BRAZOS QUEDAN QUE OS SABRÁN VENGAR!

Esos que veis que maniatados llevan
al bello Prado, que el placer formó,
son los primeros corazones grandes
en que su fuego libertad prendió.
Vedlos cuán firmes a la muerte marchan,
y el noble ejemplo de morir nos dan.
¡Sus cuerpos yacen en sangrienta pira!
¡Sus almas libres al Empíreo van!
Por mil heridas sus abiertos pechos
oíd cual gritan con horrenda voz:
¡ Venganza, hermanos, y la madre España
nunca sea presa de invasor feroz!
Entre las sombras de tan triste noche
Este gemido escuchó vagar:
Gozad en paz, ¡oh, del suplicio gloria!
¡Aun brazos quedan que os sabrán vengar!

Juan Bautista de Arriaza. 1810

«¡MUERTOS SÍ, PERO ESCLAVOS, NO!»

Día terrible, lleno de gloria,
Lleno de sangre, lleno de horror,
¡Nunca te ocultes a la memoria
De aquel que tenga patria y honor!
Este es el día en que con voz tirana
«¡Ya sois esclavos!», la ambición gritó.
Y el noble pueblo, que la oyó indignado,
«¡Muertos, sí,» dijo, «pero esclavos, no!»
El hueco bronce, asolador del mundo,
Al vil decreto se escuchó tronar;
Mas el puñal, que a los tiranos turba,
¡Aun más tremendo comenzó a brillar!

Juan Bautista Arriaza. 1810

«¡SIEMPRE EN MIS HIJOS LAS ENCUENTRE ESPAÑA!»

Truena el cañón: intrépido Velarde
corre a afrontar la muerte en la pelea;
el acero en su diestra centellea;
fuego divino en su mirada arde.
Muere, de patrio amor en santo alarde,
que Europa un día con asombro vea.
Signo de paz el extranjero ondea,
y Daoíz sucumbe a su traición cobarde.
Rásgase entonces el alto firmamento,
y del egregio conde de Gazola
suena la augusta voz: «¡Sublime día!»
-exclama en celestial arrobamiento-
«¡Estos mis hijos son: esta la sola
ventura que restaba al alma mía!
¡Tú inspiraste, Señor, tan grande hazaña!
¡Siempre en mis hijos las encuentre España!»

Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.
Teniente Coronel (1828-1888)

II Centenario de la Guerra de la Independencia